



CAMINO RECTO Y SEGURO

PARA

LLEGAR AL CIELO



BEATO P. ANTONIO M.ª CLARET
Fundador de la Congregación de
Misioneros Hijos del Inmaculado
Corazón de María

R.258

CAMINO RECTO Y SEGURO PARA LLEGAR AL CIELO

ESCRITO POR EL BEATO

P. ANTONIO MARÍA CLARET

Arzobispo y Fundador
de la Congregación de Misioneros
Hijos del Corazón de María

169.ª EDICIÓN



EDITORIAL «COCULSA»
Carretera de San Ildefonso, 7.

SEGOVIA

1938



APROBACIONES

NIHIL OBSTAT

GREGORIO MARTÍNEZ DE ANTOÑANA C. M. F.

Censor.

IMPRIMI POTEST

NICOLÁS GARCÍA, C. M. F.

Superior general.

Roma, 1 de Mayo 1938.

NIHIL OBSTAT

JOAQUÍN PELAYO

Censor.

IMPRIMATUR

DR. AGUSTÍN TOBALINA

Vicario General.

Santander, 1 de Julio de 1938.

ES PROPIEDAD

PRÓLOGO

Para conmemorar la fecha gloriosa del 4 de diciembre de 1899, en que Su Santidad el Papa León XIII honró con el dictado de VENERABLE a su amadísimo Fundador el Siervo de Dios Antonio María Claret, resolvieron los Misioneros Hijos del Corazón de María publicar por cuenta suya, entre otras obritas del BEATO, el áureo libro CAMINO RECTO Y SEGURO PARA LLEGAR AL CIELO, llamado por los entendidos el *devocionario número uno*, que tantos pecadores ha logrado convertir y a tantos otros ha fortalecido en el camino de la virtud y santidad.

La edición a este fin preferida fué la de 1859, que se puede llamar *edición típica*, por haber sido impresa en Madrid bajo la inspección personal de su esclarecido autor, y porque en ella únicamente se conserva íntegro el riquísimo arsenal de doctrina que gradualmente se fué alterando en las numerosas ediciones publicadas desde aquella fecha sin

la intervención del BEATO ni la de sus Hijos los Misioneros del Corazón de María.

Sin embargo, para que las personas devotas, que tanto aprecian el CAMINO RECTO, puedan con este mismo devocionario satisfacer algunas otras devociones, hoy muy generalizadas en España y América y ardentemente recomendadas por el BEATO P. CLARET, aunque en su libro no las incluyera, se han insertado en la presente edición *las devociones al Corazón de Jesús y al Corazón de María, los Escapularios, el acto heroico en favor de las benditas ánimas, la recomendación del alma* y algunos *Cánticos piadosos*.

Se ha corregido cuidadosamente todo lo referente a indulgencias conforme a los más recientes decretos de la Santa Sede; se han añadido algunas jaculatorias en el método de oír la Santa Misa, muy a propósito para enfervorizar el espíritu en tan solemne acto, y se ha intercalado la *Novena de almas*, tomándola literalmente de otro opúsculo del mismo BEATO autor, titulado SOCORRO A LOS DIFUNTOS.

Biografía del BEATO Antonio M.^a Claret

El 23 de diciembre de 1807 nació al mundo en la villa de Sallent, provincia de Barcelona, el *Beato Antonio María Claret*, heredero de las virtudes de sus piadosos padres, que gozosos vieron ya en él, desde su primera edad, las señales de un predestinado. Aspirando por divina vocación al estado sacerdotal, distinguióse durante la carrera por su aplicación y aprovechamiento en las ciencias eclesiásticas, y principalmente por una sólida piedad, que le granjeó el amor y la veneración de sus condiscípulos y de cuantos le conocían. El Ilmo. Sr. Corcuera, Obispo de Vich, muerto en olor de santidad, prendado de las dotes excepcionales que descubría en el joven seminarista, quiso anticipar su ordenación, y encomendóle varios destinos parroquiales que desempeñó con gran celo, copioso fruto y general admiración.

Anhelando la salvación de muchas almas en todo el mundo y derramar su sangre por la fe de Jesucristo, quiso formar parte de la *Propaganda Fide*; pero Dios le dió a entender que le reservaba para otra muy elevada empresa. En su virtud, inauguró por divina inspiración en varias diócesis de la Península e islas Canarias una nueva era de celo apostólico por medio de Misiones y Ejercicios

espirituales al Clero, Seminaristas, Comunidades religiosas y seglares, siempre con opimos frutos de bendición, que le merecieron ser generalmente aclamado por Santo.

Para perpetuar la realización de su vasto ideal, fundó, entre otros Institutos, la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María; infundióles su espíritu, les predijo que seguirían evangelizando hasta el fin de los tiempos, y trazóles reglas que merecieron la aprobación de la Santa Sede en 1870.

Reconocidas por la Nunciatura Apostólica y el Gobierno español la ciencia y santidad del Siervo de Dios, fué presentado para la iglesia Metropolitana de Cuba, que, a pesar de sus reiteradas renunciaciones hubo de aceptar, al fin, en virtud de santa obediencia. Durante los seis años de su pontificado evangelizó con celo pastoral aquella vasta Archidiócesis, reformando el Clero, Seminario y pueblo con asombrosas conversiones. Cebáronse en el Beato Arzobispo la calumnia y la persecución, hasta el punto de ser gravísimamente herido por mano de un sicario en la ciudad de Holguín.

Nombrado para el cargo de confesor de la reina de España, D.^a Isabel II, desempeñó con singular acierto tan difícil cometido, mereciendo la aprobación de la Sta. Sede y de todos los buenos católicos.

Poseía las ciencias que ilustran al Sacer-

dote y al Prelado; se distinguía en las naturales y bíblicas, y sobre todas en la ascética y mística. Escribió muchas obras y opúsculos piadosos e instructivos: era consultado por las personas más eminentes y favorecido con las gracias de discreción de espíritu y de profecía; penetraba los secretos del corazón humano, siguiéndose de ello extraordinarias conversiones, entre ellas las de algunos que intentaron asesinarle.

En el Concilio Vaticano pronunció un elocuente discurso con edificación de la augusta Asamblea; y por entonces predijo y anunció a Pío IX la próxima ocupación de Roma por los enemigos del Pontificado y de su poder temporal.

Fué un dechado de mortificación: no comía carne ni bebía vino, dormía poco y castigaba su inocente cuerpo con ásperos cilicios, disciplinas y rigurosos ayunos. Era, en suma, según frase de Pío IX, «un varón todo de Dios».

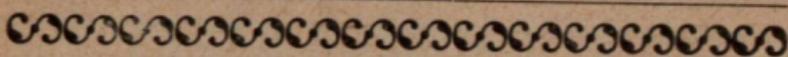
Por fin, lleno de virtudes y merecimientos, desterrado y perseguido hasta en su agonía, falleció en el monasterio de Fontfroide (Francia) en 24 de octubre de 1870, grabándose con toda propiedad sobre su lápida sepulcral las celebérrimas palabras de San Gregorio VII: *Dilexi justitiam, et odivi iniquitatem; propterea morior in exilio*: Amé la justicia y aborrecí la maldad, y por esto muero en el destierro.

Siendo, como lo era ya, tan grande en vida la fama de su santidad y virtudes, creció y se extendió mucho más después de su muerte con varios prodigios que Dios ha obrado por su intercesión. Su cuerpo fué, en junio de 1897, trasladado a la ciudad de Vich, en medio de un gentío inmenso, y depositado en la iglesia de los PP. Misioneros del Corazón de María, donde el Siervo de Dios es visitado con veneración y afecto de numerosos devotos, que reciben en cambio inmensos e inestimables beneficios.

El 10 de octubre de 1887 se comenzó en Vich el proceso informativo para su Beatificación, el cual, unido a los procesillos formados simultáneamente en Madrid, Tarragona, Barcelona, Lérida y Carcasona, y debidamente sellado, lo llevó a Roma el Rvmo. P. José Xifré y lo presentó en la Secretaría de la Sagrada Congregación de Ritos el 10 de diciembre de 1890.

En 10 de diciembre de 1895 fueron aprobados los escritos del Siervo de Dios, y en 4 de diciembre de 1899 fué aprobada por el Papa León XIII, de feliz memoria, la Introducción de la Causa, siendo, por tanto, distinguido con el título de VENERABLE.

A 6 de Enero de 1926, el Papa Pío XI declaró la heroicidad de sus virtudes, y finalmente a 15 de febrero de 1934 fué declarado BEATO por el mismo S. P. Pío XI.



ADVERTENCIA

acerca de los Santos del Calendario

En este calendario hallarás, cristiano, los santos cuyas fiestas celebra la Iglesia en el decurso del año; ellos se hallan en el cielo, donde son y serán felices por toda la eternidad; ellos son tus medianeros para con Dios, y ruegan a Dios por ti como rogaban por su pueblo Onías y Jeremías; ellos desean tu felicidad, y esperan verte un día allá, en el cielo, en su compañía; y tú debes tomar el camino que ellos tomaron, y practicar las virtudes que ellos practicaron; en ellos tienes un espejo en que mirarte y un modelo que debes copiar, y para que tengas más claro conocimiento de sus méritos y virtudes, podrás leer sus vidas escritas por el P. Croisset en el *Año Cristiano*, o por otros autores. En esta santa lectura no podrás menos de alabar la providencia y misericordia de Dios en ver tantos santos, de todo estado, sexo y condición y de todas las edades. No hay duda que esto anima muchísimo a confiar en Dios, y excita con una fuerza irresistible a poner en práctica los medios más a propó-

TABLA DE LAS

Año	L. D.	Epact.	Septuag.	Ceniza	Pascua
1938	b	XXIX	13 febrero.	2 marzo.	17 abril.
1939	A	X	5 febrero.	22 febrero.	9 abril.
1940	g f	XXI	21 enero.	7 febrero.	24 marzo.
1941	e	II	9 febrero.	26 febrero.	13 abril.
1942	d	XIII	1 febrero.	18 febrero.	5 abril.
1943	c	XXIV	21 febrero.	10 marzo.	25 abril.
1944	b A	V	6 febrero.	23 febrero.	9 abril.
1945	g	XVI	28 enero.	14 febrero.	1 abril.
1946	f	XXVII	17 febrero.	6 marzo.	21 abril.
1947	e	VIII	2 febrero.	19 febrero.	6 abril.
1948	d c	XIX	25 enero.	11 febrero.	28 marzo.
1949	b	*	13 febrero.	2 marzo.	17 abril.
1950	A	XI	5 febrero.	22 febrero.	9 abril.
1951	g	XXII	29 enero.	7 febrero.	25 marzo.
1952	f e	III	10 febrero.	27 febrero.	13 abril.
1953	d	XIV	1 febrero.	18 febrero.	5 abril.
1954	c	XXV	14 febrero.	3 marzo.	18 abril.
1955	b	VI	6 febrero.	23 febrero.	10 abril.
1956	A g	XVII	29 enero.	15 febrero.	1 abril.
1957	f	XXIX	17 febrero.	6 marzo.	21 abril.
1958	e	X	2 febrero.	19 febrero.	6 abril.
1959	d	XXI	25 enero.	11 febrero.	29 marzo.
1960	c b	II	14 febrero.	10 marzo.	17 abril.

FIESTAS MOVIBLES

Año	Ascens.	Pentecos.	Corpus	Adviento
1938	26 mayo.	5 junio.	16 junio.	27 noviem.
1939	18 mayo.	28 mayo.	8 junio.	3 diciem.
1940	2 mayo.	12 mayo.	23 mayo.	1 diciem.
1941	22 mayo.	1 junio.	12 junio.	30 noviem.
1942	14 mayo.	24 mayo.	4 junio.	29 noviem.
1943	3 junio.	13 junio.	24 junio.	28 noviem.
1944	18 mayo.	28 mayo.	8 junio.	3 diciem.
1945	10 mayo.	20 mayo.	31 mayo.	2 diciem.
1946	30 mayo.	9 junio.	20 junio.	1 diciem.
1947	13 mayo.	25 mayo.	5 junio.	30 noviem.
1948	6 mayo.	16 mayo.	27 mayo.	28 noviem.
1949	26 mayo.	5 junio.	16 junio.	27 noviem.
1950	18 mayo.	28 mayo.	8 junio.	3 diciem.
1951	3 mayo.	13 mayo.	24 mayo.	2 diciem.
1952	22 mayo.	1 junio.	12 junio.	30 noviem.
1953	14 mayo.	24 mayo.	4 junio.	29 noviem.
1954	27 mayo.	6 junio.	17 junio.	28 noviem.
1955	19 mayo.	29 mayo.	9 junio.	27 noviem.
1956	10 mayo.	20 mayo.	31 mayo.	2 diciem.
1957	30 mayo.	9 junio.	20 junio.	1 diciem.
1958	15 mayo.	25 mayo.	5 junio.	30 noviem.
1959	7 mayo.	17 mayo.	28 mayo.	29 noviem.
1960	26 mayo.	5 junio.	16 junio.	27 noviem.

EXPLICACIÓN

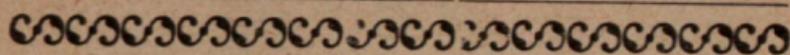
DE CÓMO SE HAN DE HALLAR LOS DIAS DE LA SEMANA

POR LAS LETRAS DOMINICALES

Las letras dominicales son siete: A, B, C, D, E, F, G mayúsculas o minúsculas. Para hallar el día de la semana se mira la tabla de las fiestas movibles; en la primera columna están los años; en la segunda, las letras dominicales. Se quiere saber, por ejemplo, en qué día de la semana cayó la fiesta de la Inmaculada Concepción en el año 1931. Se busca en la primera columna el año, luego, la letra dominical, que en este año es *(b)* se le llama domingo, y se va siguiendo contando por los días de la semana, diciendo: domingo, 6; lunes, 7 y martes; que es el día 8; y así se dice que la fiesta de la Inmaculada Concepción; que es el día 8, cae en martes; y por este estilo se pueden saber todas las demás fiestas del año que están en día fijo del mes.

Debe advertirse que cuando el año es bisiesto hay dos letras dominicales, como se ve en la tabla mirando el año 1940, que son *gf*; con la primera se cuenta hasta el día 24 de febrero, y con la otra, desde este día en adelante. El día 24 es San Modesto, obispo, y el 25 es San Matías.

Cuando en la tabla de los meses se ve esta ✕ cruz, quiere decir que aquel día es fiesta de precepto.



Calendario Perpetuo

ENERO

- | | | |
|----|---|---|
| 1 | a | ✱ <i>La Circuncisión del Señor.</i> |
| 2 | b | S. Siridión, obispo y mr., y S. Macario, abad. |
| 3 | c | S. Antero, papa y mr., y Sta. Genoveva, vg. |
| 4 | d | Stos. Aquilino, mr., y Tito, obispo. |
| 5 | e | S. Teseforo, papa y mártir. |
| 6 | f | ✱ <i>La Adoración de los Santos Reyes.</i> |
| 7 | g | Stos. Julián y Félix, mártires. |
| 8 | a | S. Luciano y compañeros mártires. |
| 9 | b | Stos. Celso y Basilisa, mártires. |
| 10 | c | Stos. Nicanor, mr., y Gonzalo de Amarante. |
| 11 | d | S. Higinio, papa y mártir. |
| 12 | e | S. Arcadio, mártir. |
| 13 | f | S. Gumersindo, mártir. |
| 14 | g | S. Hilario, obispo y confesor. |
| 15 | a | Stos. Pablo, primer ermitaño, y Mauro, abad. |
| 16 | b | Stos. Marcelo, papa y mr., y Fulgencio, ab. y cf. |
| 17 | c | S. Antonio Abad. |
| 18 | d | La Cátedra de San Pedro en Roma, y Santa Prisca virgen y mr. |
| 19 | e | S. Canuto, conf. y S. Mario y comps. márts. |
| 20 | f | Stos. Fabián, papa, y Sebastián, mártires. |
| 21 | g | Sta. Inés, virg., y S. Fructuoso y comps. mrs. |
| 22 | a | Stos. Vicente, diácono, y Anastasio, mártires. |
| 23 | b | S. Ildefonso, arzobispo de Toledo, y S. Raimundo de Peñafort, confesor. |
| 24 | c | Ntra. Sra. de la Paz y S. Timoteo, ob. y mr |
| 25 | d | La Conversión de San Pablo, ap., y Sta. Elvira. |
| 26 | e | Stos. Policarpo, ob. y mr., y Paula, viuda. |
| 27 | f | S. Juan Crisóstomo, obispo |
| 28 | g | Stos. Pedro Nolasco, fund.; Julián, obispo de Cuenca; Valero, Tirso y la aparición de Santa Inés. |
| 29 | a | S. Francisco de Sales, ob. y doctor. |
| 30 | b | Sta. Martina, virg. y mr., y S. Lesmes, abad. |
| 31 | c | S. Juan Bosco, fundador |

FEBRERO

- | | | |
|----|---|--|
| 1 | d | Stos. Ignacio, ob. y mr.; Brígida, virg. y Cecilio, obispo y martir. |
| 2 | e | <i>La Purificación de Nuestra Señora.</i> |
| 3 | f | S. Blas, ob. y mr., y el Beato Nicolás de Longobardo. |
| 4 | g | Stos. Andrés Corsino y José de Leonisa, con . |
| 5 | a | Sta. Agueda, virg., y S. Felipe de Jesús, mr. |
| 6 | b | Sta. Dorotea, virg. y mr. |
| 7 | c | Stos. Romualdo, abad, y Ricardo, rey. |
| 8 | d | S. Juan de Mata, fundador. |
| 9 | e | Sta. Apolonia, virg. y mr. |
| 10 | f | Sta. Escolástica, virg., y S. Guillermo, duque de Aquitania, confesor. |
| 11 | g | La Aparición de Nuestra Señora en Lourdes. |
| 12 | a | Los siete siervos de María, fundadores, y santa Eulalia, virg. y mr. |
| 13 | b | Stos. Benigno, mr., y Catalina de Riccis, vg. |
| 14 | e | S. Valentín presb., y bto. Juan Bautista de la Concepción. |
| 15 | d | Stos. Faustino y Jovita, hermanos mártires. |
| 16 | e | S. Onésimo, ob. y mr. |
| 17 | f | Stos. Julián de Capadocia, mr., y Claudio, ob. |
| 18 | g | Stos. Eladio, arzob. de Toledo, y Simeón, ob. |
| 19 | a | Stos. Alvaro de Córdoba, confesor, y Gabino, presbítero |
| 20 | b | S. Nemesio, mr. |
| 21 | c | Stos. Félix y Maximiano, obpos. y confesores. |
| 22 | d | La Cátedra de S. Pedro en Antioquia, y santa Margarita de Cortona. |
| 23 | e | S. Pedro Damían, ob. y doct. |
| 24 | f | S. Matías, Apóstol, y S. Modesto, ob. |
| 25 | g | S. Cesáreo, conf., y el beato Sebastián de Aparicio, confesor. |
| 26 | a | S. Alejandro, obispo. |
| 27 | b | S. Gabriel de la V. Dolorosa, |
| 28 | c | Stos. Román, abad, Macario y comps. mrs. |

MARZO

- | | | |
|----|---|--|
| 1 | d | S. Rosendo, ob. y conf., y santas Eudisia, mártir y Antonina. |
| 2 | e | S. Lucio, ob. y mr. |
| 3 | f | Stos. Emeterio y Celedonio, mrs. |
| 4 | g | S. Casimiro, rey y conf. |
| 5 | a | S. Eusebio y compañeros mártires. |
| 6 | b | S. Olegario, ob., y santas Perpetua y Felicitas, mrs. |
| 7 | c | Sto. Tomás de Aquino, doctor. |
| 8 | d | Stos. Juan de Dios, fund., y Julián, arzob. de Toledo. |
| 9 | e | Sta. Francisca, viuda, romana. |
| 10 | f | S. Melitón y compañeros mártires. |
| 11 | g | S. Eulogio, presb. y mr., y santa Aurea, virg. |
| 12 | a | S. Gregorio el Magno, papa y doctor. |
| 13 | b | Stos. Leandro, arzob. de Sevilla y Rodrigo, mártir. |
| 14 | c | Stas. Matilde, reina, y Florentina, virgen. |
| 15 | d | Stos. Raimundo, abad, y Longinos, mártir. |
| 16 | e | S. Julián, mártir. |
| 17 | f | S. Patricio, ob. y conf. |
| 18 | g | S. Cirilo, ob. y doct. |
| 19 | a | * <i>San José, Esposo de Nuestra Señora, Patrón de la Iglesia Universal.</i> |
| 20 | b | S. Nicetas, ob., y santa Eufemia, virg. y mr. |
| 21 | c | S. Benito, abad y fundador. |
| 22 | d | S. Deogracias, ob., y Santa Catalina de Génova, virgen. |
| 23 | e | S. José Oriol, conf. y S. Victoriano y compañeros mártires. |
| 24 | f | S. Gabriel Arcángel, y el Beato Diego de Cádiz. |
| 25 | g | <i>La Anunciación de Nuestra Señora y la Encarnación del Hijo de Dios, y S. Dimas, el buen ladrón.</i> |
| 26 | a | S. Braulio, obispo. |
| 27 | b | Stos. Ruperto, ob., y Juan Damasceno, doctor. |
| 28 | c | S. Juan de Capistrano, confesor. |
| 29 | d | Stos. Eustasio, abad, mártir, y Siro. |
| 30 | e | Stos. Juan Clímaco, abad, y Régulo, obispo. |
| 31 | f | Sta. Balbina, virg. y mr., y S. Amós, prof. |

ABRIL

- | | | |
|----|---|--|
| 1 | g | S. Venancio, ob., y la impresión de las llagas de Santa Catalina de Sena. |
| 2 | a | S. Francisco de Paula, y Sta. María Egipciaca. |
| 3 | b | Stos. Ulpiano y Pancracio, mrs., y Benito de Palermo, conf. |
| 4 | c | S. Isidoro, arzob. de Sevilla y doctor. |
| 5 | d | S. Vicente Ferrer, conf., y santa Eulalia. |
| 6 | e | S. Celestino, papa y mr., y la beata Juliana de Cornellón, virg. |
| 7 | f | Stos. Epifanio, ob., y Ciriaco, mr. |
| 8 | g | S. Dionisio, ob., y el beato Julián de S. Agustín. |
| 9 | a | Stas. María Cleofé y Casilda, vr. |
| 10 | b | Stos Daniel y Ezequiel, profetas. |
| 11 | c | S. León I, papa y doctor. |
| 12 | d | Stos. Julio, papa, y Zenón, obispo y mártir. |
| 13 | e | S. Hermenegildo, rey de Sevilla, mr. |
| 14 | f | S. Pedro González, conf., vulgo S. Telmo. |
| 15 | g | Stas. Basilisa y Anastasia, mrs. |
| 16 | a | Sto. Toribio de Liébana, ob., y santa Engracia, virgen y mártir. |
| 17 | b | S. Aniceto, papa, y la beata Mariana de Jesús. |
| 18 | c | Stos. Eleuterio, ob., y Perfecto, mr. |
| 19 | d | Stos. Expedito y Hermógenes, mrs. |
| 20 | e | Sta. Inés de Monte Pulciano, virg. |
| 21 | f | S. Anselmo, ob. y doc. |
| 22 | g | Stos. Sotero y Cayo, pp. y mrs. |
| 23 | a | S. Jorge, mr. |
| 24 | b | Stos. Gregorio, ob., y Fidel de Sigmaringa, mártir. |
| 25 | c | S. Marcos, evangelista. |
| 26 | d | Stos. Cleto y Marcelino, papas y mártires. |
| 27 | e | Stos. Pedro Canisio, doc.; Anastasio, papa; Pedro Armengol y Toribio de Mogrovejo, arz. de Lima. |
| 28 | f | Stos. Pablo de la Cruz, Prudencio, ob., y Vidal, mr. |
| 29 | g | Stos. Pedro de Verona, mr., y Roberto, abad. |
| 30 | a | Sta. Catalina de Sena, virg., y santos Indalecio, ob. y mr., y Pelegrín, confesor. |

MAYO

- | | | |
|----|---|--|
| 1 | b | <i>Stos. Felipe y Santiago, apóstoles.</i> |
| 2 | c | S. Anastasio, obispo y doctor. |
| 3 | d | <i>La Invención de la Santa Cruz.</i> |
| 4 | e | Sta. Mónica, viuda. |
| 5 | f | La Conversión de S. Agustín, y S. Pío V, papa. |
| 6 | g | S. Juan <i>Ante Portam Latinam.</i> |
| 7 | a | S. Estanislao, obispo y mártir. |
| 8 | b | La Aparición de S. Miguel Arcángel y la Fiesta de la Sma. Trinidad por la conversión de los godos. |
| 9 | c | S. Gregorio Nacianceno, obispo y doctor, y la Traslación de S. Nicolás de Bari, arzobispo. |
| 10 | d | S. Antonino, arzobispo de Florencia. |
| 11 | e | Stos. Mamerto, obispo, y Francisco de Jerónimo, confesor. |
| 12 | f | Sto. Domingo de la Calzada, confesor. |
| 13 | g | Stos. Roberto Belarmino, doc.; Pedro Regalado y Segundo ob. y mr. |
| 14 | a | S. Bonifacio, mártir. |
| 15 | b | Stos. Isidro Labrador y Juan Bautista de la Salle. |
| 16 | c | Stos. Juan Nepomuceno, mr., y Ubaldo, ob. |
| 17 | d | S. Pascual Bailón, confesor. |
| 18 | e | Stos. Venancio mártir y Félix de Cantalicio. |
| 19 | f | S. Pedro Celestino, papa. |
| 20 | g | S. Bernardino de Sena, confesor. |
| 21 | a | S. Secundino, mártir. |
| 22 | b | Stas. Rita de Casia, viuda; Quiteria y Julita, vírgenes y mártires |
| 23 | c | La Aparición de Santiago Apóstol. |
| 24 | d | S. Robustiano, mártir; la Sma. Virgen, Auxilio de los cristianos. |
| 25 | e | Stos. Gregorio VIII, confesor, y Urbano, papas, y santa María Magdalena de Pazzis, vg. |
| 26 | f | S. Felipe Neri, confesor y fundador. |
| 27 | g | Stos. Juan, p. y mr., y Beda, venerable doctor. |
| 28 | a | Stos. Justo y Germán, obispos. |
| 29 | b | S. Maximino, obispo y confesor. |
| 30 | c | S. Fernando, rey de Castilla. |
| 31 | d | <i>La Stma. Virgen María, Mediadora de todas las gracias,</i> y Sta. Petronila, virgen. |

JUNIO

- | | | |
|----|---|--|
| 1 | e | S. Iñigo, abad. |
| 2 | f | Stos. Marcelino y Pedro, mártires. |
| 3 | g | S. Isaac y santa Clotilde, reina. |
| 4 | a | S. Francisco Caracciolo y santa Saturnina. |
| 5 | b | S. Bonifacio, obispo y mártir. |
| 6 | c | S. Norberto, obispo y fundador. |
| 7 | d | S. Roberto, abad. |
| 8 | e | S. Salustiano, confesor. |
| 9 | f | Stos. Primo y Feliciano, mártires. |
| 10 | g | S. Timoteo, obispo y mártir, y Margarita, reina de Escocia, virgen. |
| 11 | a | S. Bernabé, apóstol. |
| 12 | b | Stos. Juan de Sahagún, conf., y Onofre, anac. |
| 13 | c | <i>S. Antonio de Padua.</i> |
| 14 | d | S. Basilio Magno, doctor y fundador. |
| 15 | e | Stos. Vito, Modesto y Crescencia, mártires. |
| 16 | f | Stos. Juan Francisco Regis, confesor; Quirico, y santa Julita, mártires. |
| 17 | g | Stos. Manuel, Ismael y compañeros mártires. |
| 18 | a | Stos. Marco, Marcelino, Ciriaco y Paula, mártires; Efrén, doctor. |
| 19 | b | Stos. Gervasio y Protasio, mártires. |
| 20 | c | S. Silverio, p. y mr., y Sta. Florentina, vg. |
| 21 | d | Stos. Luis Gonzaga conf., y Eusebio, obispos. |
| 22 | e | Stos. Paulino, obispo; Acacio y compañeros mártires. |
| 23 | f | Stos. Juan, Félix y Zenún, mártires. |
| 24 | g | <i>La Natividad de S. Juan Bautista.</i> |
| 25 | a | Sta. Orosia, virgen y mártir, y Stos. Guillermo y Eloy, obispo. |
| 26 | b | Stos. Juan y Pablo, hermanos, y Pelayo, mrs. |
| 27 | c | S. Zoilo y compañeros mártires. |
| 28 | d | S. Irineo, obispo y mártir. |
| 29 | e | ✠ <i>Stos. Pedro y Pablo, apóstoles.</i> |
| 30 | f | La Conmemoración de S. Pablo, apóstol, y S. Marcial, obispo. |

JULIO

- | | | |
|----|---|---|
| 1 | g | <i>La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo</i> |
| 2 | a | La Visitación de Nuestra Señora. |
| 3 | b | S. Trifón y comps. mrs.; S. León II, papa. |
| 4 | c | S. Laureano, obispo y mártir, y beato Valentín de Berrio-Ochoa, mártir. |
| 5 | d | Stos. Miguel de los Santos y Antonio María Zacarías, confesores. |
| 6 | e | Stos. Isafas, profeta, y Luciana, mártir. |
| 7 | f | Stos. Fermín, obispo y mártir; Claudio, mr., Cirilo y Metodio, obispo. |
| 8 | g | Sta. Isabel, viuda, reina de Portugal. |
| 9 | a | S. Cirilo, obispo y mártir, y Odón, obispo. |
| 10 | b | Stas. Segunda y Rufina, herms. mrs., y Amalia, virgen. |
| 11 | c | Stos. Pío I, papa, y Abundio, mártir. |
| 12 | d | Stos. Juan Gualberto, abad, y Marciana, vg. |
| 13 | e | S. Anacleto, papa y mártir. |
| 14 | f | S. Buenaventura, obispo y doctor. |
| 15 | g | Stos. Anastasio, ob., y Enrique, emperador. |
| 16 | a | El Triunfo de la Santa Cruz y Ntra. Sra. del Carmen. |
| 17 | b | S. Alejo, confesor. |
| 18 | c | Stas. Sinforosa y siete hijos y Marina, virgen, y San Federico, obispo y mártir. |
| 19 | d | Stas. Justa y Rufina, vírgenes y mártires, y S. Vicente de Paúl. |
| 20 | e | S. Elías, profeta, y Stas. Margarita y Librada, vírgenes y mártires. |
| 21 | f | Sta. Práxedes, virgen. |
| 22 | g | Sta. María Magdalena. |
| 23 | a | Stos. Apolinar, ob. y mr., y Liborio, obispo. |
| 24 | b | Sta. Cristina, vg., y S. Francisco Solano. |
| 25 | c | ✠ <i>Santiago, apóstol, Patrón de España.</i> |
| 26 | d | <i>Sta. Ana, Madre de Nuestra Señora.</i> |
| 27 | e | S. Pantaleón, mártir. |
| 28 | f | Stos. Víctor, papa y mártir, e Inocencio, papa; Santa Catalina Tomás, virgen. |
| 29 | g | Sta. Marta, virgen, y Stos. Félix, papa; Simplicio, Faustino y Beatriz, mártires. |
| 30 | a | Stos. Abdón y Señén, mártires. |
| 31 | b | S. Ignacio de Loyola, fundador |

AGOSTO

- | | | |
|----|---|--|
| 1 | c | S Pedro ad Víncula |
| 2 | d | Ntra. Sra. de los Angeles, Stos. Alfonso María de Ligorio, obispo y doctor, y Pedro, obispo de Osma. |
| 3 | e | La Invención de S Esteban, protomártir |
| 4 | f | Stos. Domingo de Guzmán fundador, y Juan Bautista Vianney, cura de Ars. |
| 5 | g | Nuestra Señora de las Nieves. |
| 6 | a | La Transfiguración del Señor, y santos Justo y Pastor, mártires. |
| 7 | b | Stos. Cayo, fundador; Alberto de Sicilia, confesor, y Donato, obispo y mártir. |
| 8 | c | Stos. Ciriaco y compañeros mártis., y Severo, confesor. |
| 9 | d | Stos. JuanB.Vianney, cf.; Román, m. y Domiciano, ob. |
| 10 | e | S. Lorenzo, mártir. |
| 11 | f | Stos. Tiburcio y Susana, mártires. |
| 12 | g | Sta. Clara, virgen y fundadora. |
| 13 | a | Stos. Hipólito y Casiano, mártires, y Juan Berchmans, confesor. |
| 14 | b | S. Eusebio, confesor. |
| 15 | c | ✠ <i>La Asunción de Nuestra Señora.</i> |
| 16 | d | S. Joaquín, padre de la Santísima Virgen y S. Roque. |
| 17 | e | S. Jacinto, confesor. |
| 18 | f | S. Agapito, mártir, y santas Elena, emperatriz, y Clara de Montefalco. |
| 19 | g | Stos. Juan Eudes, cf.; Luis, ob., y Magín, mártir. |
| 20 | a | S. Bernardo, abad, doctor y fundador. |
| 21 | b | Stas. Juana Fremiot, fundadora; Basa y tres hijos. |
| 22 | c | Stos. Sinfioriano, Fabriciano, Hipólito y Timoteo. |
| 23 | d | S. Felipe Benicio, confesor. |
| 24 | e | S. Bartolomé, apóstol. |
| 25 | f | Stos. Luis, rey de Francia, Ginés, mártir, Micaela de Smo. Sacramento, virgen. |
| 26 | g | S. Ceferino, papa y mártir. |
| 27 | a | S. José de Calasanz, fundador. |
| 28 | b | S. Agustín, obispo, doctor y fundador. |
| 29 | c | La Degollación de S. Juan Bautista. |
| 30 | d | Sta. Rosa de Lima, virgen. |
| 31 | e | S. Ramón Nonnato, confesor, y Sto. Dominguito de Val, mártir. |

SEPTIEMBRE

- | | | |
|----|---|--|
| 1 | f | Stos. Gil, abad; Vicente y Leto, mártires. |
| 2 | g | Stos. Antolín, mártir, y Esteban, rey. |
| 3 | a | Stos. Ladislao, rey, Sandalio, mártir. |
| 4 | b | Stas. Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalía. |
| 5 | c | S. Lorenzo Justiniano, obispo. |
| 6 | d | S. Eugenio y compañeros mártires. |
| 7 | e | Sta. Regina, virgen y mártir. |
| 8 | f | <i>La Natividad de Nuestra Señora.</i> |
| 9 | g | Sta. María de la C. y S. Pedro Claver, conf. |
| 10 | a | S. Nicolás de Tolentino, confesor. |
| 11 | b | Stos. Proto y Jacinto, mártires. |
| 12 | c | El dulce Nombre de María, S. Leoncio y compañeros mártires. |
| 13 | d | S. Felipe y compañeros mártires. |
| 14 | e | La Exaltación de la Santa Cruz. |
| 15 | f | <i>Los Dolores Gloriosos de María Santísima</i> y S. Nicomedes, mártir. |
| 16 | g | Stos. Cornelio, papa; Cipriano, obispo, y Rogelio mártires. |
| 17 | a | Las llagas de S. Francisco de Asís y S. Pedro Arbués, mártir. |
| 18 | b | Sto. Tomás de Villanueva, arzobispo. |
| 19 | c | S. Jenaro, obispo, y el beato Jerónimo Hermosilla, obispo y mártir. |
| 20 | d | S. Eustaquío y compañeros mártires. |
| 21 | e | S. Mateo, apóstol y evangelista. |
| 22 | f | S. Mauricio y compañeros mártires. |
| 23 | g | Sta. Tecla, virgen y mártir, y S. Lino, p. y m. |
| 24 | a | Nuestra Señora de las Mercedes. |
| 25 | b | Sta. María de Cervellón, virgen; S. Lope, ob. |
| 26 | c | S. Cipriano y Sta. Justina, virgen, mártires. |
| 27 | d | Stos. Cosme y Damián, mártires. |
| 28 | e | S. Wenceslao, mártir; Sta. Eustoquia, virgen, y el beato Simón de Rojas, confesor. |
| 29 | f | <i>La Dedicación de San Miguel Arcángel.</i> |
| 30 | g | S. Jerónimo, doctor, y Sta. Soffa, viuda. |

OCTUBRE

- | | | |
|----|---|--|
| 1 | a | El Santo Angel Custodio del Reino, y S. Remigio obispo. |
| 2 | b | Los Stos. Angeles de la Guarda, y S. Olegario. |
| 3 | c | Stos. Cándido, mártir, y Gerardo, abad; Teresa del Niño Jesús, virgen. |
| 4 | d | S. Francisco de Asís, fundador. |
| 5 | e | Stos. Froilán y Atilano, obs., y Plácido, mr |
| 6 | f | S. Bruno, fundador. |
| 7 | g | <i>Nuestra Señora del Rosario.</i> |
| 8 | a | Sta. Brígida, viuda. |
| 9 | b | S. Dionisio Areopagita y compañeros mártires. |
| 10 | c | Stos. Francisco de Borja y Luis Beltrán. |
| 11 | d | <i>La Maternidad de la Sma. Virgen;</i> Stos. Nicasio, ob. y mr., y Fermín, obispo. |
| 12 | e | Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza, Stos, Félix y Cipriano, mártires; Serafín, confesor. |
| 13 | f | Stos. Fausto, mr., y Eduardo, rey y confesor. |
| 14 | g | S. Calixto, papa y mártir. |
| 15 | a | Sta. Teresa de Jesús, virgen y fundadora. |
| 16 | b | S. Galo, abad, y santa Adelaida, virgen. |
| 17 | c | Stas. Eduvigis, viuda; M. María Alacoque, virgen. |
| 18 | d | S. Lucas, evangelista. |
| 19 | e | S. Pedro de Alcántara, confesor. |
| 20 | f | S. Juan Cancio, conf. Sta. Irene, v. y mártir. |
| 21 | g | Sta. Ursula y compañeras, vgs. y mártires, y S. Hilarión, abad. |
| 22 | a | Sta. María Salomé, viuda. |
| 23 | b | Stos. Pedro Pascual, ob. y m.; <i>B. Antonio M. Claret.</i> |
| 24 | c | Stos. Rafael, arcángel, y Bernardo Calvo, ob. |
| 25 | d | Stos. Frutos, Crisanto, Daría, Crispín y Crispiniano. |
| 26 | e | S. Evaristo, papa. |
| 27 | f | S. Vicente y Stas. Sabina y Cristeta, mártires. |
| 28 | g | <i>Stos. Simeón y Judas Tadeo, apóstoles.</i> |
| 29 | a | S. Narciso, obispo, y Sta. Eusebia, vg. y mártir. |
| 30 | b | Stos. Alfonso Rodríguez, confesor, y Claudio y compañeros mártires. |
| 31 | c | S. Quintín, mártir, y Sta. Lucita, virgen |

NOVIEMBRE

- 1 d ✕ *Todos los Santos.*
2 e La Conmemoración de los difuntos, y santa Eustaquia.
3 f S. Valentín y los innumerables mártires de Zaragoza.
4 g S. Carlos Borromeo, ob., y Sta. Modesta, v.
5 a Stos. Zacarías e Isabel, padres del Bautista.
6 b Stos. Severo, ob. y mr., y Leonardo, abad.
7 c Stos. Antonio y comps. mrs., y Florencio, ob.
8 d S. Severiano y compañeros mártires.
9 e Stos. Teodoro, mártir, y Sotero, y la Dedicación de la Iglesia del Salvador de Roma.
10 f S. Andrés Avelino, confesor.
11 g S. Martín. obispo y confesor.
12 a Stos. Martín, papa; Diego de Alcalá y Millán.
13 b Stos. Eugenio III, y Estanislao de Kotska.
14 c Stos. Serapio, mr.; Lorenzo, ob., y Josafat, obispo y mártir.
15 d Stos. Alberto Magno, doc.; Eugenio, arz. y mártir, y Leopoldo.
16 e Stos. Rufino y compañeros mártires.
17 f Sta. Gertrudis la Magna, virg., y Stos. Acisclo y Victoria, hermanos mártires.
18 g Stos. Máximo, obispo, y Román, mártir.
19 a Sta. Isabel, viuda, reina de Hungría.
20 b S. Félix de Valois, fundador.
21 c La Presentación de Nuestra Señora, y santos Rufo y Esteban, mártires.
22 d Sta. Cecilia, virg. y mr.
23 e S. Clemente, papa y mártir.
24 f Stos. Juan de la Cruz y Crisógono y Sta. Flora.
25 g Sta. Catalina, virg. y mr.
26 a Los Desposorios de Nuestra Señora, y santos Pedro Alejandrino, ob., y Silvestre, abad.
27 b Stos. Facundo y Primitivo, mrs.
28 c S. Gregorio III, papa.
29 d S. Saturnino, mártir.
30 e S. Andrés, apóstol.



DICIEMBRE

- | | | |
|----|---|---|
| 1 | f | Sta. Natalia, viuda, y S. Eloy, obispo. |
| 2 | g | Stas. Bibiana y Elisa, vírgenes. |
| 3 | a | Stos. Francisco Javier, confesor, y Claudio. |
| 4 | b | Sta. Bárbara, virgen y mártir, y S. Pedro Crisólogo, doctor. |
| 5 | c | Stos. Sabas, abad, y Anastasio, mártir. |
| 6 | d | S. Nicolás de Bari, arzobispo de Mira. |
| 7 | e | S. Ambrosio, arzobispo y doctor. |
| 8 | f | ✠ <i>La Purísima Concepción de Nuestra Señora.</i> |
| 9 | g | Sta. Leocadia, virgen y mártir. |
| 10 | a | Nuestra Señora de Loreto, Stos. Melquiades, papa y Eulalia de Mérida, virg. y mr. |
| 11 | b | S. Dámaso, papa y confesor. |
| 12 | c | La Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, y S. Donato y comps. mrs. |
| 13 | d | Sta. Lucía, vg., y el beato Juan de Marinonio. |
| 14 | e | S. Nicasio, obispo y mártir. |
| 15 | f | S. Eusebio, obispo. |
| 16 | g | S. Valentín, mártir. |
| 17 | a | Stos. Lázaro, obispo y mártir, y Franco de Sena, confesor. |
| 18 | b | Nuestra Señora de la O. |
| 19 | c | S. Nemesio, mártir. |
| 20 | d | Santo Domingo de Silos, abad. |
| 21 | e | <i>Santo Tomás, Apóstol.</i> |
| 22 | f | S. Demetrio, mártir. |
| 23 | g | S. Nicolás Factor, conf., y Sta. Victoria, mr. |
| 24 | a | S. Gregorio, presbítero y mártir. |
| 25 | b | ✠ <i>La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.</i> |
| 26 | c | S. Esteban, protomártir, |
| 27 | d | <i>S Juan, apóstol y evangelista.</i> |
| 28 | e | <i>Los Santos Inocentes, mártires.</i> |
| 29 | f | Sto. Tomás Cantuariense, ob. y mr. |
| 30 | g | La Traslación de Santiago, ap., y S. Sabino. |
| 31 | a | S. Silvestre, papa y confesor. |



DIAS EN QUE SE CELEBRAN LAS FIESTAS

que por no tener día fijo no van comprendidas en el siguiente calendario.

El primer domingo del año: *El Dulcísimo nombre de Jesús.*

El primer domingo después de la Epifanía: *La Sagrada Familia.*

El viernes después del domingo de Pasión: *Los Dolores de Nuestra Señora.*

El miércoles después del domingo segundo de Pascua de Resurrección: *La Solemnidad de San José.*

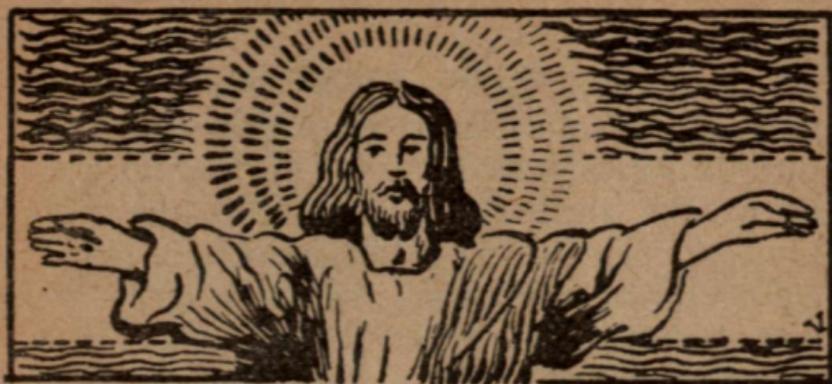
El domingo siguiente a la Pascua de Pentecostés: *La Santísima Trinidad.*

El día siguiente a la Octava del Corpus: *El Sacratísimo Corazón de Jesús.*

El sábado que precede al último domingo de agosto: la fiesta del *Purísimo e Inmaculado Corazón de María.*

La última dominica de octubre: *La Realeza de Nuestro Señor Jesucristo.*

sito para conseguir el mismo fin. No dudo que dirás: «La voluntad no se resiste ni puede resistirse al ver tantos santos y santas que eran hombres y mujeres como yo, flacos y miserables como yo, y que algunos habían sido tanto y quizás más pecadores que yo; pero se arrepintieron y se confesaron bien de todos sus pecados, y así consiguieron la gracia; al contemplar que ellos vivían en el mismo mundo que yo vivo, rodeados de los mismos peligros y combatidos de los mismos enemigos, y no obstante se salvaron, también espero salvarme yo, si hago lo que ellos hicieron. «¿No serás como éstos y éstas?», me digo, como se decía Agustín. Sí; yo me valdré de los medios de que ellos se valieron, y así conseguiré el mismo fin, ya que no me interesa menos a mí el salvarme que les interesaba a ellos su salvación. Ellos se salvaron, también me quiero salvar yo, cueste lo que costare. Al efecto, procuraré tener a la vista las imágenes de los santos cuyos originales están en los cielos; leeré con reflexión sus vidas; celebraré con devoción sus fiestas, no a lo mundano, con bailes, embriagueces, deshonestidades y otros pecados, como hacen los malos cristianos, sino admirando su heroísmo e imitando sus virtudes, y así espero conseguir la verdadera felicidad, que ha de durar por toda la eternidad en el cielo. Amén.»



CAMINO RECTO Y SEGURO
PARA
LLEGAR AL CIELO

INTRODUCCIÓN

Nos dice Jesucristo de sí mismo en el Evangelio: *Yo soy el CAMINO, la verdad y la vida.* Y como en tanto se camina por El, según explican los sagrados expositores, en cuanto se observa con exactitud su santísima ley, se reciben sus Sacramentos y se procura imitar sus ejemplos; por esto, todo cristiano, para que más fácilmente observe sus divinos mandamientos, y por este medio logre la vida eterna, hará *todos los días* por la mañana y por la noche las prácticas devotas que se llaman *Ejercicios del cristiano*; rezará una parte del santísimo Rosario; oirá la Santa Misa cuando buena-mente pueda; consagrará un rato a la oración mental, aun cuando sea trabajan-

do de manos, si no tiene tiempo para más; y, si sabe, leerá en algún libro espiritual, u oirá su lectura; y, cuando esto no pueda, suplirá esta falta considerando las llagas del cuerpo santísimo de Jesús, *libro escrito con caracteres de sangre*, que con penetrantes y enérgicas voces nos están diciendo: «Amor, amor a un Dios hecho hombre, que nos amó hasta el extremo de dar la vida por nuestro amor, hasta el exceso de morir en el infamante patíbulo de la cruz, cual si fuera el más vil ladrón y criminal facineroso.»

Todas las semanas asistiré, en los días de fiesta, a las solemnidades de la Iglesia, como son: Oficios divinos, sermones y explicación de la doctrina, Rosario, etc.; y es muy útil que todo esto se haga en la iglesia parroquial. Así procurará santificar estos días que están destinados para que el cristiano los emplee en el servicio de Dios; por el cual fin, además de lo dicho arriba, se ocupará en otras obras buenas, como son: visitar enfermos y encarcelados, enseñar a los ignorantes, etcétera; y se abstendrá de las malas y peligrosas, especialmente de trabajar, de bailes, amoríos, juegos prohibidos, etcétera. En cuanto a la doctrina, pondrá un cuidado particular en aprenderla para saber después practicarla, por cuanto no puede un adulto ser admitido en el reino del cielo sin que la haya sabido y puesto en obra.

Cada ocho o quince días, recibirá los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, o a lo menos *cada mes*.

Cada año hará confesión general, y tendrá algunos días de retiro para dedicarse a santos ejercicios bajo la dirección de un sabio y discreto director.

En todo tiempo debe ser exacto en la observancia de los santos mandamientos y cumplimiento de los deberes del propio estado, y dar de mano a todas las ocasiones de pecar, cuales son: compañías perversas, ociosidad, juegos, bailes indecentes, amoríos, teatros de malas representaciones, todo lo que pueda inducir a pecado mortal.

En este librito hallará el cristiano que de veras desee salvarse todo cuanto necesita para cumplir con sus deberes y para llevar una vida del todo conforme a la santa y dulce ley del Señor, con lo que dará gloria a Dios en esta vida, y después irá a gozar de El y alabarle por toda la eternidad en el cielo, que es mi deseo y lo que me ha movido a ofrecerle este librito.



¡Oh Virgen y Madre de Dios!
Yo me entrego por hijo vuestro.



EJERCICIO DEL CRISTIANO

—
POR LA MAÑANA

Al despertar, hará la señal de la cruz, diciendo:

Por la señal † de la santa cruz, de nuestros † enemigos líbranos, Señor, † Dios nuestro. En el nombre del Padre y del Hijo † y del Espíritu Santo. Amén, Jesús.

Después dirá:

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Levantado y vestido, se arrodillará y dirá:

Dios y Señor mío, en quien creo y espero, a quien adoro y amo con todo mi corazón: Os doy gracias por haberme criado, redimido, hecho cristiano y conservado en esta noche. Ofrezcoos y consagro a vuestra honra y gloria todos mis pensa-

mientos, palabras, obras y trabajos, con intención de ganar con ellos todas las indulgencias concedidas, las que aplico en sufragio de las almas del purgatorio, especialmente de las que sean más del agrado de María Santísima y de mi particular obligación. Humildemente os pido perdón de mis pecados, y me pesa de lo íntimo de mi corazón de haberos ofendido, y por los méritos de Jesucristo y de la Virgen Santísima, os suplico me deis gracia para no ofenderos de nuevo.

En seguida rezará la oración del *Padre nuestro*, *Ave María* y *Credo*; y dirigiéndose a la Santísima Virgen, dirá:

¡Oh Virgen y Madre de Dios! Yo me entrego por hijo vuestro, y en honor y gloria de vuestra pureza os ofrezco mi alma y cuerpo, mis potencias y sentidos, y os suplico me alcancéis la gracia de no cometer jamás pecado alguno. Amén, Jesús. Tres *Avemarías*.

Ahora invocará al Santo Angel Custodio, diciendo:

Angel de Dios, custodio mío: Ya que la soberana piedad me enco-

mendó a ti, alumbrame, guárdame, rígeme y gobiérname. Amén (1).

Al dar principio al trabajo dirá:

Ofrézcoos, Dios mío, esta obra; echad benigno sobre ella vuestra santa bendición.

Entre día levantará con frecuencia el corazón a Dios con alguna de estas o semejantes aspiraciones:

En Vos creo, Dios mío; en Vos espero; os adoro, os amo sobre todas las cosas; Jesús mío, tened misericordia de mí. Asistidme, Salvador mío, con vuestra gracia para que nunca os ofenda.

Antes de comer dirá:

Echad, Dios mío, vuestra santa bendición sobre nosotros y sobre estos alimentos que vamos a tomar, para conservarnos en vuestro santo servicio. *Padre nuestro* y *Ave María*.

Después de comer dará gracias diciendo:

Os damos gracias, Señor, por el

(1) Indulgencias de cien días cada vez; *plenaria* con las condiciones de costumbre, una vez al mes, en el día que uno eligiere; otra, *plenaria*, el día 2 de octubre, y, por fin, en la hora de la muerte.

alimento con que nos habéis favorecido: concedednos que usemos de él santamente. *Padre nuestro* y *Ave María*.

Al dar el reloj la hora, rezará el *Ave María* y dirá:

Ofrézcoos, Dios mío, todos los instantes de esta hora, y concededme que los emplee en cumplir vuestra santa voluntad.

Cuando le moleste alguna tentación, se santiguará y rezará un *Ave María*, y dirá:

Señor: Dadme gracia para no ofenderos jamás.

Si cayese en pecado o dudase si ha consentido, arrepíentase al instante y diga de corazón:

Misericordia, Dios mío; pésame de todo corazón de haberos ofendido, por ser Vos quien sois y porque os amo sobre todas las cosas; pésame, mi buen Jesús, de haber pecado, y con vuestra gracia propongo morir mil veces antes que ofenderos.

En los trabajos dirá:

Dadme paciencia, Dios mío, y aceptad este trabajo que me aflige,

en satisfacción de mis pecados.—
Bendito sea Dios.—Sea todo por
Dios.

Dirá estas u otras palabras buenas,
guardándose de las malas, ya que tan
pronto se dice una buena como una
mala.

Al toque de oraciones dirá:

v. Angelus Do-
mini nuntiavit Ma-
riae.

R. Et concepit
de Spiritu Sancto.

Ave Maria...

v. Ecce ancilla
Domini.

R. Fiat mihi se-
cundum verbum
tuum.

Ave Maria...

v. Et Verbum
caro factum est.

R. Et habitavit
in nobis.

Ave Maria...

v. Ora pro no-
bis, sancta Dei ge-
nitrix.

v. El ángel del
Señor anunció a
María.

R. Y concibió
por obra del Espí-
ritu Santo.

*Dios te salve,
María...*

v. He aquí la
esclava del Señor.

R. Hágase en
mí según tu pala-
bra.

*Dios te salve,
María...*

v. Y el Verbo
se hizo carne.

R. Y habitó en-
tre nosotros.

*Dios te salve,
María...*

v. Ruega por
nosotros, santa Ma-
dre de Dios.

R. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

OREMUS

Gratiam tuam quaesumus, Domine, mentibus nostris infunde, ut qui Angelo nuntiante, Christi Filii tui incarnationem cognovimus, per passionem ejus et crucem ad resurrectionis gloriam perducamur. Per eundem Christum Dominum nostrum.

R. Amen.

R. Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

ORACIÓN

Infundid, Señor, vuestra gracia en nuestras almas a fin de que los que hemos conocido por la voz del ángel la encarnación de Cristo vuestro Hijo, por su pasión y cruz lleguemos a la gloria de la resurrección. Por el mismo Cristo nuestro Señor.

R. Amén (1).

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Por los siglos de los siglos. Amén.

Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar y la Purí-

(1) Indulgencia de cien días cada vez, y plenaria cada mes rezándolo todos los días por la mañana, al medio día y noche al toque de campana. Los que no lo sepan de memoria o no sepan leer, ganarán las indulgencias rezando cinco *Avemarias*.

sima Concepción de María Santísima, Madre y Señora nuestra, concebida sin mancha de pecado original en el primer instante de su ser. Amén.

Luego, se pide la bendición.

A la noche, al hacer la señal para la oración de las ánimas, dirá el *De profundis*, si lo sabe, y si no, un *Padre nuestro* y *Ave María*, y el versículo siguiente:

- v. Requiem aeternam dona eis, Domine.
- R. Et lex perpetua luceat eis.
- v. Requiescant in pace.
- R. Amén (1).

Cuando se lleva el santísima Viático a los enfermos le acompañará si puede, y así ganará las indulgencias; y si no puede se arrodillará, le adorará, rezará un *Padre nuestro* y *Ave María*, y dirá:

Dad, Señor, a ese nuestro hermano enfermo las gracias que necesita para su salvación y gloria vuestra.

POR LA NOCHE

Antes de acostarse se arrodillará, y hecha la señal de la cruz, dirá:

Señor, Dios mío, en quien creo y espero, a quien adoro y amo con

(1) Indulgencia de 300 días cada vez que se rece este versículo.

todo mi corazón: os doy gracias por haberme criado, redimido, hecho cristiano y conservado en este día. Dadme gracia para conocer mis pecados y arrepentirme de ellos.

Aquí se examinará, preguntándose a sí mismo: ¿Qué he hecho hoy? ¿Cómo lo he hecho? ¿Qué he dejado de hacer de lo que debía? Y concluirá el examen con un fervoroso acto de contrición, diciendo:

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Criador, Padre y Redentor mío, en quien creo y espero, a quien amo sobre todas las cosas; sólo por ser Vos quien sois, bondad inmensa, infinitamente misericordioso, y por la sangre preciosísima que por mí derramásteis en al árbol santo de la cruz, digo que me pesa de haberos ofendido; me pesa, Dios mío, de que no me pese más; y aun cuando no hubiera infierno que temer, ni gloria que esperar, sólo por ser Vos quien sois, me arrepiento, aborrezco mis culpas y me pesa de haber pecado; y quisiera, Señor, que vinieran sobre mí todos los males, y aun la muerte, antes que ofenderos de nuevo; propongo, Señor, nunca más pecar y apartarme de las ocasiones de ofen-

deros; os ofrezco mi vida, obras y trabajos en satisfacción de todos mis pecados; y así como lo pido, así espero en vuestra bondad y misericordia infinita que me los perdonaréis, y me daréis gracia para enmendarme y perseverar hasta el fin de mi vida en vuestra amistad y gracia. Amén.

En seguida dirá:

Conservadme, Señor, en esta noche sin pecado, y libradme de todo mal.

Procurará ponerse en el estado en que quisiera hallarse en la hora de la muerte, y pensará un rato sobre lo inútiles que le serán en aquella hora las riquezas, honras, placeres y pasatiempos; qué pena han de darle los pecados cometidos, y qué satisfacción las buenas obras, y dirá:

¡Qué sería de mí, Dios mío, si en esta noche hubiera de morir y comparecer a vuestro tribunal a rendir cuentas! ¿Estoy en gracia o en pecado mortal? ¿Has hecho buenas confesiones, o malas? ¿En qué estado me hallo? ¿Tengo odio a alguno? ¿Retengo lo ajeno? ¿Tengo el vicio de jurar, de murmurar, de trabajar

en días festivos, de cometer acciones impuras? ¿Cumplo con mis deberes y empleo el tiempo santamente? ¿Qué respuestas doy a estas preguntas? ¡Ay de mí! ¡Cuán riguroso es el juicio a que he de ser presentado, y cuánto debo temer si no me arrepiento y enmiendo mientras se me da tiempo!

Después dirá, a lo menos, el *Padre nuestro*, *Ave María* y *Credo*, y la oración al santo Angel (pág. 34).

Puesto en la cama dirá:

Muera yo en vuestra gracia, ¡oh Trinidad Santísima! Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Finalmente pedirá a Dios su bendición, haciendo sobre sí la señal de la cruz y diciendo:

La bendición de Dios omnipotente, Padre, Hijo † y Espíritu Santo, venga sobre mí y permanezca eternamente. Así sea.



ORACIÓN MENTAL

La oración es el medio más excelente que tenemos, después de los santos Sacramentos, para alcanzar y conservar la gracia y cuanto hemos menester. Por medio de la oración conversamos con Dios, con Jesucristo, con María Santísima, con los Angeles y Santos. Les comunicamos nuestros pensamientos y deseos; les hacemos presentes nuestras necesidades y alcanzamos el socorro y alivio de todas ellas. Ventaja inapreciable que supera infinitamente el honor tan envidiado de hablar a los príncipes de la tierra.

La oración nos es tan útil y necesaria, que por ella confesamos el poder soberano de Dios, adoramos sus infinitas perfecciones, le tributamos gracias por los beneficios recibidos, le manifestamos nuestras necesidades y le pedimos los auxilios necesarios. Por la oración aplaca-

mos la justa indignación de Dios, alcanzamos su misericordia y su santa gracia.

La oración nos es del todo indispensable, porque a ella van vinculadas muchas gracias que de otra manera no se podrían obtener. Rodeados como estamos de tantos enemigos y peligros, sintiéndonos débiles e incapaces de resistir por nosotros mismos a los atractivos del pecado y de los muchos escándalos, ¿cómo podríamos vencer sin el auxilio de la gracia y cómo podríamos esperar este auxilio si no lo pidiésemos a Dios? Por esto el orar es un precepto formal, intimado por Jesucristo: *Es necesario orar*—dice—, *orar siempre y no cesar jamás de orar*. Y, además, lo enseñó siempre con su santo ejemplo.

Oremos, pues, y pidamos a Dios por Jesucristo, y estemos seguros que alcanzaremos todo cuanto hemos menester, tanto para el cuerpo como para el alma, tanto para el tiempo como para la eternidad, tanto para nosotros como para los demás.

NOTA.—Haciendo todos los días media hora, o al menos un cuarto de hora de oración mental, se gana *indulgencia plenaria* cada mes, confesando, comulgando y orando a intención del Papa. La misma indulgencia ganan los que asiduamente aprenden o enseñan a hacer oración mental.

Modo práctico de hacer la oración mental

Antes de hacer la oración mental se ha de implorar la gracia del Espíritu Santo con la antifona, verso y oración siguientes. Y esto se observará en todas las meditaciones.

Ven, ¡oh Espíritu Santo!, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor (1).

v. Envía tu espíritu, y serán creados.

R. Y renovarás la faz de la tierra.

ORACION

¡Oh, Dios, que habéis instruído los corazones de vuestros fieles con las luces del Espíritu Santo!: dadnos el saber juzgar rectamente las cosas según el mismo Espíritu y gozar siempre de su consuelo, por Cristo, nuestro Señor. Amén.

Actos que se han de hacer cada día
y en cada meditación

ORACION PREPARATORIA

Dios y Señor mío: Yo creo firmísimamente que estás aquí presente.

Os adoro, Dios mío, con todo el

(1) Trescientos días de indulgencia cada vez.

rendimiento y afecto de mi corazón, y os pido humildemente perdón de todos mis pecados.

Os ofrezco, Señor y Padre mío, esta meditación, y espero me concederéis las gracias que necesito para hacerla bien. A este mismo fin acudo a Vos, Virgen Santísima, Madre mía, Angeles y Santos, para que intercedáis por mí y me alcancéis lo que he menester para hacer con fruto esta meditación. Amén.

Después se empezará con mucha pausa la lectura de la meditación (pueden verse algunas al final de este libro, páginas 465 y siguientes), mirándola como venida de Dios, y aplicando su contenido al estado presente del alma, con lo que verá cada uno lo que debe enmendar, reformar o mejorar; a su vista hará propósitos prácticos, y después de ellos, las súplicas y coloquios, ya al Padre Eterno, ya a su Hijo Santísimo, ya a la Virgen y a los Santos, a fin de obtener la gracia conveniente para hacer lo que se propone y para todo lo que desea.

Conclusión de la meditación

ACCION DE GRACIAS

Os doy gracias, Dios mío, por los buenos pensamientos, afectos e ins-

piraciones que me habéis comunicado en esta meditación.

OFRECIMIENTO

Os ofrezco los propósitos que en ella he formado, y os pido gracia muy eficaz para ponerlos por obra, y a este fin os suplico a Vos, María Madre mía, Angeles y Santos de mi devoción, que intercedáis por mí y me alcancéis esta gracia. Amén.

MÁXIMAS IMPORTANTÍSIMAS para tenerlas presentes a menudo

1.^a Has de morir en la hora que menos pienses. Tanto si lo piensas como si no lo piensas, tanto si lo crees como si no lo crees, morirás y serás juzgado, y te salvarás o te condenarás, según el bien o el mal que hayas obrado; y de eso no te escaparás, por más que digas o hagas.

2.^a ¿Y qué te aprovechará el adquirir todas las riquezas, y alcanzar todos los honores, y dar al cuerpo todos los gustos, si pierdes tu alma?

3.^a Las riquezas y los honores se quedarán en el mundo, el cuerpo en la sepultura, para ser comido de gusanos, y el alma en pecado como la de aquel Eplón, en el infierno, donde nos dice el Evangelio que fué sepultada.

MÁXIMAS PARA CADA DÍA DEL MES

1.^a Dios me ve, Dios me oye, Dios me ha de juzgar.

2.^a Dios es mi Criador, mi Redentor, mi Bienhechor, mi Padre; ¿me atreveré, pues, a ofenderle?

3.^a El alma es mía, es sola, es eterna... ¡Desdichado de mí si la pierdo!

4.^a Salvada el alma, todo está salvado; perdida el alma, todo está perdido, y perdido para siempre.

5.^a ¿De qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?

6.^a No hay paz, felicidad ni contento para quien vive apartado de Dios.

7.^a La muerte llega en la hora que menos se piensa.

8.^a En un instante se peca, en un instante se muere y en un instante se cae en el infierno.

9.^a La muerte es conforme a la vida.

10. Somos criados únicamente para Dios y para el cielo.

11. Todo es vanidad, menos amar a Dios.

12. Un momento de placer... ¿y después?... Después una eternidad de tormentos.

13. ¿Quién podrá habitar en medio del fuego devorador del infierno y entre los ardores sempiternos?

14. ¿Qué haría un condenado si tuviese el tiempo que yo tengo? Y yo, ¿qué hago?

15. El infierno está lleno de buenos deseos no puestos por obra.

16. El camino del cielo es estrecho, y son pocos los que andan por él; el del infierno es ancho, y son muchos los que lo siguen. Conviene vivir con los pocos, para salvarse con los pocos.

17. Breve padecer y eterno gozar.

18. Quien desprecia los pecados veniales no tardará en caer en los mortales.

19. En la hora de la muerte nada nos consolará sino las buenas obras, nada nos dará pena sino el mal que hayamos hecho.

20. Fué conveniente que Jesucristo padeciese, y así entrase en su gloria.

21. Cristo en ayunas, yo en harturas; Cristo desnudo, yo bien vestido; Cristo entre penas, yo nadando en delicias...

22. Haz al presente lo que quisieras haber hecho en la hora de la muerte, pues entonces querrás hacerlo y ya no será tiempo.

23. Velad y orad para no caer en tentación: Jesucristo es quien os avisa.

24. Es necesario orar sin cesar.

25. Sin hacerse violencia a sí mismo no se entra en el reino de los cielos.

26. ¡Ay del mundo por causa de los escándalos! Pero más desgraciado aún aquel por quien viene el escándalo. Jesucristo es quien lo dice.

27. ¿Qué consuelo reciben ahora los condenados de los deleites que gozaron en este mundo y con los que compraron el infierno?

28. El que no hace todo cuanto puede para salvar su alma, o no tiene fe o es un loco.

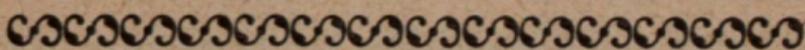
29. Para salvarse conviene tener la eternidad en la cabeza, a Dios en el corazón, y el mundo debajo de los pies.

30. Si deseamos entrar en el cielo, acordémonos siempre que la *puerta del cielo* es María.

31. El Angel custodio está siempre con nosotros: respetemos su presencia, agradezcamos su amor, confiemos en su ayuda y tengamos una tierna devoción a San José.



Le son perdonados muchos pecados,
— porque amó mucho.
(*Luc.*, vii, 47).



MODO DE CONFESARSE BIEN Y CON GRAN PROVECHO

Cristiano carísimo: has de saber y estar bien penetrado de esta importante verdad: *o confesión, o condenación* para los que han pecado mortalmente después del bautismo. La confesión, o sacramento de la Penitencia, fué instituída por Jesucristo para dar la gracia a los que desdichadamente la han perdido, y para aumentarla a los que por fortuna la conservan; es el iris de paz que reconcilia a los pecadores con Dios; es la única tabla de que deben asirse los que naufragaron en el mar de la culpa y del pecado, si quieren salvarse; es la sola medicina que se ofrece al cristiano, si quiere sanar de las mortales heridas que en su alma han abierto los pecados. Pero no debes echar en olvido que así como no obrará la medicina si no se administra en tiempo oportuno y del modo debido, tampoco el sacramento de la Penitencia sanará tus dolencias espirituales si no lo recibes al debido tiempo, o ahora que Dios te brinda con él, ahora que es tiempo aceptable y que son días de salud, ni te aprove-

charía si lo recibieres indignamente por falta de examen, de dolor, de propósito, de confesión o de satisfacción. Pero ya que deseas recibirlo con fruto, voy a enseñarte el modo con que lo debes hacer.

Oración para antes del examen.

¡Oh Dios eterno e incomprensible! Vos que con vuestro poder y sabiduría infinita habéis criado todas las cosas, dictando e imponiendo a cada una de ellas la ley, que observan exactamente y con la mayor prontitud! Vos también me habéis criado a mí, sacándome de la nada, para que os ame y sirva, y a este objeto encamine todos mis pensamientos, palabras y obras. Este, Señor, ha sido el fin para que he sido criado; y esta ley que me habéis impuesto es un yugo suave y una carga ligera; pero yo, criatura ingrata, he dicho, si no de palabra, a lo menos con las obras: *no os quiero servir...*; he despreciado vuestra ley santa, y os he insultado, ofendido y agraviado del modo más perverso, pues he tenido el atrevimiento de pecar en vuestra misma presencia... ¡Qué insolencia, Dios mío!... Perdonad, Se-

ñor, mis culpas, pues ya estoy arrepentido de haberlas cometido; iluminad mi entendimiento para conocerlas, y ayudad mi memoria para acordarme de todas ellas; inflamad mi voluntad para desterrarlas y arrojarlas fuera de mi alma por medio de una sincera y dolorosa confesión.

Virgen Santísima, abogada y Madre de los pobrecitos pecadores que se quieren enmendar, interceded por mí, que de veras quiero enmendarme y confesar todos mis pecados; haced que me acuerde de todos ellos y los deteste con verdadero dolor. Angel Santo de mi guarda, Patronos míos, rogad por mí; bien véis cuánto lo necesito para hacer una verdadera confesión.

Ahora examinarás tu conciencia, discutiendo por los mandamientos de la ley de Dios, de la Iglesia y obligaciones de tu estado; verás en qué has faltado y cuántas veces. Si puedes averiguar el número fijo de faltas que has cometido contra cada uno de los mandamientos, lo dirás; y si no, dirás las que sobre poco más o menos te parezca hayas cometido, o el tiempo que duró tal vicio y las veces que solías faltar cada día o cada semana.

Examen sobre los mandamientos

En el 1.º Examinarás si has negado algún misterio de la santa Religión, o dudado de él. Si has proferido palabras contra la fe. Si has leído o tienes en tu poder libros prohibidos o que merecen serlo. Si has desconfiado de la misericordia de Dios. Si te has quejado de su providencia con odio contra El o contra las cosas sagradas. Si has invocado al demonio, cooperado o creído en supersticiones, o consultado a los que obran por mal arte. Si te has valido de hechicerías para saber alguna cosa, para alcanzar lo que pretendías o para librarte de algún mal, o llevas contigo algún objeto de estas hechicerías o supersticiones.

En el 2.º Si has jurado falsamente, aunque sea por chanza y sin daño de tercero. Si has jurado con verdad, pero sin necesidad. Si tienes costumbre de jurar. Si has cumplido la penitencia medicinal que el Padre confesor te había impuesto para que te librases de algún vicio, v. gr.: que cada vez que se te escapara un juramento, blasfemia, maldición, palabra fea, murmuración, mentira u otra mala palabra, hicieras con la lengua una cruz en el suelo y que la besaras y rezaras un *Avemaría*, mayormente estando solo. Si has blasfemado de Dios, de la Santísima Virgen, Angeles o Santos. Si tú has

• hecho votos o promesas a Dios, a la Virgen, a los Angeles y Santos, y no los has cumplido.

En el 3.º Si has trabajado en día festivo; si el trabajo ha pasado de dos horas y si lo ha visto la gente y por lo mismo has dado escándalo.

• Si en los domingos y días de fiesta y obligación has asistido a la Misa con devoción, o si has estado hablando, durmiendo o advertidamente distraído, mirando objetos que no debías. Si en los días de fiesta has asistido a la instrucción, sermón, y demás fiestas religiosas. Si en dicho día te has ocupado en otras obras espirituales o únicamente en obras mundanas que habías renunciado en el bautismo.

8 Si desde el uso de razón has confesado a lo menos una vez cada año, y si lo has hecho bien. Si desde esa edad has comulgado al menos por la Pascua. Si desde los veintiún años has ayunado en los días señalados, de no tener algún impedimento. Si has faltado a las abstinencias. Si has presumido salvarte sin abstenerte de lo malo, ni arrepentirte, ni confesarte, ni hacer frutos dignos de penitencia, o sin procurar hacer obras buenas.

En el 4.º Si has ofendido a tus padres, maestros o superiores con palabras, acciones burlescas y atrevidas o murmurando de ellos. Si has faltado a su

obediencia al prohibirte andar de noche, juntarte con malas compañías y asistir a casas de juego y de peligro de pecar. Si has desobedecido cuando te han mandado asistir a la Misa, explicación del Catecismo, al sermón y demás funciones de religión, recepción de Sacramentos y demás obras buenas. Si has desobedecido en la aplicación al estudio, arte u oficio que te han procurado. Si has obedecido en las cosas de casa. Si has hecho todo cuanto te han mandado, tan pronto como has podido y tan bien como has sabido. Si cuando te han mandado alguna cosa has puesto mala cara, has refunfuñado o gruñido, has sido respondón o has dicho que no lo querías hacer. Si, siendo padre de familia o encargado de ella, no has cuidado de la educación de tus hijos, etc., o les has dado mal ejemplo, o permitido entre ellos algún peligro de escándalo. Si los has maldecido. Si has cuidado de que asistiesen a la doctrina y que aprendiesen a oír bien la santa Misa.

En el 5.º Si has tenido odio al prójimo, o negádole el saludo, o procurado vengarte de él. Si no has admitido la reconciliación, o le has dado algún escándalo o mal consejo. Si has insultado a alguno de palabra o de hecho, o has deseado, para ti o para otro, la muerte o algún otro mal.

En el 6.º Si te has entretenido en

pensamientos torpes, aun sin ánimo de efectuarlos. Si has hablado deshonestamente, cantado u oído cosas impuras, o leído libros o papeles escandalosos. Si tienes figuras obscenas en láminas, cajitas, alhajas, etc. Si has provocado a persona de diferente sexo de palabra u obra, explicando las circunstancias. Si contigo mismo has cometido alguna torpeza o con modas indecentes has dado escándalo al prójimo.

En el 7.º Si has intentado o deseado dañar los bienes de tu prójimo. Si has hurtado o retenido lo ajeno. Si no has cumplido las obligaciones de tu oficio, o devuelto lo hallado, o restituído lo que debías restituir. Si comprando o vendiendo has cometido alguna injusticia en el precio, medida o calidad de la cosa. Si has prestado con usura excesiva. Si en las dudas de licitud de algún contrato no lo has consultado con el confesor.

En el 8.º Si has mentido, y si con perjuicio del prójimo; si has descubierto algún pecado grave oculto, aunque cierto, o sembrado discordias entre las familias. Si has formado juicios temerarios, o criticado la conducta de tus superiores. Si no has restituído la fama quitada, y dado satisfacción al prójimo ofendido.

Los mandamientos 9.º y 10 van comprendidos en el 6.º y 7.º

Para examinar las faltas que hayas podido cometer contra los deberes de tu estado, mira lo que te corresponda en las *Obligaciones de varios estados*, que van a continuación.

Obligaciones de varios estados

OBLIGACIONES DE LOS CABEZAS

DE FAMILIA

- 1.^a Mantener la familia según el propio estado.
- 2.^a No disipar la hacienda en juegos ni en vanidades.
- 3.^a Satisfacer debidamente el salario a criados, jornaleros, etc.
- 4.^a Vigilar sobre las costumbres de sus hijos y dependientes.
- 5.^a Procurar que oigan la palabra de Dios y frecuenten los Santos Sacramentos.
- 6.^a Corregirlos con prudencia.
- 7.^a Castigarlos sin pasión de ira, etc.
- 8.^a Tratarlos con benevolencia.
- 9.^a Tenerlos ocupados.
10. Asistirlos en sus enfermedades.
11. Edificarlos con el buen ejemplo.
12. Encomendarles a Dios y proporcionarles buenos maestros, amos, etc.
13. Procurar la debida separación entre hijos e hijas y personas de diferente sexo.
14. No admitir persona alguna que pueda con sus conversaciones o de cualquier otra manera ser motivo de escándalo a la familia.

OBLIGACIONES DE LOS HIJOS Y DEPENDIENTES

- 1.^a Mirar y considerar a los padres y abuelos como representantes de Dios.
- 2.^a Amarlos de corazón.
- 3.^a Respetarlos debidamente y hablar bien de ellos, tanto en su presencia como estando ausentes.
- 4.^a Obedecerlos con prontitud.
- 5.^a Servirles con fidelidad.
- 6.^a Socorrerlos en sus necesidades.
- 7.^a Sufrir sus defectos, callando siempre.
- 8.^a Rogar a Dios por ellos.
- 9.^a Tener cuidado de las cosas de casa.

OBLIGACIONES DE LOS MARIDOS

- 1.^a Amar a la mujer como Jesucristo a la Iglesia.
- 2.^a No despreciarla porque es compañera inseparable.
- 3.^a Dirigirla como a inferior.
- 4.^a Tener cuidado de ella como guarda que es de su persona.
- 5.^a Mantenerla con decencia.
- 6.^a Sufrirla con paciencia.
- 7.^a Asistirla con caridad.
- 8.^a Corregirla con benevolencia.
- 9.^a No maltratarla con palabras ni obras.
10. No hacer ni decir cosa alguna delante de los hijos, aunque pequeños, que pueda serles motivo de escándalo.

OBLIGACIONES DE LAS ESPOSAS

- 1.^a Apreciar al marido.
- 2.^a Respetarle como a su cabeza.
- 3.^a Obedecerle como a superior.
- 4.^a Asistirle con toda diligencia.
- 5.^a Ayudarle con reverencia.
- 6.^a Contestarle con mansedumbre.
- 7.^a Callar cuando esté enojado y mientras dure el enfado.
- 8.^a Soportar con paciencia sus defectos.
- 9.^a Huir de toda familiaridad.
10. Cooperar con el marido a la educación de sus hijos.
11. No desperdiciar las cosas de casa ni sus bienes.
12. Respetar a los suegros como a padres.
13. Ser humilde con las cuñadas.
14. Mantener buena armonía con todos los de casa.

OBLIGACIONES DE LOS JÓVENES

- 1.^a Asistir a la doctrina.
- 2.^a Respetar a los ancianos.
- 3.^a Evitar las diversiones peligrosas.
- 4.^a Huir de la ociosidad y compañías sospechosas.
- 5.^a No retirarse tarde de noche.
- 6.^a Mortificar el propio cuerpo.
- 7.^a Evitar enamoramientos, canciones profanas, etc.
- 8.^a No tomar ninguna cosa ocultamente, aunque sea de su propia casa.

9.^a Rogar a Dios y tomar consejo de hombres prudentes, para acertar el estado que se debe tomar.

OBLIGACIONES DE LAS DONCELLAS

1.^a Observar suma modestia en cualquier acción.

2.^a Ser muy mirada en las palabras.

3.^a No desear ver ni ser vista.

4.^a No vestir con vanidad.

5.^a Huir el conversar a solas con los hombres.

6.^a Abominar los galanteos, bailes, teatros, etc.

7.^a Amar los ejercicios de piedad.

8.^a No estar ociosa ni un solo instante.

9.^a Hacer alguna discreta mortificación.

OBLIGACIONES DE LAS VIUDAS

1.^a Ser un ejemplar de virtud a las doncellas y casadas.

2.^a Amiga del retiro.

3.^a Enemiga de la ociosidad.

4.^a Amante de la mortificación.

5.^a Dada a la oración.

6.^a Celosa de su buen nombre.

OBLIGACIONES DE LOS HACENDADOS

1.^a Dar gracias a Dios por sus bienes.

2.^a No poner en ellos la confianza.

3.^a No aumentarlos con usuras.

- 4.^a No conservarlos con injusticia.
- 5.^a No servirse de ellos para fomentar pasión alguna.
- 6.^a Ser caritativos con los pobres y con la Iglesia.
- 7.^a Pensar a menudo que los ricos están muy en peligro de condenarse por el mal uso que hacen de las riquezas.

OBLIGACIONES DE LOS POBRES

- 1.^a Resignarse a la voluntad de Dios en su pobreza.
- 2.^a No apropiarse cosas ajenas, aunque sea bajo pretexto de pobreza.
- 3.^a Industriarse a fin de proporcionarse un modesto bienestar.
- 4.^a Procurar hacerse ricos de bienes eternos.
- 5.^a Acordarse que también Jesucristo y María Santísima fueron pobres.

OBLIGACIONES DE LOS MERCADERES

- 1.^a Contentarse con una ganancia moderada.
- 2.^a Dar a todos lo justo en peso y medida.
- 3.^a No falsificar las mercaderías.
- 4.^a No monopolizar todo un género, ocasionando la miseria al pueblo.
- 5.^a Abstenerse de toda especie de fraude o engaño.
- 6.^a Ser caritativos con los pobres.

OBLIGACIONES DE LOS ARTESANOS
Y JORNALEROS

- 1.^a Ofrecer a Dios con frecuencia todas las privaciones y fatigas.
- 2.^a Trabajar con toda diligencia y exactitud.
- 3.^a No trabajar en día festivo; no rene-
gar ni blasfemar.
- 4.^a No retener las cosas ajenas.
- 5.^a No ocasionar gastos ni hacer daño a
sus propios amos.
- 6.^a No perder el tiempo.
- 7.^a No faltar a la palabra dada.
- 8.^a En el trabajo, no murmurar ni tener
conversaciones libres, etc.

Después de examinada la conciencia y conocidos los pecados que has cometido, te excitarás a un verdadero dolor de ellos; de lo contrario te sucedería lo que al cazador que, después de haber trepado entre breñas y escabrosidades para levantar la caza, por haber sido negligente en disparar al encontrarla, se halla tan fatigado como burlado. Pedirás, pues, a Dios, por intercesión de la Santísima Virgen; dolor de tus pecados, rezándole al efecto siete *Padrenuestros* y siete *Avemarias*, en memoria de sus dolores; y haciendo actos de contrición y de atrición, dirás la siguiente

Oración para después del examen

Señor: ¡Ay! ¿Qué hice, infeliz?...
Pequé contra Vos, os ofendí y agra-

vié, perdí la gracia, renuncié a los derechos que tenía a la gloria, y me hice acreedor al infierno... Y lo peor es que esto no ha sido una vez sola, sino tantas que ni aun contarlas puedo. ¡Ay, Señor! Yo me horrorizo al acordarme de que bastó un solo pecado mortal de pensamiento para transformar hermosísimos ángeles en horribles y asquerosos demonios. ¿Cuán horrible, pues, quedaría mi alma después de tantos pecados de pensamiento, palabra y obra? Cuando considero que si mis pecados se repartiesen entre otros tantos ángeles, bastaría yo solo para formar un ejército de demonios, y que en mi alma hay la malicia y la fealdad de tantos demonios cuantos son mis pecados, me horrorizo, y de mí mismo me espanto... Los ángeles, luego que pecaron, quedaron transformados en demonios, y lanzados por los mismos desde lo más alto de los cielos a los profundos infiernos; y a mí, ¡oh mi Dios!, me esperasteis a que hiciera penitencia... ¿Hasta cuándo, Señor, he de abusar de vuestra paciencia y bondad? ¿Hasta cuándo he de estar dormido en esta insensibilidad y criminal indiferencia, cual si

nunca hubiera pecado?... ¡Ay de mí!... Pequé, perdí la gracia, cuyo valor excede al de todo el mundo; perdí los derechos al cielo; me hice reo del infierno, y con pasos agigantados me acerco al suplicio de las penas eternas de aquel lugar de tormentos... ¡Ay, Señor! A su vista me horrorizo, y tiemblo; mas mis lágrimas son la expresión del dolor y arrepentimiento de haberos ofendido. Si un hombre hubiese sido llamado a heredar el más pingüe patrimonio del mundo, pero con la condición, no sólo de quedar privado de él si pecara, sino también de ser fusilado, ¿cuál sería su arrepentimiento y llanto después de haber pecado al ver que por su culpa, además de la privación de su hacienda, se hallaba condenado a muerte?

¡Ay de mí!... ¡Cuánto mayor debe ser mi llanto y arrepentimiento, ahora que por mi culpa me hallo desheredado de la gloria que Vos me habíais prometido, y condenado por mis crímenes a los infiernos!

¡Ay, Señor! Ahora conozco que yo fuí mi mayor enemigo, y que nadie podía dañarme tanto cuanto yo mismo me dañé pecando. ¡Qué locu-

ra!... Perdón, Señor, perdón, pues ya estoy realmente arrepentido.

¡Ah! Si a lo menos hubiese quedado limitada a mí la malicia del pecado...; pero lo peor y lo que más siento es que se extiende a Vos también, pues que os maltraté. Sí, Dios mío, sí; pecando ós he despreciado, os he insultado, os he crucificado mil veces peor que los judíos, pues éstos no os conocían y yo sí; y, sin embargo, os he pospuesto al Barrabás de mis vicios, y, ¡qué horror!, me ofrecí gustoso a servir de verdugo para quitaros la vida. ¡Cielos, pasmaos!

¡Perdón, pues, Señor!... ¡Piedad! ¡Misericordia! Cual otro hijo pródigo me arrojo a vuestros pies desnudo de la gracia y cubierto con los harapos de mis vicios y pecados. ¡Ah, Padre mío! ¿Qué es lo que hice, infeliz? ¡Pequé contra Vos y en vuestra divina presencia!... Indigno soy de honrarme con el título de hijo vuestro; pero contadme a lo menos en el número de vuestros esclavos... Aquí tenéis, Señor, a vuestros pies a un pecador igual a la Magdalena, aunque desigual a ella en dos cosas: n que yo excedo a la Magdalena

en maldad, y en que la Magdalena me excede en dolor; pero, Señor, yo confío en que Vos supliréis esta falta cuando confiese y lllore mis crímenes a vuestros pies y a los del confesor, vuestro ministro. ¡Oh mi buen Jesús! Al darme el sacerdote la absolución, haced que allá, en mi interior, oiga aquellas tan dulces como consoladoras palabras que dirigisteis a la Magdalena: *Perdonados te son tus pecados... vete en paz y regocijo de tu alma...* Otorgadme, Señor, esta gracia que os pido por los méritos de Jesucristo, por los dolores de la Virgen María y por los méritos e intercesión de los santos del cielo y justos de la tierra. Amén.

MODO PRÁCTICO DE CONFESARSE

Te pondrás a los pies del confesor con aquella humildad, confusión y dolor con que se acercó el hijo pródigo a su padre, o con aquel arrepentimiento con que se acercó a Jesús la Magdalena. Si hay otros que estén aguardando, te pondrás en el lugar correspondiente sin hablar ni disputar; y allí, en el recogimiento de tus potencias y sentidos, te excitará más y más al dolor de tus pecados, repitiendo a menudo actos de contrición y atrición.

Luego que te corresponda llegarte al confesionario, te arrodillarás y juntarás las manos; después harás la señal de la cruz, e inclinándote profundamente, dirás el *Yo peccador*, etc., y darás principio a la confesión de esta suerte.

Padre, hace tanto tiempo que no me he confesado. Ya cumplí la penitencia (o no la cumplí). Tengo tal estado y oficio. He examinado mi conciencia; traigo dolor de mis pecados y propósito de la enmienda, y me acuso de cuanto he faltado.

En el primer mandamiento me acuso haber faltado... (*Aquí dirás lo que hubieres hallado al examinarte.*)

En el segundo mandamiento me acuso... (*También dirás las faltas que hubieres hallado pertenecientes a este mandamiento; si sabes el número cierto, lo dirás, y si no, el aproximado, o las veces que acostumbraste a faltar cada mes, cada semana o cada día.*)

De esta manera continuarás acusándote, siguiendo los mandamientos y obligaciones de tu estado, no callando ningún pecado ni disminuyendo su gravedad, ya sea por temor, ya sea por vergüenza; diciéndolos todos con humildad y claridad, los ciertos como ciertos y los dudosos como dudosos, del modo que los tengas en la conciencia, explicando si has pecado solo o con otra persona, si ésta era pariente o qué estado tenía.

Si ha pasado poco tiempo desde tu última confesión, basta decir la falta que ¡has co-

metido, sin ser necesario ir siguiendo los mandamientos. Ni tampoco debes acusarte condicionalmente diciendo:

Me acuso si no he amado a Dios; si he proferido alguna mala palabra; si no he asistido atentamente a Misa, etcétera; *pues toda esta acusación no sirve de nada; sólo se ha de decir ingenuamente en lo que se haya faltado.*

Si tuvieses la dichosa suerte de hallarte limpio de conciencia, dirás:

Padre, desde mi última confesión, por la misericordia del Señor, no hallo haber faltado en cosa notable, y por materia cierta y determinada de este Sacramento me acuso de *tal y tal* pecado en mi vida pasada.

Aquí te acusarás de uno o más pecados de los más graves de tu vida pasada que ya estén confesados, teniéndolos presentes en tu entendimiento y formando nuevo dolor de haberlos cometido. Finalmente, dirás:

También me acuso de todos los pecados mortales y veniales de toda mi vida, de los cuales pido nuevamente perdón a Dios nuestro Señor, con firme propósito de la enmienda, y a vos, Padre, penitencia y absolución, si soy digno de ella. Al mismo tiempo le pido permiso para comulgar, aunque indigno.

Después escucharás la exhortación del

confesor con grande atención, sin pensar si te has descuidado alguno, ni en ninguna otra cosa, y mientras te da la absolución, profundamente inclinado, dirás el acto de contrición: *Señor mto Jesucristo, etc.*, página 40.

Pero si después se te ocurre algún otro pecado, lo manifestarás antes que te dé la absolución, sin que por esto interrumpas al confesor su plática.

ORACION

PARA DESPUÉS DE LA CONFESIÓN

¡Oh piadosísimo Jesús! padre de bondad y Dios de todo consuelo, médico sapientísimo y generosísimo, que descendisteis del cielo a la tierra por mi amor y moristeis en una cruz, formando con la sangre de vuestras venas una medicina efficacísima para sanar todos mis males y aplicándomela por medio del sacramento de la Penitencia, que acabo de recibir; yo os doy infinitas gracias por tan grande beneficio, y quisiera que el cielo y la tierra os alabasen por mí, por haberme hecho tan señalada merced; os quedo por ella tan agradecido, Señor, que ahora en la tierra y después en el cielo cantaré eternamente vuestras mi-

sericordias. Concededme, Padre, Criador y Redentor mío, un perdón general y una indulgencia plenaria de todos mis pecados. ¡Ay, cuánto me pesa de haberlos cometido!... Concededme esta gracia por los méritos de vuestra pasión y muerte dolorosísima, y por los de la Virgen Santísima, Madre vuestra y mía. Propongo hacer penitencia para satisfacer en cuanto pueda a la divina Justicia. Cuanto en lo sucesivo haga y padezca, lo ofrezco, Señor, a mayor honra y gloria vuestra, y en satisfacción de mis culpas y pecados. ¡Ah, Señor! Si hasta aquí os ofendí y agravié, en adelante os quiero amar, y os amaré con todo el afecto de mi corazón. No permitáis, Señor, que mis enemigos se valgan otra vez de mi flaqueza, ni que de nuevo me hagan volver al vómito de mis pecados, que arrojé a los pies del confesor. Para eso me apartaré de todas las personas y lugares que me han servido de ocasión de pecar, valiéndome de todos los medios que el confesor me insinuó, y sin omitir, además, los que yo conociere ser adecuados. Concededme esta gracia, Señor, pues os lo pido por la in-

tercesión de la Santísima Virgen María, de todos los Angeles y Santos, y no dudo la recibiré, porque mi sincera petición estriba en vuestros méritos y misericordia infinita.

Si tienes ocasión y tiempo, cumplirás inmediatamente la penitencia que te impuso el confesor, a no ser que él haya dispuesto otra cosa, y si no puedes inmediatamente, la cumplirás cuanto antes.





PREPARACIÓN PARA LA COMUNIÓN

Ya sabes que son cuatro las cosas indispensables para recibir dignamente al Señor: esto es el ayuno natural, la limpieza de conciencia, el conocimiento y el deseo.

1.^a El *ayuno natural* consiste en no haber comido ni bebido cosa alguna desde la media noche hasta haber recibido al Señor. Pero quiero que sepas que este ayuno no se quebranta con sólo meter en la boca algunas de las cosas que no se mascan; un alfiler, por ejemplo, cordón, pañuelo, etc.; como tampoco si lavándose la cara entra en la boca alguna gota de agua con la respiración, ni con la sangre que puede salir de las encías, ni con tragar involuntariamente con la saliva las reliquias que de la cena hubieren quedado entre los dientes. Tampoco, por fin, impide la comu-



Tomad, y comed: esto es mi Cuerpo.

(Matth., xxvi, 26)

nión el no haber dormido en toda la noche.

2.^a Hay *limpieza de conciencia* cuando no hay en ella pecado alguno mortal. Pero como no pocas veces el demonio trata de impedir la comunión con traer a la memoria muchas faltas olvidadas en la confesión, debo advertirte que, si esas faltas sólo son leves, bastará que te duelas de ellas y que comulgues con tranquilidad; pero, si fuesen graves, vuelve al confesor si cómodamente puedes y acúsate de ellas; mas si esto no te es fácil, por hallarte ya entre los que van a comulgar, y con peligro de ser notado de causar admiración o escándalo, bastará que allí mismo hagas un acto de contrición con el corazón, con propósito de confesarte, y ya puedes comulgar con tranquilidad, porque has de saber que semejantes faltas, en virtud del dolor universal que trajiste, de la absolución que te dió el confesor y de la gracia que causa el Sacramento, te fueron perdonadas; sólo falta, pues, sujetarlas al tribunal de la Penitencia, y este precepto lo cumplirás diciendo las faltas en la siguiente primera confesión.

3.^a Tiene *conocimiento* el que reflexiona y sabe quién es Cristo, que está en la Hostia consagrada que va a recibir, y quién es el hombre que le recibe.

4.^a Por *deseo* entendemos aquellas amorosas ansias y anhelo que debe tener

tu alma de hospedar al Señor en tu pecho, y entiende que cuanto más fervorosas sean esas ansias, tanto mayores serán las gracias que te concederá Jesucristo.

MOD O PRACTICO

DE COMULGAR CON GRAN UTILIDAD

Antes de comulgar considera atentamente quién es Jesucristo, a quien vas a recibir, y quién eres tú.

I. Jesucristo es Dios y hombre verdadero: en cuanto Dios, es Hijo del Eterno Padre, es Dios como El mismo, es poderosísimo, riquísimo, sapientísimo; es aquel Dios a cuya presencia tiemblan las columnas del firmamento, y por cuyo respeto cubren los serafines su rostro con las alas. El es a quien sirven innumerables Angeles; es el Autor de la naturaleza, a quien ésta respeta y venera como a su Criador y dueño, observando con la mayor fidelidad sus leyes. En cuanto Hombre, es Hijo de la Santísima Virgen, el más hermoso y el más perfecto de todos los hombres, y siendo Dios y hombre se ocultó bajo el velo de los accidentes, para así poder entrar en nuestro interior, ser nuestro aliento y vida y llenarnos de todos los bienes.

II. Y tú, ¿quién eres? ¡Ah!.... Eres un compuesto de alma y cuerpo; en cuanto al alma, eres una criatura ignorante, concebida en pecado, ingrata a los beneficios de Dios, perezosa para el bien, pronta e inclinada al mal; de suerte que, a no haberte sostenido el brazo del Señor, habrías caído en los pecados más enormes, y aun más, estarías ardiendo ya en los infiernos. En cuanto al cuerpo, eres un miserable, sujeto a todos los males y a la muerte; eres lodo, eres tierra, eres polvo, eres una sombra, eres nada.

¡Y ese Dios tan noble quiere venir a ti, que eres tan miserable!... Por lo mismo, procurarás adornar tu alma, que supongo ya está en gracia y acompañada de las indispensables virtudes, cuales son: fe, reverencia, temor, humildad, confianza, deseo y amor. Al cuerpo le dispondrás también con el ayuno natural, con la limpieza de manos y cara y peinado el cabello, aunque no a lo mundano, y con un vestido decente, y, por fin, recogerás los sentidos; esto es: no mirarás ni hablarás con otros sin necesidad.

ORACION

PARA ANTES DE LA COMUNIÓN

Señor mío Jesucristo, Criador y conservador del cielo y de la tierra, Padre el más amoroso, médico el

más compasivo, maestro sapientísimo, pastor el más caritativo de nuestras almas: Aquí tenéis a este miserable pecador, indigno de estar en vuestra presencia y más indigno aún de acercarse a ese Banquete inefable. ¡Ay, Señor! Cuando considero vuestra infinita bondad en querer venir a mí, me pasmo... y al mirar la multitud de pecados con que os ofendí y agravié en toda mi vida, me confundo, me ruborizo y me siento compelido a deciros: «Señor, no vengáis...; apartaos de mí, porque soy un miserable pecador». Si el Bautista no se consideraba digno de desatar las correas de vuestro calzado, ¿cómo mereceré yo tan grande honor?... Si el temor y el respeto hace que tiemblen los Angeles en vuestra presencia, ¿podré yo no temblar al presentarme y sentarme a vuestra mesa divina? Si la Santísima Virgen, aunque destinada para ser vuestra Madre, y condecorada con todas las excelencias, prerrogativas y gracias posibles en una pura criatura, se considera, sin embargo, como una esclava, e indigna de concebiros en sus purísimas y virginales entrañas, ¿podré yo, misera-

ble pecador, lleno de imperfecciones y defectos, tener valor para recibirnos en mi interior? ¡Ay, Señor! ¿No os horroriza este delincuente?... ¿No os causa asco el venir a mí y entrar en tal vil e inmunda morada?

En verdad, Señor, que yo no tuviera valor para acercarme a Vos, si primero no me llamaseis, diciéndome como a otro Zaqueo, no una vez sola, sino tantas cuantas son las inspiraciones con que me dais a conocer el deseo que tenéis de venir a mí: *Baja, Zaqueo, pues hoy quiero hospedarme en tu casa.* Pero ¿qué es lo que os mueve a venir a mí, Señor? ¿Mis méritos? ¿Mis virtudes? ¿Cómo hablará de virtudes y méritos un pecador como yo? ¡Ah!, ya lo entiendo, Señor; mis miserias, mi pobreza: esto es lo que os mueve. ¡Oh exceso de amor!

Vos dijisteis que no son los sanos los que necesitan del médico, sino los enfermos; y he aquí por qué queréis venir: véis mi urgente necesidad, y el deseo de remediarla os impele. En efecto, Señor, es tal el estado de mi alma, que puedo decir con verdad: «De la planta del pie a la coronilla de la cabeza no hay en

mí parte sana»: ¡tantas son mis imperfecciones! No obstante, aquí me tenéis, Señor; preséntome a Vos, no porque de Vos me juzgue digno, sino porque no puedo vivir sin Vos; iré a Vos cual otro mendigo al rico, para que remediéis mis miserias y para que me libréis del ahogo de mis faltas e imperfecciones; iré porque las grandes enfermedades que me aquejan sólo Vos podéis remediarlas; una mirada compasiva, divino Médico, y quedarán sanas mis potencias y sentidos.

Párate aquí un poco y descúbrele confiado todos tus males corporales y espirituales, y después prosigue:

Virgen Santísima: ya que compadecida de los esposos de Caná de Galilea los sacasteis del apuro, alcanzándoles de Jesús aquella milagrosa conversión del agua en vino, pedidle también que obre en mi favor un prodigio semejante, concediéndome las gracias que para recibirle dignamente he menester. A Vos nunca os dió un desaire; siempre sois atendida; interesaos, pues, por mí; haced en mi favor cuanto podéis. ¡Oh, cuánto lo necesito!

Angeles santos: veis que voy a sentarme a la santa Mesa y comer al que es vuestro pan; alcanzadme que yo vaya con el vestido nupcial y ataviado con el adorno de todas las virtudes.

¡Oh Santos todos moradores del cielo! Interesaos por mí, y haced que yo me llegue al augusto Sacramento cual os llegabais vosotros, y que, sacando de él los frutos que vosotros, pueda decir con verdad: «Vivo yo, mas no yo, sino que vive en mí Cristo». Con esta fe, esperanza, confianza y amor me llego a Vos, Señor y Dios mío.

ADVERTENCIA

PARA ANTES DE LA COMUNIÓN

Has de tener presente que los Sacramentos causan la gracia a proporción de la disposición del que los recibe. Así como la lumbré prende más pronto cuanto más seco y resinoso es el leño a que se arrima, así también en cierto sentido puede decirse que la sagrada Comunión, que es un fuego divino, enciende en nosotros la hoguera del divino amor a proporción que nos halla más separados de las cosas del mundo, e inflamables por lo resinoso de las virtudes; y de aquí podrás inferir cuánta deberá ser tu diligencia en despojarte de todos los afectos terrenos y ejercitarte en todas las virtudes.

Después de preparado del mejor modo que hayas podido y de haber llegado el sacerdote que ha de administrar la sagrada Comunión, mientras abre el sagrario dirás: *Confiteor Deo* o el *Yo pecador*; ; luego avivarás la fe y la confianza, y mientras el sacerdote toma el copón, coge la sagrada Forma y dice *Ecce Agnus Dei*, tú dirás:

Yo os adoro, ¡oh sagrada Hostia, pan vivo y alimento de los Angeles!
Yo os adoro, ¡oh Salvador mío!; en Vos creo, en Vos espero y a Vos amo.

Después dirás tres veces con el sacerdote, y con el mayor fervor posible, las palabras del Centurión:

Señor mío Jesucristo, yo no soy digno de que Vuestra Divina Majestad entre en mi pobre morada; mas por vuestra santísima palabra mis pecados sean perdonados, y mi alma sea sana y salva.

Concluídas estas palabras, calle la boca y hable el corazón con fervorosos, aunque breves, actos de amor y deseo. Al acercarse el sacerdote con la sagrada Forma levantarás la cabeza, con las manos te acomodarás el paño debajo de la barba, abrirás moderadamente la boca y sacarás un poco la lengua para que pueda cómodamente colocarse en ella la sagrada Forma; y recibida ésta, cerrando la boca, dejarás que con la saliva que naturalmente fluye se humedezca, pero sin revolverla por la boca, y luego la pasarás.

Mas si a pesar de estas diligencias se pegare al paladar, guárdate de tocarla con los dedos; despégala, empero, con reverencia con la punta de la lengua; y si esto no basta, toma un poco de agua, y, humedecida con ella pasará.

ADVERTENCIA

PARA DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Después de haber recibido al Señor, te recogerás con todas tus potencias y sentidos en la misma capilla o en otra parte de la iglesia para aprovechar esta ocasión, la más favorable para negociar con El. No imites a Judas, que luego de haber comulgado se salió guiado por el demonio, ni a otros muchos cristianos que, a imitación de aquel infeliz, sálense también cuanto antes, prefiriendo irse con el demonio a estarse con Jesús y pedirle mercedes. ¡Ay de los que así obran! No hay por qué ocultarlo: estos tales son, cuando menos, gente sin educación y sin finura; porque, ¿no es verdad que la educación y finura exigen que cuando un alto personaje viene a honrarnos a nuestra casa se le obsequie a lo menos con una decente conversación? ¿Qué título, pues, daremos a la brevedad con que algunos al acabar de comulgar se salen de la iglesia, cual si tal huésped divino no hubiesen recibido? Consagra, pues, media hora, o cuando menos un cuarto de hora, en cumplimentar y pedir mercedes al amorosísimo Dios que has tenido la dicha de recibir en tu pecho, al cual podrás dirigirte con la siguiente

ORACION

PARA DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Gracias, amabilísimo Jesús, gracias infinitas os sean dadas por el inapreciable beneficio que acabáis de hacerme viniendo a mí y dignándoos entrar en la pobre morada de mi corazón... ¿Y de dónde a mí tanta dicha? Os contemplo en los brazos de mi alma cual el anciano Simeón, y entusiasmado por tan divino tesoro, excluiré con él: «Moriré gustoso, porque he logrado lo que tanto deseaba...: he logrado la mayor dicha que en este mundo puede lograrse». ¿Qué gracias, pues, podré daros por esta gracia, que no sólo contiene todas las gracias, sino que también al Autor de ellas? ¡Oh Angeles santos! Alabad todos al Señor y dadle por mí las gracias... ¡Oh Santos del cielo y justos de la tierra! Ayudadme a dar a Dios las gracias por tan señalada merced.

¡Oh Virgen Santísima!... Vos, que con tanta perfección supisteis corresponder a los singulares beneficios que os dispensó Dios, haced que yo sepa también corresponder y darle las de-

bidas gracias; pero ya que esto me es imposible, dádselas por mí.

Quisiera, Dios mío, que cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra os dieran por mí las gracias; pero estoy bien convencido de que ni aun así correspondería digna y debidamente; por esto, pues, me ofrezco a Vos mismo con todo mi cuerpo y alma, potencias y sentidos, de suerte que en adelante diré siempre con el Apóstol San Pablo: *Vivo yo, pero no yo, sino que vive Cristo en mí.* ¡Oh Dios mío! De hoy más seré siempre vuestro; adornadme por lo tanto, como a cosa vuestra, con cuantas virtudes sabéis que necesito para amaros y serviros con toda perfección.

Al veros hospedado en mi alma me lleno de admiración y asombro, y entusiasmado, cual la Magdalena, no sé desistir de contemplar vuestras misericordias infinitas. ¿Qué visteis, Señor, en mí para que vinierais? ¿Virtudes?... ¿Pero cómo, si estoy desnudo de ellas? ¿Méritos?... ¡Ay! Yo soy un miserable pecador. ¿Quién, pues, Bien mío, os movió? ¡Ay! Ya lo sé: las miserias que me oprimen y las necesidades bajo las

que me veis gemir. ¡Cuán bueno sois, oh mi buen Dios!... Permitidme, pues, Señor, que abrace vuestros pies santísimos y los riegue con lágrimas de ternura y amor; no, yo no me levantaré de vuestras plantas hasta que, cual a la Magdalena, me concedáis una indulgencia plenaria de todos mis pecados; ni os dejaré ir hasta que me hayáis echado vuestra santa bendición.

¡Oh y cuánto os amo, Dios mío! ¡Qué lástima que no os haya amado siempre! Al acordarme que tuve valor para ofenderos, cúbreseme de rubor el rostro y un vivo dolor parte mi corazón. Sí; con la sangre de mis venas quisiera borrar mis culpas. Quisiera que los días en que os ofendí y no os amé no se computaran en el número de los años que he vivido. Pero, en adelante...—¡cielos y tierra, sed testigos de mi resolución!—, en adelante no os ofenderé más, y os amaré, con vuestra gracia, con todo el afecto de mi corazón.

Y no sólo eso, Señor, sino que procuraré que todo el mundo os ame, y que nadie os ofenda, y ya que os contemplo sentado en mi corazón como en un trono de miseri-

cordia preparado para concederme gracias, y no sólo instándome a que os las pida, sino quejándoos de que hasta aquí no os las haya pedido, enmendando mi negligencia os pido:

- 1.º Que convirtáis a todos los pobres pecadores. ¿No veis, Señor, cómo se precipitan de abismo en abismo?
- 2.º Que concedáis a los justos la perseverancia final en vuestro santo servicio. ¿De qué les serviría tener buen principio si fuera desgraciado su fin?
- 3.º Que librando de las penas del purgatorio a las benditas ánimas, las llevéis a vuestra gloria. ¡Bien sabéis cuánto os aman y anhelan por Vos!
- 4.º Que a mis padres, amigos y bienhechores les concedáis cuantas gracias necesiten.
- 5.º Que triunfe en todas partes la Iglesia y prospere nuestra nación.
- 6.º Que bendigáis a cuantos son acreedores a mis oraciones. Concedednos a todos vuestra divina gracia, vuestro santo amor y temor, y, por último, la gloria, en que vivís y reináis con el Padre y con el Espíritu Santo. Amén.

Concluída esta oración, según te lo permitan las circunstancias, considerarás despacio lo mucho que Jesús hizo y padeció por ti, procurarás unirte con los Angeles, pues

están en torno de Jesús, adorándole en tu pecho, y en honor de los nueve coros que forman rezarás nueve veces el *Padre nuestro*, *Ave María* y *Gloria Patri*, ofreciendo los seis primeros a Jesús, a quien interiormente abrazarás, acordándote de sus cinco llagas y corona de espinas. Después, para ganar indulgencia *plenaria* concedida a la siguiente oración, la dirás ante una imagen de Jesús crucificado.



ORACION

Miradme, ¡oh mi amado y buen Jesús! postrado en vuestra santísima presencia. Os ruego y suplico, con el mayor fervor de mi alma, que imprimáis en mi corazón los más vivos sentimientos de fe, esperanza y caridad, verdadero dolor de mis pecados y firmísimo propósito de la enmienda, mientras que yo, con grande afecto y dolor de mi alma, voy considerando vuestras cinco llagas, teniendo ante la vista aquello que en vuestra boca, ¡oh mi Dios!, puso acerca de Vos el santo profeta David: *Taladraron mis manos y mis pies, y contaron todos mis huesos.* (*Padre nuestro, Ave María y Gloria*, a intención del Papa).

Anima Christi

Alma de Cristo, santifícame.

Cuerpo de Cristo, sálvame.

Sangre de Cristo, embriágame.

Agua del costado de Cristo, purifícame.

Pasión de Cristo, confórtame.

¡Oh mi buen Jesús!, óyeme.

Dentro de tus llagas, escóndeme.

No permitas que de Ti me aparte.

Del enemigo malo, defiéndeme.

En la hora de mi muerte llámame
y mándame ir a Ti.

Para que con tus Santos te alabe.

Por todos los siglos de los siglos.

Amén.

(300 días de indulgencia cada vez; siete años y siete cuarentenas rezándola después de comulgar; *plenaria* al mes, si se reza todos los días).

Finalmente, rezarás los tres *Padrenuestros* que de los nueve restan, ofreciéndolos a la Santísima Virgen para que te alcance la humildad, pureza y amor.

Si tienes tiempo, y te sientes movido a devoción, podrás pasar santamente algún rato en alguna de las meditaciones siguientes:

Primera meditación

Niño Jesús.

Si la Santísima Virgen pusiese en tus brazos al Niño Jesús, ¿quéle dirías? ¡Oh,

cómo le adorarías!... No es exageración; es una realidad: cuando has comulgado tienes a Jesús... Pídele, pues, su divino amor.

Segunda meditación

Jesús es luz, es sol de justicia.

Este mundo sin sol, ¿qué sería? ¡Oscuridad! ¡Frialdad! ¡Indigencia! He aquí lo que habría en él; pues el hombre sin Jesús sería aún más infeliz que el mundo sin sol. Pídele, por tanto, que ilumine tu mente con su gracia, y que encienda en tu pecho una hoguera de amor divino.

Considérale como padre, como esposo, como hermano, como amigo, como maestro, como pastor, como médico; descúbrele tus faltas, tus inclinaciones depravadas, etc., y pídele remedio para todo.

Algunos, después de haber comulgado, se juzgan como enfermos de sentidos y potencias, y mirando a Jesús como médico, le dicen: «Señor, curad estos mis ojos para que no miren lo que no deben; curad esta mi lengua parlera, mentirosa y murmuradora, etc.; curad estos mis oídos, manos, pies, etc.; curad mi entendimiento, mi memoria y voluntad. Sanad mi alma, porque ha pecado.» Dichoso el que con viva fe comulga y cree que tiene a Jesús en su interior cuando

acaba de comulgar, y feliz será el que con fervorosa esperanza le pidiere, pues lo alcanzará como lo alcanzaron los ciegos, paralíticos y demás enfermos, según refiere el Evangelio.

Otros hay que tan pronto como han comulgado contemplan a Jesús como sentado en su corazón, y el alma llama a todas las potencias y sentidos para que adoren a Jesús y éste les bendiga. A la manera que cuando un gran señor va a una casa el dueño de ella presenta a este señor sus hijos y criados y se los ofrece, así el alma debe presentar a Jesús sus potencias y sentidos y ofrecérselos. Le entregará para siempre el corazón todo entero, y lo consagrará todo al amor de Jesús, y no amará a otro objeto que a Jesús, y por Jesús.

Después de haberte ocupado santamente en algunas de estas consideraciones, te retirarás con toda modestia, sin olvidar en todo el día tan gran favor. El que por la mañana asiste a bodas, todo el día anda de gala; así el que tuvo la feliz suerte de asistir a las bodas de Jesús, debe estar adornado de virtudes todo el día. Pero no sólo en este día has de procurar vivir virtuosamente y no cometer pecado alguno mortal, sino toda la vida, como se lee de un joven indio en el ejemplo siguiente:

Escribe un misionero de las Indias que, después de haber convertido a un joven, haberle catequizado, bautizado

y administrádole la sagrada Comunión, se partió de allí para ir a predicar a otros pueblos; al año volvió allí el misionero, y como lo supiese el joven, se fué a él inmediatamente y le pidió la santa Comunión. «Con gusto, hijo, te la daré—díjole el misionero—; pero es indispensable que antes te prepares con la confesión de los pecados cometidos durante el año.» «¿Qué es lo que oigo?—respondió el joven—. ¡Cómo! ¿Es posible, Padre, que un cristiano, después de haber recibido a Jesús en su corazón por medio de la sagrada Comunión, le arroje de él por el pecado, y coloque en su lugar al demonio? Dígame usted, Padre, ¿es posible tanta ingratitud..., tanta iniquidad..., tanta maldad?»

Como este joven, pues, has de procurar estar siempre en gracia y desear la sagrada Comunión. ¡Oh! Si a él le hubiese sido posible comulgar con frecuencia, ¡qué tal lo hiciera! Comulga, pues, tú sacramentalmente cuantas veces pudieres con licencia del director, porque con ello ganarás mucha gloria, de suerte que la Venerable María de Agreda afirma haberle dicho la Santísima Virgen que la gloria que tendrán muchos que han comulgado equivaldrá a la de muchos mártires que no comulgaron; pero no pudiendo hacerlo sacramentalmente, súplelo con la espiritual, de que vamos a tratar.

COMUNION ESPIRITUAL

La Comunión espiritual es la devoción más fácil, breve y útil, a la par que la ocupación más dulce y placentera. Puede hacerse en todo lugar, en toda ocasión, y sin haberla de pedir, sin perder tiempo, y sin que sufran atraso nuestras tareas u ocupaciones ni puedan impedir la las enfermedades; basta quererla. De aquí es que la Beata Agueda de la Cruz comulgaba cien veces entre día y otras tantas durante la noche, y la vida de la beata Juana de la Cruz puede decirse que era una no interrumpida Comunión espiritual; tan fácil es. En cuanto a su utilidad, bastará decir que, apareciéndose Jesús a la citada Juana, la dijo: «Que la gracia que se le comunicaba con la Comunión espiritual era tanta cuanto recibía al comulgar sacramentalmente. Aunque sea menor la que a ti te comunique por ser menor fervoroso, siempre será mucha, si procuras hacerlo con toda la devoción y fervor que puedas.

Consiste, pues, esta Comunión espiritual en un inflamado deseo de recibir a Jesús sacramentalmente y participar de las gracias y favores que El prodiga a los que logran la feliz suerte de acercarse a la sagrada Mesa; pero este deseo exige que no se tenga pecado mortal en la conciencia, o que uno se excite prime-

ramente a contrición de sus pecados. Para facilitarla, he aquí el

MODO PRACTICO

DE COMULGAR ESPIRITUALMENTE

¡Oh Jesús y Señor mío! Creo firmísimamente que Vos estáis realmente en el augusto Sacramento del Altar. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué feliz sería mi suerte si pudiera recibirlos en mi corazón!... Espero, Señor, que Vos vengáis a él y le llenaréis de vuestra gracia.

Os amo, mi dulcísimo Jesús... ¡Siento el que no os haya amado siempre!... ¡Ojalá que nunca os hubiera ofendido ni agraviado, dulcísimo Jesús de mi corazón!... Yo deseo recibirlos en mi pobre morada.

Aquí calla, adora y entrégate a Jesús sin reserva. *Crede et manducasti*, dice San Agustín. Si con fe viva deseas comulgar, ya comulgaste espiritualmente.

EJEMPLO DE VARIOS ESTADOS

Hasta ahora te he propuesto, amado cristiano, el camino que debes seguir y el modo de poderte levantar, si por desgracia cayeres, que es el sacramento de

la Penitencia; exige, sin embargo, este Sacramento mucha disposición para acercarse a él debidamente, porque, de otra suerte, en lugar de levantarte te hundirás más en la iniquidad, añadiendo a tus pecados el peso enorme del sacrilegio; y si así, mal confesado, te acercases a la sagrada Mesa, ¡ay de ti!, ¡qué otra nueva maldad cometerías! Harías te reo del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, y te tragarías, como dice San Pablo, la condenación. A fin, pues, de apartarte de tan enorme delito, voy a referirte algunos ejemplos de varios estados, copiados de San Ligorio en su libro titulado *Instrucción al pueblo*.

1.º Ejemplo de un hombre que hacía malas confesiones, y después, cuando quiso confesarse debidamente, no pudo; porque bien lo expresa el mismo Dios cuando dice: *Me buscaréis y no me hallaréis y moriréis en vuestro pecado*. Dice San Ligorio que en los anales de los Padres Capuchinos se refiere de uno que era tenido por persona de virtud, pero se confesaba mal. Habiendo enfermado de gravedad, fué advertido para confesarse, e hizo llamar a cierto Padre, al cual dijo desde luego: —*Padre mío: Decid que me he confesado, mas yo no quiero confesarme*. —¿Y por qué?, replicó admirado el Padre. —*Porque estoy condenado*—respondió el enfermo—, *pues no habiéndome nunca confesado ente-*

ramente de mis pecados, Dios, en castigo me priva ahora de poderme confesar bien. Dicho esto comenzó a dar terribles aullidos y a despedazarse la lengua, diciendo: —*¡Maldita lengua, que no quisiste confesar los pecados cuando podías!* Y así, haciéndose pedazos la lengua y aullando horriblemente, entregó el alma al demonio, y su cadáver quedó negro como un carbón y se oyó un rumor espantoso, acompañado de un hedor intolerable.

2.º Ejemplo de una doncella, que murió también impenitente y desesperada.—Cuenta el Padre Martín del Río que en la provincia del Perú había una joven india llamada Catalina, la cual servía a una buena señora que la redujo a ser bautizada y a frecuentar los Sacramentos. Confesábase a menudo, pero callaba pecados. Llegado el trance de la muerte se confesó nueve veces, pero siempre sacrílegamente, y acabadas las confesiones, decía a sus compañeras que callaba pecados; éstas lo dijeron a la señora, la cual sabía ya por su misma criada moribunda que estos pecados eran algunas impurezas. Avisó, pues, al confesor, el cual volvió para exhortar a la enferma a que se confesase de todo; pero Catalina se obstinó en no querer decir aquellas sus culpas al confesor, y llegó a tal grado de desesperación, que dijo por último: —*Padre, dejadme, no*

os canséis más porque perderéis el tiempo. Y volviéndose de espaldas al confesor se puso a cantar canciones profanas. Estando para expirar y exhortándola sus compañeras a que tomase el Crucifijo, respondió: —*¡Qué Crucifijo, ni Crucifijo! No le conozco ni le quiero conocer.* Y así murió. Desde aquella noche empezaron a sentirse tales ruidos y fetidez, que la señora se vió obligada a mudar de casa, y después se apareció Catalina, ya condenada, a una compañera suya diciendo que estaba en los infiernos por sus malas confesiones.

3.º Ejemplo de un joven.—En este ejemplo se deja ver claramente aquel principio o *confesión o condenación para el que ha pecado mortalmente* y que todas las obras buenas y penitencias, sin preceder la confesión, de nada sirven para salir del miserable estado de la culpa, a no ser que se tenga un deseo eficaz y verdadero de confesarse, si entonces no se puede. La razón es evidente: el pecado mortal tiene una malicia infinita; para curar esta llaga infinita es absolutamente necesario un remedio infinito; este remedio infinito son los méritos de Jesucristo aplicados por medio de los Sacramentos; resulta, pues, que si pudiéndose recibir los Sacramentos no se reciben, o a lo menos no se desean eficazmente recibir para cuando se pueda, ja-

más se alcanza el remedio, como desgraciadamente sucedió al infeliz Pelagio.

Cuéntase en la crónica de San Benito de un cierto ermitaño llamado Pelagio, que, puesto por sus padres a guardar ganados, hacía una vida ejemplar, de modo que todos le daban el nombre de santo, y así vivió por muchos años. Muertos sus padres, vendió todos aquellos cortos haberes que le habían dejado, y se puso a ermitaño. Una vez, por desgracia, consintió en un pensamiento de impureza. Caído en el pecado vióse abismado en una melancolía profunda, porque el infeliz no quería confesarlo para no perder el concepto de santidad. Durante esta obstinación pasó un peregrino que le dijo: —*Pelagio, confiésate, que Dios te perdonará y recobrarás la paz que perdiste*, y desapareció. Después de esto resolvió Pelagio hacer penitencia de su pecado, pero sin confesarlo, lisonjeándose de que Dios quizás se lo perdonaría sin la confesión. Entró en un monasterio, en donde fué al momento muy bien recibido por su buena fama, y allí llevó una vida áspera mortificándose con ayunos y penitencias. Vino finalmente la muerte, y confesóse por última vez; mas así como por rubor había dejado en vida de confesar su pecado, así lo dejó también en la muerte. Recibió el Viático, murió y fué sepultado en el mismo concepto de santo. En la noche siguiente el

sacristán encontró el cuerpo de Pelagio sobre la sepultura; lo sepultó de nuevo; mas tanto en la segunda como en la tercera noche, lo halló siempre insepulto, de manera que dió aviso al Abad, el cual, unido con los otros monjes, dijo: «Pelagio, tú que fuiste obediente en vida, obedece también después de la muerte; dime de parte de Dios: ¿Es quizá su divina voluntad que tu cuerpo se coloque en lugar reservado?» Y el difunto, dando un aullido espantoso, respondió: —*¡Ay de mí, que estoy condenado por una culpa que dejé de confesar; mira Abad, mi cuerpo!* Y al instante apareció su cuerpo como un hierro encendido, que centelleaba horriblemente. Al punto echaron todos a huir; pero Pelagio llamó al Abad para que le quitase de la boca la partícula consagrada que aun tenía. Hecho esto, dijo Pelagio que le sacasen de la iglesia y le arrojasen a un muladar, y así se ejecutó.

4.º Ejemplo de la hija de un rey de Inglaterra: este caso es muy semejante al que antecede.—Refiere el P. Francisco Rodríguez que en Inglaterra, cuando allí dominaba la religión católica, el rey Auguberto tenía una hija de tan rara hermosura que fué pedida por muchos príncipes. Preguntada por el padre si quería casarse, respondió que había hecho voto de perpetua castidad. Impetróle su padre la dispensa de Roma, pero

ella permanecía firme en no aceptarla, diciendo que no quería otro esposo que a Jesucristo; tan sólo pidió a su padre que la dejase vivir retirada en una casa solitaria, y como el padre la amaba, trató de no disgustarla, asegurándole una pensión cual a su rango convenía. Luego que estuvo en su retiro, se puso a hacer una vida santa de ayunos, oraciones y penitencias; frecuentaba los Sacramentos y asistía muy a menudo a un hospital para servir a los enfermos. Llevando tal género de vida, y joven todavía, cayó enferma y murió. Cierta señora que había sido su aya, haciendo oración una noche, oyó un gran estrépito, y vio luego un alma en figura de mujer en medio de un gran fuego y encadenada por muchos demonios, la cual le dijo: «Has de saber que yo soy la desdichada hija de Auguberto.» «¡Cómo!», respondió la aya, «¿tú condenada después de una vida tan santa?» «Justamente soy condenada por mi culpa», contestó el alma. «¿Y por qué?» «Sabe que siendo niña gustaba que uno de mis pajes, a quien tenía afición, me leyese algún libro. Una vez este paje, después de la lectura, me tomó la mano y me la besó. Empezó a tentarme el demonio, hasta que finalmente con él mismo ofendí a Dios. Fui a confesarme; empecé a decir mi pecado, y mi indiscreto confesor me interrumpió diciendo: «¡Cómo! ¿Esto hace una reina?»

Entonces yo, por vergüenza, dije que había sido un sueño. Empecé después a hacer penitencias y limosnas, a fin de que Dios me perdonase, pero sin confesarme. Estando para morir dije al confesor que yo había sido una gran pecadora; respondiéndome el confesor que debía desechár aquel pensamiento como una tentación; después expiré, y ahora me veo condenada por toda una eternidad. Y diciendo esto desapareció con tal estruendo, que parecía que se hundía el mundo, dejando en aquel aposento tal hediondez, que duró por muchos días.

Si esta infeliz se hubiese acercado debidamente al Sacramento de la Penitencia, cantarí al Señor cánticos de alabanza en el cielo; mas ahora, por su despreciable y maldita vergüenza, sirve de tizón en el infierno... ¡Y cuántas personas hay de todo estado, sexo y condición que experimentarán igual castigo si no acuden contritas a este Sacramento!

5.º Ejemplo de una casada, muy parecido al antecedente; también lo refiere San Ligorio.—Cuenta el P. Serafín Razzi que en una ciudad de Italia había una noble señora casada que era tenida por santa. A punto de morir, recibió todos los Sacramentos, dejando muy buena fama de su virtud. Su hija rogaba de continuo a Dios por el descanso de su alma. Cierta día, estando en oración, oyó un gran ruido a la puerta; volvió la

vista y vió la horrible figura de un cerdo de fuego, que exhalaba un hedor insufrible, y tal fué su terror, que se hubiera echado por la ventana; mas la detuvo una voz que le dijo: *Hija, detente; yo soy tu desventurada madre, a quien tenían por santa; mas por los pecados que cometí con tu padre, y que por rubor nunca he confesado, Dios me ha condenado al infierno; no ruegues, pues, más a Dios por mí, porque me das mayor tormento.* Y dicho esto, bramando, desapareció.

Tal vez, amado cristiano, preguntarás: ¿Es posible que un alma condenada aparezca? A esto te responderé que sí, y para sacarte de la duda quiero explicarte las razones; escúchame, pues, y vamos por partes: «¿Tú bien crees en las santas Escrituras y en el Credo?» «Cierto que sí», me contestarás, o de lo contrario te diría que eres un hereje. Pues de las Escrituras y del Credo, consta que nuestra alma es inmortal. La razón natural nos está clamando que es preciso que sobreviva al cuerpo nuestra alma, para que el pecador pueda recibir de Dios el castigo de sus pecados, que no recibió en este mundo, y el justo, el condigno premio de sus virtudes; de otra suerte, Dios no sería justo. Y se presenta esto tan claro, que aun el mismo Rousseau lo confesó diciendo: «Aunque no existiesen otras pruebas de la

inmortalidad de nuestra alma que el triunfo del mal y la opresión de la virtud acá en la tierra, ésta sólo me quitaría cualquier duda que tuviese de ella.» También sabes y crees, según el Credo, en la remisión de los pecados, es decir, que por muchos pecados que haya cometido una persona, si se confiesa bien de ellos, le quedan todos perdonados; pero si se muere sin haberse confesado debidamente, basta un solo pecado mortal para quedar condenado eternamente. Y así como la bien ordenada justicia de la tierra (que es una participación de la justicia del cielo) tiene cárceles y suplicios para encerrar y castigar a los malhechores; también la justicia del cielo tiene cárceles y suplicios en el purgatorio e infierno para los que mueren en pecado o no del todo purificados. Sentados estos principios, valgámonos de una semejanza: ¿Has visto u oído referir que a veces el juez o el tribunal decreta que uno de los presos sea expuesto a la vergüenza y que otro sea azotado por los parajes más públicos? Y no todos los demás presos han de salir a la vergüenza, ni cuando sale aquél lo ven todos los habitantes del mundo, ni aun todos los de aquella ciudad por donde es paseado, sino algunos. Aplica ahora la semejanza: Dios Nuestro Señor, Juez supremo y dueño absoluto de vivos y muertos, en cualquier hora puede ordenar, y algu-

ñas veces ha ordenado, que algunos de los encerrados en las mazmorras del infierno, para confusión suya y escarmiento y utilidad nuestra, salgan de aquella cárcel y se aparezcan del modo más conforme al fin por el cual les manda aparecer, y cuando aparecen no es menester que todo el mundo los vea, basta los vean algunos y éstos lo participen a los demás, para que, escarmentando todos en cabeza ajena, pongan un grande y especial cuidado en no hacer malas confesiones, y para que por medio de una confesión general, acompañada de un verdadero dolor y firme propósito, se enmienden y hagan de nuevo todas las mal hechas, para no tener que experimentar después la misma desgraciada suerte. Este es el fruto y utilidad que debes sacar de este y otros ejemplos.

6.º Ejemplo de una señora que por muchos años calló en la confesión un pecado deshonesto.—Refiere San Ligorio, y más particularmente el P. Antonio Caroccio, que pasaron por el país en que vivía esta señora dos religiosos, y ella, que siempre esperaba confesor forastero, rogó a uno de ellos que la oyesen en confesión, y se confesó. Luego que hubieron partido los Padres, el compañero dijo a aquel confesor haber visto que mientras aquella señora se confesaba, salían muchas culebras de su boca, y que una serpiente enorme ha-

bía dejado ver fuera su cabeza; mas de nuevo se había vuelto dentro, y entonces vió entrar tras de ella todas las cubiertas que habían salido. Sospechando el confesor lo que aquéello significaba, volvió al pueblo y a la casa de aquella señora, y le dijeron que al momento de entrar en la sala había muerto de repente. Por tres días consecutivos ayunaron y rogaron a Dios por ella, suplicando al Señor les manifestase aquel caso. Al tercer día se les apareció la infeliz señora, condenada y montada sobre un demonio en figura de un dragón horrible, con dos sierpes enroscadas al cuello, que la ahogaban y la comían los pechos; una víbora en la cabeza, dos sapos en los ojos, saetas encendidas en las orejas, llamas de fuego en la boca, y dos perros rabiosos que la mordían y se la comían las manos, y dando un triste y espantoso gemido, dijo: «Yo soy la desventurada señora que usted confesó hace tres días; a medida que iba confesando mis pecados, iban saliendo como animales inmundos por mi boca, y aquella serpiente que el compañero de usted vió asomar la cabeza y volverse dentro, era figura de un pecado deshonesto que siempre había callado por vergüenza; quería confesarlo con usted, pero tampoco me atreví; por esto volvió a entrar dentro y con él todos los demás que habían salido. Cansado ya Dios de tanto esperarme, me qui-

tó de repente la vida y me precipitó al infierno, en donde estoy atormentada por los demonios en figuras de horribles animales. La víbora me atormenta la cabeza por mi soberbia y demasiado cuidado en componerme los cabellos; los sapos me cierran los ojos, por las miradas lascivas; las saetas encendidas me lastiman las orejas, por haber escuchado murmuraciones, palabras y canciones obscenas; el fuego me abrasa la boca, por las murmuraciones y besos torpes; tengo las sierpes enroscadas al cuello y me comen los pechos, por haberlos llevado de un modo provocativo, por le escotado de mis vestidos y por los abrazos deshonestos; los perros me comen las manos, por mis malas obras y tocamientos feos; pero lo que más me atormenta es el formidable dragón en que voy montada, que me abrasa las entrañas, y es en castigo de mis pecados impuros. ¡Ah, que no hay remedio ni misericordia para mí, sino tormentos y pena eterna! ¡Ay de las mujeres!—añadió—, que se condenan muchas de ellas por cuatro géneros de pecados: por pecados de impureza, por galas y adornos, por hechicerías y por callar los pecados en la confesión; los hombres se condenan por toda clase de pecados; pero las mujeres, principalmente por los cuatro.» Dicho esto, abrióse la tierra y se hundió esta desdichada hasta el profundo del infierno, en donde

padece y padecerá por toda una eternidad.

Haz reflexión, cristiano, y entiende cómo Dios Nuestro Señor mandó salir a esta infeliz señora de la cárcel del infierno y que pasase por la vergüenza, para que los mortales supiesen la muerte que les espera si pecan y no se confiesan bien. Ojalá sacases tú de la lectura de este ejemplo el fruto que otros han sacado, haciendo una buena confesión y enmendándote del todo. Un autor dice que este caso ha convertido más gente que doscientas cuaresmas. El misionero P. Jaime Corella hizo voto de predicarle en todas las misiones, por el grande provecho que causaba a los fieles. Hasta un Prelado hizo una fundación para que en ciertos tiempos del año se predicase o se leyese este caso en la iglesia. Mas, ¡ay de ti si no te aprovechas de él! ¡Ay de ti si no confiesas todos tus pecados! ¡Ay de ti si, mal preparado, vas a recibir la sagrada Eucaristía! Mejor fuera que no hubieses nacido.

Apenas hay delito que más ofenda a Dios que el de la comunión sacrilega. Los Santos Padres lo demuestran con palabras y ejemplos asombrosos. El que comulga en pecado mortal comete un delito mayor que Herodes, dice San Agustín; más horrendo que Judas, dice San Juan Crisóstomo; más terrible que el que cometieron los judíos crucificando

al Salvador, dicen otros santos; y por todos añade San Pablo: será reo del Cuerpo y Sangre del Señor; esto es, dice la Glosa: será castigado como si con sus manos hubiere muerto al Hijo de Dios. Es la comunión sacrílega un delito tan enorme, que Dios no espera a castigarlo en el infierno, sino que ya empieza en este mundo con enfermedades y muertes; de modo que ya en tiempo de los Apóstoles, según San Pablo, muchos por sus comuniones sacrílegas padecían gravísimos males corporales y otros morían. San Cipriano refiere de algunos de su tiempo que lo mismo era recibir indignamente la sagrada Comunión, que hallarse acometidos de intolerables dolores en las entrañas, hasta morir reventados. San Juan Crisóstomo conoció a muchos poseídos del demonio por causa de este delito; y San Gregorio Papa asegura que en Roma hizo grandes estragos la peste que sobrevino, por haberse continuado en aquella ciudad las diversiones, convites, espectáculos e impurezas después de la comunión pascual; y lo mismo refiere de su tiempo San Anselmo, por haber cumplido mal con este precepto. Se lee en la vida de San Bernardo que un monje se atrevió a comulgar en pecado mortal pero, ¡cosa terrible!, apenas le hubo dado el Santo la sagrada Hostia, reventó como Judas, y como él se condenó eternamente.

Refiere el célebre P. Arbiol que había en cierto pueblo una señora que en una fiesta muy solemne fué a confesar, y el confesor, hallándola en ocasión próxima voluntaria, la dijo que no podía absolverla si no se apartaba primeramente de la ocasión, y que en aquel día no podía recibir la sagrada Comunión; pero ella quiso recibirla sin hacer caso de lo que le dijo el confesor, y al momento que tuvo la sagrada Hostia en la garganta, la ahogó, quedando muerta en la misma iglesia en presencia de mucha gente.

Gran número de casos de esta naturaleza podría referirte, no sólo antiguos, sino también modernos, aunque al presente no sucedan tantos, por causa, según creo, de que los buenos por temor se retraerían de frecuentar los Santos Sacramentos, y Jesús, por el amor que nos tiene y para nuestro bien, prefiere dejar impunes visiblemente los sacrilegios y que los buenos le reciban con frecuencia, a que éstos no se atrevan a recibirle, atemorizados por los castigos de los profanadores; pero si a estos últimos no los castiga visiblemente, ya lo hace invisiblemente con ceguedad de entendimiento, y con dureza de corazón y con su abandono en este mundo, y después, en el otro, con las penas eternas del infierno. Encomiéndate a María Santísima, para que te alcance los auxilios que necesitas para poder recibir con fre-

cuencia y dignamente los Santos Sacramentos.

Y a fin de que conozcas mejor cuánto conviene recibir con buena disposición los Santos Sacramentos y los diferentes efectos que causan, por conclusión te referiré otro caso que se lee en las vidas de los Santos Padres: Había un Obispo muy virtuoso, que, habiéndosele avisado que dos personas vivían en trato ilícito, suplicó al Señor se dignase manifestarle el estado de la conciencia de sus súbditos. Oyó Dios sus súplicas, y un día, después de haber distribuído la sagrada Comunión a un gran concurso, vió que los unos tenían el rostro negro como un carbón, a otros les centelleaban los ojos, y otros muy hermosos y vestidos de blanco. Repitió la súplica el buen Prelado, a fin de que Dios le manifestase aquel misterio. Al instante apareciósele un ángel, y le dijo: «Has de saber que estos que tienen el rostro negro son los impuros y deshonestos; esos otros que les centellean los ojos son los avaros, usureros y vengativos; y los que ves tan hermosos y vestidos de blanco son los que se hallan en gracia y adornados de virtudes.» Acudieron también a comulgar las dos personas acusadas de trato ilícito, y las vió igualmente resplandecientes y hermosas, por lo que pensó el santo Obispo haber sido engañado; mas el ángel le dijo que era ver-

dad cuanto le habían dicho de ellas; pero que habiéndose apartado de la ocasión y hecho una buena confesión, les habían sido perdonados todos sus pecados, y con esto habían quedado bien dispuestas para recibir la sagrada Comunión, la cual les había causado estos admirables efectos.

Por tanto, apreciable hermano en Jesucristo, por el grande amor que te profeso, te suplico y encargo no vayas jamás a recibir la sagrada Comunión en pecado mortal; mas no te asustes si en tan desgraciado estado te encuentras; confiésate bien antes, y de veras arrepentido, excítate a muchos y fervientes actos de humildad, confianza y amor, y comulgando con esta disposición quedarás lleno de los grandes y celestiales frutos que causa la sagrada Eucaristía a quien la recibe dignamente. Quiero aquí referirte los principales para que te aficiones más y más a frecuentarla.

1.º Aumenta la gracia.

2.º Da luz al alma a fin de conocer el bien para seguirle y el mal para huirle.

3.º Aviva la fe y la esperanza.

4.º Enciende la caridad.

5.º Modera la ira y demás pasiones, preservándonos de pecar..

6.º Nos une con Jesucristo.

7.º Nos da una suavidad espiritual, mediante la cual se hacen con gusto todas las obras de virtud.

8.º Ahuyenta los demonios, para que no nos tientes tan a menudo.

9.º Calma los remordimientos de la conciencia.

10. Hace tener gran confianza en Dios en la hora de la muerte.

11. Alimenta el alma dándole vigor así como el pan material lo da al cuerpo.

12. Por último, nos da especiales auxilios para perseverar en el bien y llegar a la eterna gloria, de la cual es prenda cierta la que te deseo de todo corazón, como para mí mismo.

EXHORTACIÓN AL CRISTIANO

Serás feliz en este y en el otro mundo ¡oh cristiano!, si procuras cumplir exactamente las promesas que a Dios hiciste en el santo Bautismo; pero ¡ay de ti si eres infiel!, porque un infierno sin fin es el que te espera; pues en el día del juicio, al que infaliblemente has de comparecer, será tu gran fiscal el capillo o vestido blanco con que fué cubierta tu cabeza, que, como no ignoras, simboliza la pureza de costumbres que debe acompañarte toda la vida. Atiende, si no, al siguiente ejemplo:

Refieren las historias que un tal Elpi-

dóforo recibió el bautismo de mano de Murita, diácono de Cartago, y después, apostatando de la religión católica, se hizo hereje arriano y fué juez contra los católicos. Sucedió, pues, que por ser Murita fiel adorador de la cruz de Jesucristo, fué preso y presentado al tribunal de Elpidóforo; mas al punto que Murita se vió delante de este apóstata, sacó del bolsillo el capillo blanco que le había puesto en el bautismo, y recordándole las promesas hechas a Dios, a las que entonces faltaba, le dijo: *Esta, Elpidóforo, ministro del error, esta es la vestidura blanca que te acusará delante del Dios de la majestad en el juicio a que has de ser presentado.*

Lo mismo te digo, cristiano. ¡Ay de ti si, en vez de ser fiel a lo que prometiste en el bautismo, apostatas o eres infiel a la palabra que diste! ¡Ay de ti si no sólo no cumples con lo prometido, sino que además críticas y censuras, te burlas o mofas de la conducta de los verdaderos cristianos! ¡Ay de ti, repito, porque el capillo, la vela encendida, que significa la luz del buen ejemplo que has de dar, y todo lo demás que se practica en el santo Bautismo, en aquel terrible día en que Jesús, a quien ahora pecando persigues, ha de juzgarte, serán tus mayores y terribles fiscales! Que lo creas o no, que te acuerdes de ello o lo olvides, día vendrá, quizá no está lejos, en que has

de morir y ser juzgado, y salvo o condenado, según tus buenas o malas obras; y por más que le des vueltas, de ello no te librarás.

RENOVACION

de las promesas hechas en el santo Bautismo que debe hacerse a lo menos una vez al año, en el cumpleaños o a principio de enero.

¡Oh Dios mío! Os doy infinitas gracias por haberme criado a vuestra imagen y semejanza, por haberme reengendrado con el santo Bautismo, por haberme dado en él vuestra gracia, los dones y virtudes del Espíritu Santo, y por haberme hecho hijó de vuestra Iglesia.

En aquel día, para mí tan venturoso, no sólo renuncié a Satanás por boca de mi padrino, y a todas sus obras, pompas y vanidades, sino que también hice profesión de creer en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo; creer en la Iglesia católica, en la comunión de los santos y en todas las demás verdades por Vos reveladas; y, en fin, resolví entonces vivir y morir en esta creencia y en la observancia de vuestros santos mandamientos.

Pero, ¡ay de mí!, Dios mío, y ¡cuán mal he cumplido tan santas y solemnes promesas! He dado oído a las sugestiones del demonio; he militado bajo las

banderas de Satanás; he ido en pos de las pompas del diablo, arrastrado de los placeres y vanidades del mundo; he preferido los honores, riquezas y demás objetos terrenos, a los bienes espirituales y eternos que Vos prometéis a vuestros hijos. Debiéndoos amar sobre todas las cosas, os he pospuesto a las más viles, y por ellas os he despreciado, pecando. Debiendo vivir para Vos únicamente, y consagraros todos mis pensamientos, palabras y obras, he vivido únicamente para mí, y todas las he dirigido a la satisfacción de mis antojos. ¡Ay de mí! ¡He infringido vuestras santas leyes, las de la Iglesia y los deberes de mi estado! Pero, Señor, renuncio de nuevo a todo lo que no sea Vos; desde hoy detesto y abomino todas mis iniquidades; os pido humildemente perdón de todas ellas, y espero que por los méritos de vuestro querido Hijo me las perdonaréis.

Dignaos, Dios mío, aceptar la renovación que hago en este día de las promesas que delante de toda la Iglesia hice en el día de mi bautismo, las que intento cumplir con toda exactitud y fidelidad; y al efecto, ahora que tengo mayores conocimientos, digo que renuncio a Satanás, a todas sus pompas y a todas sus obras. Jamás prestaré oídos al demonio ni a cosa alguna que con él tenga relación. Pondré cuidado en no dejarme llevar de la soberbia, avaricia, lujuria, ira,

gula, envidia, pereza y mentira; y daré de mano a cuanto sea pecado, porque sé que el pecado es obra de Satanás.

Pondré cuidado en arrancar de mi corazón el amor a las riquezas, honras, pompas y placeres del mundo, porque sé que todo ello no es otra cosa que un lazo con que el demonio, nuestro enemigo, procura prender nuestras almas. Procuraré meditar sobre la vanidad y lo deleznable que son los bienes de este mundo, para que mi corazón esté siempre libre de todo afecto terreno, y sólo ame a Vos, que sois mi centro, mi infinito, eterno e incomprensible bien.

Sí, Señor, sí; quiero vivir y morir en la fe, esperanza y caridad, y en la obediencia y fidelidad que os he prometido. Creo cuanto cree la santa Iglesia católica, apostólica y romana, y repruebo cuanto ella reprueba.

Nunca volveré a poner mi esperanza en las riquezas, honores, hermosura, juventud, ni en otra cosa alguna criada, sino en Vos, Dios mío; sí, en Vos coloco toda mi felicidad; sólo Vos sois el objeto de mi nueva esperanza. Los días que me restan de vida los emplearé en amaros y serviros con toda fidelidad y amor.

Quiero amaros, Dios mío, con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas; desde hoy os consagro todos mis pensamientos, deseos, palabras y acciones, mi cuerpo, mi alma, mis

bienes, cuanto poseo y puedo poseer, y estoy resuelto a no usar de cuanto está en mi poder sino para vuestra mayor honra y gloria y conforme a vuestra santísima voluntad.

Os amo, Dios mío, y os amaré siempre más y más, con todo el afecto de mi corazón, sin que jamás deje de amaros; ni la vida, ni la muerte, ni la esperanza del bien, ni el temor del mal, ni mis amigos, ni mis enemigos, ni cosa alguna criada, podrán hacerme faltar a la palabra de fidelidad que acabo de daros, y que renuevo ahora a la faz de los cielos y de la tierra, a quienes pongo por testigos. Con entera sumisión me sujeto a vuestros preceptos, igualmente que a los de todos mis superiores.

Tal es, Señor, mi nueva resolución y voluntad, en la que deseo vivir y morir, y siendo Vos el autor de ella, espero que me auxiliaréis con vuestra gracia para llevarla a cabo, pues bien sabéis que sin vuestra gracia yo nada puedo absolutamente.

Renovad en mí, ¡oh divino Redentor!, el espíritu de fe, de esperanza, de caridad, de humildad y demás virtudes que me infundisteis en el bautismo, a fin de que, fortificado con ellas, pueda hacerme superior a la concupiscencia que me arrastra al pecado, pueda resistir a mis enemigos y ser fiel a lo que acabo de prometeros; todo lo cual os pido por los

méritos de vuestra Sangre santísima, por los méritos e intercesión de vuestro querida Madre, de los Angeles y Santos del cielo y justos de la tierra. Amén.

Actos de Fe, Esperanza y Caridad

ACTO DE FE

Creo firmemente, Dios mío, porque Vos, verdad infalible lo habéis revelado a la santa Iglesia, que en el misterio de la Santísima Trinidad no hay más que un Dios, aunque son tres las personas distintas e iguales, que se llaman Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Creo que la segunda Persona, que es el Hijo, se hizo hombre por obra del Espíritu Santo, en las virginales entrañas de María Santísima. Que padeció y murió en una cruz para salvarnos y redimirnos. Creo que Jesucristo es Dios y Hombre verdadero; que en cuanto Dios está en el cielo, en la tierra y en todo lugar; que todo lo ve, todo lo oye y todo lo sabe, hasta los más ocultos pensamientos; y que en cuanto Hombre está en el cielo y en el Santísimo Sacramento del Altar. Creo, Dios mío y Jesús mío, que en los Santos Sacramentos habéis depositado los méritos de vuestros padecimientos, que son de infinito valor, que solamente ellos pueden borrar la malicia de nuestros pecados; y, por tanto, creo que para

alcanzar el perdón debo recibir, o desear recibir en caso de necesidad, el sacramento de la Penitencia, que Vos instituísteis para salvación de los pecadores. Creo y digo, Jesús mío, que el que no recibe el sacramento de la Penitencia pudiendo, cuando está en pecado o lo manda la Iglesia, os desprecia con la más fea ingratitud, y por su soberbia y omisión criminal da a entender que más quiere ser esclavo del diablo y condenarse, que hijo vuestro y salvarse. En fin, creo Dios mío, que me habéis de pedir cuenta de todos mis pensamientos, palabras, obras y omisiones, para hacerme feliz en el cielo si muero en vuestra gracia, o infeliz en el infierno si muero en pecado mortal.

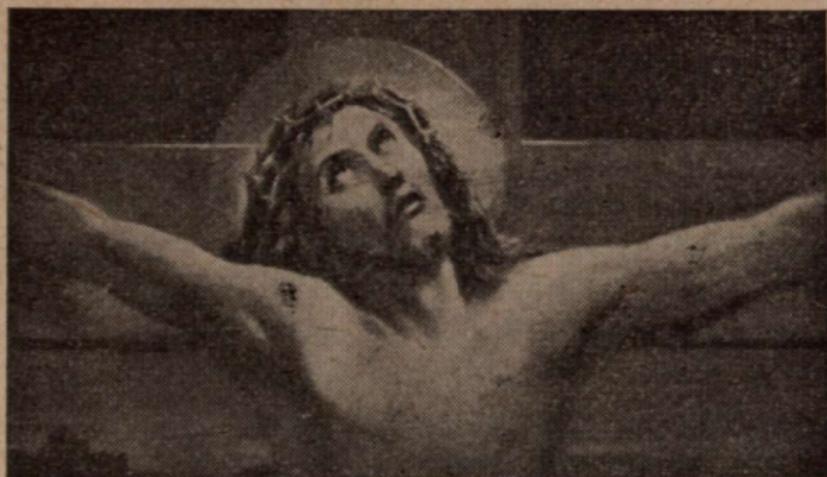
ACTO DE ESPERANZA

Dios mío, creo todo cuanto manda creer la Iglesia nuestra madre, y espero por vuestra misericordia infinita, omnipotencia y bondad, y por los méritos de Jesucristo, que me perdonaréis mis pecados, y con todo el dolor de mi corazón os digo que me pesa de haberlos cometido, porque con ellos os ofendí a Vos, Dios mío, que sois la misma bondad infinita, y espero que me daréis vuestra amistad y gracia, y después, en el cielo, la eterna gloria para la cual me habéis criado.

ACTO DE CARIDAD

Dios mío, os amo con todo mi corazón, y os amo sobre todas las cosas, por ser Vos infinitamente bueno y amable, y también por los innumerables beneficios que me habéis dispensado, de creación, conservación y redención, y quisiera amaros con aquel ferviente amor con que os aman los Angeles y Santos del Cielo y los justos de la tierra; y porque sé que este es vuestro deseo y voluntad, amo a María Santísima, mi dulce Madre, y, además, por amor vuestro, ¡oh Dios mío!, amo a mi prójimo como a mí mismo y perdono a todo. los que me han ofendido y agraviado, y deseo que todos os amen y sirvan aquí en la tierra, y después en el cielo, por toda la eternidad. Amén.





INSTRUCCIÓN SOBRE LA MISA

INTRODUCCIÓN

La santa Misa es la mejor de las cosas en que puede ocuparse un cristiano, ora para alabar a Dios, ora para darle gracias por los beneficios recibidos, ya para alcanzar lo que necesita para salvarse, ya para darle satisfacción por las faltas cometidas.

«En la Misa el cristiano no ora solo— dice San Juan Crisóstomo—, sino que con él oran los Angeles, los Santos, hasta el mismo Jesucristo.» ¡Felices aquellas personas que la oyen devotamente, no sólo en los días festivos y de precepto como es deber suyo, sino también todos los demás días!; porque atesoran grandes méritos para este y para el otro mundo. San Luis, rey de Francia, oía dos cada día; San Isidro la oía también todos los días antes de empezar su la-

bor, como lo hacían igualmente otros muchos Santos que sería largo de contar. Haz tú lo mismo, cristiano muy amado, aun cuando no seas rico ni holgado, sino un pobre jornalero, cual lo era San Isidro. Acuérdate del adagio que dice: *Por oír Misa y dar cebada, nunca se perdió jornada.*

Quizá no tanto el temor de atrasar tus quehaceres o la falta de tiempo, como el temor del *qué dirán* los mundanos y murmuradores, será el que te impida el oír todos los días la santa Misa. Si es así, te digo que ningún caso has de hacer de ellos, como nos enseña Jesucristo; no les des oídos, pues siendo ciegos, pretenden ser lazarillos: son como el perro del hotelano, que ni come las berzas ni las deja comer. Por cierto que cuando tú te presentas en casa de algún señor para pedirle alguna gracia, no te cuidas de los perros que a su entrada están ladrando; pues lo mismo es indispensable que hagas con estos perros del mundo, que pretenden arredrarte con los aullidos de sus críticas y burlas, para que no entres en la Casa del Señor de cielos y tierra, en la cual te ha de conceder todo género de gracias temporales y eternas. No olvides que el templo es la casa de Dios y la puerta del cielo en que has de desear entrar, y menos has de echar en olvido que allí no entrarán los perros, que son los hombres malos, sino más bien

serán arrojados afuera, según afirma San Juan.

Acuérdate que también fueron criticados San Isidro, San Luis y otros Santos; y quisiera que a los tales respondieses con estas palabras de San Luis: *Por cierto que no dijeran palabra si yo empleara doblado tiempo cazando en el monte o jugando a los dados.* Hasta de María Magdalena sabemos que mientras prodigó algún día el dinero en las vanidades, diversiones y locuras mundanas, en vez de críticas recibió aplausos; pero luego que con heroica resolución trató de consagrarse toda al servicio de Jesucristo, mil lenguas serpentinas arrojaron su veneno contra ella y, ¡quién lo creyera!, hasta los mismos Apóstoles, siguiendo a Judas, criticaron su proceder; de suerte que fué preciso que el mismo Jesucristo se hiciera su abogado y defensor. Créeme, pues, cristiano, oye Misa cada día con el parecer de tu director, sin faltar a tu obligación doméstica y desprecia cuanto digan los mundanos o los que a sí mismos se llaman espirituales. Día vendrá en que Jesús se hará tu defensor como lo fué entonces de la Magdalena.

Cuando te dirijas a la iglesia para oír Misa, piensa que vas al Calvario para asistir a aquel sacrificio sangriento que allí ofreció Jesús, pues el del altar es el mismo que aquél, aunque con la diferen-

cia de que en el Calvario se derramó la sangre realmente, y aquí no se derrama; allí se ofreció una sola vez, y aquí se ofrece todos los días; pero así éste como aquél, le ofrece para salvarnos y redimirnos: en el Calvario se sirvió de la malicia de los judíos como de instrumentos, pero en el altar se sirve del amor excesivo con que nos ama; siendo este amor quien le obliga a que renueve todos los días el mismo sacrificio, y no una sola vez, sino tantas cuantas son las Misas que se celebran.

Cuando estés ya en la Iglesia para oír Misa, aviva tu fe, y reflexiona que si hubieras de presenciar el sacrificio o muerte de tu padre o esposo, ¡oh, cuál sería entonces el dolor y angustia de tu corazón! Pues no es ficción, es una realidad; cuando oyes Misa te hallas presente al sacrificio y muerte de tu padre y del esposo de tu alma, Jesús. ¡Ah! Si los cristianos ocupasen su entendimiento en estas verdades..., ¡imposible!..., no reirían, ni hablarían, ni dormirían, ni cometerían las mil y mil irreverencias que, con harto dolor de la Religión y escándalo de los pequeñuelos, se están cometiendo todos los días en nuestros templos; ¡qué dolor! No se puede escribir esta invectiva contra los que de cristianos tienen sólo el nombre, sin estremecerse a la vista de los castigos que la ira de un Dios va a descargar contra nosotros por tantos des-

acatos, y sin que crímenes tan atroces, cometidos en el acto más augusto de nuestra Religión divina, cubran de rubor el rostro, al paso que hielan la sangre en las venas. Quisiera echar un velo que ocultara un cuadro ominoso y que horroriza...; pero es demasiado cierto; con desacatos tan atroces, públicos y cotidianos, por desgracia, sin querer ni intentarlo ellos, dan una prueba de que el sacrificio de nuestros altares es el mismo que el del Calvario, pues que de la misma suerte que los judíos se mofaban de Jesús en el Calvario, jugaban, reían, parlaban y negaban su divinidad, así los tales cristianos, desdoro del cristianismo, ríen, parlan y vuelven la espalda al mismo Jesús. Aquellos judíos que así se portaban con Jesús en el Calvario, traían en sus cuerpos una legión de demonios que a tal maldad los impeñían; los cristianos que del modo dicho están indevotos en la iglesia, están en pecado mortal, y de consiguiente son esclavos del demonio, ya que no los llamemos también demonios, por cuanto impelen a otros a desacatos semejantes con sus sacrílegas irreverencias.

Procura, pues, tú, cristiano amado que esto lees, procura estar en la iglesia con atención y devoción, ora asistas a la Misa, ora hayas entrado para alguna otra devoción, sin que hables en ella jamás, pues la casa del Señor es casa de oración

y no de parlerías. Si la necesidad o utilidad lo exigen, sea con las menos palabras posibles y en voz baja; y si hay quien te precise a responder, sea también con brevedad y sin que nadie lo entienda; de lo contrario, haciéndote reo del mismo delito que el que te habla, como sobre él, descargaría sobre ti Jesús una lluvia de azotes que te arrojaría ahora del templo, y después de la gloria, como en otro tiempo arrojó a los judíos profanadores del templo de Jerusalén.

También te pido encarecidamente que asistas al templo con vestido modesto y que no ofenda al pudor. ¿No es cierto que si la necesidad o utilidad te precisan a comparecer delante de algún personaje o de la autoridad, procuras ir con decencia y aseado? ¿Por qué, pues, no harás otro tanto, cuando menos, al presentarte a Jesús, Rey de reyes y Señor de los que dominan, cuando entras en la iglesia? Adviértote, finalmente, que jamás permitas que contigo vaya a la iglesia perro alguno, porque es indecente y reprehensible.

Concluída la Misa, después de haberse retirado del altar el sacerdote, y dado fin a tus particulares devociones, saldrás del templo con suma modestia, tomando de la pila agua bendita, harás la señal de la cruz, como lo hiciste al entrar, y harás reverencia al Señor (con dos rodillas, si

está expuesto el Santísimo; con una, si está metido en el Tabernáculo; y si no le hay, con inclinación de cabeza a la imagen principal); procura no cometer irreverencias ni hacer garabatos al formar la señal de la cruz, porque, cuando se hace mal, se complace a Satanás. Para que puedas hacerla bien, voy a darte una breve explicación de esta señal del cristiano.

El signarse y santiguarse es una profesión abreviada de los principales misterios de nuestra religión sacrosanta; signándonos formamos tres cruces, o tres veces la señal de la cruz, con lo que confesamos un Dios en tres personas; la cruz que formamos en la frente simboliza al Padre; la que formamos en la boca simboliza al Hijo, y la que en el pecho simboliza al Espíritu Santo. Santiguándonos formamos una cruz desde la frente a la cintura y del hombro izquierdo al derecho; el descender la mano de la frente a la cintura simboliza que el Hijo, segunda persona de la Santísima Trinidad, descendió del seno del Eterno Padre al de la Santísima Virgen María, y al pasar la mano del hombro izquierdo al derecho significamos que el misterio de la Encarnación fué por obra del Espíritu Santo; ciérranse o júntanse por fin las manos, y con esta unión simbolizamos la unión de las dos naturalezas, divina y humana, en una sola persona, que es

Cristo. Las manos así juntas se arriman al pecho o se adoran, para dar a entender la gran veneración con que son respetados los altos misterios simbolizados con las cruces y acciones que formamos signándonos y santiguándonos, y la cruz que se forma simboliza a Jesucristo crucificado.

BREVE EXPLICACION

de los misterios que se representan
en la Misa.

El *Sacerdote* revestido con los ornamentos sagrados representa a Cristo, nuestro Redentor, en su sagrada Pasión.

El *Amito* con que cubre su cabeza al empezar a revestirse simboliza la corona de espinas y el lienzo con que cubriendo su divino rostro burlábanse de él los sayones diciendo: *Adivina, ¿quién te dió?*

El *Alba* simboliza el vestido blanco con que le trataron como a loco en la casa de Herodes, despreciándole,

El *Cíngulo* simboliza los cordeles con que en el huerto fué atado.

La *Estola* recuerda la soga que llevaba al cuello cuando le conducían preso.

El *Manípulo* es símbolo del cordel con que le sujetaron a la columna para azotarle.

La *Casulla* simboliza el vestido de púrpura con que le cubrieron en casa de Pilatos estando ya coronado de espinas.

El *Cáliz* representa el sepulcro, y los *Corporales*, la sábana con que fué amortajado su Cuerpo santísimo.

El *Introito*, o entrada a la Misa, significa el grande anhelo con que en el limbo esperaban los Santos Padres la venida de Cristo al mundo para redimirlos a ellos y a nosotros, y para significar sus clamores se dicen inmediatamente los *Kiries*, que en nuestro idioma significan: «Señor, habed misericordia de nosotros.»

El *Gloria in excelsis* nos recuerda el gozo de los Angeles y de los pastores al nacer Cristo.

Las *Oraciones* que el sacerdote dice después del *Dominus vobiscum* son símbolo de las muchas veces que Cristo oró por nosotros en el curso de su vida.

La *Epístola* simboliza la predicación de los profetas, especialmente la del Bautista.

El *Gradual*, o lo que se lee después de la Epístola, significa la soledad de Cristo en el desierto, y el *Aleluya* representa los servicios que le prestaron los Angeles después de haberle tentado el demonio y salido victorioso.

El *Evangelio* significa la predicación de Cristo. Y para decir el Evangelio se

pasa el misal al otro lado del altar, para significar que Cristo pasaba de unos a otros pueblos predicando el Evangelio. Cuando se lee el Evangelio estamos en pie para denotar la prontitud con que debemos obedecer la ley de Cristo, la cual se nos promulga en el Evangelio; al concluir el Evangelio se dice: *Laus tibi, Christe*, haciendo inclinación con la cabeza en señal de sumisión.

El *Credo* es un compendio de cuanto debe creer el cristiano, y se arrodilla el sacerdote al *et Homo factus est* para dar a entender la grande humildad del Señor en tomar nuestra naturaleza, y cuánto, por consiguiente, debemos humillarnos nosotros a Dios, que es nuestro Señor.

La ofrenda que de la hostia y cáliz hace el sacerdote, nos recuerda la prontísima y entera voluntad con que Cristo se ofreció a padecer y morir por nosotros.

Al volverse al pueblo el sacerdote y decir *Orate Fratres*, nos recuerda aquel paso en que Cristo, después de haber orado en el huerto con sudor de sangre, se acercó a sus discípulos y les dijo: «Velad y orad, si no queréis caer en la tentación.»

El *Prefacio* y *Sanctus* simbolizan la solemne y pública entrada de Cristo en Jerusalén el día de los Ramos, y el júbilo con que el pueblo le recibió.

En el *Canon* dice en secreto las oraciones el sacerdote, recordándonos que Cristo se retiró de los judíos y se fué en secreto con sus discípulos a Efrén, y también para inspirarnos un gran respeto, porque es sabido que lo que se hace con demasiada publicidad se vulgariza y con facilidad se desprecia.

Se levanta la hostia y el cáliz para recordarnos que Cristo fué levantado en la cruz.

El *Pater noster* simboliza aquellas palabras que Cristo dirigió al Eterno Padre inmediatamente antes de expirar, así como aquel poco tiempo que el sacerdote está en silencio después del *Pater noster* significa el tiempo que Cristo estuvo en el sepulcro, y su alma descendió al seno de Abraham para dar libertad a las almas de los Santos Padres, que esperaban su venida.

El *Pax Domini* simboliza la aparición de Cristo a sus discípulos y a las Marías, después que resucitó.

El *Agnus Dei* nos recuerda que Cristo, después de su Resurrección, subió a los cielos para ser allí nuestro abogado.

Las *Oraciones* postreras que reza el sacerdote son símbolo de las que Cristo en el cielo dirige por nosotros al Eterno Padre.

El *Ite, Missa est* significa que el sacerdote hizo oficio de embajador y ministro

enviado por Dios para ofrecerle aquel sacrificio por toda la Iglesia católica, por las almas del purgatorio y para alcanzar para todos la divina gracia.

La *Bendición* que da al fin el sacerdote simboliza la que Cristo dará a los justos en el día del juicio final.



METODO

PARA OIR DEVOTAMENTE LA SANTA

MISA

Ofrecimiento

¡Oh Dios mío!: yo ofrezco este sacrificio del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo en testimonio de que os reconozco por mi supremo Señor y Criador; en acción de gracias por todos los beneficios que os habéis dignado hacer, no solamente a mí, sino a todas las demás criaturas; en satisfacción de mis culpas y de las de todos los hombres; en sufragio de las almas del purgatorio, especialmente de las más necesitadas y de las de mi mayor obligación, y finalmente, para alcanzar de vuestra divina piedad la gracia de la conversión a los pecadores y de la perseverancia a los justos, a fin de vivir y morir en vuestra santa amistad. Amén.



Significa el *Confiteor* cómo Cristo tomó sobre sí nuestros pecados y pagó por ellos.

A LA CONFESIÓN

Al llegar el sacerdote al altar te santificarás, dirás la Confesión general y la siguiente

Oración

Señor Dios mío Jesucristo, que al acercarse vuestra Pasión quisisteis ser afligido y penar por mí, y en el huerto de Getsemaní ser consolado por un Angel; concededme gracia para sufrir con santa resignación todas las penas y trabajos, a fin de que, padeciendo con Vos, tenga después el consuelo de ser participante de los méritos de vuestra Pasión santísima. Amén.

Indulgencias

Diciendo: *En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*, se ganan cincuenta días de indulgencia.

Rezando con fe y contrición la *Confesión general*, se perdonan los pecados veniales.

AL INTROITO

Oración

¡Oh pacientísimo Jesús mío, que quisisteis ser vendido y entregado con el ósculo del pérfido Judas, preso y atado por gente armada y llevado a casa de Anás!: No permitáis que yo caiga en pecado alguno ni cometa traición ni dañe a mi prójimo, inducido por algún hombre perverso o por el espíritu maligno, sino que en todo haga vuestra santa voluntad. Amén.

Jaculatoria

¡Oh Corazón amante!: Pongo en Vos toda mi confianza, porque todo lo temo de mi flaqueza, mas lo espero todo de vuestras bondades. (300 días de indulgencia).

AL «KIRIE ELEISON»

Oración

¡Oh Salvador mío piadosísimo, que mirando con ojos de clemencia a Pedro, que os había negado por tres veces, le disteis amargas lágrimas de sincera penitencia!: Miradme también a mí con ojos piadosos, para que pueda llorar delante de Vos mis culpas, y merecer de vuestra piedad aquellas gracias que necesito para nunca negaros ni de pensamiento, ni de palabra, ni de obra. Amén.

Jaculatoria

Jesús, María y José. (*Siete años y siete cuarentenas cada vez que se diga esta jaculatoria, y al mes una plenaria diciéndola todos los días*).



Significa el *Gloria* las alabanzas que los Angeles cantaron al Criador.

AL «GLORIA IN EXCELSIS»

Oración

¡Oh Criador mío amabilísimo, a quien cantaron gloria y alabanzas los Angeles, publicando la paz en la tierra el día que nacisteis, comenzando ya a padecer por mí! Asistidme con vuestro amor, para que os ame y dignamente os alabe por lo mucho que desde el pesebre hasta la cruz padecisteis por mí, y dadme la paz interior y exterior para estar siempre unido con Vos y con mis prójimos. Amén.

Jaculatoria

Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío. (300 días cada vez, y plenaria al mes diciéndola diariamente).

AL PRIMER «DOMINUS VOBISCUM»

Oración

¡Oh resplandeciente luz del Eterno Padre, que iluminasteis a los Reyes Magos para que os adorasen, y quisisteis ser circuncidado para padecer y derramar por mí vuestra sangre! Iluminad mi alma para que os adore como a omnipotente, os ofrezca mirra de mortificación, incienso de oración y oro de perfecta caridad, quedando circuncidada y apartada de todas las cosas de este mundo. Amén.

Jaculatoria

Dulce Corazón de mi Jesús, haced que yo os ame más y más. (300 días cada vez, y al mes una plenaria.)

A LA EPÍSTOLA Y GRADUAL

Oración

¡Oh Maestro sapientísimo, que instruísteis a los Apóstoles para que enseñasen a los hombres las verdades católicas, y sin embargo, quisisteis ser llevado y acusado falsamente ante el tribunal de Pilatos!: Enseñadme a apartarme de las falsas doctrinas de los hombres perversos, y a creer y poner en práctica las verdades que me enseñáis por vuestros ministros. Amén.

Jaculatoria

¡Oh Dios mío, mi único bien! Vos sois todo para mí, sea yo todo para Vos. (*300 días de indulgencia cada día, y una plenaria al mes*).



Significa el *Evangelio* la doctrina que Jesucristo predicó en el mundo.

AL EVANGELIO

Oración

¡Oh sabiduría infinita, que predicasteis a los hombres para apartarlos del pecado, y quisisteis ser llevado por mi amor desde la casa de Herodes a la de Pilatos, para que, reconciliados, contrajesen entre sí una estrecha amistad!: Concededme que, haciéndome superior a las conspiraciones de los enemigos de mi alma, tome ocasión para conformarme más y más con vuestra divina voluntad. Amén.

Jaculatoria

¡Gloria, amor y reconocimiento al Sagrado Corazón de Jesús! (*100 días de indulgencia cada vez*).

AL CREDO

Oración

¡Oh mi amantísimo Redentor, que padecisteis tantas penas para instruirme en vuestra santa fe, y disteis tanta fortaleza a los Mártires que vencieron con su constancia invencible la rabia inicua de los tiranos!: Dadme una fe viva para creer cuanto Vos enseñásteis y nos propone y manda creer vuestra santa Iglesia, y que yo viva y muera en esta misma santa fe. Amén.

Jaculatoria

Señor, conservadnos la fe. (*100 días de indulgencia cada vez*).

AL DESCUBRIR EL CALIZ Y AL
OFERTORIO

Oración

¡Oh inocentísimo Jesús, que quisisteis ser desnudado, azotado y coronado de espinas por aquellos inhumanos verdugos! Haced que yo me desnude de todos los afectos terrenos, poniendo en Vos todo mi cuidado y amor, y me ofrezca con entera voluntad a sufrir todas las adversidades y trabajos a honra y gloria de Vuestra Divina Majestad. Amén.

Jaculatoria

Jesús, Dios mío, os amo sobre todas las cosas. (*50 días de indulgencia cada vez*).



Significa el *Lavatorio* el acto en que Jesucristo fué declarado inocente por Pilatos.

AL LAVATORIO

Oración

Señor mío Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que, declarado inocente por el presidente Pilatos, no rehusasteis oír las furiosas voces y gritos de los infieles judíos: Concededme vuestra santa gracia para que yo pueda vivir con inocencia entre los enemigos de mi alma, y que nunca sea perturbado ni afligido por los malos pensamientos ni por la mala voluntad de los hombres perversos. Amén.

Jaculatoria

Sagrado Corazón de Jesús, creo en vuestro amor para conmigo. (300 días de indulgencia cada vez).

AL PREFACIO Y «SANCTUS»

Oración

¡Oh Rey de Israel, cuya triunfal entrada en Jerusalén fué festejada con cánticos de júbilo y aplausos, y, sin embargo, quisisteis ser vilipendiado por el mismo pueblo y condenado por Pilatos a morir en una cruz!: Haced que yo aborrezca todas las satisfacciones mundanas, que abrace los desprecios y que coloque mi gloria en llevar la cruz de la mortificación y penitencia de mis culpas. Amén.

Jaculatoria

Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos; llena está la tierra de vuestra gloria. Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (*100 días, y plenaria al mes*).

AL CANON

Oración

¡Oh pastor fidelísimo de nuestras almas, que las amasteis hasta el extremo de dar por ellas la vida, padeciendo antes en vuestra pasión innumerables afrentas e injurias!: Os suplico, Señor, que me deis gracia para sufrir por vuestro amor todas las calumnias y persecuciones, para que después de mi muerte, pueda descansar en Vos y bendeciros por una eternidad. Amén.

Jaculatoria

Adoremos, agradezcamos, supliquemos y consolemos con María inmaculada al Sacratísimo y amabilísimo Corazón eucarístico de Jesús.
(200 días de indulgencia cada vez).



Significa la *Consagración* cómo Je-
sús en la última cena dió fin a las
figuras de la Ley antigua.

A LA CONSAGRACIÓN

Oración

¡Oh suavísimo Jesús, que en la última Cena disteis fin a las figuras de la ley antigua, y os disteis a los Apóstoles en cuerpo, alma y divinidad en el Santísimo Sacramento! Dad fin a mis culpas, y hacedme participante de la suavidad y dulzuras de ese pan celestial. ¡Así viváis en mí y yo en Vos! Amén.

Jaculatoria

Alabado y bendecido sea el Sagrado Corazón y la preciosísima Sangre de Jesús en el Santísimo Sacramento del altar. (*300 días de indulgencia cada vez.*)

AL LEVANTAR LA HOSTIA

Oración

¡Señor mío y Dios mío!: Yo adoro vuestro sagrado Cuerpo que, en el ara de la Cruz, fué inmolado para la redención de todo el mundo.

Jaculatoria

¡Señor mío y Dios mío! (El Papa Pío X concedió siete años y siete cuarentenas a los fieles que recen esta jaculatoria mirando con amor la Sagrada Hostia en el acto de la elevación en la Misa, o cuando está expuesta solemnemente; pueden ganarla también los ciegos.—Rezándola todos los días se gana, además, una indulgencia plenaria cada semana).

AL LEVANTAR EL CÁLIZ

Oración

¡Señor mío y Dios mío!: Yo adoro vuestra preciosa Sangre, que, derramada en la Cruz, fué ofrecida al Eterno Padre para nuestra salvación.

Jaculatoria

Eterno Padre: Por la Sangre preciosísima de Jesucristo, glorificad su santísimo Nombre según la intención y los deseos de su adorable Corazón. (*300 días cada vez, y plenaria al mes*).

Sea por siempre bendito y alabado el Santísimo y Divino Sacramento. (*300 días de indulgencia cada vez, y una plenaria al mes*).



Significa esta posición el momento en que Jesucristo, clavado en la cruz, rogó por todo el género humano.

DESPUES DE LA ELEVACIÓN DE LA
HOSTIA Y DEL CÁLIZ

Oración

¡Señor Dios mío Jesucristo, que estando clavado de pies y manos en la Cruz rogasteis al Eterno Padre por todo el género humano, y con especialidad por los que acababan de crucificaros!: Dadme, os suplico, una verdadera mansedumbre y paciencia con que, según vuestro consejo, ame a mis enemigos y haga bien a los que me aborrecen y hacen mal. Amén.

Jaculatoria

Todo por Vos, Corazón Sacratísimo de Jesús. (*300 días de indulgencia cada vez.*)

AL «OMNIS HONOR ET GLORIA»

Oración

¡Oh Salvador mío Jesucristo, que derramando Sangre en la Cruz encomendasteis a Juan vuestra Santísima Madre y pusisteis al discípulo amado bajo la ternura maternal de la misma benditísima Virgen!: Yo me encomiendo a Vos, imitando aquella intimidad con que recomendasteis a los dos recíprocamente, para que en premio de tan debida demostración, merezca unirme a Vos por amor, y por la intercesión de ambos ser preservado de todo mal en los peligros y adversidades. Amén.

Jaculatoria

¡Oh dulce Corazón de María, sed la salvación mía! (300 días de indulgencia cada vez, y plenaria al mes).

AL «SED LIBERA NOS A MALO»

Oración

¡Oh mi dulcísimo Jesús!: Así como vuestra alma unida a la Divinidad descendió al limbo para dar libertad a las almas de los Santos Padres, os suplico que saquéis la mía del limbo de la culpa, librándola del infierno, para que, al salir de esta vida, pueda cuanto antes ir a cantar vuestras alabanzas junto con los Santos Padres en la gloria. Amén.

Jaculatoria

Corazón eucarístico de Jesús, que ardéis en amor para con nosotros, inflamad nuestros corazones en vuestro amor. (*200 días de indulgencia cada vez*).



Significa el partir la Hostia cómo Cristo dividió el pan entre los discípulos de Emaús y por eso le conocieron.

AL PARTIR LA HOSTIA

Oración

¡Oh sabiduría infinita, que habiendo resucitado os aparecisteis a los discípulos que iban a Emaús, y os disteis a conocer en el modo de partir el pan, dejándolos con grande admiración y consuelo!: Os suplico, Señor, que os dignéis manifestarme cuanto pueda serme útil para mi salvación, a fin de que pueda disfrutar de los admirables frutos de vuestra resurrección. Amén.

Jaculatoria

Dulce Corazón de Jesús, compadeceos de nosotros y de nuestros hermanos extraviados. (*100 días de indulgencia*).

AL «PAX DOMINI»

Oración

¡Oh gloriosísimo Jesús, que en vuestra Resurrección triunfante os aparecisteis a vuestros discípulos y les inculcasteis la paz y unión!: Concededme, Señor, que mi alma resucite a la vida de la gracia para que siempre os ame y merezca subir con Vos a la patria celestial, para gozar de aquella interminable paz y descanso eterno. Amén.

Jaculatoria

Corazón divino de Jesús, convertid a los pecadores, salvad a los moribundos, libertad a las almas del Purgatorio. (*300 días de indulgencia*).

AL «AGNUS DEI»

Oración

Señor mío Jesucristo, ya que en vista de vuestra paciencia en los tormentos y muerte afrentosa, muchos golpeándose el pecho lloraron sus culpas y se convirtieron, os suplico que por vuestra pasión y muerte santísima me otorguéis un sincero dolor de mis pecados y que nunca os ofenda. Amén.

Jaculatoria

V. Oremos por vuestro Pontífice N.

R. El Señor le conserve y fortalezca, le haga feliz en la tierra y no le entregue en manos de sus enemigos.

Récese un Padre nuestro y Ave-María. (300 días de indulgencia, y plenaria al mes).



Significa la *Comunión* cómo Jesucristo, después de resucitado, se apareció a los Apóstoles.

A LA COMUNIÓN Y POSCOMUNIÓN

Oración

¡Oh Jesús purísimo! Vos que por mi amor quisisteis ser puesto en un sepulcro nuevo de piedra, que a los tres días de enterrado resucitasteis y por espacio de cuarenta días os aparecisteis varias veces a vuestros amados Apóstoles, dándoles las pruebas más evidentes de vuestra Resurrección, y revistiéndolos a ellos y a sus sucesores de vuestro poder de perdonar pecados; concededme, Señor y Dios mío, que, por una buena confesión hecha a vuestros ministros, resucite a la vida de la gracia, que sea purificado y se renueve mi corazón, y pueda finalmente, presentarme un día con la estola cándida entre vuestros elegidos en la patria celestial. Amén.

Jaculatoria

Corazón eucarístico de Jesús, compadeceos de nosotros. (*300 días de indulgencia*).

AL ÚLTIMO «DOMINUS VOBISCUM»

Oración

¡Señor mío Jesucristo, que habiendo cumplido el número de cuarenta días después de vuestra gloriosa Resurrección, subisteis al cielo en presencia de vuestros discípulos! Concededme, os ruego, que mi alma tenga fastidio de todas las cosas terrenas por vuestro amor, y solamente aspire a las eternas, deseando a Vos, ¡oh mi Señor!, como a fuente de toda dicha y como al santuario de todo descanso para el alma cristiana. Amén.

Jaculatoria

Venga a nos el tu reino, Corazón Sagrado de Jesús. (*300 días de indulgencia*).

AL DAR EL SACERDOTE LA BENDICIÓN

Oración

¡Jesús amorosísimo, que enviasteis el Espíritu Santo a vuestros discípulos cuando estaban arrebatados en altísima contemplación!: Limpiad, os suplico, enteramente mi corazón, para que el mismo Espíritu divino, hallando agradable morada en mi alma, se digne adornarla y consolarla con sus divinos dones y gracias. Amén.

Jaculatoria

Ven, ¡oh Espíritu Santo!, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. (300 días de indulgencia).



Significa el *Evangelio de San Juan* la confesión de los misterios de la divinidad y humanidad de Cristo.

AL EVANGELIO DE SAN JUAN

Oración

¡Oh Jesús, celador ardentísimo de la salvación de las almas, que por medio de los Apóstoles notificasteis a las naciones los misterios de vuestra divinidad y humanidad, cuya representación acaba de realizarse en el santo sacrificio de la Misa! Con el más profundo rendimiento os suplico, Señor mío, tengáis a bien llevarme a la gloria, en donde, viéndoos cara a cara, os alabe eternamente. Amén.

Jaculatoria

Jesús manso y humilde de Corazón, haced mi corazón semejante al vuestro. *(300 días de indulgencia).*

Concluído el Evangelio, te arrodillarás y dirás:

Gracias os doy, divino y soberano Señor, por los beneficios que acabáis de dispensarme dejándome oír este santo sacrificio de la Misa; perdonadme las faltas que en ella he cometido, y haced que quede impresa en mi corazón la memoria de vuestra pasión y muerte, y que tenga un verdadero dolor de mis pecados, ya que fueron la causa de vuestras penas. Amén.

Reza un *Padre nuestro*, *Ave María* y *Credo*; luego el acto de contrición, *Señor mío Jesucristo*, y finalmente dirás:

Señor, aquí os dejo mi corazón: con vuestra bendición iré a ocuparme en mis obligaciones; dádmela, pues, Señor. Y *santiguándote dirás*: La bendición de Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre mí y permanezca siempre. Amén.

Virgen María, sed siempre mi amparo y guía. Amén.

Cuando el sacerdote en la Misa no dice *Gloria* o *Credo*, podrás omitir la oración que a ellos corresponde.

Si prefieres ocuparte en oración mental, puedes oír la Misa meditando algún paso de la Pasión o rezando el santo Rosario, contemplando especialmente los misterios de dolor, y para que te sea más fácil, figúrate

que estás viendo a Jesús en las agonías del huerto, y habla así contigo mismo:

Alma mía, *¿quién es éste que padece?* El Hijo de Dios hecho hombre por mi amor, el Hijo del Eterno Padre, el Rey del cielo y de la tierra, mi Dios, mi Padre, mi Criador, mi Redentor.

¿Y qué padece? ¡Ay, qué terribles penas! Ciertamente habían de ser ellas las más horribles y espantosas, cuando su sola memoria le puso en tan mortal agonia que le arrancó un sudor copioso de sangre... *Padre mío*, exclamaba nuestro buen Jesús a su Eterno Padre; *Padre mío, si es posible, apartad de mí este cáliz para que no haya de beberlo; pero no se haga mi voluntad, sino la vuestra*. Aquí se le presentaron todos los tormentos de su pasión y muerte: los cinco mil azotes que habían de abrir y llagar las sagradas espaldas, las setenta y dos espinas que habían de atravesar su santísima cabeza, los bofetones, las salivas, las mofas, los desprecios, la cruz, los clavos, la hiel y vinagre, las contumelias, y, sobre todo, nuestra ingratitud.

¿Y por quién padece esto? Por mí, infeliz pecador; por mí que villanamente le he ofendido tantas y tantas veces; por mí, que, en cuanto ha estado de mi parte, le he vuelto a crucificar con una crueldad inaudita, siempre que le he ofendido mortalmente.

¿Y por qué padece esto? Porque quiere llevarme al cielo; porque no quiere que me condene; porque no quiere que caiga en aquellos abismos de fuego en los que había de arder, rabiar y desesperarme eternamente por mis pecados.

Y en vista de todo lo dicho, ¿no estimaré a mi Dios, que me ha amado hasta tal extremo? ¿No aborreceré y lloraré mis culpas, que han sido para mi Dios y Señor la causa de tantas penas? ¿Podré menos de tener paciencia en los trabajos que él se sirva enviarme para satisfacer mis pecados, sabiendo que con éstos he merecido tantas veces las horribles penas del infierno? ¡Ay, Dios mío!... Sí; moriré antes que pecar, jamás volveré a ofenderos; yo propongo aceptar con espíritu de penitencia todas mis penas y trabajos y os los ofrezco en unión de los que padecisteis por mi amor, para que, unidos a los vuestros, me sirvan de satisfacción por los muchos pecados que he cometido. ¡Ay mi Dios y Padre mío! ¡Ojalá que no os hubiese jamás ofendido! ¡Ojalá que siempre os hubiese servido y amado! Virgen Santísima, Divina Madre: ya que sois el refugio de los pecadores y la Madre del divino amor, alcanzadme de vuestro Hijo la gracia de que, llorando yo ahora y detestando mis culpas, no precisamente por temor del castigo, sino por ser ofensas contra un Dios de infinita bondad,

alcance su gracia y amistad y después la eterna gloria. Amén.

Si sabes ocuparte en estos santos pensamientos, aunque no hagas otra cosa en toda la Misa, la habrás oído bien y habrás empleado bien el tiempo en el santo servicio de Dios. Pero si no sabes entrar en estas santas consideraciones, o por hallarte distraído (como no sea voluntariamente), o por sequedad y falta de devoción sensible, por otras causas, con las cuales no pocas veces te probará el Señor para desprenderte de las cosas del mundo, y hasta de ti mismo, no por eso te has de turbar, sino alentarte a la paciencia, en vista del ejemplo de Jesucristo, que estuvo por espacio de tres horas en la mayor desolación en el huerto y en la cruz; y pasar adelante siguiendo la misma práctica y parándote en aquello en que te sientas más movido.





Santo, Santo, Santo, Señor Dios de
los ejércitos, llena está toda la tierra
de tu gloria.

(Isaías, cap. 6, v. 3.)



TRISAGIO A LA SANTÍSIMA TRINIDAD

ORIGEN DEL TRISAGIO

No es invención del ingenio humano el santísimo Trisagio, sino obra del mismo Dios, que lo inspiró al profeta Isafas cuando oyó cómo lo cantaban los Serafines para enaltecer la gloria del Criador.

En la escuela de los mismos Serafines y demás coros celestiales fué donde lo aprendió milagrosamente aquel niño, que, a la manera de San Pablo, fué arrebatado al cielo como lo refieren las historias eclesiásticas. En el año 447, y siendo Teodosio el Joven emperador de Oriente, se experimentó un terremoto casi universal y muy violento, y que por su duración y espantosos estragos se hizo el más notable de cuantos hasta entonces se habían visto. Fueron incalculables los daños que seis meses de sacudimientos casi continuos causaron en los más suntuosos edificios de Constantinopla y en toda la famosa muralla del Quersoneso. Se abrió la tierra en muchos puntos, y

quedaron sepultadas en sus entrañas ciudades enteras; secáronse las fuentes, y manifestábanse otras nuevas; y era tal la violencia de los sacudimientos, que arrancaba árboles muy corpulentos, aparecían montañas donde había antes llanuras, y profundas concavidades donde antes había montañas. El mar arrojaba a las playas peces de gran magnitud, y las playas y los barcos se quedaban sin aguas, que iban a inundar grandes islas.

En semejante conflicto se creyó prudente abandonar las poblaciones, y así lo hicieron los moradores de Constantinopla con el emperador Teodosio, su hermana Pulqueria, San Proclo, patriarca entonces de aquella Iglesia, y todo su clero. Reunidos en un paraje llamado el *Campo* dirigían al cielo fervorosas súplicas y grandes clamores pidiendo socorro en necesidad tan apurada, cuando un día entre ocho y nueve de la mañana, fué tan extraordinario el sacudimiento que dió la tierra, que faltó poco para que no causase los mismos estragos que el diluvio universal. A este susto sucedió la admiración del prodigio siguiente: Un niño de pocos años fué arrebatado por los aires a la vista de todos los del *Campo*, que le vieron subir hasta perderle de vista. Después de largo rato descendió a la tierra del mismo modo que había sido arrebatado al cielo; y luego, puesto en presencia del Patriarca, del Emperador y de toda la multitud pasmada, contó cómo, siendo admitido en los coros celestiales, oyó cantar a los Angeles estas palabras: *Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal, tened misericordia de nosotros;* y cómo se le había mandado poner esta vi-

sión en noticia de todos los allí reunidos. Dichas estas palabras, el niño murió.

San Proclo y el Emperador, oída esta relación, mandaron unánimemente que todos entonasen en público este sagrado cántico, e inmediatamente cesó el terremoto y quedó quieta toda la tierra. De aquí provino el uso del Trisagio, que el concilio general Calcedonense prescribió a todos los fieles, como un formulario para invocar a la Santísima Trinidad en tiempos funestos y de calamidades; de aquí ha venido el merecer la aprobación de tantos Prelados de la Iglesia, que han apoyado su práctica enriqueciéndola con el tesoro de las indulgencias, y de aquí, finalmente, ha venido que se haya puesto en método, impreso y reimpresso tantas veces, siempre con universal aplauso y aceptación de todos, teniéndole como un escudo impenetrable contra todos los males que Dios envía a la tierra en castigo de nuestros pecados.

OFRECIMIENTO

Rogámoste, Señor, por el estado de la Santa Iglesia y Prelados de ella; por la exaltación de la fe católica, extirpación de las herejías, paz y concordia entre los príncipes cristianos, conversión de todos los infieles, herejes y pecadores; por los agonizantes y caminantes; por las benditas almas del purgatorio, y demás piadosos fines de nuestra santa madre la Iglesia. Amén.

v. Bendita sea la santa e individua

dad. ¿Qué me importa que diga el sensual que su dicha es el gozar de sus placeres? ¿Qué me importa que también diga el ambicioso que su mayor contento es el gozar de su gloria vana? Yo por mi parte no cesaré jamás de repetir, con vuestros Profetas y Apóstoles, que mi suma felicidad, mi tesoro y mi gloria es el unirme a mi Dios y mantenerme inviolablemente junto a El.

Un *Padre nuestro*, *Ave María* y nueve veces:

Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria.

Y el coro responde:

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.

ORACIÓN AL HIJO

¡Oh Verdad eterna!, fuera de la cual yo no veo otra cosa que engaños y mentiras: ¡Oh, cómo todo me parece desabrido a vista de vuestros suaves atractivos! ¡Oh, cómo me parecen mentirosos y falaces los discursos de los hombres, en comparación de las palabras de vida con las cuales Vos habláis al cora-

zón de aquellos que os escuchan!
¡Ah! ¿Cuándo será la hora en que
Vos me trataréis sin enigma y me
hablaréis claramente en el seno de
vuestra gloria? ¡Oh, qué trato! ¡Qué
belleza! ¡Qué luz!...

Un *Padre nuestro*, *Ave María* y
nueve veces:

Santo, Santo, Santo, etc.

ORACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

¡Oh Amor! ¡Oh Don del Altísimo,
centro de las dulzuras y de la felici-
dad del mismo Dios! ¡Qué atractivo
para un alma el verse en el abismo
de vuestra bondad y toda llena de
vuestras inefables consolaciones! ¡Ah
placeres engañosos! ¡Cómo habéis
de poder compararos con la míni-
ma de las dulzuras que un Dios,
cuando le aparece, sabe derramar
en un alma fiel? ¡Oh!, si una sola
partícula de ellas es tan gustosa,
¿cuánto más será cuando Vos la de-
rraméis como un torrente sin medi-
da y sin reserva? ¿Cuándo será esto,
¡oh mi Dios!, cuándo será?

Un *Padre nuestro*, *Ave María* y
nueve veces:

Santo, Santo, Santo, etc.

ANTÍFONA

A ti, Dios Padre ingénito; a Ti Hijo unigénito; a Ti, Espíritu Santo Paráclito, santa e individua, Trinidad, de todo corazón te confesamos, alabamos y bendecimos. A Ti se dé la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

v. Bendigamos al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

R. Alabémosle y ensalcémosle en todos los siglos.

ORACIÓN

Señor Dios, Uno y Trino: Dadnos continuamente vuestra gracia, vuestra caridad y la comunicación de Vos, para que en tiempo y eternidad os amemos y glorifiquemos. Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, en una deidad por todos los siglos de los siglos. Amén.

DEPRECACIÓN DEVOTA
A LA BEATÍSIMA TRINIDAD

v. Padre Eterno, omnipotente Dios:

R. *Toda criatura te ame y glorifique...*

Verbo divino, inmenso Dios: *Toda, etc.*

Espíritu Santo, infinito Dios: *Toda, etc.*

Santísima Trinidad y un solo Dios verdadero: *Toda criatura, etc.*

Rey de los cielos, inmortal e invisible:
Toda criatura, etc.

Criador, conservador y gobernador de todo lo criado: *Toda criatura, etc.*

Vida nuestra, en quien, de quien y por quien vivimos: *Toda criatura, etc.*

Vida divina y una en tres personas: *Toda criatura, etc.*

Cielo divino de celsitud majestuosa: *Toda criatura, etc.*

Cielo supremo del Cielo, oculto a los hombres: *Toda criatura, etc.*

Sol divino e increado: *Toda criatura, etcétera.*

Círculo perfectísimo de capacidad infinita: *Toda criatura, etc.*

Manjar divino de los Angeles: *Toda criatura, etc.*

Hermoso iris, arco de clemencia: *Toda criatura, etc.*

- Luz primera y triduana, que al mundo
ilustras: *Toda criatura, etc.*
- De todo mal de alma y cuerpo: *Libranos,
Trino Señor.*
- De todos pecados y ocasión de culpa: *Lí-
branos, etc.*
- De vuestra ira y enojo: *Libranos, etc.*
- De repentina y de improvisa muerte:
Libranos, etc.
- De las asechanzas y cercanías del demo-
nio: *Libranos, etc.*
- Del espíritu de deshonestidad y de su-
gestión: *Libranos, etc.*
- De la concupiscencia de la carne: *Líbra-
nos, etc.*
- De toda ira, odio y mala voluntad: *Lí-
branos, etc.*
- De plagas de peste, hambre, guerra y
terremoto: *Libranos, etc.*
- De tempestades en el mar o en la tierra:
Libranos, etc.
- De los enemigos de la fe católica: *Lí-
branos, etc.*
- De nuestros enemigos y sus maquinacio-
nes: *Libranos, etc.*
- De la muerte eterna: *Libranos, etc.*
- Por vuestra unidad en Trinidad y Tri-
nidad en unidad: *Libranos, etc.*
- Por la igualdad esencial de vuestras Per-
sonas: *Libranos, etc.*
- Por la alteza del misterio de vuestra
Trinidad: *Libranos, etc.*
- Por el inefable nombre de vuestra Tri-
nidad: *Libranos, etc.*

- Por lo portentoso de vuestro nombre,
Uno y Trino: *Libranos, etc.*
- Por lo mucho que os agradan las almas
que son devotas de vuestra Santísima
Trinidad: *Libranos, etc.*
- Por el grande amor con que libráis de
males a los pueblos donde hay algún
devoto de vuestra Trinidad amable:
Libranos, etc.
- Por la virtud divina que en los devo-
tos de vuestra Trinidad Santísima re-
conocen los demonios contra sí: *Libra-
nos, etc.*
- Nosotros pecadores: *Te rogamos, óye-
nos.*
- Que acertemos a resistir al demonio con
las armas de la devoción a vuestra
Trinidad: *Te rogamos, óyenos.*
- Que hermoseeís cada día más con los
coloridos de vuestra gracia vuestra
imagen, que está en nuestras almas:
Te rogamos, óyenos.
- Que todos los fieles se esmeren en ser
muy devotos de vuestra Santísima Tri-
nidad: *Te rogamos, óyenos.*
- Que todos consigamos las muchas feli-
cidades que están vinculadas para los
devotos de esa vuestra Trinidad ine-
fable: *Te rogamos, óyenos.*
- Que al confesar nosotros el misterio de
vuestra Trinidad se destruyan los
errores de los infieles: *Te rogamos,
óyenos.*
- Que todas las almas del purgatorio go-

cen mucho refrigerio en virtud del misterio de vuestra Trinidad: *Te rogamos, óyenos.*

Que os dignéis oirnos por vuestra piedad: *Te rogamos, óyenos.*

Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal, líbranos, Señor, de todo mal.

Esto se repite tres veces.

OBSEQUIOS Y OFRECIMIENTOS

A LA SANTÍSIMA TRINIDAD

1. ¡Oh beatísima Trinidad! Os doy palabra de procurar con todo esfuerzo y empeño salvar mi alma, ya que la criasteis a vuestra imagen y semejanza y para el cielo. Y también por amor vuestro procuraré salvar las almas de mis prójimos.

2. Para salvar mi alma y daros gloria y alabanza, sé que he de guardar la divina ley: os doy palabra de guardarla como la niña de mis ojos, y también procuraré que los demás la guarden.

3. Aquí, en la tierra, me ejercitaré en alabaros, y espero que después lo haré con más perfección en el cielo; y por esto con frecuencia rezaré el Trisagio y el verso: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Y también procuraré que los demás os alaben. Amén.

GOZOS PARA EL TRISAGIO
COMPUESTO POR EL
BEATO DIEGO JOSE DE CADIZ

*Dios Uno y Trino a quien tanto
Arcángeles, Querubines,
Angeles y Serafines
dicen: Santo, Santo, Santo.*

Gózate, amable Deidad,
en tu incomprensible esencia,
y de que por tu clemencia
perdonas nuestra maldad;
por esta benignidad,
en místico dulce canto.

Angeles y Serafines, etc.

¡Oh inefable Trinidad,
Bien sumo, Eterno, Increado,
al hombre comunicado
por exceso de bondad!
Y porque en la eternidad
de tu ser te gozas tanto, *etc.*

Gózate, pues tu luz pura,
con ser tan esclarecida,
no llega a ser comprendida
por alguna criatura;
por eso al ver tu hermosura
con sagrado horror y encanto, *etc.*

Eres Todopoderoso,
Sabio, Inmenso, Criador,
Justo, Remunerador,
Bueno, Misericordioso;
en tus Santos prodigioso
has sido y eres; por tanto, *etc.*

Gózate de que en tu ser
todo es sumo, todo igual;

que perfección desigual
en Ti, no puede caber;
llegando esto a conocer
el Trisagio sacrosanto, *etc.*

Aunque ciega nuestra fe
se aventaja a la razón,
pues con la revelación
iluminada se ve;
enigma es todo lo que
ahora vemos; entre tanto, *etc.*

Fiada nuestra esperanza
en tu promesa divina,
hacia la patria camina
con segura confianza;
entre tanto que esto alcanza
con el más melifluo canto, *etc.*

Tu suma amable bondad
nuestro corazón inflama,
derivándose esta llama
de tu inmensa caridad;
amad, criaturas, amad,
a quien por amarlo tanto, *etc.*

Sea ya nuestro consuelo
el Trisagio que Isaías
con suaves melodías
oyó cantar en el cielo,
donde con ferviente anhelo,
por dar al infierno espanto.

*Dios Uno y Trino, a quien tanto
Arcángeles, Querubines,
Angeles y Serafines,
dicen: Santo, Santo, Santo.*

v. Bendigamos al Padre y al Hijo con
el Espíritu Santo.

R. Alabémosle y glorificémosle en todos
los siglos.

ORACIÓN

Omnipotente y sempiterno Dios, que te dignaste revelar a tus siervos en la confesión de la verdadera fe la gloria de tu eterna Trinidad y que adorasen la Unidad en tu augusta Majestad: Te rogamos, Señor, que por la fuerza de esa misma fe nos veamos siempre libres de todas las adversidades y peligros, por Cristo Señor nuestro. Amén.





Sea por siempre, por todos y en
todas partes, alabado el Santísimo
Sacramento del Altar.



V I S I T A
AL
SANTÍSIMO SACRAMENTO

Una de las devociones más agradables a Dios, más provechosas y meritorias al cristiano es, sin duda, *el visitar al Señor Sacramentado*.

Es esta una devoción tan suave, que casi sin saber cómo sale del alma enamorada de Dios; porque el alma que ama a Dios con fervor corre, naturalmente, al objeto de sus amores, que es Jesús en el meridiano de su amor, el Santísimo Sacramento del Altar.

A la manera que la reina de Sabá fué a visitar a Salomón en su palacio y trono, así también las almas buenas, reinas y dueñas de sus vasallos los apetitos, vienen a visitar a Jesús, más sabio que Salomón, en su palacio, que es el templo, y en su trono, que es el Sacramento del Altar, trono de misericordia.

Y así como los Reyes de Oriente vinieron de lejos para adorar a Jesús en Belén, y ofrecieron sus dones de oro, incienso y mirra, otro tanto hacen los buenos cristianos: como reyes que son ahora de sus pasiones y después lo serán del cielo, vienen a adorar a Jesús en el Sacramento del Altar, presentándole la mirra de la mortificación, el incienso de la oración y el oro de la caridad, quedando Jesús muy contento y agradecido de estos fervorosos amantes; como amigo que se ve visitado de otros amigos, los llena de gracia y les concede la misericordia ahora, y después, en el día del juicio, les dirá: «Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino de los cielos que os está preparado, porque me habéis venido a visitar cuando estaba como preso y enfermo de amor en el Sacramento del Altar».

Cristiano que esto lees, procura visitar todos los días al Señor sacramentado; si puedes, cuando está expuesto; o si no, cuando encerrado en el tabernáculo; y si no puedes ir a la iglesia, harás la visita desde tu casa o desde el lugar en que te hallares, dirigiéndote desde allí a la iglesia en que está el Santísimo Sacramento.

ORACIÓN

Señor mío Jesucristo, Hijo de Dios vivo: Aquí vengo en compañía de la Santísima Virgen, Angeles y Santos del cielo y justos de la tierra, a visitaros y adoraros en esta Hostia consagrada, donde creo firmísimamente que estáis tan presente, poderoso y glorioso como en el cielo; y por vuestros méritos espero alcanzar la gloria eterna siguiendo yo en todo vuestras divinas inspiraciones; y en agradecimiento a vuestro infinito amor, quiero amaros con todo mi corazón y alma, potencias y sentidos.

Suplícoos, Salvador de mi alma, por la sangre preciosa que derramasteis en vuestra Circuncisión y en vuestra santísima Pasión, que ejercitéis conmigo este oficio de Salvador, dándome, por la intercesión de vuestra Santísima Madre, los dones de la oración y devoción, junto con la perseverancia, para que al acabar esta vida, me guiéis a la eterna que gozáis en el cielo. Amén.

ORACIÓN AL PADRE ETERNO

¡Oh Señor y Dios mío!: Desde el excelso trono y santuario en que habitáis en los cielos, dad una mirada y ved esta sacrosanta Víctima que os ofrece vuestro gran Pontífice e Hijo vuestro, Jesucristo, por los pecados de sus hermanos, y para que se nos borre la muchedumbre de nuestras iniquidades. La voz de la sangre de nuestro hermano Jesucristo clama a Vos desde esta Sagrada Hostia. Escuchadla, Señor, aplacad vuestro justo enojo; echad sobre nosotros una mirada de compasión y de ternura, y perdonadnos. Por vuestro mismo amor, ¡oh Dios mío!, no tardéis en concedernos esta gracia, ya que vuestro nombre ha sido invocado sobre vuestro pueblo, y usad para con nosotros de vuestra grande misericordia. Así sea.

ORACIÓN

¡Oh Padre divino y celestial, Padre de quien se alcanza todo lo que se pide con fe y confianza!: Yo, con todo el afecto de mi corazón y con

toda la esperanza de mi alma, os pido la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el alivio de las benditas almas del purgatorio; para todos os pido las gracias que necesitan para más amaros y serviros; y para mí en particular os pido el divino amor y que en todas las cosas haga siempre vuestra santísima voluntad con la mayor perfección.

Para alcanzar más pronto estas gracias y para satisfacer por mis faltas, culpas y pecados, os ofrezco a vuestro Hijo Jesucristo en unión de aquella infinita y eterna caridad con que lo enviasteis y nos lo disteis por Salvador nuestro. Os ofrezco su santísima encarnación, vida, pasión y muerte. Os ofrezco sus excelentes virtudes, y todo cuanto hizo y padeció por nosotros. Os ofrezco sus trabajos, sus fatigas, sus tormentos y su sangre. Os ofrezco todas las veces que se ha ofrecido y se ofrecerá en el santo sacrificio de la Misa. Os ofrezco todas las veces que ha sido recibido y lo será en la sagrada Comunión. Os ofrezco todas las veces que ha sido adorado y lo será en el Santísimo Sacramento

del altar. Os ofrezco la paciencia y amor con que ha sufrido la ingratitude, irreverencias, blasfemias y sacrilegios de los hombres. Os ofrezco también los méritos de la Santísima Virgen María, y de todos los Santos del cielo y justos de la tierra. Espero, Padre mío, que por vuestra bondad y misericordia infinita, y por los méritos de Jesucristo, de María Santísima y de los Santos, me concederéis ahora estas gracias que os pido, y después la eterna gloria, en que vivís y reináis por todos los siglos de los siglos. Amén.

A D O R A C I O N

QUE RINDEN AL SANTÍSIMO SACRAMENTO
Y AL SAGRADO CORAZÓN DE MARÍA SAN-
TÍSIMA LAS ALMAS BUENAS, EN UNIÓN
DE LOS NUEVE COROS DE LOS ÁNGELES.

Para mayor inteligencia, se ha de saber que los nueve coros angelicales se dividen en tres jerarquías: en la primera están comprendidos los Serafines, los Querubines y los Tronos; en la segunda jerarquía están las Dominaciones, las Virtudes y las Potestades; en la tercera jerarquía, los Principados, los Arcángeles y los Angeles.

Con las dos jerarquías primeras ado-

ran a Jesús en sus cinco llagas y corona de espinas, y con la tercera piden a María la humildad, la pureza y el amor; de esta manera:

I. Adoro, Jesús mío, la llaga de vuestra mano derecha, juntamente con el coro de los Serafines, y os pido me concedáis el divino amor, a fin de poderos amar con todo fervor, como os aman los Serafines. Amén.

Padrenuestro y Ave María.

II. Adoro, Jesús mío, la llaga de vuestra mano izquierda, juntamente con el coro de los Querubines, y os pido me concedáis la sabiduría, a fin de poderos conocer y amar como os conocen y aman los Querubines. Amén.

Padrenuestro y Ave María.

III. Adoro, Jesús mío, la llaga de vuestro pie derecho, juntamente con el coro de los Tronos, y os suplico me concedáis la paz y tranquilidad interior, a fin de que mi corazón sea un verdadero trono en que descanséis, Vos que sois Rey de paz, como descansáis en el coro de los Tronos. Amén.

Padrenuestro y Ave María.

IV. Adoro, Jesús mío, la llaga de vuestro pie izquierdo, juntamente con el

coro de las Dominaciones, y os pido me concedáis la gracia de poder dominar todas mis pasiones y que me haga superior a todas ellas y os ame y sirva como os aman y sirven las Dominaciones. Amén.

Padrenuestro y Ave María.

V. Adoro, Jesús mío, la llaga de vuestro Corazón, juntamente con el coro de las Virtudes, y os pido me concedáis la gracia que necesito para ejercitarme con magnanimidad en todas las virtudes teológicas y morales. Amén.

Padrenuestro y Ave María.

VI. Adoro, Jesús mío, vuestra corona de espinas, juntamente con el coro de las Potestades, y os suplico me concedáis el poder, gracia y fortaleza para pelear legítimamente contra los enemigos del alma, y así conseguir la corona de la gloria. Amén.

Padrenuestro y Ave María.

VII. Adoro, ¡oh Virgen y Madre de Dios!, vuestro sagrado Corazón, juntamente con el coro de los Principados, y os pido me alcancéis de vuestro Hijo Jesús la gracia de ser siempre manso y humilde de corazón. Amén.

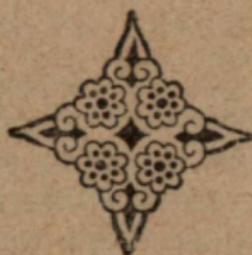
Padrenuestro y Ave María.

VIII. Adoro, ¡oh Virgen y Madre de Dios!, vuestro sagrado Corazón, juntamente con el coro de los Arcángeles, y os suplico me alcancéis de vuestro Hijo la pureza de mi cuerpo y alma, y la limpieza de mi corazón. Amén.

Padrenuestro y Ave María.

IX. Adoro, ¡oh Virgen Madre de Dios!, vuestro sagrado Corazón, juntamente con el coro de los Angeles, y os suplico me alcancéis de vuestro Hijo Jesús la gracia de saber y poder ejercitar la caridad, celo y demás obras de misericordia con mis prójimos. Amén.

Padrenuestro y Ave María.



OFRECIMIENTOS AL SANTISIMO SACRAMENTO

1. Os doy palabra, Señor, de venir todos los días a visitaros, y si no puedo venir a la iglesia, haré la visita desde mi casa.

2. Os doy palabra, Señor, de venir todos los años a recibirlos a lo menos una vez, como manda la Iglesia, y por devoción os recibiré con frecuencia sacramentalmente, y todos los días, al dar el reloj las horas, haré la comunión espiritual.

3. ¡Ah, Señor!: en ese sacramento me dais vuestro corazón, vuestro cuerpo, vuestra sangre, vuestra alma, vuestra divinidad y todo cuanto tenéis, y en retorno me pedís mi corazón. ¡Ay Jesús mío!, con toda verdad os digo:

He aquí mi corazón,
yo lo pongo en vuestra palma,
mi cuerpo, mi vida y alma,
mis entrañas y afición.
Luz, Esposo, Redención,
vuestro soy, pues me ofrecí;
vuestro soy, por Vos nací,
¿Qué mandáis hacer de mí?

ACCION DE GRACIAS

POR LOS BENEFICIOS RECIBIDOS, NATURA-
LES Y SOBRENATURALES

I. De todo mi corazón y alma os doy cuantas gracias puedo, Señor mío, por haberme criado, sacándome del no ser al ser que tengo a vuestra imagen y semejanza, dejando por criar a otras innumerables almas que pudisteis criar como la mía y nunca las criasteis. Os doy infinitas gracias por este beneficio, y por el amor con que me criasteis.

II. Os doy todas las gracias que puedo por haberme hecho cristiano. El día que criasteis mi alma, criasteis otras muchas, unas, entre idólatras, otras, entre herejes; la mía entre cristianos, haciéndome uno de ellos. ¿Quién, Señor, os rogó por mí más que por los otros? O ¿cuándo merecí yo más que los otros? Os doy gracias por este beneficio y por el amor con que lo hicisteis.

III. Os doy gracias, Dios mío, y suplico a todo el cielo me ayude a dáros-las por habernos dado a vuestro Santísimo Hijo, en prueba del grande amor que nos tenéis, porque sois bueno, porque es infinita vuestra misericordia. Y además nos le habéis dado también para que sea nuestro modelo, nuestro Maestro, nuestro Redentor y nuestro Salvador.

IV. Y a Vos, Jesús mío, os doy las mismas gracias por lo mucho que por todos nosotros habéis hecho y padecido.

V. Os doy gracias, Jesús mío, porque por mi amor os habéis hecho hombre, nacisteis de María Virgen, fuisteis colocado en el pesebre, fuisteis circuncidado y desterrado a Egipto.

VI. Os doy gracias, Jesús mío, porque por mi amor recibisteis el bautismo de Juan, fuisteis tentado, predicasteis el Evangelio, curasteis a los enfermos, y aun a los muertos resucitasteis.

VII. Os doy gracias, Jesús mío, porque por mi amor, en el espacio de treinta y tres años, sufristeis trabajos, fatigas, desprecios, persecuciones, calumnias y oprobios.

VIII. Os doy gracias, Jesús mío, porque por mi amor quisisteis celebrar la Pascua con vuestros discípulos, les lavasteis los pies y les enseñasteis la humildad; instituisteis el Santísimo Sacramento del Altar, y prometisteis que estaríais con nosotros hasta la consumación de los siglos.

IX. Os doy gracias, Jesús mío, porque por mi amor fuisteis al huerto de Getsemaní, en donde sudasteis sangre y agua, causada por la agonía, y repugnando la muerte fuisteis confortado por un ángel, y habiéndoos conformado con la voluntad del Padre celestial, sufristeis que Judas os entregase, que los demás

apóstoles os abandonasen, y que los ju-
díos os amarrasen y preso os llevasen
por las calles de Jerusalén.

X. Os doy gracias, Jesús mío, por-
que por mi amor quisisteis ser presenta-
do a Anás y abofeteado, y después qui-
sisteis ser llevado a casa de Caifás, en
donde fuisteis ultrajado y escupido, ha-
biendo declarado el Pontífice que de-
báis morir para que la gente no pere-
ciese.

XI. Os doy gracias, Jesús mío, por-
que por mi amor sufristeis ser acusado
por falsos testigos, condenado a muerte
por la grande junta de los principales de
Jerusalén, que todos os despreciaron,
burlaron y escupieron; también sufris-
teis en aquella noche ser entregado a la
gente vil, que os cubría la cara, que os
abofeteaba y trataba de profeta falso; y
para colmo de vuestras penas, os negó
el apóstol Pedro.

XII. Os doy gracias, Jesús mío, por-
que por mi amor sufristeis el ser condu-
cido preso por las calles de Jerusalén,
en medio de la gritería del pueblo, y
fuisteis llevado a casa de Pilatos; de
éste a Herodes, que os vistió de blanco
tratándoos de loco; otra vez os llevaron
a Pilatos, que os hizo azotar, a pesar de
deklararos inocente; os coronaron de es-
pinas, y os pospusieron a Barrabás, y fi-
nalmente, Pilatos os condenó a muerte.

XIII. Os doy gracias, Jesús mío, por-

que por mi amor cargasteis con la Cruz, la llevasteis hasta el Calvario, encontrasteis a vuestra Santísima Madre, que os acompañó al sacrificio; caisteis diferentes veces, obligado por el enorme peso de la Cruz, lastimándoos la cara, manos y rodillas, quedando afeado y desfigurado por el polvo que se pegaba a la sangre cuajada de vuestro cuerpo y vestido.

XIV. Os doy gracias, Jesús mío, porque por mi amor, al llegar al Calvario, quisisteis ser desnudado, clavado en la Cruz y levantado en ella, donde dijisteis siete palabras; una de ellas fué el darnos a vuestra Madre por Madre nuestra, que es una de las mayores gracias que nos podáis dispensar; y además fuisteis amargado con hiel y vinagre, y después de haber hecho y sufrido cuanto de Vos habían dicho los profetas, os dignasteis morir por mí.

XV. Os doy gracias, Jesús mío, porque por mi amor, estando muerto en la Cruz en medio de dos ladrones, permitisteis que un soldado con la lanza os abriese el costado, saliendo sangre y agua, para formar los siete Sacramentos de la Iglesia, que es vuestra esposa, la nueva Eva; quisisteis ser bajado de la Cruz y puesto en los brazos de vuestra Madre María, y después colocado en un sepulcro.

XVI. Os doy gracias, Jesús mío, por-

que por mi amor resucitasteis al tercer día, os aparecisteis a vuestra Santísima Madre, a las Marías y a los discípulos diferentes veces, y os dignasteis enseñarles lo que habían de practicar y enseñar por todo el mundo.

XVII. Os doy gracias, Jesús mío, porque por mi amor, a los cuarenta días de haber resucitado, a la presencia de todos los discípulos subisteis al cielo, donde estais sentado a la diestra de Dios Padre, haciendo oficio de abogado a favor nuestro.

XVIII. Os doy gracias, Jesús mío, porque por mi amor, a los diez días de subido al cielo, enviasteis al Espíritu Santo sobre María Santísima, apóstoles y discípulos, quedando todos llenos de sus dones y gracias, y empezaron a hablar las grandezas de Dios.

XIX. Os doy gracias, Jesús mío, porque por mi amor habéis enviado a los apóstoles por el mundo, así como vuestro Padre os envió a Vos; también os doy gracias por haber fundado vuestra Iglesia sobre Pedro, y haber prometido que las puertas del infierno nunca jamás prevalecerán contra ella.

XX. Os doy gracias, Jesús mío, porque por mi amor habéis provisto siempre a nuestra Iglesia de sucesor de San Pedro, que es el Papa; de Prelados, de Sacerdotes y Ministros, para que cuiden bien en nombre vuestro de todas las

almas que Vos habéis redimido con vuestra preciosa sangre.

XXI. Os doy las gracias que puedo por todas las veces que me habéis perdonado mis pecados y librado de ellos y de sus ocasiones; por las veces que he recibido el Santísimo Sacramento y por todos los demás Sacramentos; por todas las gracias y dones que me habéis comunicado; por todas las buenas obras que con vuestra gracia he obrado interior y exteriormente; por el ángel de mi guarda que me habéis dado, y por el amor con que me habéis hecho todas estas mercedes.

XXII. Os doy también las gracias que puedo por haberme dado salud, sustento y bienes temporales con que pasar la vida y poderos servir, habiendo otros mejores que no tienen salud y sustento como yo. Pésame de no haber empleado mejor en vuestro santo servicio todo esto, y os doy gracias por tantos beneficios y por el amor con que me habéis hecho todas estas mercedes.

XXIII. Ultimamente, os doy en común gracias por todos los beneficios que me habéis hecho, naturales y sobrenaturales, de alma y cuerpo, manifiestos, que yo sé, y ocultos, que no sé; por todo cuanto os debo os doy cuantas gracias puedo, y por el amor con que me habéis hecho todas estas mercedes.

LO QUE DEBEMOS PEDIR A DIOS

I. Señor: ya que sois más misericordioso que yo miserable, y tan generoso que tenéis más ganas de dar que yo de recibir, os suplico humildemente que me perdonéis todos mis pecados; que a mí me pesa de haberos ofendido por ser Vos quien sois, bondad infinita, y os suplico me deis gracia para jamás caer en pecado mortal, y que me libréis de los veniales, por Jesucristo vuestro Hijo.

II. Os suplico, Señor y Padre mío, que me salvéis, y no permitáis me condene, sino que me llevéis, Señor, al cielo a bendeciros, amaros y glorificaros con los Santos y Angeles para siempre sin fin, por Jesucristo vuestro Hijo.

III. Os suplico, Señor y Padre mío, que me deis todas las gracias, dones y socorros que mi alma ha menester para más amaros, serviros y agradaros; en especial el don de la perseverancia hasta que expire; os pido que me deis para con todos mis prójimos paz y caridad, y para agradaros más y más, os pido humildad, castidad y las demás virtudes, por Jesucristo vuestro Hijo.

IV. Os suplico, Señor y Padre mío, si me conviene, que me deis bienes temporales, vida, salud, sustento, honra,

alegría; y de todo esto sólo os pido aquello que fuere para mayor gloria vuestra y salud de mi alma, por Jesucristo vuestro Hijo.

V. Os suplico, Señor y Padre mío, cuanto puedo por los que están en pecado mortal, a fin de que salgan de tan infeliz estado; por los agonizantes, para que tengan grande contrición de todos sus pecados y que ninguno se vaya sin recibir bien los Santos Sacramentos y todos mueran en el ósculo de la paz; os pido por las benditas almas del Purgatorio, para que salgan luego de aquel lugar de penas; también os pido, Padre mío, por todas las necesidades de mis prójimos, así generales como particulares, y en especial por mis deudos y bienhechores, por mis amigos y enemigos, por todos los que se han encomendado a mis pobres oraciones, y por todos aquellos por quienes he prometido rogar, por Jesucristo vuestro Hijo.

VI. Os suplico, Señor mío y Padre mío, cuanto puedo por la conversión de los infieles y pecadores, reducción de los herejes, exaltación de la fe católica; por el Papa, Cardenales, Arzobispos, Obispos, Curas párrocos y demás Sacerdotes y Ministros; por los religiosos y religiosas y sus prelados; por los Emperadores, Reyes y demás Autoridades; por todos os pido, Señor y Padre mío, y deseo que todos os amemos y sirvamos

muy de veras, por Jesucristo vuestro Hijo.

VII. Os suplico, Señor mío y Padre mío, abundancia de sacerdotes buenos y celosos en vuestra Iglesia, que cultiven con esmero vuestra viña; os pido que a todas las gentes deis ansias de oír la divina palabra; que la oigan y que se aprovechen de ella; que guarden los preceptos de la santa ley y los consejos evangélicos; que reciban bien y con frecuencia los Santos Sacramentos de Penitencia y Comunión; que sean amantes asiduos de la oración mental y vocal; que tengan gran devoción a María Santísima; que se ejerciten en todas las obras de misericordia, corporales y espirituales; que todos vivan penetrados de vuestro santo temor y amor, por Jesucristo vuestro Hijo.

VIII. Por último, Señor mío y Padre mío, os pido con todo empeño que desaparezca el cáncer que corroe y el contagio que tiene infeccionada la sociedad moderna, ese espíritu luciferino de orgullo y envidia, ese prurito de querer mandar y dominar a todos y no querer estar sujeto ni obedecer a nadie; además, el querer gozar toda suerte de placeres, y el no querer sufrir nunca nada, siguiéndose de aquí el egoísmo, la codicia, las injusticias y todos los males, haciendo desaparecer la paz, la fe, la caridad y la unión fraternal; haced, Señor,

que revivan en la sociedad el ejemplo, la doctrina y las virtudes que nos enseñó Jesucristo, Hijo vuestro, que con Vos y con el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

EJERCICIO DE AMOR DE DIOS

Amar, dice Santo Tomás, es lo mismo que querer bien; y como a Dios no le podemos querer mayores bienes de los que tiene, éstos se los podemos querer por vía de pláceme, lo cual es una altísima manera de amarle, y se hará del modo siguiente:

I. Dios mío, sed Dios como lo sois ahora y para siempre jamás, que yo me huelgo en el alma de que lo seáis. Vos tenéis poder infinito; sed Dios Todopoderoso como lo sois. Vos tenéis sabiduría infinita; sea muy enhorabuena; tened infinita sabiduría como la tenéis. Vos tenéis bondad infinita, caridad infinita y clemencia infinita; tened, Señor, bondad, caridad y clemencia infinita como la tenéis. Vos, Señor, tenéis misericordia, providencia y liberalidad; tened, Señor, misericordia, providencia y liberalidad como la tenéis. Vos, Señor, sois glorioso, y bienaventurado sin fin; sed glorioso y bienaventurado sin fin como lo sois.

II. Vos, Señor, sois Trino y Uno, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero; sed Trino y Uno como lo sois. Sois Salvador y glorificador nuestro y de los Angeles; sedlo enhorabuena, como lo sois, que yo me huelgo mucho en ello.

III. Vos, Señor, os conocéis con infinito conocimiento a Vos mismo; conoceos con infinito conocimiento a Vos mismo, como os conocéis, que infinito conocimiento sobre infinito ser muy bien cae. Vos, Señor, os amáis con infinito amor; amaos, Señor, con infinito amor, como os amáis, que infinito amor a infinita bondad bien le cuadra. Vos, Señor, os gozáis con infinito gozo; gozaos, Señor, con infinito gozo, que infinito gozo con infinita gloria bien dice. Conoceos, Dios mío, como os conocéis, amaos como os amáis, gozaos como os gozáis ahora y para siempre jamás, y sed Dios como lo sois.

IV. Vos, Señor, sois Señor universal a quien aman, alaban y sirven los ángeles y bienaventurados en el cielo y los hombres en la tierra; sed Vos, Señor, de todos, y todos en el cielo y en la tierra os amemos, alabemos y sirvamos sin fin.

V. ¡Oh Señor! ¡Quién pudiera convertir a cuantos infieles y pecadores hay, y hacer que nadie os ofendiera; y que todos os amaran, alabaran, bendijere-

ran y sirvieran en cuanto de nosotros queréis! Yo, para esto, daré mi sangre y mil veces la vida, aunque de mi parte nada puedo. Hacedlo Vos, que yo, Señor, deseo que todos se empleen en vuestro santo servicio ahora para siempre jamás; quiero y deseo, Señor, que todas las criaturas visibles e invisibles, criadas o por criar, os amen, alaben y bendigan cada día y en cada momento tantas veces cuantas unidades pueden componerse con los diez guarismos conocidos; hacedlo Vos, Señor, ya que yo no puedo.

¡Oh Corazón de Jesús, amad por mí a Dios!

¡Oh Corazón de María, amad por mí a Dios!

¡Oh corazón de los santos todos, amad por mí a Dios!

¡Oh coro de los ángeles todos, amad por mí a Dios!

¡Oh criaturas todas, amad por mí a Dios!

¡Oh fuego divino que siempre ardes y nunca te extingués! ¡Oh Corazón de Jesús, que siempre ardes y nunca te entibias! Haz que mi corazón arda siempre en el fuego del divino amor.

¡Oh Dios mío! Quisiera derretirme en vuestro amor; quisiera en vuestro amor deshacerme como se deshace en humo el incienso sobre las brasas. ¡Oh amor mío! ¡Oh mi amor!



DEVOCION

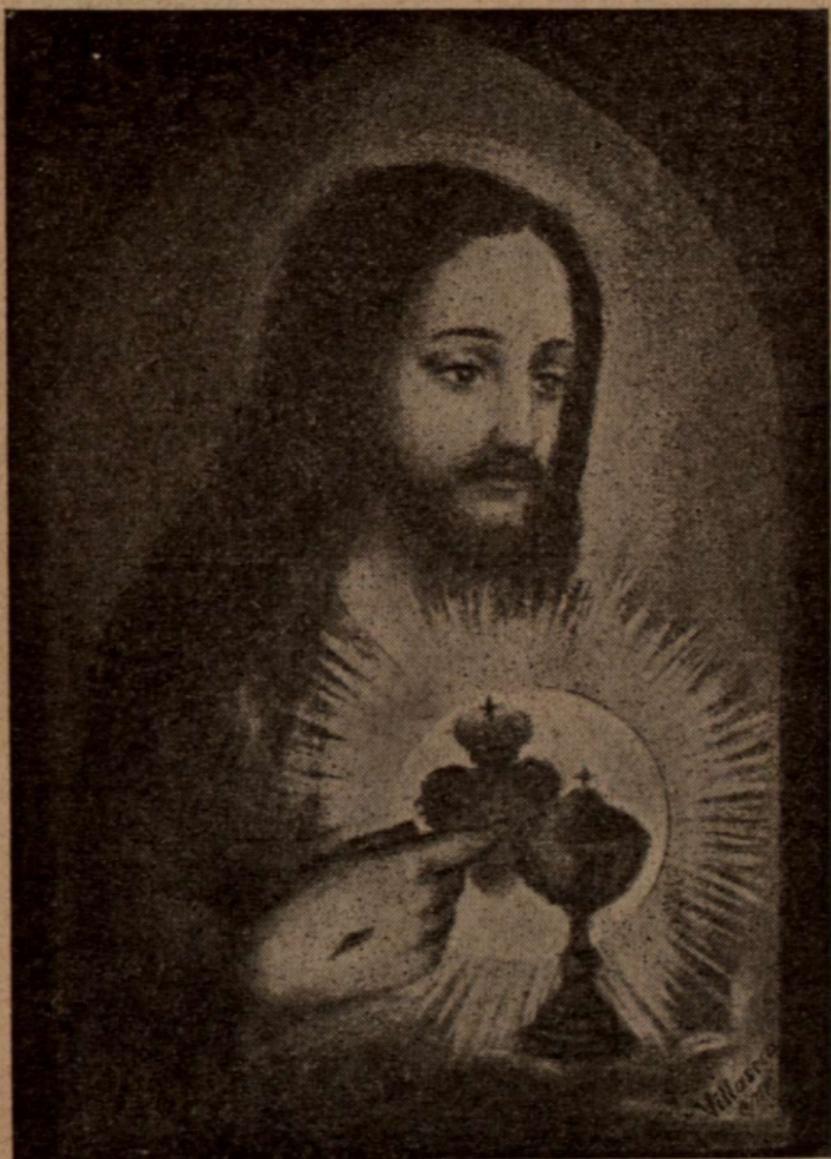
AL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Pocas devociones hay tan tiernas como la devoción a un Dios que, arrebatado de amor hacia los hombres, les abre de par en par las puertas de su Corazón para colmarlos de favores celestiales. Por eso nos invita a que acudamos a la fuente de todo bien; por esto nos manda entrar en el santuario de su Pecho Divino, manantial perenne de felicidad; por esto desea extender su reinado por todo el mundo, y en especial por España, porque quiere hacernos particioneros de sus riquezas inagotables.

No te hagas sordo, ¡oh lector!, a su dulcísimo llamamiento, y siquiera por tu propio interés, procura saciar las ansias que tiene Jesús de tu amor. Oye a este fin las promesas regaladas que hizo a Santa Margarita de Alacoque en favor de los devotos de su Corazón.





Le hablaré al Corazón y estoy seguro
de alcanzar cuanto pida.

(S. Buenaventura.)

PROMESAS DEL CORAZÓN DE JESÚS
A SUS DEVOTOS

- 1.^a Les daré todas las gracias necesarias a su estado.
- 2.^a Daré paz a sus familias.
- 3.^a Les consolaré en todas sus aflicciones.
- 4.^a Seré su amparo y refugio seguro durante su vida, y principalmente en la hora de la muerte.
- 5.^a Bendiciré abundantemente sus empresas que redunden en mi mayor gloria.
- 6.^a Los pecadores hallarán en mi Corazón la fuente y el océano infinito de misericordia.
- 7.^a Las almas tibias se harán fervorosas.
- 8.^a Las almas fervorosas se elevarán con rapidez a gran perfección.
- 9.^a Daré a los sacerdotes la gracia de mover los pecadores más endurecidos.
10. Bendiciré las casas en que la imagen de mi Corazón sea expuesta y honrada.
11. Las personas que propaguen esta devoción tendrán su nombre escrito en mi corazón y jamás serán borrados de él.
12. La última y la más consoladora de las promesas del Sagrado Corazón de Jesús viene expresada en estas palabras

textuales que dijo a Santa Margarita: «Yo te prometo, en la excesiva misericordia de mi Corazón, que mi amor todopoderoso otorgará a cuantos comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos la gracia de la penitencia final; no morirán privados de mi gracia ni de recibir los Sacramentos, pues mi divino Corazón se convertirá por ellos en seguro asilo en aquella hora postrera.» (*Vida y obras de Santa Margarita, Carta 83.*)

APOSTOLADO DE LA ORACION

El Apostolado de la Oración es una asociación piadosa, cuyos miembros trabajan por acrecentar en sí mismos y en los prójimos el amor a la oración, conformándose con los deseos y el ejemplo del Sagrado Corazón de Jesús, que siempre vive intercediendo por nosotros.

Tiene tres grados: los socios del *primer grado* ofrecen cada día todas sus oraciones, trabajos y buenas obras a Dios Nuestro Señor en unión del Sagrado Corazón de Jesús y por todas las intenciones por las cuales se ofrece en el Santísimo Sacramento del Altar. Los del *segundo grado* rezan, además, todos los días un *Padre nuestro* y diez *Ave Marías* por la intención que mensualmente se recomienda a los socios. Los del *tercer grado* ofrecen, además, cada semana o cada mes una *Comunión reparadora* para tener propicio al Sagrado Corazón de Jesús y apartar de nosotros los castigos merecidos por nuestros pecados.

V I S I T A
DEL
APOSTOLADO DE LA ORACION

Ofrecimiento.—Divino Corazón de Jesús, os ofrezco por el Corazón Inmaculado de María todas las oraciones, obras y sufrimientos de este día, en unión de todas las intenciones por las cuales Vos os inmoláis sin cesar en el Altar, y más particularmente por las necesidades encomendadas a nuestras oraciones.

Ahora se reza la estación mayor al Santísimo Sacramento (seis Padrenuestros, Ave Marías y Gloria), y luego las preces siguientes:

Aña.—Adjuva nos, Deus, salutáris noster, et propter gloriam Nominis tui, libera nos, et propitius esto peccatis nostris propter nomen tuum.

Psalm. 53.—Deus, in nómine tuo saluum me fac, * et in virtute tua júdica me.

Deus, exáudi oratiómem meam; * aúribus pércipe verba oris mei.

Quóniam aliéni insurrexérunt advérsus me, et fortes quaesiérunt ánimam meam, * et non proposuérunt Deum ante conspéctum suum.

Ecce, enim, Deus ádjuvat me, * et Dóminus suscéptor est ánimae meae.

Avérte mala inimícis meis, * et in veritáte tua dispérde illos.

Voluntárie sacrificábo tibi, * et confitébor Nómni tuo, Dómine, quóniam bonum est.

Quoniam ex omni tribulatióne eripuísti me, * et super inimícos meos despéxit óculus meus.

Gloria Patri... * Sicut erat...

v. Propter glóriam Nómnis tui libera nos.

r. Et propítius esto peccátis nostris propter nomem tuum.

Oremus.—Preces pópuli tui, quaésumus, Dómine, cleménter exáudi, ut qui juste pro peccátis nostris affligimur, pro gloria Nómnis tui misericórditer liberémur. Per Christum Dóminum nostrum. Amén.

Te, ergo, quaésumus, tuis fámulis súbveni; quos pretiósó Sángvine redemísti.

A continuación se dice la Salve Regina.

v. Ora pro nobis, Sancta Dei Génitrix.

r. Ut digni efficiámur promissióibus Christi.

OREMUS

Prótege, Domine, fámulos tuos súbdiis pacis, et beátae Maríae semper Vír-

ginis patrocinio confidentes, a cunctis
hóstibus et perículis redde secúros.

Per Christum Dóminum nostrum.
Amén.

Récese tres veces el *Sub tuum praesidium...*, o sea: *Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios; no desoigáis nuestras súplicas en nuestras necesidades; antes bien libradnos siempre de todos los peligros, Virgen gloriosa y bendita.*

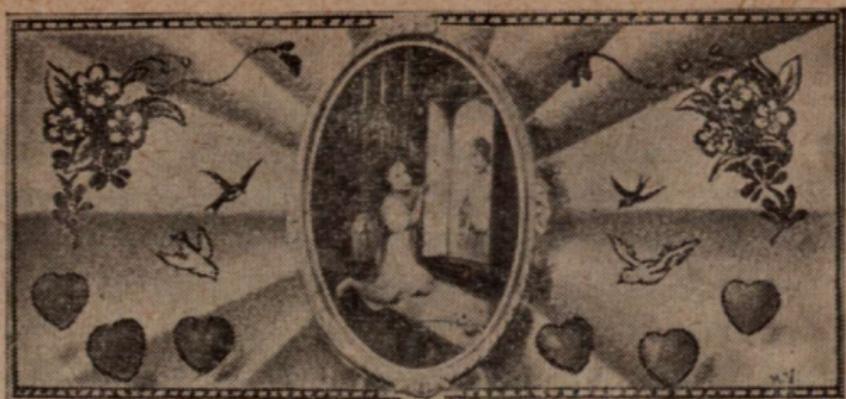
Un *Padrenuestro*, *Ave María* y *Gloria*
a los Sagrados Corazones de Jesús y de
María.





Yo soy la Madre del Amor Hermoso.

(*Eccli., cap. 24, v. 24.*)



VISITA A MARÍA SANTÍSIMA

¡Dios te salve, María, Virgen y Madre de Dios! Aunque miserable pecador, vengo con la mayor confianza a postrarme a vuestros pies santísimos, bien persuadido de que sois Vos la que con vuestra protección poderosa alcanzáis al género humano todas las gracias del Señor. Vos sois riquísima, y yo un miserable. Vos sois Madre, y yo, aunque indigno, soy vuestro hijo. *Haced conocer que sois mi Madre.* ¿Qué madre tendría valor para dejar padecer a su hijo si pudiese socorrerle? Y Vos, que sois tan poderosa, ¿no me socorréis? Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María!, que no se ha oído decir jamás que haya quedado abandonado el que acudió a vuestra pro-

tección e imploró vuestro amparo; y ¿seré precisamente yo el primero y único que halle cerrada esta puerta, que se abrió siempre para todos? Mas, aunque así sucediese, no desconfiaré, antes gritaré más fuerte, y no desistiré hasta que me concedáis lo que os pido. Sí, Madre y Señora mía, oid mi súplica, alcanzadme la perseverancia en el divino servicio; y si tengo la desgracia de caer en pecado, lo que Dios no permita, haced que no halle reposo hasta que haga una buena confesión y alcance el perdón de mi pecado.

También os pido la perseverancia de los justos y la conversión de los pecadores. ¿Qué deseáis que haga yo por ellos? Me ofrezco con gusto a ser el instrumento de su conversión. Igualmente os suplico por las benditas almas del purgatorio, por mis padres, amigos, bienhechores, y por todos los que se han encomendado a mis oraciones; por el Papa y por nuestro Prelado; por los Cardenales, Arzobispos, Obispos, Párrocos y demás clero secular; por los Regulares de uno y otro sexo, a fin de que sean todos unos santos, y así santifiquen a los demás; juntamente imploro vuestro favor por la propagación de la santa fe católica, extirpación de las herejías, cismas y vicios; por el monarca y gobernantes de la nación, provincias, ciudades y pueblos, para que tengan toda la

prudencia, ciencia y acierto de Salomón, y a fin de que procuren como él y logren la riqueza, la paz y felicidad del reino, y finalmente, os ruego por todos mis prójimos, particularmente por los enfermos, presos, desterrados, caminantes y navegantes, para que a todos les concedáis las gracias que necesitan.

Para más obligar vuestro Corazón os pido todas estas gracias por el amor que siempre habéis tenido a la Trinidad Santísima, por vuestro amor al augustísimo Sacramento, por el amor que tuvisteis y tenéis a vuestros padres San Joaquín y Santa Ana, a vuestro esposo San José, al Apóstol San Juan, y a vuestros principales devotos San Ildefonso, Santo Domingo, San Buenaventura, San Bernardo, San Ignacio y San Ligorio; y si no basta todavía, pongo por medianeros y abogados a los nueve coros de los Angeles, a los Patriarcas y Profetas, a los Apóstoles y Evangelistas, a los Mártires, Pontífices y Confesores; a las Vírgenes y Viudas; a todos los Santos del cielo y justos de la tierra. Sí, Virgen Santísima y Madre del Verbo eterno, con tan poderoso valimiento no podréis dejar de oír mis súplicas y de alcanzarme lo que os pido. Amén, Jesús.

Tres Padrenuestros, Avemarias y Gloria Patri a la Beatísima Trinidad, en acción de gracias por las que concedió a María Santísima.

Bendita sea tu pureza,
y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea
en tan graciosa belleza.
A ti, celestial Princesa,
Virgen Sagrada María,
te ofrezco desde este día
alma, vida y corazón:
mírame con compasión;
no me dejes, Madre mía.

(300 días de indulgencia, cada vez.)

OTRA ORACIÓN A MARÍA SANTÍSIMA

(DE SAN BERNARDO)

Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María!, que jamás se oyó decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección, implorando vuestra asistencia y reclamando vuestro socorro, haya sido abandonado de Vos. Animado con esta confianza, a Vos también acudo, ¡oh Virgen Madre de las Vírgenes!, y aunque gimiendo bajo el peso de mis pecados, me atrevo a aparecer ante vuestra presencia soberana. ¡Oh Madre de Dios! No despreciéis mis súplicas; antes bien escuchadlas y acogedlas benignamente. Amén.

La Santidad del Papa Pío IX concedió trescientos días de indulgencia cada vez que

se rece devotamente esta oración, y si se reza cada día, indulgencia plenaria una vez al mes, confesando, comulgando y visitando una iglesia, rogando allí por la intención de Su Santidad.

OBSEQUIOS Y OFRECIMIENTOS A MARIA SANTISIMA

1. Sé muy bien, Virgen Santísima, que para ser verdadero devoto vuestro me debo abstener de todo pecado, imitar vuestras virtudes, frecuentar los Santos Sacramentos, presentaros algunos obsequios, y hacer bien, con agrado y perseverancia, las devociones y demás cosas de vuestro servicio; en todo esto me ejercitaré yo con vuestro auxilio para complaceros y daros gusto, Madre mía.

2. Cada hora rezaré un Ave María. Cada día rezaré una parte del Rosario. Cada sábado ayunaré o me mortificaré en alguna cosa. Cada primer domingo recibiré los Santos Sacramentos y rezaré las tres partes del Rosario.

3. Por amor y obsequio vuestro me ejercitaré, según mi posibilidad, en las catorce obras de misericordia.

OFRECIMIENTO Y OBSEQUIO

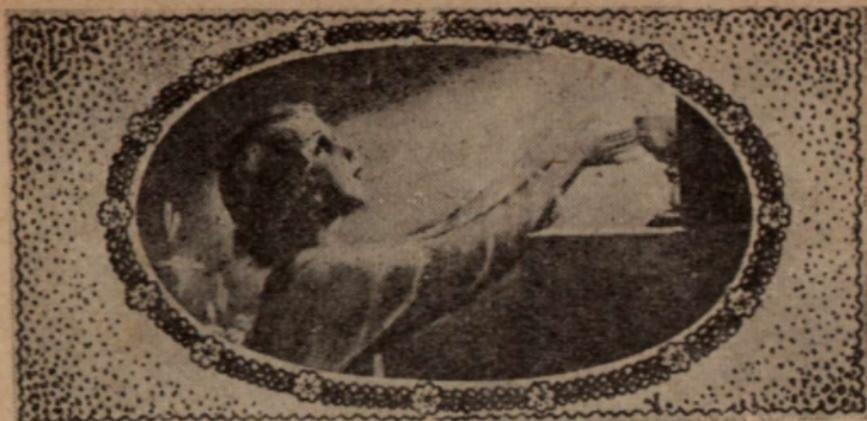
A MARÍA SANTÍSIMA, MADRE DE DIOS Y
MADRE MÍA (I).

Yo, N. N., quisiera tener todas las vidas de los hombres para emplearlas en el servicio de la Madre de Dios; quisiera tener todas las vidas de los Santos y Santas del cielo para amar a la Santísima Virgen María, Madre de Dios, con aquel perfectísimo y ardentísimo amor con que ellos actualmente le aman. Deseo con todo mi corazón que todos los reinos, provincias, ciudades, pueblos, hombres, mujeres, niños y niñas que en ellos hay, conozcan, amen, sirvan y alaben a María Santísima con aquel fervor con que lo hacen los cortesanos del cielo.

Deseo morir y derramar toda mi sangre por amor y reverencia de María Virgen, Madre de Dios; deseo que Jesús me conceda la gracia y fortaleza que necesito, para que todos mis miembros sean atormentados y cortados uno a uno por amor y reverencia de María, Madre de Dios y también mía.

Fiat, fiat.

(1) Pónese aquí este ofrecimiento para que puedan los fieles hacerlo a imitación del Beato Padre Claret, que solía repetirlo.



R O S A R I O

EN HONOR DE LA

S A N T Í S I M A V I R G E N

INTRODUCCION

La oración llamada Rosario es la devoción más grata a Dios y a la Santísima Virgen, y a la par la más provechosa a todos los hombres, después de la santa Misa; con decir que la misma Madre de Dios la enseñó al gran Patriarca Santo Domingo como un eficaz remedio para socorrer las necesidades del mundo y conceder las gracias que los mortales necesitan para salvarse, y que las decenas de que se compone son como los escalones de la grande escalera por donde suben al cielo las almas, queda hecho el elogio de esta devoción a María por excelencia. Felices mil veces aquellas per-



Reina del Santísimo Rosario,
ruega por nosotros.

sonas y familias que no dejan pasar día sin pagar a María este tributo de devoción, porque ellas recibirán de esta buena Madre muchas y eficaces gracias en vida, y más especiales aún en la hora de la muerte, y por fin, la gloria eterna.

Es verdad que algunos tienen costumbre de rezarlo todos o casi todos los días; pero tan mal, que antes podría mirarse como un insulto que como culto dirigido a María, y que por ello más bien se acarrea la indignación de la Virgen que sus gracias. Para que tú no hayas de experimentar este mal, te diré cómo has de rezarlo.

Al comenzar a rezar el Rosario, te pondrás modesto y devoto, dejando toda postura que parezca menos a propósito para hablar con la Reina de los ángeles y de los hombres; no hablarás, no dormirás, no pronunciarás bostezando, ni ahuecarás o arrastrarás la voz, ni rezarás como cantando, que promueve a indevoción o excita a sueño; no te meterás en preguntar cosa ajena de aquel acto, ni comenzarás hasta que hayan concluido los demás, porque da fastidio el oír cómo algunos empiezan el *Santa María* cuando los otros aun no han llegado a la mitad del *Dios te salve, María*, echándolo todo a perder, y formando una algarabía con que se divierte el demonio, más bien que un coro de personas consagradas a honrar a la Madre

de Dios. No lo hagas, pues, tú así; procura con cuidado que todas las palabras vayan con pausa regular, que se pronuncien enteras y no como mascadas o entrecortadas; que se dé lugar a que los compañeros puedan hacer lo mismo, y que todo vaya con edificación. Por cierto que si hubieses de hablar a una reina de la tierra procurarías, no sólo estar modesto y compuesto en su presencia, sino que pondrías gran cuidado en lo que hablaras y gran atención a lo que te hablara; aviva, pues, tu fe, y sabe que rezando el Rosario hablas con Dios y con María, que son los reyes y señores del cielo y tierra, y esto te obligará a estar modesto y atento. Y para que puedas alcanzar las gracias corporales y espirituales, temporales y eternas que suelen concederse a los que devotamente lo rezan, pon delante de tu consideración las personas que concurren en cada uno de los misterios que meditas, y esto te ayudará también para conocer cuánto han hecho Jesús y María para salvarte. Con estas reflexiones, el corazón se te partirá de dolor por haber pecado y haber correspondido a los mayores beneficios con las más feas ingratitudes; te encenderás en vivos deseos de imitar a Jesús y María, y les pedirás las gracias que necesitas, que no dudes te las concederán; y no sólo procurarás salvarte tú, sino que también

harás que puedan salvarse otros, lo que pedirás y conseguirás por ellos. Reza, pues, reza devota y atentamente el santo Rosario, y espero que para hacerlo pondrás en práctica lo que acabo de advertirte.

Si rezando te sientes soñoliento, levántate al punto si estás sentado, reza paseando o refresca los ojos con agua. Pero lo mejor y más acertado sería que toda la familia se arrodillase delante de una imagen de la Santísima Virgen, que nunca debe faltar en tu cuarto o aposento, a la cual saludarás al entrar y salir de él, diciéndole a lo menos: *Ave María purísima, sin pecado concebida.*

En los lunes y jueves se meditan los misterios *Gozosos*; en los martes y viernes, los *Dolorosos*, y en los miércoles y sábados y domingos, los *Gloriosos*; pero si en alguno de estos días cae una festividad de Nuestro Señor Jesucristo o de Nuestra Señora que nos recuerde algún misterio, se dicen los que a él tocan.

MODO DE REZAR EL ROSARIO

Por la señal, etc.

v. Abrid, Señor, mis labios.

R. Y mi voz pronunciará vuestra alabanza.

v. Dios mío, en mi favor y amparo entiende.

R. Señor, a mi socorro presto atiende.

v. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

R. Por los siglos de los siglos. Amén.

OFRECIMIENTO

Señor, Dios nuestro, dirigid y aceptad todos nuestros pensamientos, palabras y obras, y Vos, Virgen Santísima, alcanzadnos gracia para rezar devotamente vuestro santísimo Rosario.

Los misterios que hoy hemos de meditar son los...

MISTERIOS DE GOZO

(que se rezan lunes y jueves)



PRIMER MISTERIO DE GOZO

El primer misterio de gozo es la Encarnación del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de María Santísima; en reverencia de este misterio rezaremos un *Padrenuestro*, diez *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.



SEGUNDO MISTERIO DE GOZO

El segundo misterio de gozo es cuando María Santísima fué a visitar a su prima Santa Isabel; en reverencia de este misterio rezaremos un *Padrenuestro*, diez *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.



TERCER MISTERIO DE GOZO

El tercer misterio de gozo es el Nacimiento del Hijo de Dios en el portal de Belén; en reverencia de este misterio rezaremos un *Padre-nuestro*, diez *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.



CUARTO MISTERIO DE GOZO

El cuarto misterio de gozo es la Purificación de María Santísima y Presentación del Hijo Dios en el templo; en reverencia de este misterio rezaremos un *Padrenuestro*, diez *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.



QUINTO MISTERIO DE GOZO

El quinto misterio de gozo es cuando María Santísima, después de haber perdido a su Hijo, le encontró en el templo disputando con los doctores de la ley; en reverencia de este misterio rezaremos un *Padrenuestro*, diez *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.

MISTERIOS DE DOLOR

(que se rezan martes y viernes)



PRIMER MISTERIO DE DOLOR

El primer misterio de dolor es la oración de Nuestro Señor Jesucristo en el huerto, con tal agonía, que sudó sangre; en reverencia de este misterio rezaremos un *Padrenuestro*, diez *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.



SEGUNDO MISTERIO DE DOLOR

El segundo misterio de dolor es cuando Cristo Señor nuestro fué atado a una columna y azotado con gran crueldad, hasta correr la sangre por tierra; en reverencia de este misterio rezaremos un *Padrenuestro*, diez *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.



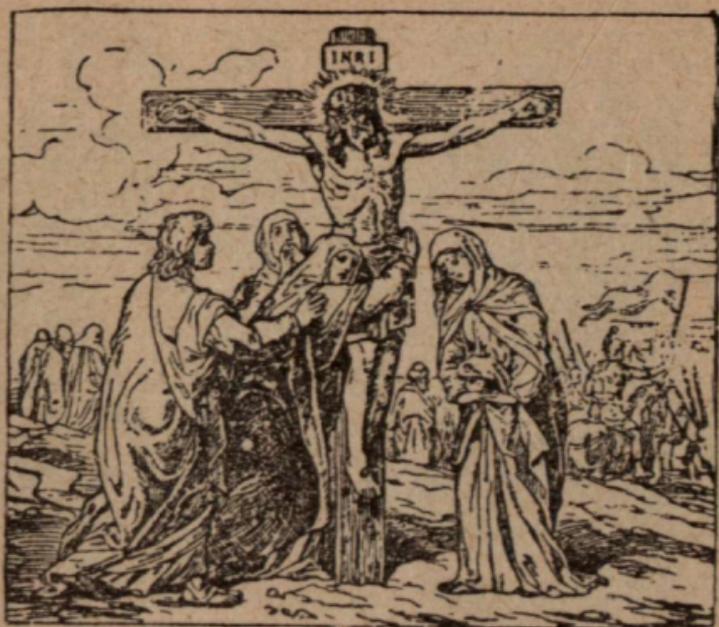
TERCER MISTERIO DE DOLOR

El tercer misterio de dolor es cuando nuestro Redentor Jesús fué coronado de espinas, escupido, abofeteado y tratado con ignominia; en reverencia de este misterio rezaremos un *Padrenuestro*, diez *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.



CUARTO MISTERIO DE DOLOR

El cuarto misterio de dolor es cuando Cristo Señor nuestro llevó la cruz sobre sus espaldas, con gran pena y fatiga, hasta el monte Calvario; en reverencia de este misterio rezaremos un *Padrenuestro*, diez *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.



QUINTO MISTERIO DE DOLOR

El quinto misterio de dolor es cuando Cristo nuestro Redentor fué clavado de pies y manos en la cruz, en donde dió la vida por nuestro amor; en reverencia de este misterio rezaremos un *Padrenuestro*, diez *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.

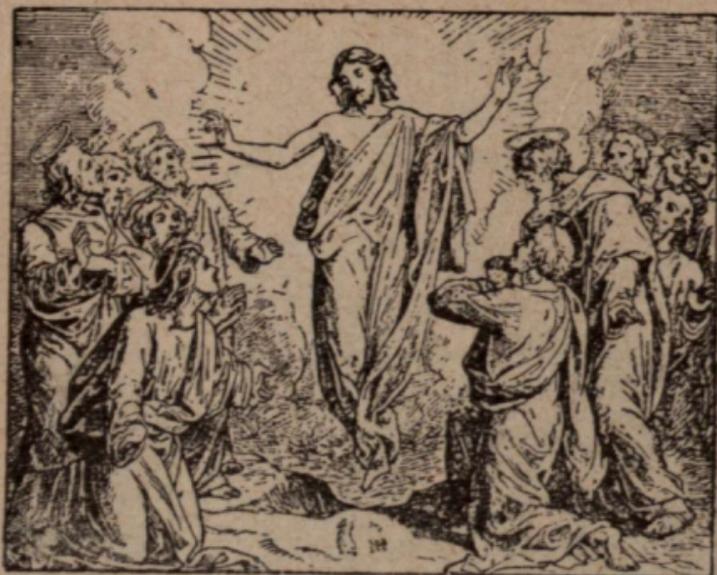
MISTERIOS DE GLORIA

(que se rezan miércoles, sábados y domingos)



PRIMER MISTERIO DE GLORIA

El primer misterio de gloria es la triunfante Resurrección de Cristo Señor nuestro; en reverencia de este misterio rezaremos un *Padrenuestro*, diez *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.



SEGUNDO MISTERIO DE GLORIA

El segundo misterio de gloria es la admirable Ascensión de Cristo Señor nuestro en cuerpo y alma al cielo; en reverencia de este misterio rezaremos un *Padrenuestro*, diez *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.



TERCER MISTERIO DE GLORIA

El tercer misterio de gloria es la venida del Espíritu Santo sobre el sagrado Colegio apostólico; en reverencia de este misterio rezaremos un *Padrenuestro*, diez *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.



CUARTO MISTERIO DE GLORIA

El cuarto misterio de gloria es la Asunción de María Santísima en cuerpo y alma al cielo; en reverencia de este misterio rezaremos un *Padrenuestro*, diez *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.



QUINTO MISTERIO DE GLORIA

El quinto misterio de gloria es la Coronación de María Santísima por Reina y Señora de cielos y tierra; en reverencia de este misterio rezaremos un *Padrenuestro*, diez *Ave Marías* y un *Gloria Patri*.

SALUTACION

Dios te salve, María, Hija de Dios Padre; Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo; Dios te salve, María, Esposa de Dios Espíritu Santo; Dios te salve, María, templo y sagrario de la Santísima Trinidad; Dios te salve, María, concebida sin mancha de pecado original. Amén.

ACCIÓN DE GRACIAS

Infinitas gracias os damos, soberana Princesa, por los favores que todos los días recibimos de vuestra benéfica mano; dignaos, Señora, ahora y siempre tenernos bajo vuestra protección y amparo, y para más obligaros, os saludaremos con una Salve.

Dios te salve, Reina y Madre, etcétera.

LETANIAS DE NUESTRA SEÑORA

Kyrie, eleison,
Christe, eleison.
Kyrie, eleison.
Christe, audi nos.
Christe, exaudi nos.
Pater de caelis Deus, miserere nobis.
Fili, Redemptor mundi Deus, miserere.
Spiritus Sancte, Deus, miserere.
Sancta Trinitas, unus Deus, miserere.
Sancta Maria, ora pro nobis.
Sancta Dei Genitrix, ora.
Sancta Virgo Virginum, ora.
Mater Christi, ora.
Mater divinae gratiae, ora.
Mater purissima, ora.
Mater castissima, ora.
Mater inviolata, ora.
Mater intemerata, ora.
Mater immaculata, ora.
Mater amabilis, ora.
Mater admirabilis, ora.
Mater boni consilii, ora.
Mater Creatoris, ora.
Mater Salvatoris, ora.
Virgo prudentissima, ora.
Virgo veneranda, ora.
Virgo praedicanda, ora.
Virgo potens, ora.
Virgo clemens, ora.
Virgo fidelis, ora.

Speculum justitiae,	ora.
Sedes sapientiae,	ora.
Causa nostrae laetitiae,	ora.
Vas spirituale,	ora.
Vas honorabile,	ora.
Vas insigne devotionis,	ora.
Rosa mystica,	ora.
Turris davidica,	ora.
Turris eburnea,	ora.
Domus aurea,	ora.
Foederis arca,	ora.
Janua caeli,	ora.
Stella matutina,	ora.
Salus infirmorum,	ora.
Refugium peccatorum,	ora.
Consolatrix afflictorum,	ora.
Auxilium christianorum,	ora.
Regina Angelorum,	ora.
Regina Patriarcharum,	ora.
Regina Prophetarum,	ora.
Regina Apostolorum,	ora.
Regina Martyrum,	ora.
Regina Confessorum,	ora.
Regina Virginum,	ora.
Regina Sanctorum omnium,	ora.
Regina sine labe originali concepta,	ora.
Regina sacratissimi Rosarii,	ora.
Regina pacis,	ora.
Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, parce nobis, Domine.	
Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, exaudi nos, Domine.	
Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis.	

v. Ora pro nobis, sancta Dei Genitrix.

R. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

OREMUS

Gratiam tuam, quaesumus, Domine, mentibus nostris infunde; ut qui, Angelo nuntiante, Christi Filii tui incarnationem cognovimus, per passionem ejus et crucem ad resurrectionis gloriam perducamur. Per eundem Christum Dominum nostrum.

R. Amén.

O bien esta otra, propia del Rosario:

Deus, cujus Unigenitus per vitam, mortem et resurrectionem suam nobis salutis aeternae praemia comparavit: concede, quaesumus, ut haec mysteria sanctissimo Beatae Mariae Virginis Rosario recolentes, et imitemur quod continent, et quod promittunt assequamur. Per eundem, etc.

SALVE A NUESTRA SEÑORA
DEL ROSARIO

Salve, Virgen pura;
Salve, Virgen Madre;
Salve, Virgen bella;
Reina Virgen, Salve.

Vuestro amparo buscan,
benigno y suave,
hoy los desterrados
en aqueste valle.

Pecadores somos
de quien eres Madre;
ea, pues, Señora,
no nos desampares.

Si por nuestras culpas
penas a millares
merecemos todos,
tu favor nos salve.

Tu dulce Jesús,
que es fruto admirable
de tu puro vientre,
muéstranoslo afable.

Tus hermosos ojos
llenos de piedades
a nosotros vuelve,
soberana madre.

¡Oh clemente! ¡Oh pía!
Tu favor alcance
el pecador triste
que a tu puerta llame.

Haz que tu Rosario,
a quien lo rezare,

ahora y en la hora
de la muerte ampare.

Todos te ofrecemos,
aunque el león rabie,
con afecto pío,
Virgen, el rezarle.

Tu Rosario es
la cadena grande,
que con ella atas
al dragón infame.

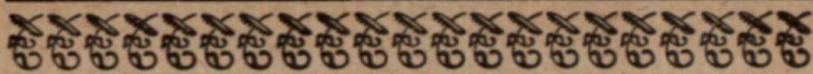
Tus quince misterios
son quince rosales,
son todos alivio
para los mortales.

Ahora suplicamos,
Soberana Madre,
que en las aflicciones
tu piedad alcance.

Los fieles que recen una parte de Rosario, meditando sus misterios, pueden ganar cinco años y cinco cuarentenas cada vez; si lo hacen con rosarios bendecidos, indulgencia plenaria al año y cien días por cada *Padrenuestro* y *Ave*. Rezando con rosarios llamados *cruciferos* se ganan quinientos días de indulgencia por cada *Padrenuestro* y por cada *Ave María*, aunque se recen sueltas por cualquier otro motivo y sin meditar los misterios. Rezando delante del Santísimo Sacramento, aunque no esté expuesto, se gana indulgencia plenaria por cada parte de Rosario, habiendo confesado y comulgado.



Y una espada traspasará tu misma alma.
(*Luc., cap. 2, v. 35.*)



C O R O N A

DE LOS

SIETE DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA

Por la señal, etc.

v. Abrid, Señor, mis labios.

R. Y mi boca pronunciará vuestra alabanza.

v. Dios mío, en mi favor y amparo entiende.

R. Señor, a mi socorro presto atiende.

v. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

R. Por los siglos de los siglos. Amén.

PREPARACIÓN

Virgen sin mancha, Madre de piedad, llena de aflicción y amargura: con rendimiento de mi corazón os suplico ilus-

tréis mi entendimiento y encendáis mi voluntad, para que con espíritu fervoroso y compasivo contemple los dolores que se proponen en esta santa Corona, y pueda conseguir las gracias y los favores prometidos a los que se ocupan en este santo ejercicio. Amén.

PRIMER DOLOR

Me compadezco, Señora, de Vos, por el dolor que padecisteis con el anuncio de Simeón, cuando os dijo que vuestro Corazón sería el blanco de la Pasión de vuestro Hijo. Haced, Madre mía, que sienta en mi interior la Pasión de vuestro Hijo y vuestros dolores; obligándoos en memoria de este dolor con un *Padre nuestro*, siete *Ave Marias* y un *Gloria Patri*.

SEGUNDO DOLOR

Me compadezco, Señora, de Vos, por el dolor que padecisteis en el destierro a Egipto, pobre y necesitada en aquel largo camino. Haced, Señora, que sea libre de las persecuciones de mis enemigos; obligándoos en memoria de este dolor, etc.

TERCER DOLOR

Me compadezco, Señora, de Vos, por el dolor que padecisteis por la pérdida de vuestro Hijo en Jerusalén por tres días. Concededme lágrimas de verdadero dolor para llorar mis culpas por las veces que he perdido a mi Dios, y que lo halle para siempre; obligándoos, etc.

CUARTO DOLOR

Me compadezco, Señora, de Vos, por el dolor que padecisteis al ver a vuestro Hijo con la cruz sobre sus hombros, caminando hacia el Calvario con escarnio, baldones y caídas. Haced, Señora, que lleve yo con paciencia la cruz de la mortificación y de los trabajos; obligándoos, etc.

QUINTO DOLOR

Me compadezco, Señora, de Vos, por el dolor que padecisteis al ver morir a vuestro Hijo clavado en la cruz entre dos ladrones. Haced, Señora, que viva crucificado a mis vicios y pasiones; obligándoos, etc.

SEXTO DOLOR

Me compadezco, Señora, de Vos, por el dolor que padecisteis al recibir en vuestros brazos aquel santísimo Cuerpo difunto y desangrado con tantas llagas y heridas. Haced, Señora, que mi corazón viva herido de amor divino y muerto a todo lo profano; obligándoos, etc.

SEPTIMO DOLOR

Me compadezco, Señora, de Vos, por el dolor que padecisteis en vuestra soledad, sepultado ya vuestro Hijo. Haced, Señora, que quede yo sepultado a todo lo terreno, y viva sólo para Vos; obligándoos, etc.

En memoria y reverencia de las lágrimas que lloraron vuestros purísimos ojos en la vida, pasión y muerte de vuestro Hijo, os ofrezco tres *Ave Marías*.

ORACIÓN

Purísima Virgen María, traspasada de dolor con la espada que profetizó Simeón, cuidadosa y necesitada huyendo a Egipto, triste y atribulada buscando al Hijo perdi-

do, llena de amargura y lágrimas encontrándole con la cruz a cuestas, afligida y ansiosa viéndole agonizar y morir, angustiada y atormentada con el Hijo muerto en los brazos, sola y sin consuelo dejándole sepultado. Humildemente os ruego que la gracia que os pido, si ha de ser para mayor gloria de Dios y bien de mi alma, me la alcancéis de su Divina Majestad, y si no, que se haga en todo su santísima voluntad, y que yo nunca le ofenda. Juntamente os suplico intercedáis por nuestro santísimo Padre, por la paz y concordia entre los príncipes cristianos, exaltación de la santa fe católica, destrucción de las herejías, conversión de los infieles y confusión de los turcos; mirad con ojos de piedad a vuestros devotos, y concededles especialísimos auxilios de gracia para mayor gloria de Dios y vuestra. Amén.

Se concluirá con la *Salve*.

EXHORTACION A TODO CRISTIANO
PARA QUE LLEVE EL ESCAPULARIO, ROSARIO
O MEDALLA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Muy útil y laudable es llevar puesto sobre sí el escapulario de la Santísima Virgen María, o el rosario, o alguna medalla; porque con ello es honrada María, y nosotros socorridos en las necesidades de cuerpo y alma. Infinitos son los ejemplos que se leen en los libros de innumerables fieles que han sido curados y preservados de males del cuerpo por medio del escapulario, rosario o medalla de la Virgen María; y por cierto que es tanta la eficacia de su virtud y tan antigua, que se halla bosquejada y simbolizada en el Antiguo Testamento. En efecto; se lee en el capítulo II, v. 26 del libro III de los Reyes, que Abiatar fué libre de la muerte, de la cual se había hecho digno, como se lo dijo Salomón. ¿Y por qué? Porque había llevado el arca, que era figura o símbolo de María.

Muchos hay también que han curado de males espirituales, pues llevando o poniéndose la medalla de la Santísima Virgen se han convertido. Bien pública y notoria es la célebre conversión del judío Ratisbona; y ¡cuántos y cuántos se

convierten todos los días por medio de las medallas que distribuyen los individuos de la Archicofradía del Corazón de María, a la vez que por el mismo medio muchos y muchos más se conservan en gracia y progresan en virtud!

Procura, por lo tanto, cristiano muy amado, procura llevar siempre el escapulario, rosario o medalla de María Santísima, y, al levantarte por la mañana, adórala, pues que es justo que imites en esta parte a los buenos hijos, que besan la mano de sus padres al levantarse; repítelo de noche si te despiertas, y con especialidad si te molesta alguna tentación, porque entonces, invocando de veras a María, no tienes por qué temer, ni hay por qué acobardarte; pues yo te aseguro que, si prosigues constante en invocarla, saldrás siempre victorioso. Y no sólo tú has de llevar puesto el escapulario, rosario y medalla, sino que has de procurar que otros lo lleven también, a fin de que así puedan también preservarse de todos los males corporales y espirituales, y hacerse participantes de tan grande bien.

ESCAPULARIOS

Secundando los deseos del Beato Antonio María Claret, manifestados en la precedente exhortación, y mirando al provecho espiritual de los fieles, pónense aquí el ori-

gen, las gracias y los privilegios de los escapularios del Inmaculado Corazón de María, del Carmen y de la Inmaculada Concepción.

ESCAPULARIO

DEL

INMACULADO CORAZON DE MARIA

Este escapulario consta de dos pedazos de paño de lana blanca, unidos por cintas o cordones. En la parte anterior va el Corazón Inmaculado de María con tres insignias, a saber: las *llamas*, que salen de la parte superior del corazón; la *azucena*, que se destaca de entre las llamas, y la *espada*, que atraviesa diagonalmente el corazón de izquierda a derecha.

El corazón puede ser un pedacito de lana encarnada cosido sobre el pedazo de lana blanca y con las insignias bordadas, o bien el corazón y las insignias van estampados en tela que se ha de coser encima del paño de lana. En la primera forma fué aprobado por el Sumo Pontífice Pío IX, en 11 de mayo de 1877, a propuesta del Superior General de los Misioneros Hijos del Corazón de María, y últimamente, Su Santidad el Papa Pío X, deseando que se propague por todo el mundo el uso de este escapulario, apro-

bó en 11 de agosto de 1907, la segunda forma, pudiéndose usar indistintamente de cualquiera de las dos citadas formas.

INDULGENCIAS CONCEDIDAS A ESTE

ESCAPULARIO

Las indulgencias concedidas a este escapulario por el Sumo Pontífice Pío IX, y aumentadas por Su Santidad Pío X, son las siguientes:

INDULGENCIAS PLENARIAS; 1.º En el día de la imposición del escapulario. 2.º En el día del aniversario del propio bautismo para los que hubieren rezado todos los días el *Ave María* por la conversión de los pecadores. 3.º Dos veces cada mes en los días que cada uno escogiere, confesando, comulgando y visitando alguna iglesia u oratorio público, orando a intención del Papa. 4.º En cada una de las fiestas siguientes: Purísimo Corazón de María, Circuncisión del Señor, Purificación, Anunciación, Visitación, Asunción, Natividad, Presentación, Inmaculada Concepción, y en las dos fiestas de los Dolores de la Santísima Virgen María; en las fiestas de San José, San Juan Bautista, San Juan Evangelista, San Agustín Obispo y Doctor, Santa María Magdalena y Conversión de San Pablo Apóstol. 5.º En el artículo de la muerte, si confesados y comulgados, o por lo menos, con

el corazón contrito, invocaren devotamente el nombre de Jesús con la boca, o, si no pudieren, con el corazón. 6.º Las indulgencias de las Estaciones de las iglesias de Roma, que son *Plenarias* el día de Navidad, Jueves Santo, Pascua de Resurrección y Ascensión del Señor, confesando, comulgando y visitando alguna iglesia u oratorio público.

INDULGENCIAS PARCIALES: 1. Las de las Estaciones de las iglesias de Roma en los días señalados por el Misal. 2. *Siete años y siete cuarentenas* en todas las fiestas del Señor y de la Virgen celebradas por la Iglesia universal y no mencionadas anteriormente. 3. *Cinco años y cinco cuarentenas*, si acompañaren al Santísimo Sacramento cuando es llevado a los enfermos y rogaren por ellos. 4. *Sesenta días* por toda obra de piedad o caridad.

Todas las indulgencias antedichas son aplicables a las almas del purgatorio, excepto la indulgencia del artículo de la muerte.

(*Breve de Su Santidad Pío X, 11 diciembre 1917.*)

ESCAPULARIO DE LA VIRGEN DEL CARMEN

Su origen.—Consiste en dos pañitos de lana de color de estezado o de canela, y tomó su origen de la aparición de la Virgen del Carmen a San Simón Stock, General de los Carmelitas, a mediados del siglo XIII. Al entregárselo la celestial Señora, le dijo: «Recibe, hijo mío muy amado, el escapulario de tu Orden e insignia de mi Cofradía, privilegio para ti y para todos los carmelitas, alianza de paz y de pacto sempiterno. Quien muriere llevando este escapulario, no caerá en las eternas llamas del infierno.»

Obligaciones.—Las obligaciones que impone este escapulario a los que lo llevan, si quieren gozar de los privilegios que le están concedidos, son de dos clases; unas *generales*, y otras, *especiales*.

Obligaciones generales.—Para que los fieles puedan ganar las indulgencias y privilegios concedidos a los cofrades del Carmen, están *solamente* obligados a estas tres cosas: 1.^a Recibir el escapulario de manos de un sacerdote que tenga para esto facultad. 2.^a Llevar siempre el escapulario de la manera conveniente, es decir, que una parte de él cuelgue delante del pecho y la otra

sobre la espalda. 3.^a Estar inscritos en el registro de la cofradía, según decreto de León XIII, dado en 27 de abril de 1887.

Obligaciones especiales.—A los cofrades del Carmen que quieran gozar del privilegio llamado *Sabatino*, se les exigen estas dos cosas: 1.^a Guardar castidad según su estado. 2.^a Rezar el Oficio parvo los que sepan leer (obligación que los sacerdotes y los ordenados *in sacris* satisfacen rezando el Oficio divino); pero los que no sepan leer deben guardar los ayunos de la Iglesia y abstenerse de comer carne los miércoles y sábados (se exceptúa el día de Navidad, si cae en alguno de estos días) a no ser que, interviniendo justa causa, se conmute la abstinencia por cualquier confesor, o el rezo en otra práctica piadosa por quien tenga para esto facultad.

Gracias y privilegios.—Los principales privilegios y gracias que se conceden a los que devotamente visten este santo escapulario, son los siguientes:

1.^o Ser condecorado con el nombre de *Hijo* de la Santísima Virgen. 2.^o Gozar de la especial protección de esta Señora, singularmente en la hora de la muerte. 3.^o Participar de todas las buenas obras que practiquen los Religiosos Carmelitas. 4.^o Ser especialmente auxiliado en las penas del purgatorio, sobre todo, en los sábados después de la muerte, si ha sido fiel en practicar las dos *obligaciones especiales* expresadas anteriormente. 5.^o Poder ganar, además de otras muchas indulgencias *parciales*, que se omiten aquí por brevedad, indulgencia *plenaria* en cada uno de los siguientes días, confesándose y comulgando según las inten-

ciones del Papa: 1.^o El día en que se reciba el Escapulario. 2.^o En el artículo de la muerte, confesando, comulgando e invocando, al menos con el corazón, el nombre de Jesús. 3.^o En un domingo de cada mes, asistiendo a la procesión de los cofrades, o, si no se puede, visitando la iglesia de la Cofradía. 4.^o Los días 2 y 4 de febrero, 19 y 25 de marzo, Jueves Santo, Pascua, Patrocinio de San José o un día de la octava, Ascensión, 5, 16 y 25 de mayo, 2 de julio, 16 de julio o un día de la octava, 20 y 26 de julio, 7 y 15 de agosto, domingo después de la Asunción, 27 de agosto, 8 de septiembre, 15 de octubre o un día de la octava, 15 de noviembre (si cae en domingo se traslada al 16), 21 de noviembre, 24 de noviembre o un día de la octava, 8 de diciembre, día de Navidad, un día durante el ejercicio de las *Cuarenta Horas*: hay que visitar cada vez la iglesia de la Cofradía, o en su defecto la parroquia.

ESCAPULARIO

DE

LA INMACULADA CONCEPCION

Origen.—Consta de dos pedacitos de lana de color azul celeste, y suele llevar cosida, aunque no es necesario, la imagen de la Inmaculada Concepción. Su origen data de la Venerable Sierva de Dios Ursula Benincasa, a quien se apareció la Madre de Dios, ordenándole fundar la Congregación de Ermitañas Tea-

tinas, que vistiesen hábito de aquel color. Luego rogó a la Santísima Virgen hiciese particioneros de los privilegios de la Orden a todos los fieles que vistiesen el Escapulario, concediéndoselo la celestial Señora, y aparecióse Angeles llevando la librea de la Inmaculada. Fué formalmente aprobado por Clemente XI, año 1710, e impónenlo por derecho propio los Padres Teatinos.

Indulgencias plenarias.—Supuesta la confesión, comunión y visita de iglesia pública, rogando por la santa Iglesia, gánase indulgencia plenaria los días siguientes: 1.º El día en que se recibe el Escapulario. 2.º En el artículo de la muerte. 3.º En los sábados de Cuaresma. 4.º En el primer domingo de cada mes. 5.º En el domingo de Pasión y el viernes siguiente. 6.º Miércoles, jueves y viernes Santo. 7.º En las fiestas de Navidad, Reyes, Pascua, Ascensión, Pentecostés y Trinidad. 8.º En las fiestas de la Inmaculada Concepción, Navidad, Purificación, Anunciación y Asunción de Nuestra Señora. 9.º En los días siguientes: 7 de agosto, 14 de septiembre, 10 de noviembre, 19 y 24 de marzo, 12 de abril, 3. de mayo, 17, 24 y 28 de junio; último domingo de julio, 2 y 29 de agosto, 29 de septiembre, 2 y 15 de octubre, 1.º de noviembre, 13 de diciembre. 10. En el primero y último día de la novena de Navidad. 11. Una vez al año en la exposición de las *Cuarenta Horas*. 12. Una vez al año en el día que cada cual eligiere.

Otras indulgencias.—Visitando las iglesias de los PP. Teatinos, o, en caso de no haberla, una iglesia cualquiera donde haya un altar dedicado a la Virgen, se ganan las indulgencias de las estaciones de las iglesias de Roma, en los días señalados.—*Dos veces al mes* gánanse las indulgencias de las siete Basílicas de Roma, comulgando y visitando siete altares de las iglesias de los PP. Teatinos, o de otra iglesia, como en el número anterior.—*Dos veces al mes* las que se ganan visitando el Santo Sepulcro y la Tierra Santa, con las mismas condiciones que la anterior.—*Sesenta años*, haciendo media hora de meditación.—*Veinte años*, ayudando espiritual o corporalmente a un enfermo, y si esto no es posible, rezando por él cinco *Padrenuestros*, *Ave Marías* y *Gloria*.—*Veinte años*, en las octavas de las fiestas de Jesucristo; *item* en las fiestas de los Santos pertenecientes a las Ordenes de los Agustinos, Dominicos, Carmelitas, Trinitarios y Servitas.—*Siete años* y *otras tantas cuarentenas* en las fiestas menores de la Virgen; *item* siempre que uno se confiese y comulgue; *item* comulgando en tres viernes de cada mes; *item* en siete días de la novena de Navidad; *item* visitando los lunes el Santísimo Sacramento; *item* rezando por la tarde la *Salve Regina*, rogando por las necesidades de la Iglesia.—*Trescientos días* en la octava de Pentecostés; *doscientos*, al oír un sermón; *cincuenta*, al invocar el nombre de Jesús o María, y otros *cincuenta días*, siempre que en cualquier iglesia se rece un *Padrenuestro*, *Ave María* y *Gloria Patri*.

Son privilegiados todos los altares cuando

se dice Misa por un difunto que llevó el Escapulario azul celeste.

Gracia extraordinaria.—El que lleve el Escapulario azul celeste, cada vez que rece seis *Padrenuestros*, *Ave Marías* y *Gloria Patri* en honor de la Santísima Trinidad y de la Inmaculada Concepción de María, rogando por las necesidades de la Iglesia, podrá ganar la indulgencia de diez años, y plenaria al mes con las condiciones de confesión, comunión y visita rogando a intención del Papa (*Decreto de la Penitenciaria Apostólica, 22 de abril de 1933.*)

Todas las indulgencias del Escapulario azul celeste son aplicables a las almas de purgatorio.

MEDALLA SUPLETORIA DE ESCAPULARIOS

El Papa Pío X, para mayor comodidad de los fieles, se dignó conceder en general la gracia de poder suplir con una medalla los escapularios que se les hubieren impuesto, pudiendo ganar con ella las mismas indulgencias y privilegios que con dichos escapularios, incluido el privilegio sabatino. Cualquier Sacerdote que tenga facultad para bendecir e imponer escapularios, la tiene para bendecir la medalla supletoria, debiendo ésta recibir tantas bendiciones con la señal de la cruz, cuantos sean los escapularios que haya de suplir. Las referidas medallas deben llevar la imagen del

Sagrado Corazón de Jesús (o sea de Jesucristo con su corazón) por una cara, y por la otra, la del Corazón de María o de otra advocación de la Santísima Virgen María. No pueden suplirse con estas medallas los escapularios de las Ordenes Terceras, pero sí los de las Cofradías y demás escapularios que no tienen Cofradía. Cuando perdida o extraviada una medalla, se sustituye por otra, ésta debe de bendecirse del mismo modo que la primera.





Yo amo a los que me aman.

(*Prov., c, 8, v. 17.*)



DEVOCION
AL
CORAZÓN DE MARÍA

Dios nuestro Señor, que proporciona los remedios según las necesidades, viendo a los hombres correr perdidos tras los fementidos amores del siglo y envueltos en los horrores de la sensualidad, nos ha presentado al Corazón de su Madre lleno de hechizos y de irresistible ternura, a fin de que, si la esperanza de los bienes eternos y el temor de los ardores infernales no consiguen contenernos en nuestro deber, no podamos a lo menos resistir al encanto de un Corazón hermosísimo que sólo late a impulsos de nuestro amor. Medio poderosísimo para propagar devoción tan tierna, oportuna y necesaria es la Archicofradía, verdadera *Arca de Noé*, donde

deben buscar refugio los que deseen evitar el naufragio en el diluvio de la corrupción que todo lo ha invadido.

ARCHICOFRADIA

DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

Esta Asociación, fundada en París el año 1836 por el párroco Dufriche Desgenettes, tiene por objeto honrar al Inmaculado Corazón de María y procurar la conversión de los pecadores. Ningún verdadero devoto se hará de rogar en dar su nombre a tan piadosa Asociación, tanto más cuanto que ha sido enriquecida por los Sumos Pontífices con muchos privilegios e indulgencias.

Indulgencias plenarias.—1.º El día del ingreso, el aniversario del bautismo, dos veces al mes en los días de elección y para la hora de la muerte. 2.ª En las festividades propias de la archicofradía, que son: la fiesta del Corazón de María, la de Circuncisión, las de Purificación, Anunciación, Dolores, Asunción, Natividad y Concepción de María; Conversión de San Pablo; ídem de la Magdalena, San José, San Juan Bautista y San Juan Evangelista.

Indulgencias parciales.—Indulgencia de quinientos días asistiendo a la Misa que se celebra los sábados en sufragio de los difuntos archicofrades; cien, rezando un *Ave María* con la jaculatoria *¡Oh María, concebida sin pecado! Rogad por los que acudimos a Vos.*

NOTA.—Para ganar las indulgencias plenas dichas, exíjese la confesión, comunión y visita de iglesia u oratorio público.

Los devotos que no puedan formar parte de la Archicofradía podrán obsequiar al Inmaculado Corazón de María con las preces que se ponen a continuación; pero los archicofrades encontrarán en el MANÁ DEL CRISTIANO y también en el *Arca de Salvación* todos los ejercicios de la Archicofradía.

V I S I T A

AL

INMACULADO CORAZON DE MARIA

ORACIÓN

¡Oh corazón de María, Madre de Dios y Madre nuestra; Corazón amabilísimo, objeto de las complacencias de la adorable Trinidad y digno de toda la veneración y ternura de los Angeles y de los hom-

bres; Corazón el más semejante al de Jesús, del cual sois la más perfecta imagen; Corazón lleno de bondad y que tanto os compadecéis de nuestras miserias! Dignaos derretir el hielo de nuestros corazones, y haced que vuelvan a conformarse con el Corazón del Divino Salvador. Infundid en ellos el amor de vuestras virtudes; inflamadlos con aquel dichoso fuego en que Vos estáis ardiendo sin cesar. Encerrad en vuestro seno la santa Iglesia; custodiadla, sed siempre su dulce asilo y su inexpugnable torre contra toda incursión de sus enemigos. Sed nuestro camino para dirigirnos a Jesús, y el conducto por el cual recibamos todas las gracias necesarias para nuestra salvación. Sed nuestro socorro en las necesidades, nuestra fortaleza en las tentaciones, nuestro refugio en las persecuciones, nuestra ayuda en todos los peligros; pero especialmente en los últimos combates de nuestra vida, a la hora de la muerte, cuanto todo el infierno se desencadenará contra nosotros para arrebatarnos nuestras almas, en aquel formidable momento, en aquel punto terrible del cual

depende nuestra eternidad. ¡Ah! Virgen piadosísima, hacednos sentir entonces la dulzura de vuestro maternal Corazón, y la fuerza de vuestro poder para con el de Jesús, abriéndonos en la misma fuente de la misericordia un refugio seguro, en donde podamos reunirnos para bendecirle con Vos en el paraíso por todos los siglos. Amén.

Jaculatoria.—Sea por siempre y en todas partes conocido, alabado, bendecido, amado, servido y glorificado el divinísimo Corazón de Jesús y el purísimo Corazón de María. Así sea (1).

ADORACIONES

AL

PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA

EN BEVERENCIA DE SUS TRES INSIGNIAS

1.^a Os adoro, amabilísimo Corazón de María, que ardéis continuamente en vivas *llamas* de amor divino; por él os

(1) La oración con dicha jaculatoria tiene concedidos sesenta días de indulgencia; al que la rece cada día concédese indulgencia plenaria en la Natividad de la Virgen, Asunción, fiesta del Corazón de María y en la hora de la muerte.

suplico, Madre mía amorosísima, abra-
séis mi tibio corazón en ese divino fue-
go en que estáis toda inflamada. (*Ave
María y Gloria.*)

2.^a Os adoro, purísimo Corazón de
María, de quien brota la hermosa *azu-
cena* de virginal pureza. Por ella os pido,
Madre mía inmaculada, purifiquéis mi
impuro corazón, infundiendo en él la
pureza y castidad. (*Ave María y Glo-
ria.*)

3.^a Os adoro, afligidísimo Corazón de
María, traspasado con la *espada* de dol-
lor por la pasión y muerte de vuestro
querido Hijo Jesús, y por las ofensas
que de continuo se hacen a su Divina
Majestad; dignaos, Madre mía dolorida,
penetrar mi duro corazón con un vivo
dolor de mis pecados y con el más amar-
go sentimiento de los ultrajes e injurias
que está recibiendo de los pecadores el
Divino Corazón de mi adorable Reden-
tor. (*Ave María y Gloria.*)

Se terminará con la oración de San Ber-
nardo «Acordáos, oh piadosísima...» (Pági-
na 222.)

¡Oh dulce Corazón de María, sed la
salvación mía!

(*Trescientos días de indulgencia cada
vez, y plenaria al mes.*)



SANTO EJERCICIO DEL VÍA CRUCIS

ADVERTENCIA

El ejercicio llamado *Via-Crucis* es la mayor y mejor de cuantas devociones practica la piedad cristiana, el medio más fácil y menos dispendioso para granjearse el inapreciable tesoro del sinnúmero de indulgencias *plenarias y parciales concedidas a los que en Jerusalén visitan personalmente las estaciones y camino que condujo a Jesús al Calvario*, llevando en sus ya debilitados hombros el madero de la Cruz; devoción puesta al alcance de toda clase de personas, sin distinción de edades, sexos y condiciones, por la razón sencillísima de no tener que abandonar para ello ni sus casas, ni sus familias, ni sus quehaceres, bastando practicarla con espíritu de fe y de compunción.

Para que todos los cristianos se resuelvan a mirar esta devoción como un excelente in-

centivo del amor que debemos tener a Jesús, que tanto hizo y padeció por nosotros, recordemos que la Santísima Virgen María dió principio a ella en Jerusalén el mismo día de la catástrofe mayor que han presenciado los mortales, luego de haber dejado a la Víctima del pecado y del amor, a su Hijo querido, en el sepulcro, y prosiguiendo después de esta práctica toda su vida, según lo afirma la Venerable Agreda. Jesucristo dijo a uno de sus siervos, como dice Blosio, estas palabras: *No hay cosa tan conforme a mi gusto como el ver que las almas meditan con devoción y humildad mi Pasión.* Practiquemos, pues, con empeño esta devoción, y tengamos por cierto que con ella nos vendrán todos los bienes.

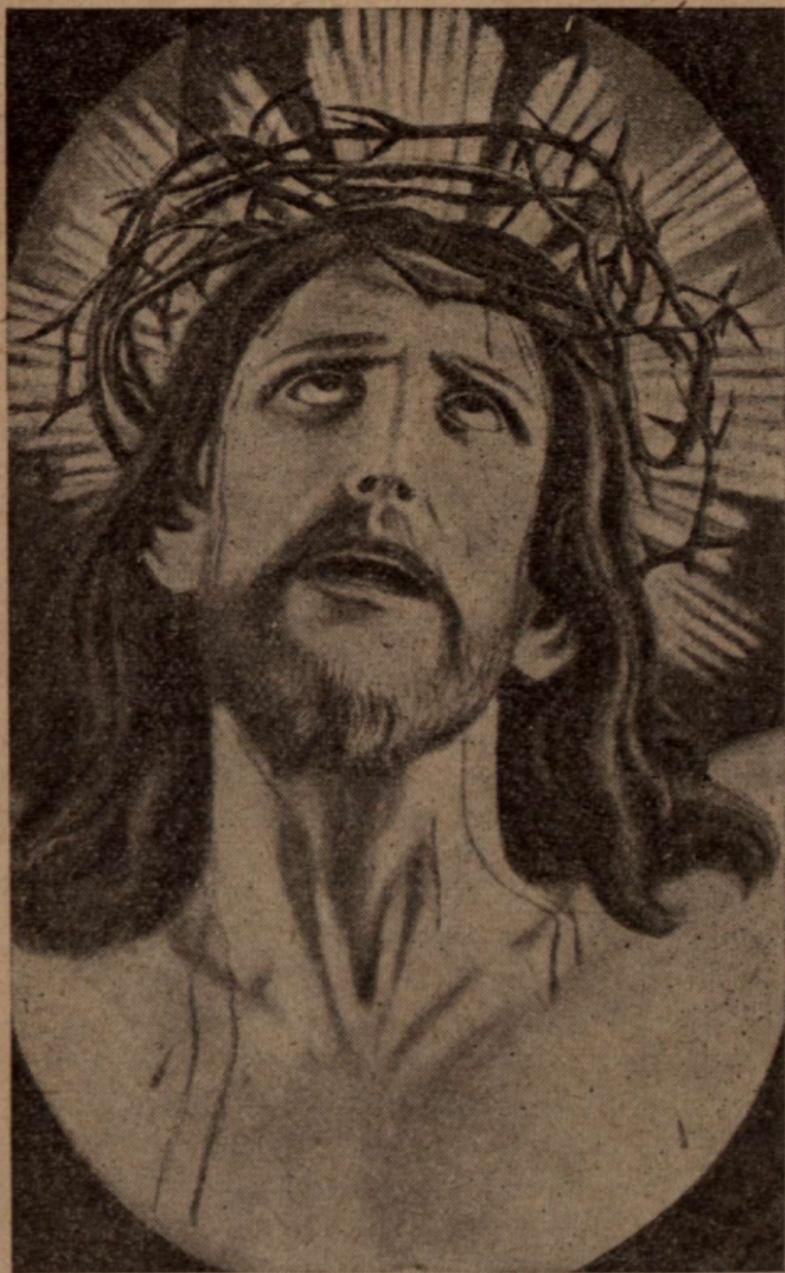
El celebérrimo San Lorenzo de Puerto Mauricio, en el curso de sus misiones, llegó a un país en que cada día andaban el *Via-Crucis* casi todos sus habitantes, y ¡sea Dios loado por ello!, halló que por este medio se conservaban limpios del pecado, adelantaban en el camino de la virtud y atesoraban para la gloria un gran caudal de méritos. ¿Habrà, pues, en virtud de esto, quien deje de practicarlo? Y dice el mismo Santo que el meditar devotamente en la Pasión del Redentor es más útil y meritorio que ayunar a pan y agua, que macerarse hasta derramar sangre con disciplinas, y rezar todos los salmos de David. Creo, pues, y espero que no habrá quien a esto no consagrare a lo menos algún tiempo todos los días, por lo mismo que es tan meritorio como fácil y al alcance de todos; pues aunque sea trabajando y sin salir de su propio sitio, puede practicarse.

Hase de advertir que algunos sacerdotes, por concesión del General de los Franciscanos, están facultados para bendecir crucifijos, delante de los cuales pueden hacer todas las estaciones y ganar las indulgencias los que física o moralmente se hallan impedidos de visitar los lugares e iglesias señalados al efecto. Para esto basta rezar veinte Padrenuestros con sus Ave Marías y Gloria, teniendo el Crucifijo en la mano y meditando a la vez la Pasión de Jesucristo.

Las oraciones que se ponen en cada estación no son tan necesarias que, si no se rezan, dejen de ganarse las indulgencias; se han puesto únicamente para facilitar este ejercicio a toda clase de gentes, pues basta que en cada estación se medite algo de lo que Cristo padeció en su sagrada Pasión, que es lo que principalmente se exige.

Como la primera y esencial condición para ganar éstas y demás indulgencias sea el estar en gracia de Dios, antes de dar principio a éste y a otros semejantes ejercicios procure todo cristiano prevenirse con la señal de la cruz, un fervoroso acto de contrición y el ofrecimiento correspondiente, según es de verse a continuación.

NOTA. — El Papa Pío XI determinó fijamente las indulgencias del Vía-Crucis en esta forma: Indulgencia plenaria cuantas veces se hiciere; otra plenaria comulgando en el día en que se practica el ejercicio, o dentro de un mes después de practicado diez veces; diez años y diez cuarentenas por cada estación si no se completó el ejercicio. (20 octubre 1931.)



Si fuere exaltado de la tierra, atraeré
a Mí todos los corazones.

(Joan., XII, 32.)

MODO PRACTICO
DE HACER EL VIA-CRUCIS

Por la señal de la santa cruz, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Criador, Padre y Redentor mío, en quien creo y espero, y a quien amo sobre todas las cosas; por ser Vos quien sois, bondad inmensa, infinitamente misericordioso, y por la sangre preciosísima que por mi amor derramasteis en el árbol santo de la Cruz, digo que me pesa de haberos ofendido; me pesa, Dios mío, de que no me pese más, y aun cuando no hubiera infierno que temer ni gloria que esperar, sólo por ser Vos quien sois me arrepiento, aborrezco mis culpas, y me pesa de haber pecado, y quisiera, Señor, que vinieran sobre mí todos los males, y aun la muerte, antes que ofenderos de nuevo; propongo, Señor, nunca más pecar y apartarme de las ocasiones de ofenderos, y os ofrezco mi vida, obras y trabajos en satisfacción de

todos mis pecados; y así como lo pido, así espero en vuestra bondad y misericordia infinita que me perdonaréis y me daréis gracia para enmendarme y perseverar hasta el fin de mi vida en vuestra amistad y gracia. Amén.

OFRECIMIENTO

Soberano Señor: Con todo rendimiento ofrezco a vuestra Divina Majestad cuanto hiciere, meditare y rezare en este santo ejercicio, para que a Vos sea agradable y a mí de algún mérito; principalmente por la intención, fines y motivos que han tenido vuestros Vicarios en la tierra al conceder todas las indulgencias que intento ganar por vuestra infinita bondad, y asimismo en remisión de mis pecados y de las penas que por ellos merezco y para sufragio de las almas del purgatorio, especialmente las de mis particulares obligaciones, según el orden de caridad o de justicia o como más agradable fuere a vuestra Divina Majestad. Amén.



PRIMERA ESTACIÓN

Considera, alma cristiana, en esta primera estación, que es la casa de Pilatos, cómo después de haber sido cruelmente azotado el Redentor del mundo, pronunció aquel inicuo juez la sentencia de muerte contra el Autor de la vida.

ORACIÓN

¡Oh suavísimo Jesús, que con infinita humildad y rendimiento quisisteis parecer cual vil esclavo, ata-

do con duras cadenas, en presencia del pueblo sacrílego, y aguardar la injusta sentencia de muerte que contra vuestra Divina Majestad pronunció aquel juez inicuo! Concededme, Señor, que con vuestro ejemplo mortifique yo mi orgullo; y sufriendo con humildad las afrentas de esta vida, quede libre de las cadenas de los pecados con que el enemigo quiere atar mi alma; para que, libre de ellos por vuestra gracia, pueda llegar a gozar de las delicias de la gloria. Amén.

Rezarás un *Padre nuestro*, *Ave Maria* y *Gloria Patri*, y luego dirás:

Señor, pequé; pésame de haberos ofendido; misericordia, mi dulcísimo Jesús; propongo con vuestra gracia nunca más pecar. Amén.

Luego besarás la tierra con intención de adorar a Cristo Nuestro Señor con este acto de humildad, diciendo:

Adorámoste, Cristo, y te bendecimos, porque con la santa cruz me redimiste a mí, pecador, y a todo el mundo.

Bendita y alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y la Purísima Inmaculada Concepción de María Santísima Madre y Señora nuestra,

concebida sin pecado original en el primer instante de su ser.

Se responde: Amén.

Todo esto, desde el *Padrenuestro*, se repetirá en cada estación.



SEGUNDA ESTACIÓN

Considera, alma cristiana, esta segunda estación, que es el lugar en que cargaron sobre los débiles y delicados hombros de Jesús el grave peso de la cruz.

ORACIÓN

¡Oh Rey supremo de la gloria, que sufristeis ser entregado a la voluntad de los judíos para ser cruelmente atormentado, y oyendo los rabiosos gritos de vuestros enemigos, aceptasteis el grave peso de la cruz!: Os suplico, Señor, que con vuestra gracia resigne yo mi voluntad a la vuestra, y cargue gustoso con la cruz de la penitencia, para que, haciéndola verdadera de mis pecados, llegue a gozar para siempre las delicias de la gloria. Amén.

Lo demás, como en la pág. 284.



TERCERA ESTACIÓN

Considera, alma cristiana, esta tercera estación, que es el lugar en que, caminando Jesús con la cruz auestas, llorando y suspirando, cayó a tierra bajo el enorme peso de ella.

ORACIÓN

¡Oh amantísimo Jesús, que, cansado y fatigado con la cruz caisteis en tierra agobiado por su gravísimo peso para que conociésemos la gravedad de nuestras culpas, figuradas

en ese madero!: Suplico a vuestra clemencia divina que me deis gracia con que me levante de la culpa, y, firme y constante en el cumplimiento de vuestros mandamientos, no deje nunca de mortificar mi cuerpo, y que mi empleo sea amaros siempre en esta vida para gozar después de los suaves frutos de la santísima cruz en la gloria. Amén.

Lo demás, como en la pág. 284.



CUARTA ESTACIÓN

Considera, alma cristiana, esta

cuarta estación, que es el lugar en que, caminando nuestro amado Jesús con la cruz auestas, encontró a su Madre Santísima triste y afligida, y mirándose aquellos dos finos amantes, sintieron traspasados de dolor y amargura sus corazones.

ORACIÓN

¡Oh soberana Señora y Madre la más triste y afligida!: Por la cruel espada de dolor que traspasó vuestro Corazón mirando a Jesús, vuestro Hijo, eclipsada la luz de sus ojos, afeado su rostro, atormentado con la pesada carga de la cruz y hecho el oprobio de los hombres, alcanzadme, Madre afligidísima, ya que mis culpas fueron la causa de tantas penas y dolores, que pueda yo llorarlas amargamente; para que purificado con la confesión y penitencia, sea admitido en vuestra compañía en la gloria. Amén.

Lo demás, como en la pág. 284.



QUINTA ESTACIÓN

Considera, alma cristiana, esta quinta estación, que es el lugar en que los judíos hicieron que Simón Cirineo ayudase a Jesús a llevar la cruz, no por piedad que de Su Majestad tuviesen, sino por temor de que muriese en el camino oprimido por la cruz.

ORACIÓN

¡Oh amantísimo Jesús, que por mi amor llevasteis la muy pesada cruz por el camino del calvario, y quisisteis que en la persona del Cireneo os ayudásemos a llevarla, para que de esta suerte participásemos de los tesoros de la cruz!: Dadme gracia, Señor, para que, con mucha devoción y espíritu fervoroso, abraze la cruz de la abnegación de mí mismo, y dé de mano a las costumbres viciosas; a fin de que, siguiendo así vuestros pasos, alcance los eternos gozos de la gloria. Amén.

Lo demás, como en la pág. 284.



SEXTA ESTACIÓN

Considera, alma cristiana, esta sexta estación, que es el lugar en que salió al encuentro de nuestro piadoso Jesús aquella santa mujer llamada Verónica, la cual, viendo a Su Majestad tan fatigado, y su rostro tan afeado con el sudor, polvo, salivas y bofetadas que había recibido, movióse a piedad y compasión, y quitándose las tocas le limpió con ellas.

ORACIÓN

¡Oh hermosísimo Jesús, que teniendo afeado vuestro rostro con las inmundas salivas, os lo limpió con sus tocas aquella devota mujer, quedando estampada en ellas vuestra faz santísima! Os suplico, Señor, que estampéis en mi alma la imagen de vuestro rostro, y me déis favor y gracia para conservarla siempre con obras de perfecta caridad para que así la pueda presentar en vuestra eterna gloria. Amén.

Lo demás, como en la pág. 284.



SÉPTIMA ESTACIÓN

Considera, alma cristiana, esta séptima estación, que es el lugar de la Puerta Judiciaria, donde por segunda vez cayó en tierra el Señor, estando ya totalmente desfallecido y lastimado por el enorme peso de la cruz.

ORACIÓN

¡Oh santísimo Jesús! Por aquella gran fatiga que sintió vuestro delicado cuerpo, que, no pudiendo ya resistir al gravísimo peso de la cruz, os hizo caer en tierra por segunda vez, os suplico, esposo de mi alma, que iluminéis mi entendimiento, a fin de que conozca el inmenso peso de los pecados que cometo, y que me deis gracia para que no me arrastren a una eterna pena, antes viva siempre en mí el deseo de amaros, serviros y alabaros en esta vida y en la gloria. Amén.

Lo demás, como en la pág. 284.



OCTAVA ESTACIÓN

Considera, alma cristiana, esta octava estación, que es aquel lugar en que unas piadosas mujeres, viendo que Jesús, a pesar de su inocencia, era llevado públicamente a ser crucificado, lloraban amargamente y las consoló el Señor, diciéndoles: «Hijas de Jerusalén, no lloréis mi muerte; llorad, sí, por vosotras y por vuestros hijos».

ORACIÓN

¡Oh divino y soberano Maestro, que andando el camino del Calvario, en medio de aquella inmensidad de tormentos, enseñasteis a las piadosas mujeres, que se dolían de vuestras penas, que llorasen por sí y por sus culpas!: Concededme, Señor, que, con fervorosas lágrimas de contrición, llore yo mis pecados, y con ellas se purifique mi alma de los muchos en que ha incurrido con obras pecaminosas; para que, purificado mi espíritu esté siempre en vuestra amistad y gracia y goce eternamente las delicias de la gloria. Amén.

Lo demás, como en la pág. 284.



DÉCIMA ESTACIÓN

Considera, alma cristiana, esta décima estación, que es el lugar del monte Calvario, en el cual, habiendo llegado nuestro Redentor Jesús, le quitaron con crueldad sus vestidos y le dieron a beber vino mezclado con hiel y vinagre.

ORACIÓN

¡Oh piadosísimo Jesús, que sufristeis y tolerasteis de los sacrílegos judíos que os arrancasen vuestros santos y reales vestidos, con que se tornaron a renovar vuestras llagas, quedando desnudo delante de todos!: Suplico a vuestra divina bondad que por estos dolores y penas y por lo que os afligieron al ofrecer el vino mezclado con hiel, me concedáis, Señor, que no beba yo los deleites que, mezclados con la hiel de la culpa, me ofrece el mundo, sino que, desnudo de mi amor propio, siga al que por mí sufrió estar desnudo en el árbol de la cruz; para verle después en la gloria. Amén.

Lo demás, como en la pág. 284.



UNDÉCIMA ESTACIÓN

Considera, alma cristiana, esta undécima estación, que es el lugar en que nuestro piadoso Jesús fué tendido sobre la cruz y clavado de pies y manos en ella, y en que oyendo su Santísima Madre y Señora nuestra el primer golpe del martillo, quedó angustiada por el dolor que le causó.

ORACIÓN

¡Oh clementísimo Señor!: Por aquel inmenso amor que abrasaba vuestro Corazón y con que sufristeis ser tendido en la cruz y clavados vuestros pies y manos santísimos en ella, os pido, Dios mío, que, por vuestra inefable caridad, no extienda yo jamás mis pies y manos a maldad alguna; antes bien, traspasado mi corazón con vuestro divino amor, viva siempre crucificado en vuestro santo servicio por medio de la gracia y misericordia infinita y reine después con Vos en la gloria. Amén.

Lo demás, como en la pág. 284.



DUODÉCIMA ESTACIÓN

Considera, alma cristiana, esta duodécima estación, que es el lugar en que, crucificado ya Nuestro Señor Jesucristo, dejaron caer de golpe la cruz en el hueco de una peña, en que viéndole tan maltratado su piadosa Madre, quedó sumergida en un mar de dolores, por lo mucho que le angustiaba la vista de su amado Hijo.

ORACIÓN

¡Oh divino Jesús, esposo de nuestras almas, que clavado en la santa cruz entre dos ladrones, fuisteis alzado y enarbolado a la vista de todo el mundo y padecisteis atroces tormentos!: Os suplico, Señor, que curéis los males de mi alma, y que, menospreciando yo al mundo con sus vanidades y locuras, se levante mi espíritu a la contemplación de las cosas divinas y eternas, y solamente os ame a vos, y por amor vuestro aborrezca al mundo y a mí mismo hasta veros en la gloria. Amén.

Lo demás, como en la pág. 284.



DECIMOTERCIA ESTACIÓN

Considera, alma cristiana, esta decimotercia estación, que es el lugar en que la Reina de los Angeles recibió en sus brazos el cuerpo de su amantísimo Hijo y Salvador nuestro, cuando José y Nicodemus le bajaron de la cruz.

ORACIÓN

¡Oh Soberana Reina de los Angeles y Madre dolorosísima!: Por aquella inmensidad de penas que inundó vuestro corazón, cuando desde los brazos de la cruz recibisteis en los vuestros a vuestro Hijo Santísimo, muerto a la violencia de tantos tormentos, os suplico, piadosísima Madre, que os dignéis recibir en vuestros brazos mi alma cuando se separe del cuerpo y presentarla a vuestro Hijo Santísimo, para que, acordándose de lo que Su Divina Majestad y Vos, Señora, por ella padecisteis, la juzgue, no según merecen mis culpas, si no según los infinitos méritos de su Sangre divina derramada por mi amor, y los de vuestras inmensas penas, para acompañaros después en las alegrías de la gloria. Amén.

Lo demás, como en la pág. 284.



ÚLTIMA ESTACIÓN

Considera, alma cristiana, esta última estación, que es el lugar de la sepultura de Cristo nuestro Salvador.

ORACIÓN

¡Oh divino y soberano Redentor de nuestras almas, que con infinito

amor quisisteis padecer por ellas tantas penas y tormentos, hasta morir afrentosamente en una cruz entre dos ladrones para borrar con vuestra Sangre divina la sentencia de muerte que estaba ya firmada por nuestras culpas, y finalmente ser sepultado para resucitar después a inmortal vida!: Os suplicamos, Señor, que, por los infinitos méritos de vuestra santísima pasión, muerte y sepultura, hagáis que estén sepultados para nosotros en perpetuo olvido todos los deleites de este mundo, y esté siempre viva en nuestros corazones la memoria de vuestra santísima pasión y muerte, y el deseo de amaros y serviros en esta vida, para después de ella poder resucitar y entrar en vuestra gloria. Amén.

Lo demás, como en la pág. 284.

METODO PRACTICO

DE IMITAR CON ESPÍRITU DE DEVOCIÓN

A

Jesucristo llevando la Cruz

El cristiano que desea ir en pos de Jesucristo llevando la Cruz, ha de tener presente que este nombre *Cristiano* quiere decir discípulo e imitador de Cristo, y que es indispensable, si quiere llevar con toda propiedad tan honorífico y noble título, hacer lo que en su santo Evangelio nos encarga Jesús, a saber: que, si queremos ser discípulos suyos, hemos de oponernos o negarnos a nosotros mismos, tomar la Cruz y seguirle. Con estas palabras, según explican los expositores, Jesucristo nos pide mortificación interna y externa, si le queremos seguir. La mortificación interna está comprendida en estas palabras: que *se niegue a sí mismo*, o que no tenga propia voluntad; y la mortificación externa, en estas otras: que *tome su Cruz*. La mortificación, según la bella comparación de San Francisco de Sales, nos es tan necesaria como la sal para la conservación de la carnes; de suerte que, así como sin sal las carnes muertas se echan a perder, fermentan y son luego pasto de gusanos, mas con la sal se conservan todo el año, así nosotros con la sal de la mortificación nos conservaremos en la virtud, y sin ella seremos pasto de todos los vicios, y por último nos perderemos del todo. Y he aquí por qué San Pablo

decía con tanta aseveración: *Hermanos... si vivís según la carne, regalándola y no mortificándola, moriréis, os condenaréis; empero si mortificáis la carne, viviréis, os salvaréis.* Por lo tanto, deseando yo vuestro provecho espiritual, he juzgado muy del caso bosquejaros lo que entendemos por la palabra mortificación y el modo de practicarla, para poder así ayudar al Señor a llevar la Cruz.

Mortificar, pues, no significa matar, sino sujetar y refrenar; y así, la palabra mortificación dice lo mismo que una ordenación, concierto y reglamento de los apetitos de la parte inferior del hombre, para que esté siempre en armonía con la parte superior, constituida por la razón ilustrada por la fe.

La mortificación es de dos maneras: una de obligación, y la otra de devoción. La de obligación tiene por objeto refrenar o quitar todo cuanto nos pueda ser impedimento para cumplir los preceptos de la ley de Dios y las obligaciones del propio estado. La de supererogación o devoción tiende a privar de aquellas cosas que, aun cuando no sea malo o pecado el ejecutarlas, es, sin embargo, de gran provecho abstenerse de ellas, para ofrecer al Señor un sacrificio que le es muy agradable. Por ejemplo: el mirar un ameno jardín, el beber un vaso de agua fresca, etc., no es en sí pecado, y sin embargo es incalculable la utilidad que trae al espíritu el privarse de ello por amor de Dios y de María. Y dije que la utilidad de esta especie de mortificación es incalculable; porque casi raya en la necesidad, por ser cosa muy probada que el que no sepa o no quiera mortificarse en la supererogación o devoción, tam-

poco sabrá ni podrá en lo que sea de obligación.

Esta mortificación de devoción se divide en activa y pasiva. La activa consiste en buscar por elección propia, y por el grande amor que uno tiene a Dios y a la Santísima Virgen, cosas que causen pena y humillación, para ofrecerles así un obsequio. La pasiva consiste en sufrir con paciencia, resignación y conformidad con la voluntad de Dios todo cuanto nos causa pena sin haberlo nosotros buscado ni intentado, como son las persecuciones, calumnias, oprobios, robos, enfermedades, frío, calor y otras cosas semejantes. Sin embargo de que la mortificación interna es la mejor y más noble, como que es el alma de todas ellas, para proceder con método daremos primero algunas nociones de la mortificación externa, con que nos abriremos paso para lo demás.

Mortificación externa

MORTIFICACIÓN DE LA VISTA

«Es parte de la inocencia el ser uno ciego», decía Séneca. Y en verdad, por una triste experiencia sabemos que son infinitos los que se han precipitado en los vicios y crímenes, perdiendo la inocencia por la vista, cuya consideración arrebató a un filósofo gentil a que por sus propias manos se arrancase los ojos, como refiere Tertuliano. Es verdad que un cristiano no puede ni debe imitar a este infeliz, que con un crimen pretendió evitar otros crímenes, pero sí debe mortificar la vista a imitación de Jesucristo,

Señor nuestro, que siempre la trajo modestamente recogida; por cuyo motivo los Evangelistas nos refieren las veces que la levantó, como que era en él cosa singular y no acostumbrada. Por lo que tú procurarás mortificarla en los casos siguientes:

1.º Te abstendrás de mirar aquellos objetos que podrían suscitar en tu alma pensamientos pecaminosos, como son figuras deshonestas, comedias poco decentes, con especialidad si van acompañadas de baile, que por la circunstancia del modo de vestir y saltar debe considerarse como causa provocativa de pensamientos torpes. Y en efecto: muchísimos que en todo el decurso de la comedia habían tenido como adormecida la concupiscencia, al ver romper el baile sintieronse asaltados de un tropel de pensamientos impuros que, abrasándolos en el fuego de las delectaciones amorosas, les hizo cometer otros tantos pecados mortales. Son muchos los que experimentan lo que Alipio, de quien nos refiere San Agustín que fué al teatro con propósito de no mirar cosa mala; pero, puesto allí, miró, pecó e hizo pecar a otros. No vayas, pues, tú a aquellas reuniones en las que los concurrentes visten con poca modestia; a los bailes digo, y saraos; y cuando vayas por las calles y plazas, nunca fijes la vista en personas del otro sexo, especialmente si visten con menos decencia; y para que tu cuidado y recelo sea mayor, cumple a mi deber decirte que hay ciertas personas de quienes se sirve el demonio como de banderín de enganche, cuyo oficio es reclutar almas para el infierno.

2.º También apartarás la vista de las cosas vanas, curiosas y no necesarias, diciendo

como el Profeta: *Apartad, Señor, mis ojos para que no vean la vanidad*. El saber mortificarse en estas y otras cosas, por inocentes y honestas que sean en sí, es un medio poderosísimo para adelantar en la perfección. De San Francisco de Borja se lee que cuando cazaba con halcones, en el acto de arrojarse éstos sobre la presa bajaba los ojos y se privaba de mirarlos; y de San Luis Gonzaga cuenta su historia que se privaba de mirar los espectáculos más curiosos a que había de asistir por precisión. Haz tú lo mismo algunas veces, especialmente cuando por precisión hayas de andar por las calles, plazas y lugares públicos. Dije algunas veces, no siempre, porque exigir que lo hicieras siempre sería no conseguir nada por pedir demasiado. Te causará alguna repugnancia al principio, lo sé; pero después experimentarás ya mucha felicidad, y con ella paz, alegría y mérito en este mundo, y gran premio en el otro.

3.^o Cuando no quieras mortificarte, sino dar algún recreo y solaz a la vista, mirando las flores, los árboles, jardines, edificios y otras cosas honestas por este estilo, y que no encierran peligro de pecar, acostúmbrate a levantar el espíritu al Criador, pensando que El es el manantial y origen de toda la hermosura, belleza y orden, y que de El han recibido aquellas criaturas u objetos cuanta hermosura, gracia y orden ves brillar en ellos, y dando un paso más, dí: *Si tanta es la hermosura de las cosas del mundo, que es un destierro, ¿cuál será la de la patria celestial?*

MORTIFICACIÓN DEL OÍDO

1.º Has de procurar mortificar el oído no escuchando jamás cuentos impuros, conversaciones ni canciones deshonestas que, como dice San Pablo, corrompen las buenas costumbres, y que por desgracia tanto abundan en nuestros infelices días. De estos deshonestos y mal hablados se sirve el demonio como de anzuelo para pescar las almas, o, cual cazador de pájaros, de reclamo para recoger las inocentes e incautas avecillas. ¡Oh a cuántos y a cuántas se les oye exclamar todos los días: «Nunca habría yo pecado ni sabido de tales indecencias, si no hubiera oído tal conversación, canción, expresión, etcétera!» Huye, por lo tanto de los deshonestos y mal hablados.

2.º También te guardarás de escuchar murmuraciones, defectos de personas y de cosas de mundo, las que, aun cuando no te causaren otro daño, a lo menos te llenarán la cabeza de mil y mil cosas impertinentes que, viniendo de tropel en tiempo de oración, Misa, y demás devociones, te inquietarán y distraerán hasta lo sumo. Cuando te halles entre los que así hablan, procura, si puedes, distraerlos, mudando de conversación o haciéndoles alguna pregunta útil; y si esta estratagema no surtiere el efecto deseado, márchate si puedes, y si no, con un semblante serio y severo dales a entender que tales conversaciones no merecen tu aprobación; y no dudes, se corregirán, porque dice el Espíritu Santo: *El viento cierzo disipa las nubes, y la cara triste reprime la lengua del murmurador.*

MORTIFICACIÓN DEL OLFATO

Mortificarás el olfato huyendo de vanos olores, como son esencias, pastillas, bálsamos, aguas de olor, etc., porque quien usa tales cosas, propias de afeminados, indica ser persona sensual. Que a Dios, como a Supremo Señor, se le honre con incienso y otras cosa aromáticas, es muy conforme a razón; pero que las use un mortal, que en breve ha de ser pasto de gusanos, fétido, asqueroso y abominable, es reprehensible hasta lo sumo. Déjate, pues, de olores; antes bien, procura sufrir con paciencia los malos olores de los hospitales o aposentos de los enfermos, cárceles, etc., no dejando de visitarlos por causa de ellos, pues por ello te ha de premiar Dios, como lo promete en su santo Evangelio.

MORTIFICACIÓN DE LA LENGUA

Gran cuidado has de poner en mortificar la lengua para que no se deslice en palabras vanas, inútiles, de propia alabanza o torpes, en maldiciones, blasfemias u otras cosas que pueden ser injuriosas a Dios, perjudiciales a ti mismo o al prójimo. *El que no peca con la lengua—dice el Apóstol Santiago—, ya es hombre perfecto.* Y, explicando estas palabras, Orígenes dice: *Que del que tiene la feliz suerte de librarse de los pecados de la lengua, se puede afirmar de él que es verdaderamente perfecto, y se puede presumir que fácilmente dirigirá y gobernará sus afectos el que ha conseguido domar la lengua.* Y, en efecto, la experiencia nos

enseña que la lengua es la universidad de maldades, y que hasta personas espirituales son cogidas por Satanás en los lazos de la lengua. Por esto es indispensable poner un exquisito cuidado en gobernarla, y al efecto valerse del consejo que da San Bernardo, diciendo: *Pasar dos veces por la lima lo que una sola vez ha de pronunciar la lengua.* Dando a entender que antes que hables has de considerar con el entendimiento si lo que vas a decir es o no según la voluntad de Dios, si será de provecho o de daño al prójimo. Con esta reflexión evitarás muchas palabras de las que, después de dichas, te habría de pesar. Habla, pues, poco, conforme al consejo de Séneca, que decía: *Jamás me pesó de haber callado, pero sí de haber hablado.* Y el Espíritu Santo asegura que *hablando mucho no faltan pecados.* Calla, pues, repito, y no hables sin necesidad, caridad u obediencia, y al efecto puedes valerte de las advertencias siguientes:

1.^a Piensa que Dios apunta las palabras que dices, y que de todas te pedirá cuenta en el día del juicio, hasta de las ociosas, como nos lo dice su santo Evangelio.

2.^a Antes de hablar levanta el corazón a Dios, y pídele gracias para no sobrepasarte, diciendo con el Profeta: *Poned, Señor un sello a mi boca y a mis labios una pueria que los cierre de todos lados, para hablar con las debidas circunstancias.*

3.^a Huye de aquellas conversaciones, personas y lugares en que sabes por experiencia que te deslizas en el hablar o se derrama tu espíritu.

4.^a No te chancees, ni provoques a chan-

zas pesadas, ni uses de equívocos que puedan tomarse en mal sentido o que puedan apesadumbrar al prójimo.

5.^a Habla con sencillez e ingenuidad y sin ficción; pero jamás saques a plaza las faltas del prójimo, y aun cuando éstas sean ya públicas y sabidas o sean defectos naturales, siempre será bueno que tomes el mejor partido, que es callar, porque a nadie le gusta que se publiquen sus defectos o se hable de ellos.

6.^a Aborrece las disputas o el sostenerte firme en tus trece; cuando hayas de manifestar tu parecer, hazlo con modestia y dulzura con deseo de que triunfe la verdad, y nunca por salir con la tuya ni por el prurito de que se cumplan tus antojos; muy al contrario: si la conciencia lo permite, prefiere acomodarte al parecer de otros antes que porfiar, pues esto es de gran provecho espiritual, porque es cosa sabida que mejor es ser modesto que porfiado. ¡Cuántos altercados, desuniones y pecados evitarás practicando estos consejos!

7.^a Nunca digas palabra que ceda en propia alabanza, ni cuentes lo que has dicho o hecho con el objeto de ser tenido por sabio, valiente o virtuoso; porque por lo mismo que no sienta bien la alabanza en boca propia, te harías despreciable. Para no faltar, pues, en cosa de tanta importancia, acuérdate que Dios te ve, te oye y te ha de pedir cuenta de cuanto hables.

MORTIFICACIÓN DEL GUSTO

De mil maneras se puede ejercitar la mortificación del gusto, y es de tanto interés, que San Gregorio no titubea en afirmar que

quien no procura antes vencer la gula en vano se prometerá vencer los demás vicios.

Téngase, pues, como máxima inconcusa, o como principio fundamental, que el hombre no ha de vivir para comer y beber, sino que ha de comer y beber para vivir. Se ha de comer y beber para sustentar la naturaleza y no para regalar los sentidos; y estos principios son los que han de regular la cantidad y calidad de los alimentos. *El que no se mortifica en la comida, decía Santa Catalina de Sena, es imposible que pueda guardar su inocencia, pues por la gula se perdió Adán.*

Toda destemplanza en la comida y bebida es perjudicial al cuerpo y al alma. Ya no se duda que la mayor parte de las enfermedades son efecto de la gula. Las apoplejías, las diarreas, las obstrucciones, los dolores de estómago, los de costado, y otros males que sería largo enumerar, comúnmente no reconocen otra causa que los excesivos alimentos. Pero estas enfermedades corporales, aunque grandes males, son muy insignificantes en comparación de los males espirituales que acarrea la gula.

Es imposible, decía Casiano, es imposible que no experimente tentaciones impuras el que está lleno de comida; y he aquí por qué los santos que tan alto aprecio hacían de la castidad, refrenaban con tanto cuidado la gula. Dice Santo Tomás que cuando el demonio tienta con la gula a una persona y es vencido, deja ya de tentarla con la impureza. San Jerónimo, escribiendo a la Santa Virgen Eustoquio, el vino y la mocedad, decía, son un doble incenti-

vo del deseo de ilícitos placeres. Y entre otras cosas, añadía: Te aviso que, como esposa que eres de Jesucristo, huyas del vino como de un veneno. Y Salomón, en los Proverbios, dice: El vino es lujurioso; es el cebo de la incontinencia; y luego pregunta: ¿Para quién serán los lamentos? ¿No es verdad que serán para los dados al vino y que procuran apurar las copas? Porque sabe todo esto Satanás, que se huelga de nuestra desgracia en éste y en el otro mundo, ha hecho abrir tantas tabernas, figones, cafés y fábricas de licores, que son como otras tantas fábricas de pólvora para hacer guerra a la castidad y demás virtudes, porque de la impureza nacen todos los males, hasta la herejía, según nuestro adagio: No hay hereje sin mujer.

Y así, para librarte de tamaños males anda alerta con la comida y bebida: nunca entres en taberna, café o figón sino por necesidad, ni comas ni bebas sino en las horas acostumbradas; y entonces, echa la bendición sobre la comida antes de empezar a comer, y, al concluir, da por ella gracias a Dios. No quieras hacerte semejante a aquellos animales inmundos que puestos debajo de la encina, tragan la bellota sin levantar su cabeza para mirar a quien les prodiga el regalo; antes bien, al comenzar a tomar alimento levanta tu pensamiento a Dios y de vez en cuando dile interiormente: *Señor, ni como ni bebo para deleitarme en estas cosas, sino para alimentarme y tener fuerza para servirlos.* Mas no por esto quiero decir que sea una falta el sentir gusto en la comida, porque eso es natural y bien ordenado por Dios; pero sí lo sería si se comiera por

el gusto como por único fin. No es lo mismo comer con gusto que comer por gusto: lo primero es lícito, porque sin el incentivo del gusto, ¿quién comería? Lo segundo es pecado o defecto, porque es invertir el orden; es colocar el fin en lo que sólo es medio o instrumento; es gozar de lo que sólo se debe usar; es, en fin, destruir aquella máxima que dejamos sentada, a saber: que *el hombre no ha de vivir para comer y beber, sino beber y comer para vivir.*

Es un acto de mortificación muy loable el no quejarse jamás de la comida o bebida: que el superior vele en favor de los demás, está muy puesto en razón; pero un particular nunca diga que está crudo o cocido, frío o caliente, soso o salado, sino que coma lo que traigan y del modo que lo traigan, a no ser que conozca serle dañoso al cuerpo o al alma, como si fuese cosa que le hubiese de causar alguna indisposición o que se opusiera a algún precepto. Santo Tomás nunca pidió comida alguna en particular, y siempre decía que con lo que le presentaban quedaba satisfecho. San Ignacio jamás rehusó plato alguno, ni se quejó aunque estuviera mal cocido o mal guisado. San Juan Clímaco también comía de todo, y muy despacio esperaba que los demás fueran comiendo para concluir juntos. También es una excelente mortificación privarse o abstenerse de aquellas viandas o frutas que son más del propio gusto, y haciéndolo con disimulo se pueden practicar muchos actos de virtud, presentando u ofreciendo a Dios estos sacrificios u obsequios, llevando la cruz de Cristo, y no ser como aquellos de quienes con lágrimas se lamenta San Pablo

que son enemigos de la cruz de Cristo y cuyo Dios es el vientre.

MORTIFICACIÓN DEL TACTO

Nunca hagas ni toques cosa alguna fea, porque ya sabes que eso es un horrendo pecado; te abstendrás también de aquella costumbre indecente y baja que tienen algunos de jugar y agarrarse, y otros enredos semejantes, por ser cosa intolerable e indecorosa; no echés en olvido aquel adagio: *juego de manos, juego de villanos*. No sólo, pues, no lo has de hacer con personas de otro sexo, sino tampoco con las del propio; y no sólo por ser contra la buena educación, sino también peligroso para la castidad.

MORTIFICACIÓN DE TODO EL CUERPO

El enemigo más fiero y cruel de nuestra alma, y el más temible es nuestro cuerpo, o la carne, ya porque siempre está junto a ella, ya porque es la más tenaz; de modo que puede decirse que todos los días le arma asechanzas para hacerla caer en pecado. Es un potro indómito que fácilmente se desboca, que difícilmente obedece al freno o se reduce a servir al espíritu para que fué formado; de suerte que por poco que se le suelte la rienda, no sólo exigirá lo justo y lo que racionalmente debemos concederle como necesario, sino que nos arrastrará a la pasión. No debemos olvidar que al cuerpo hemos de cuidarlo cual cuidaríamos a un bruto de labranza, a quien daríamos lo ne-

cesario para servirnos de él, y no para regalarlo, so pena de que poniéndose demasiado lozano, no admitiera el yugo o arrojase la carga. Lo propio, pues, hemos de hacer con el cuerpo; esto es: hemos de darle lo que necesita para vivir y trabajar; pero no para regalarlo, so pena también de que, lozaneando, se haga indómito y nos arrastre a todos los desórdenes, haciéndonos vivir, no según la razón, sino según la pasión, cual animales irracionales; y aun peor, por cuanto aquéllos están dotados y son regidos por instinto natural, lo cual sin disputa llega a faltar a la persona que vive según la pasión. Como el médico al encargarse de un enfermo le ordena al punto la dieta, esto es, que se prive de comer y beber, no sólo en la cantidad, sino también en la calidad de ciertos alimentos, que conoce serle nocivos, ordenándole también que se preserve de los aires poco sanos y de conversaciones, recetándole al mismo tiempo las medicinas más a propósito para la restauración de la salud, así, ni más ni menos, es indispensable tratar a nuestro cuerpo, enfermo de las pasiones y de malas inclinaciones. Es preciso empezar por la dieta, privándole o moderándole aquellos manjares o bebidas que pueden irritar o dar empuje a las pasiones, apartarlo de aquellas personas y lugares que pueden traerle algún perjuicio espiritual, propinándole al propio tiempo ciertas mortificaciones, cual otras medicinas, bajo el consejo de un prudente y sabio director; o, a lo menos, sufrir con paciencia y sin quejas aquellas cosas que nos mortifican sin buscarlas, ora vengan de los prójimos, ora de los animales e insectos, o ya, por último,

de los elementos o de la naturaleza; como, por ejemplo: sufrir con paciencia y con espíritu de penitencia el frío y el no poderse calentar o arrimarse a la lumbre en invierno, el dolor de cabeza en primavera, y el calor, las moscas, pulgas, etc., en verano y otoño.

Conozco yo a cierta persona que, cuando las pulgas le pican, se habla de esta suerte a sí misma: «Mira: estos bichos pican así a los mortales, porque el primero y padre de ellos cometió un solo pecado; si, pues, por un solo pecado de uno pican a todos los mortales, ¿con cuánta más razón todos deberían picarte a ti que tantos pecados has cometido?» Y los deja que hagan su deber picando y cebándose en él, sufriendo con la mayor paciencia y en espíritu de penitencia esta mortificación (1). Si tú no alcanzas a tanto, porque tienes menos virtud, sé a lo menos un poco más sufrido que hasta aquí, piensa que más padecerás en el infierno, adonde irás si tienes la desgracia de morir en pecado mortal, o en el purgatorio, adonde indispensablemente irás si no te mortificas ahora, o no haces penitencia de las faltas veniales o del reato de las mortales, aun cuando estén ya confesadas; porque ya te acordarás que dice el Catecismo que con el sacramento de la Penitencia se perdonan las penas del infierno, pero no todas las del purgatorio que merece el pecador.

Bueno y muy útil te sería que hicieras también alguna otra mortificación voluntaria, a imitación de San Pablo, quien decía:

(1) Este era el mismo Beato, que se pone por modestia en tercera persona.

castigo a mi cuerpo para reducirlo a que sirva al espíritu; pero antes de practicar las mortificaciones voluntarias, consúltalo con humildad y docilidad con tu director, y él, haciéndose cargo de tu salud, ocupaciones y otras circunstancias, te dirá lo que puedes hacer que sea más agradable a Dios.

Mortificación interna

APETITO SENSITIVO

El apetito sensitivo encierra dos potencias: llámase la una irascible, y concupiscible la otra; estas dos potencias son el asiento de las pasiones. Por esta palabra, *pasión*, entendemos los movimientos del apetito sensitivo, que nos impulsan a conseguir un bien o a huir de un mal previamente conocido.

Once son las pasiones: seis de la parte concupiscible, y cinco de la parte irascible. Las seis primeras son: amor, odio, deseo, fuga, gozo y tristeza. Las cinco de la parte irascible son: esperanza, desesperación, temor, audacia e ira.

Las pasiones, en sí mismas, ni son buenas ni son malas. Pueden compararse con los humores del cuerpo, que, si están bien equilibrados, causan o conservan la salud corporal; pero que, si se desconciertan, dan por resultado las enfermedades, por fin la muerte. Así las pasiones, si están regidas y ordenadas por la razón, son una mina de virtudes morales; pero, si se desconciertan, son un manantial de vicios, culpas y pecados. Por este motivo conviene en gran manera

tenerlas del todo sujetas a las leyes de la razón, y si acaso, sin advertirlo, se levantan contra ella como caballos indómitos, luego, al reparar en ello, sujetarlas con las riendas de la misma razón. De tener de esta suerte mortificadas las pasiones, se sigue el inapreciable bien de la tranquilidad del ánimo, la paz del corazón, y en este mundo se goza ya de un cielo anticipado.

MORTIFICACIÓN DE LA IMAGINACIÓN

La imaginación no puede estar ociosa; conviene, por lo tanto, tenerla siempre ocupada en cosas útiles, y al efecto te servirán los avisos siguientes:

1.º Procurarás darle pasto de pensamientos útiles y provechosos, teniendo gran cuidado en dar de mano al momento a los pensamientos malos, porque si una vez los dejas entrar, no los echarás después tan fácilmente.

2.º Guarda las puertas de los sentidos corporales, teniéndolas cerradas a cuanto pueda perjudicar el alma, pues has de saber que en vano trabaja para mortificar la imaginación el que no procura antes mortificar los sentidos corporales.

3.º No estés jamás ocioso; procura siempre estar ocupado en cosas del servicio de Dios, del bien del prójimo y en lo que demandan los deberes de tu estado; porque, así ocupada la imaginación, no se desvanecerá en cosas inútiles o dañosas.

4.º Piensa que estás en la presencia de Dios, que es el juez que ha de juzgar, no sólo tus palabras y obras, sino también tus pensamientos; y delante de este Dios Juez,

¿te atreverás a pensar en lo que no te atreverías delante de un hombre que penetrase tus pensamientos?

MORTIFICACIÓN DEL ENTENDIMIENTO

Es el entendimiento la raíz de cuanto bueno y malo hay en el hombre. Grande sacrificio hace a Dios el que le rinde su propio entendimiento o juicio, con especialidad en los casos siguientes:

1.º En apartar o vencer la desidia o negligencia, en saber las cosas de su obligación, las que cada uno debe saber perfectamente para no incurrir en la indignación y reprobación de Dios, según dice el Apóstol con estas palabras: *El que ignora será ignorado.*

2.º En sujetar el propio parecer o juicio al de los superiores, juzgando acertado lo que ellos mandan, y obedeciendo siempre, si lo mandado no es contra la ley de Dios.

3.º En sujetar el propio juicio o parecer al de otro, aun cuando éste no sea tan sabio ni superior, a no ser en cosas malas, porque en este caso ni puede ni debe sujetarlo; pero fuera de este caso, procurar no disputar ni porfiar, sino condescender, porque la condescendencia, como dice San Francisco de Sales, es hija de la caridad, y engendra y nutre la paz y el amor en las familias y entre los demás prójimos.

4.º En mortificar los deseos de saber cosas dañosas e inútiles, ora sea de lo que enseñan los libros prohibidos, ora de lo que hablan las personas murmuradoras que tienen gusto de contar vidas ajenas, o lo que pasa en las casas o en la población.

5.^o No juzgar las obras ni palabras ajenas, a no ser que a ello obligue el oficio de superior; porque éste debe velar o sospechar sobre lo que dicen, hacen o pueden hacer las personas que le están sujetas, o para corregirlas si han hecho o hablado mal, o para prevenir el mal e impedirlo; pero en cuanto a los demás, juzgar siempre de ellos lo mejor que se pueda; y en las cosas evidentemente malas, juzgar siempre con piedad, pensando que nosotros hartos defectos tenemos, y que, si nos hallásemos en el caso del prójimo y Dios no nos detuviese, seríamos peores que él.

MORTIFICACIÓN DE LA MEMORIA

La memoria hase de mortificar en las cosas siguientes:

1.^a Refrenar los pensamientos viciosos, y procurar olvidar los agravios que nos haya hecho nuestro prójimo; hacer lo mismo con las cosas lascivas que se hayan visto u oído, y cualquiera otra cosa mala que venga a la memoria.

2.^a Cerrar la puerta a todos los pensamientos vanos e inútiles, que llenan el alma de imaginaciones, e impiden la atención en la oración.

3.^a No dar lugar a los pensamientos, por buenos que sean, si vienen fuera de tiempo, como, por ejemplo, en la oración, Misa y demás devociones, si no son conformes a estas mismas obras. Y para que la memoria esté bien ocupada siempre, no hay como ejercitarse en estar siempre en la presencia de Dios.

MORTIFICACIÓN DEL AMOR PROPIO Y DE LA PROPIA VOLUNTAD

Hablando el venerable Blosio de la mortificación de la voluntad, dice que a Dios no se le puede ofrecer sacrificio más agradable que el de la propia voluntad; y en otra parte dice que quien mortifica la propia voluntad para hacer la de otros, para la gloria o por amor de Dios, agrada más al Señor que si ayunase mucho tiempo a pan y agua y que si rigurosísimamente se macerara con disciplinas. Y, al contrario, es tanto el mal que causa al alma la propia voluntad no mortificada, que dice San Bernardo *que no habría infierno si no hubiese voluntad propia*.

La mortificación de la propia voluntad se ha de ejercitar en los casos siguientes:

1.º Averiguar o poner gran cuidado en saber cuál sea la voluntad de Dios en cada obra que se ha de hacer.

2.º Pedir a Dios esta mortificación, desconfiando de sí y poniendo en El la confianza, pensando que todo se puede con su santa gracia.

3.º Decir con frecuencia estas jaculatorias u otras semejantes: *Dios mío, ¿qué queréis que haga? Enseñadme, Señor, a negar mi propia voluntad y hacer la vuestra. Hágase vuestra voluntad, así en la tierra como en el cielo. No quiero, Dios mío, sino lo que Vos queréis. Haced de mí, Señor, lo que os plazca...*

4.º Procurar hacer la voluntad de los otros, más bien que la propia, en aquellas cosas indiferentes, que pueden hacerse o

dejarse de hacer lícitamente o hacerse de este o del otro modo, sujetándose a todos por amor de Dios. Esta santa práctica es de gran provecho, por ir acompañados los actos de propia sujeción de las otras virtudes; y si con cuidado se aprovechan las ocasiones que muy a menudo se nos presentan, se agradará mucho a Dios y se correrá muy velozmente por el camino de la perfección. En esto faltan muchas personas que son reputadas por espirituales y amantes de la perfección, y en realidad lo son muy poco; excelentes y muy buenas mientras puedan hacer lo que quieran y del modo que quieran, sin la menor sujeción o contradicción; pero hacedles un poco de resistencia, contrariad su voluntad y veréislas al momento echar chispas de fuego, palabras picantes, manifestar con ceño su enojo, dispuestas a los arrebatos, y más fáciles de encenderse en cólera al primer encuentro que un fósforo al roce de un objeto áspero. A éstos puede aplicárseles aquel dicho que tanto les cuadra: *santos en plaza y diablos en casa*; porque son inaguantables, por cuanto no hay quien discurra por dónde se ganan ni por dónde se pierden. ¡Infelices!

5.º Ejercitarse en hacer muchos actos contrarios a la propia voluntad, no sólo en aquellas cosas a que viciosamente se halla inclinada la voluntad o se desean, sino también en las indiferentes a que se tiene alguna afición; y esto, con toda propiedad, es negarse a sí mismo.

6.º Procurar en todo ponerse por modelo a Jesucristo, fijando dentro de su corazón un gran deseo de ser humillado y despreciado de todos; y, por lo mismo, huir de

los oficios de autoridad y honra, y abrazar los despreciables y viles. No referir jamás cosa alguna que ceda en propia alabanza, a no obligar a ello la gloria de Dios y provecho del prójimo. Al ser reprendido, aun cuando se halle inocente, callar y no excusarse, ofreciéndolo todo a Dios, y considerando que los pecados propios, actuales o pasados, merecen esto y mucho más; y en todo ello no apetecer ser tenido por humilde y virtuoso, sino por culpado e imperfecto.

7.º Tener una voluntad pronta y determinada para hacer, no sólo lo que los superiores mandan, sino también lo que se conozca que quieren, sin esperar que lo manifiesten o lo manden.

8.º Arrancar del corazón toda afición a las cosas criadas, de suerte que no se ame sino a Dios o por Dios. Este desprendimiento de las cosas criadas es utilísimo para adelantar en la perfección. Por lo tanto, se ha de poner gran cuidado en no aficionarse a cosa alguna por pequeña y vil que sea, porque a veces estas cosas ocupan el corazón tanto más que las grandes y que las de mucho precio, brillo y raras. De aquí se sigue que, al momento de sentirse uno aficionado a tales cosillas o pequeñeces, es indispensable privarse de ellas antes que se le pegue el corazón, porque toda afición desordenada a las criaturas cierra la puerta al amor de Dios y la abre al amor propio; teniendo entendido que cuanto se posee o usa en este mundo, se ha de tener sin afición o apego, estando siempre dispuestos a dejarlo todo cuando se estime conveniente, y no apreciar nada sino en cuanto es útil para servir a Dios.

9.^o Abrazar los trabajos, penas, injurias, afrentas y oprobios con entera resignación a la voluntad de Dios, y caminar a la perfección, lo cual se ha de hacer de las cuatro maneras siguientes:

1.^a Sufrir con paciencia las cosas, por arduas y difíciles que sean, conforme a lo de San Pablo, que dice: *in tribulatione patientes* (sufridos en la tribulación).

2.^a Sufrir no sólo con paciencia, sino dando gracias al Señor por el beneficio que nos dispensa haciéndonos gustar el cáliz que El se reservó para sí y para sus más escogidos amigos.

3.^a Sufrir no sólo con paciencia y hacimiento de gracias, sino también con alegría, a imitación de los Apóstoles, de quienes se lee que *salían alegres de la presencia de los Tribunales, por haber tenido la dicha de padecer desprecios por el nombre de Jesús.*

4.^a Sufrir no sólo con paciencia, hacimiento de gracias y alegría, sino también con deseos de padecer más y más por amor de Jesucristo, a imitación suya; el cual, estando elevado en la Cruz, con tantas amarguras, desprecios y penas de muerte, aun se abrasaba en sed de padecer más. Y en los que con toda verdad aman a Dios, a proporción de lo vivo que es el amor, es también vehemente el deseo de padecer, reputando por glorias las adversidades, como de sí mismo asegura San Pablo: *Lejos de mí gloriarme en otra cosa que en la Cruz de mi Señor Jesucristo.*

Aquí tienes, ¡oh cristiano muy amado!, lo que has de hacer si quieres seguir a Jesucristo; te has de negar a ti mismo, tomar la

Cruz e ir en pos de El; quien esto no practique, jamás será perfecto. Aun cuando nuestra naturaleza lo repugne, es indispensable resolverse a ello. Pero, ¡qué dolor!, todo se hace menos esto. Jesucristo tiene muchos que le siguen al Tabor; pero al Calvario, ¡cuán raros! Quiero decir que cuando envía prosperidad y glorias, todos son amigos de Dios; pero enviando enfermedades, desgracias u otros males, entonces le vuelven la espalda. No seas tú del número de éstos, sino toma lo que te dé. Si te envía prosperidad, dale continuamente gracias admirando su bondad; y si te prueba con desgracias, confórmate con su voluntad, creyendo que esto te conviene y que El padeció más aún por ti sin merecerlo, y de esta suerte podrás llegar por fin a la gloria celestial, que de veras te deseo. Amén.

La Paciencia

Cristiano: en este valle de lágrimas y penas eres un desterrado; he aquí por qué la paciencia te es tan esencial como el pan de que te alimentas. ¿La quieres de veras? Yo te la prometo con tal que practiques los avisos siguientes:

1.^o Estando enfadado, calla. Ninguna acción has de hacer, ni proferir palabra arrebatado de ira, porque después no sólo te pesaría de ello, sino que quizá serían ya irremediables los males que con tus arrebatos hubieses causado.

2.^o Acuérdate que si Dios te hubiera quitado la vida cuando pecaste la primera vez, ahora arderías ya en los infiernos, padeciendo allí mucho más que ahora aquí; y si te

dieran a escoger entre los que ahora padeces y lo que allí padecieras, ¿no preferirías esto a lo del infierno? Pues entonces, hazte cargo de que Dios conmuta en estas penas las que allí deberías padecer.

3.^o Levanta tu consideración al cielo y mira cuánta es la gloria que allí te aguarda si sufres con paciencia; no pueden compararse las penas de esta vida con la gloria y galardón que por ellas te dará Dios después; y has de saber que, como dice San Gregorio, nadie puede llegar a los grandes premios del cielo sino por el camino de grandes trabajos; y estos trabajos han de sufrirse con paciencia y en gracia; de lo contrario nada sirven para ir al cielo.

4.^o Piensa que nadie será coronado de gloria sin haber sufrido con paciencia y gracia, de suerte que San Juan vió que todos los Santos del cielo llevaban palmas, que son el símbolo del martirio o paciencia con que habían sufrido las penas de esta vida. Lee las vidas de los Santos y Santas, las de Jesús y María, y verás con qué paciencia sufrieron las calumnias, persecuciones, privaciones y toda clase de tormentos, a pesar de ser inocentes; y tú, miserable pecador, que años ha deberías arder en los infiernos, ¿no sufrirás?...

5.^o ¿No bastan estos ejemplos para aquietarte? Pues voy a poner otro delante de tus ojos que creo te moverá: ven conmigo, vamos al Calvario... ¿Ves aquellos dos que están al lado de Jesús? Pues son dos ladrones: ambos padecen una misma clase de penas; ambos están allí ajusticiados; pero, ¡qué fin tan distinto el de uno y otro! El uno pasa del suplicio al paraíso, y el otro de la cruz

al infierno; ¿y por qué? Porque éste se desespera impaciente, al paso que el otro sufre su condena con paciencia. Entiende, pues, que todos los hombres llevan su cruz en este mundo, pero con esta diferencia: que el que la lleva con paciencia, gracia y humildad, persuadido que por sus pecados merece aquello y mucho más, irá al cielo con el buen ladrón; mas el que la lleve blasfemando y desesperado, irá con el mal ladrón por una eternidad a los infiernos.

6.º La virtud de la paciencia la alcanzarás pidiéndola con humildad a Jesús y a María Santísima, rezándoles a este fin todos los días por la mañana un *Padrenuestro* y tres *Ave Marias*. En los trabajos dirás con frecuencia: *Jesús mío, asistidme; Virgen Santísima, ayudadme; sea por amor de Dios, sea en descuento y satisfacción de mis pecados*. A la noche examina si has faltado entre día, y, si hallas haber faltado, dí tantas *Ave Marias* cuantas fueren las faltas.



SANCTUS JOSEPH

Id a José.
(*Gen., cap. 41, v. 55.*)



DEVOCIÓN A SAN JOSÉ

Uno de los Santos que más devoción y confianza debe inspirar a toda alma cristiana ha de ser, sin duda, el glorioso San José. Sí; en él debe confiar mucho, al saber que Dios le escogió entre todos los hombres para ser Esposo de María, que, sin dejar de ser Virgen, fué Madre de Jesús; y como Dios a cada uno da las gracias según el fin especial a que le destina, ¡qué gracias tan grandes concedería a San José a fin de que pudiera llenar perfectamente su misión! ¡Qué humildad tan profunda, qué pureza tan angelical, qué caridad tan fervorosa, no brillarían en San José, cual correspondía al único digno de su Esposa María!...

Además, San José era llamado a una segunda misión, pues no fué dado únicamente a María para que como esposo la protegiese, amparase y acompañase,

sino también para que se ocultase a Satanás el misterio de la encarnación del Verbo; y como quiso presentarse niño este Dios hecho hombre, escogió a San José para que hiciese las veces de padre, y, como tal, le alimentase y cuidase. Todo lo cual cumplió perfectamente San José, y Jesús, en retorno, le estaba del todo sujeto.

Ahora, pues, si en la tierra cuidó tan bien de la Virgen María, su esposa, y de Jesús, hijo de María, y los dos le estaban sujetos, es de creer que en el cielo tendrá un gran valimiento; que Dios le habrá premiado centuplicadamente su constante fidelidad, y que Jesús y María, en cambio de sus buenos servicios, se complacerán en despachar gracias por intercesión de San José; siendo de pensar que el mismo Dios inspirará a los cristianos que le pidan gracias, y les dirá lo que decía Faraón, rey de Egipto: *Id a José.*

En efecto; grande y muy grande es el valimiento de San José, como consta por la experiencia y lo enseñan los doctores de la Iglesia, singularmente Santo Tomás, San Bernardino, San Francisco de Sales, Gersón, Isolano y otros muchos; y Santa Teresa, en el capítulo 6.º de su *Vida*, dice de sí misma:

«Como me vi tan tullida y en tan poca edad, y cuál me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir a los del cie-

lo... Tomé por Abogado y Señor al glorioso San José, y encomendéme mucho a él; vi claro que de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este Padre y Señor mío me sacó con más bien que yo lo sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora de haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer... A otros Santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas, y quiere el Señor darnos a entender que, así como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto algunas otras personas a quienes yo decía que se encomendasen a él... No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios que no la vea más aprovechada en la virtud... Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargaría en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo a mí y a otras personas... Sólo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción...»

Me parece, ¡oh cristiano que esto lees!, que estás resuelto a ser devoto de San José, y por lo tanto te digo que la verdadera devoción a San José consiste principalmente en acudir a él con fervorosas oraciones, en purificar el alma por medio de una verdadera confesión, en tributarle algunos obsequios e imitar su virtudes. Cabalmente San José es un

modelo en que todos los estados tienen que aprender: los solteros deben imitar en San José la castidad y el modo de tener acierto para el matrimonio; los casados, cómo han de vivir con sus consortes y el cuidado que han de tener de sus hijos; los sacerdotes, cómo hemos de tratar a Jesús en el altar; y todos los cristianos, cómo lo han de adorar con grande respeto cuando van a comulgar. Todos tenemos que imitar de San José el amor al trabajo, la paciencia en las enfermedades y persecuciones, la devoción a María Santísima, y finalmente, todos hemos de acudir a San José para que nos ampare en vida, y singularmente en la hora de la muerte. Y como una de las cosas con que más se obliga al Patriarca San José para socorrernos es el rezarle los siete mayores dolores y gozos que tuvo, por esta razón se ponen éstos aquí, para que sepan los fieles cómo se han de rezar.

REZO DE LOS SIETE DOLORES Y GOZOS

DEL

PATRIARCA SAN JOSÉ

Ante todo se hace con el mayor fervor el acto de contrición, con el firme propósito de confesarse cuanto antes, procurando así la mayor limpieza de alma y corazón diciendo: *Señor mío Jesucristo...*

ORACIÓN

¡Oh glorioso Patriarca San José! Animado de una fe viva me acerco a vuestro trono de gloria, en que firmísimamente creo que Dios os ha colocado por los méritos de Jesús y María, y por vuestros especiales méritos y virtudes os pido me alcancéis la gracia de librarme de los siete pecados capitales, y que esté firme y constante en las virtudes a ellos contrarias, y adornado de los siete dones del Espíritu Santo, y que ame con fervor a Jesús y a Ma-

ría. Y para más obligar a vuestro compasivo corazón os recuerdo los siete mayores dolores que sufristeis, y los siete gozos que tuvisteis en compañía de Jesús y de María, vuestra santísima Esposa, a fin de que, recordándoos vuestros dolores y alegrías, os compadezcáis de mí y me concedáis lo que os pido y lo que vos conocéis he menester para más amar y servir a Dios y salvar mi alma. Amén.

PRIMER DOLOR Y GOZO.—¡Glorioso San José, Esposo purísimo de María Santísima!: Así como fué grande la angustia y dolor de vuestro corazón en la duda de abandonar a vuestra purísima Esposa, así fué inexplicable la alegría cuando os fué revelado por el Angel el misterio soberano de la Redención.

Por este dolor y gozo os rogamus nos consoléis en las angustias de nuestra última hora y nos concedáis una santa muerte, después de haber vivido una vida semejante a la vuestra en medio de Jesús y de María. (*Padrenuestro, Ave María y Gloria.*)

SEGUNDO DOLOR Y GOZO.—¡Felicísimo Patriarca San José, elegido para cumplir los oficios de padre cerca del Verbo Humanado!: Grande fué vuestro dolor al

ver nacido a Jesús en tan extremada pobreza; pero súbitamente se trocó en júbilo celestial al oír las angélicas armonías y contemplar el resplandor de tan luminosa noche.

Por este dolor y gozo os suplicamos nos alcancéis la gracia de que, después de haber seguido vuestro camino aquí en la tierra, podamos oír las armonías angelicales y gozar de la vista de la gloria celestial. (*Padrenuestro, Ave María y Gloria.*)

TERCER DOLOR Y GOZO.—¡Glorioso San José, ejecutor obedientísimo de la Ley de Dios!: La Sangre preciosísima que en la Circuncisión derramó el divino Redentor os traspasó el corazón; pero el nombre de Jesús que le fué impuesto lo llenó de consuelo.

Por este dolor y gozo os rogamos que nos obtengáis la gracia de que, quitado de nuestro corazón todo vicio en la vida, tengamos la dicha de morir con el Santísimo nombre de Jesús en los labios y en el corazón. (*Padrenuestro, Ave María y Gloria.*)

CUARTO DOLOR Y GOZO. — ¡Fidelísimo San José, que tan gran parte tuviste en los misterios de nuestra Redención!: Grande dolor sentiste al saber por la profecía de Simeón que Jesús y María estaban destinados a padecer; mas este

dolor se convirtió en gozo al saber que los padecimientos de Jesús y de María habían de ser ocasión de la salvación de innumerables almas.

Por este dolor y gozo os rogamos que seamos del número de aquéllos que por los méritos de Jesús y de María han de resucitar gloriosamente. (*Padrenuestro, Ave María y Gloria.*)

QUINTO DOLOR Y GOZO.—¡Vigilantísimo San José, custodio y familiar íntimo del Hijo de Dios encarnado!: Tan grande como fué vuestro sufrimiento para alimentar y servir al Hijo del Altísimo, sobre todo en la huída a Egipto, otro tanto lo fué vuestro contento y alegría de tener siempre en vuestra compañía al mismo Dios y ver cómo caían en tierra los ídolos de los egipcios.

Por este dolor y gozo os rogamos que nos alcancéis la gracia de que, teniendo lejos de nosotros al tirano infernal, mediante la huída de las ocasiones, caiga de nuestro corazón todo ídolo de terrenas aficiones, y ocupados totalmente en el servicio de Jesús y de María, vivamos solamente por ellos y tengamos una muerte feliz. (*Padrenuestro, Ave María y Gloria.*)

SEXTO DOLOR Y GOZO.—¡Oh ángel de la tierra, glorioso San José, que vistéis con admiración sujeto a vuestras disposicio-

nes al Rey del cielo!: si fué turbada vuestra satisfacción al regresar de Egipto por el miedo a Arquelao, al ser asegurado por el Angel vivisteis tranquilo con Jesús y María en Nazaret.

Por este dolor y gozo alcanzadnos la gracia de vernos libres de temores nocivos, y gozando de la paz de conciencia vivamos seguros con Jesús y María y muramos en su compañía. (*Padrenuestro, Ave María y Gloria.*)

SÉPTIMO DOLOR Y GOZO.—¡Oh glorioso San José, ejemplar de toda santidad!: Grande fué vuestro dolor al perder sin culpa al Niño Jesús, debiendo buscarle con gran pena por espacio de tres días; pero mayor fué vuestro gozo cuando, al cabo de ellos, hallasteis al que era vuestra vida, en el templo, en medio de los Doctores.

Por este dolor y gozo os suplicamos nos alcancéis la gracia de no perder jamás a Jesús por el pecado mortal; mas, si desgraciadamente lo perdiésemos, que lo busquemos con gran dolor para vivir siempre en su amistad, hasta que con vos logremos gozar de El en la gloria y cantar allí eternamente sus divinas misericordias. (*Padrenuestro, Ave María y Gloria.*)

ANTÍFONA.—El mismo Jesús al comenzar los treinta años era tenido por hijo de José.

v. San José, rogad por nosotros.

R. Para que seamos dignos de las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

ORACIÓN

¡Oh Dios, que por vuestra inefable Providencia os dignasteis elegir a San José para Esposo de vuestra Santísima Madre!: Os rogamos nos concedáis que, pues le veneramos en la tierra como a nuestro Protector, merezcamos tenerle por intercesor en los cielos delante de Vos, que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

Cien días de indulgencia una vez al día; trescientos días todos los miércoles y cada día de las dos novenas que preceden a la fiesta de San José y de su Patrocinio; indulgencia *plenaria* al mes, con las condiciones ordinarias, en un día a elección, habiendo rezado todos los días del mes el anterior ejercicio; practicándolo *siete domingos seguidos*, indulgencia *plenaria* cada uno de los siete domingos, confesando, comulgando y orando en la iglesia a intención del Sumo Pontífice.

LETANÍAS AL GLORIOSO S. JOSÉ

Señor,	<i>ten piedad de nosotros.</i>	
Cristo,	<i>ten piedad de nosotros.</i>	
Señor,	<i>ten piedad de nosotros.</i>	
Cristo,	<i>óyenos.</i>	
Cristo,	<i>escúchanos.</i>	
Dios, Padre celestial,		} <i>Ten piedad de nosotros</i>
Dios, Hijo redentor del mundo,		
Dios, Espíritu Santo,		
Santa Trinidad, un solo Dios,		
Santa María,	<i>ruega por nosotros.</i>	
San José,	<i>ruega por nosotros.</i>	
Prole ínclita de David,	<i>ruega.</i>	
Luz de los Patriarcas,	<i>ruega.</i>	
Esposo de la Madre de Dios,	<i>ruega.</i>	
Custodio poderoso de la Virgen,	<i>ruega.</i>	
Nutricio del Hijo de Dios,	<i>ruega.</i>	
Defensor diligente de Cristo,	<i>ruega.</i>	
Jefe de la Sagrada Familia,	<i>ruega.</i>	
José justísimo,	<i>ruega.</i>	
José castísimo,	<i>ruega.</i>	
José prudentísimo,	<i>ruega.</i>	
José fortísimo,	<i>ruega.</i>	
José obedientísimo,	<i>ruega.</i>	
José fidelísimo,	<i>ruega.</i>	
Espejo de paciencia,	<i>ruega.</i>	
Amador de la pobreza,	<i>ruega.</i>	
Ejemplar de obreros,	<i>ruega.</i>	
Ornamento de la vida doméstica,	<i>ruega.</i>	
Guardián de vírgenes,	<i>ruega.</i>	
Sostén de las familias,	<i>ruega.</i>	
Consuelo de los desgraciados,	<i>ruega.</i>	
Esperanza de los enfermos,	<i>ruega.</i>	
Patrono de los moribundos,	<i>ruega.</i>	
Terror de los demonios,	<i>ruega.</i>	
Protector de la Santa Iglesia,	<i>ruega.</i>	

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, *perdónanos, Señor*

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, *escúchanos, Señor.*

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, *ten piedad de nosotros.*

v. Le constituyó Señor de su casa.

r. Y príncipe de toda su posesión.

ORACIÓN

¡Oh Dios, que por tu inefable Providencia te dignaste elegir al bienaventurado José para esposo de tu Santísima Madre! Te pedimos nos concedas que, a quien veneramos como a protector en la tierra, merezcamos tenerle por intercesor en los cielos, donde vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

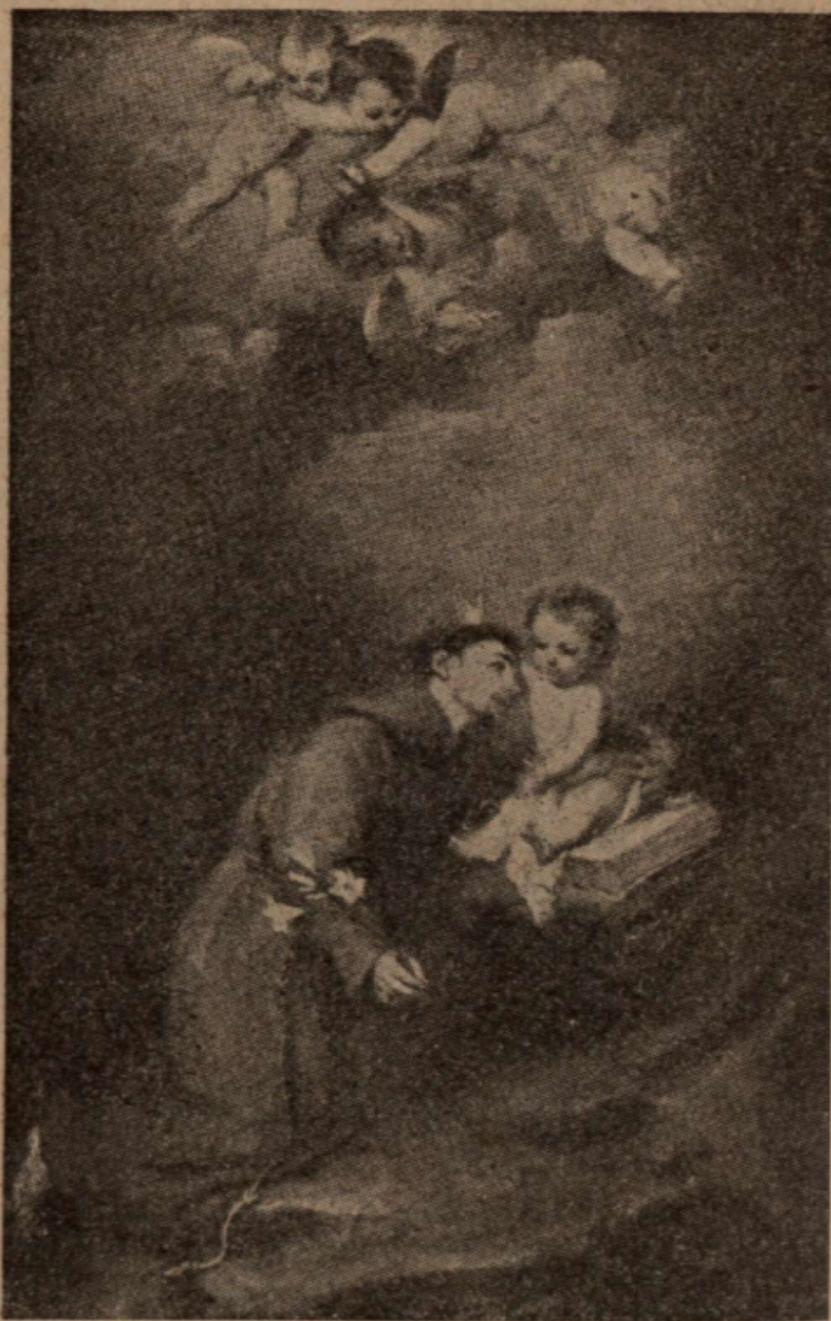
(Trescientos días de indulgencia una vez al día).

NOVENA DE LA GRACIA

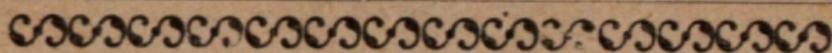
Esta devoción que tantas gracias alcanza a los que la practican, está enriquecida con trescientos días de indulgencia cada día y una plenaria en la novena, rezando la oración que sigue, y en caso de no tenerla, cinco *Padrenuestros, Avemarias y Glorias*. Se puede hacer dos veces al año, en cualquier tiempo.

ORACIÓN A SAN FRANCISCO JAVIER

Amabilísimo y amantísimo Santo: en unión vuestra adoro reverentemente a la Divina Majestad, y por lo mucho que me regocijo de los especialísimos dones de gracia con que os favoreció durante vuestra vida mortal, y por la gloria que gozáis ahora, le rindo afectuosísimas gracias y le ruego con toda mi alma me conceda, por vuestra poderosa intercesión, la importantísima gracia de vivir y morir santamente; le suplico también me conceda... (*aquí se hace la petición especial*). Y si lo que pido no conviene a la gloria de Dios y al provecho de mi alma, quiero alcanzar aquello que a una y a otro sea más conforme. Así sea. (*Padrenuestro, Ave María y Gloria*).



¡Glorioso San Antonio, rogad por
nosotros!



DEVOCION

A

SAN ANTONIO DE PADUA

Siempre ha sido muy grande la devoción y confianza que los fieles han tenido en San Antonio, pues todos ven en él un gran Santo y un favorecido de Dios de un modo especial. Siempre han sido admiradas sus virtudes: su profunda humildad, su castidad angelical, su tierno amor al Niño Jesús, su fervorosa fe en el Santísimo Sacramento del Altar, su gran celo por la salvación de las almas, su energía para convencer a los herejes, de los cuales, a la verdad, era terrible martillo, y su fervorosa caridad para con todos; de aquí tantos afanes, prodigios y milagros, y éstos no sólo los obraba allá cuando vivía y andaba por

la tierra, sino también ahora que vive con Dios en el cielo. El es el consuelo de cuantos le invocan con fe y confianza; por su mediación hallan las cosas perdidas y alcanzan cuanto han menester para el cuerpo y para el alma, para el tiempo y para la eternidad.

Uno de los obsequios en que más se complace San Antonio es que, además de imitar sus virtudes, recen sus devotos tres *Padresnuestros* y tres *Avemarias* a la Santísima Trinidad por las gracias que le dispensó y con que le enriqueció y en memoria de la devoción que tuvo a María Santísima, al Niño Jesús y al Santísimo Sacramento del Altar.

RESPONSORIO A SAN ANTONIO

Si buscas milagros, mira
muerte y error desterrados,
misericordia y demonio huídos,
leprosos y enfermos sanos.

El mar sosiega su ira,
redímense encarcelados,
miembros y bienes perdidos
recobran mozos y ancianos.

El peligro se retira,
los pobres van remediados;
cuéntenlo los socorridos,
díganlo los paduanos.

El mar sosiega su ira,
redímense encarcelados,
miembros y bienes perdidos
recobran mozos y ancianos.

Gloria al Padre,
gloria al Hijo,
gloria al Espíritu Santo.

El mar sosiega su ira,
redímense encarcelados,
miembros y bienes perdidos
recobran mozos y ancianos.

Ruega a Cristo por nosotros,
Antonio, glorioso Santo,
para que dignos así
de sus promesas seamos. Amén.

ORACIÓN

Alegre, ¡oh Dios!, a vuestra Iglesia la conmemoración votiva de San Antonio, para que esté siempre protegida con auxilios espirituales y merezca gozar las eternas alegrías. Por Cristo Nuestro Señor. Amén. (1).

(1) Indulgencia de cien días cada vez y plenaria una vez al mes con las condiciones de costumbre.

Para obligar más al glorioso Santo, cuya devoción recomienda aquí el Beato P. Claret, podrán practicar los fieles la eficazísima devoción de los TRECE MARTES, que se halla con otras muchas en el DEVOCIONARIO ANTONIANO del Reverendo Padre Antonio P. Díaz, C. M. F., y dar alguna limosna para la obra del PAN DE SAN ANTONIO

AYES DEL INFIERNO

O SEA

VOCES DE LOS CONDENADOS

Y REMEDIOS PARA CURAR LOS MALES QUE
SON CAUSA DE TAN INFELIZ SUERTE

AYES DEL BLASFEMO SENAQUERIB

¡Ay blasfemo audaz! Yo fui lo que eres tú, y tú serás lo que yo soy. Yo antes blasfemaba como tú blasfemas ahora; perjuraba, maldecía, nada perdonaba mi serpentina lengua que ningún freno la sujetaba y... ¡ay! vino la muerte cuando menos la temía; fui juzgado, y arder por una eternidad en estos infiernos es el castigo a que estoy condenado. ¿Y no escarmentarás en mi cabeza? ¿Preferirás ser desgraciado conmigo a enmendar tu vida? ¡Ay de ti! No mudando de vida no te librarás de ser lo que yo soy ahora... ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Remedios contra la blasfemia, pecado de demonios.

PRIMER REMEDIO.—Por la mañana haz una firme resolución de no blasfemar, y al etecto pedirás a Dios la gracia por la intercesión de la Santísima Virgen, rezándole tres *Avemarías*.

SEGUNDO REMEDIO. — Si te enojas o asoma la ira, calla o di: *Virgen Santísima, Asistidme; válgame Dios; maldito sea el pecado;* pues tan fácil es proferir palabras buenas como malas.

TERCER REMEDIO. — Si te sucede blasfemar casi contra tu voluntad, pide a Dios perdón de ello y reza un *Ave María;* y, si cómodamente puedes, besa la tierra, formando una cruz en ella con la lengua.

CUARTO REMEDIO. — Huye de los juegos y de los que hablan mal, y si oyes hablar mal, di: *Ave María purísima;* y ruega por ellos a Dios.

AYES DEL RENCOROSO CAIN

¡Ay de ti, infeliz rencoroso y víctima de la rabia, que, no sólo no saludas sino que ni siquiera miras a tu prójimo y siempre hablas mal de él! Mira..., ¡qué espantito!, este lugar junto a mí: he aquí donde vendrás a parar... El rencor, que me hizo matar a mi hermano, me condujo a... ¡Ay! ¡Ay! Haz, pues, penitencia, reconcíliate, ama a todos los hombres, sin excluir a los enemigos, y si no..., ¡ay! ¡ay!, vendrás a dar aumento a mis penas con las tuyas, por la fetidez y estrechez del sitio y por el calor que arrojarás.

Remedios para curar el odio y el rencor.

PRIMER REMEDIO.—Amarás al prójimo como a ti mismo.

SEGUNDO REMEDIO.—Pensarás que las ofensas que tú hiciste a Dios son infinitamente mayores que las que te hizo el prójimo, y que no serás perdonado por Dios si rehusas perdonar las injurias que te han hecho. Si te parece que tu prójimo no merece perdón, perdónate por amor de Dios, que lo merece y te lo manda.

TERCER REMEDIO.—Olvida cuanto antes la ofensa que te hizo el prójimo, y si asoma el pensamiento o memoria de ella arrójala cuanto antes de ti, cual si fuese un ascua o chispa de fuego, antes que prenda.

CUARTO REMEDIO.—Te acordarás de que eres cristiano, que quiere decir discípulo o imitador de Cristo; y no olvides jamás que Cristo sufrió azotes, espinas y calumnias, que le quitaron los vestidos, le clavaron en la cruz, y pendiente o colgado de ella, lo primero que hizo fué perdonar a sus enemigos y pedir por ellos a su Eterno Padre; perdónalos pues, tú también, y ruega por ellos; al hallarte con ellos, salúdalos, asístelos, socorrélos en sus necesidades en cuanto puedas.

QUINTO REMEDIO.—Cada día rezarás un *Padrenuestro* y un *Ave Maria* por los que te han ofendido y agraviado.

AYES DEL EPULON Y LUJURIOSO

Pecador que me imitas... ¡ay!, mira... ¿Ves? He aquí el fruto de mis deleites... ¡Qué penas! ¡Ah! A ti se te concede tiempo para arrepentirte; aprovéchalo; mira los tormentos que te aguardan; huye de los teatros, cafés y tabernas; arroja a las llamas aquellos cuadros, libros y papeles deshonestos e indecentes; rasga aquellos vestidos que ofenden al pudor; huye de juegos, cortejos y bailes; abandona las malas compañías; no salgas de noche; no hagas contigo ni con otros cosas deshonestas; no hables, ni cuentes, ni cantes cosas impuras; si lo haces... ¡ay!, ¡te condenarás como yo! ¡Ay! ¡Ay!...

Remedios para curar la impureza.

PRIMER REMEDIO.—Por la mañana y por la noche implorarás de la Madre de la pureza, la Santísima Virgen, esta preciosa joya, saludándola al efecto con tres *Avemarias*.

SEGUNDO REMEDIO.—Así que asome algún pensamiento impuro, dale de mano al momento y di a María: *Virgen Santísima, valedme, asistidme.*

TERCER REMEDIO.—Apártate de malas compañías, de bailes y cortejos; ni por el forro has de coger libros y papeles deshonestos; no mires pinturas, láminas u otros objetos provocativos, y sobre todo guárdate de hacer señales o acciones escandalosas.

CUARTO REMEDIO.—Viste con modestia, come y bebe con templanza; no profieras palabras indecentes; no escuches ni sigas conversaciones malas y no des libertad a tus ojos.

QUINTO REMEDIO.—Acuérdate de que Dios te mira, y que tiene poder para quitarte la vida aquí mismo y arrojarte a los infiernos, como, entre otros, sucedió a Onán, que murió en el acto de cometer un pecado deshonesto, y fué condenado.

SEXTO REMEDIO.—Frecuenta los Santos Sacramentos.

AYES DEL MAL LADRON

¡Ay cristiano que me imitas en los robos!... ¡Ay! Mírame... ¿No ves?... Pues estas son las penas que te aguardan si no dejas el vicio de hurtar. No te alucines; entiéndelo de una vez para siempre: No sólo son ladrones y penan aquí conmigo los que roban en los caminos, sino también los que faltan a la buena fe en las compras y ventas, no dando lo justo o estafando, y también los usureros, los

que causan daño a tercero con sus gastos y pleitos injustos, o no pagan las deudas. ¡Ay de ti! ¡Ay de ellos! Pues si no os confesáis y no restituís lo ajeno, vendréis..., ¡qué horror!..., a arder aquí conmigo...

Remedios para curar el vicio de hurtar.

PRIMER REMEDIO.—No quieras para otro lo que no quieras para ti. Ya que a ti no te gusta que nadie codicie o te quite lo tuyo, juzga si querrá tu prójimo que tú codicies o le quites lo que es suyo.

SEGUNDO REMEDIO.—Piensa a menudo que Dios mira tus manos y tu corazón, y que los ladrones serán arrojados a la hoguera del infierno.

TERCER REMEDIO.—El quitar lo ajeno engendra la pobreza, porque lo mal adquirido es causa de que se pierda lo bien adquirido; por ello vienen enfermedades, pérdidas y toda clase de males, y, por fin y a la postre, el infierno. ¿Y de qué sirve adquirir todo el mundo, si llevan el alma los demonios?

CUARTO REMEDIO.—Haz limosnas, porque así como el quitar lo ajeno engendra pobreza, el dar limosna de lo propio es fuente de riqueza.

QUINTO REMEDIO.—Así, pues, cada día según tus facultades harás alguna limos-

na, no por vanidad o ambición, sino para socorrer las miserias de tu prójimo. Por hacer bien no te ensalces, pero tampoco debes avergonzarte por ello; quiero decir, que ni lo hagas por ser visto, ni, porque te miren cuando lo hagas, dejes de hacerlo.

AYES DEL SACRILEGO JUDAS

¡Ay cristiano! ¿Quiéres saber por qué me hallo aquí encerrado, devorado de fieras, entre llamas y gimiendo para siempre? ¡Ay! ¡Sólo el acordarme me estremece! ¡Su memoria atormenta atrocemente mis tormentos! ¡Comulgué sacrílegamente y vendí a mi Maestro! ¡Ay de ti si no te confiesas de las comuniones sacrílegas y confesiones mal hechas, por haber callado pecados en ellas, o bien, si los confesaste ya, por no haberte enmendado ni apartado de las ocasiones o peligros próximos de pecar! ¡Ay de ti!... Haz cuanto antes una confesión general, so pena de arder conmigo por toda una eternidad. No te obstines ni hagas el sordo a las inspiraciones divinas, como lo hice yo; si no... ¡ay!, ¡ay!, ya lo verás.

Remedios para los que han hecho comuniones sacrílegas y malas confesiones.

PRIMER REMEDIO.—El primer pecado que has de descubrir al confesor ha de

ser el que más empacho te cause, y con esto confundirás al tentador.

SEGUNDO REMEDIO.—Si el rubor te embaraza, prevén al confesor con esta u otra expresión semejante: *Padre, tengo cierto escrúpulo, que apenas tengo valor para insinuárselo a usted.* Y con esto él se dará por entendido y buscará sus medios para ayudarte. Mas si tu rubor ni esto te permitiera decir, entonces ve con otro confesor, porque si no cometerías un horrendo sacrilegio y hallarías la muerte en donde Dios te quiere dar la vida o perfeccionarte en ella.

TERCER REMEDIO.—Muchas veces las confesiones son malas no porque se haya faltado a la verdad, sino por falta de enmienda; así como al salir la ropa de la colada decimos que ésta fué mala si no quitó las manchas de ella, y con razón, de la misma suerte decimos que fué mala confesión la de aquella persona que, después que se confesó, la vemos con los mismos vicios de blasfemar, maldecir, odiar, cometer impurezas, murmurar, etc., etc., como si nada hubiera recibido. No hay que alucinarse; no se cumple con decir: «Todo se lo dije al confesor». Pues así como para ser una buena colada no basta haber metido en ella toda la ropa sucia, sin haber hecho todo lo necesario para quitar todas las inmundicias de la ropa, así para que sea

buena la confesión es necesario que el alma quede limpia de los pecados.

CUARTO REMEDIO.—La causa de la mayor parte de las confesiones malas es el no apartarse de las ocasiones de pecar y no cumplir con las penitencias medicinales; apártate, pues, de los peligros, cumple con lo que dispone el confesor y practica aquellos medios que aconseja la prudencia, y verás cuán señalada será tu enmienda.

QUINTO REMEDIO.—Antes de comulgar te probarás y mirarás si estás en gracia, y después de la comunión te detendrás a dar gracias, y ten cuidado de no salir luego de la iglesia a imitación de Judas.

G R I T O
DE
TODOS LOS CONDENADOS

¡BREVE GOZAR, ETERNO PENAR!

Pecadores..., ¡ay! ¿Qué provecho os traerá el haber adquirido todas las riquezas, alcanzando grandes honores, haber dado al cuerpo todos los placeres, haberos vengado a satisfacción, si por último perdéis el alma? ¡ay! ¡Con qué brevedad pasará todo ese conjunto de cosas que ahora os lisonjean, adorme-

cen y hechizan!... Pero la eternidad de penas que sucede a eso tan breve, ¡ay! ¿quién podrá sufrirla? ¿Quién?... Enmendaos, pues, confesad vuestros pecados, y si no..., ¡ay!, ningún alivio me traeréis; antes aumentaréis la acerbidad de mis penas, viniendo adonde yo estoy padeciendo por perpetuas eternidades. Que penséis en ello o lo echéis en olvido, que lo creáis o no lo creáis, moriréis, y..., ¡ay!, padeceréis como yo...

Remedios generales para librarse de caer en las penas eternas del infierno.

PRIMER REMEDIO.—Por la mañana y por la noche rezarás tres *Avemarías* a María Santísima, con la oración *¡Oh Virgen y Madre de Dios!...* (pág. 34), un *Padrenuestro* y *Ave María* al Santo Angel Custodio, y otro al Santo de tu nombre.

2.º Pensarás a menudo que Dios te está mirando y escuchando, y que está en su mano, si pecas, el hacerte caer muerto y sepultarte en los infiernos, como con otros muchos pecadores lo ha hecho.

3.º No te dejes engañar del demonio, que te dirá: *Peca, que después te confesarás.* ¡Ay del que peca en confianza de que se confesará! Porque no verá realizada esta su mala confianza, o, si logra confesarse se confesará mal, dice Burdoni.

4.º Mortificarás las potencias y sentidos: el que no sabe mortificarse en lo lícito, menos sabrá hacerlo en lo ilícito, y caerá en pecado.

5.º Ayunarás por devoción algún día cada semana, o a lo menos te privarás de alguna de aquellas cosas que son más de tu gusto.

6.º Cada día tendrás media hora o un cuarto de oración mental.

7.º Profesarás especial devoción a la Santísima Virgen María.

8.º Frecuentarás los Santos Sacramentos.

9.º Leerás libros buenos, y nunca los malos; si alguno de éstos tuvieres, qué-malo; huye de las malas compañías y de los lugares y cosas que conozcas pueden serte ocasión de pecar.

10. Procurarás en todo tiempo cumplir con los preceptos de la ley de Dios y las obligaciones de tu estado, y de esta suerte serás feliz por una eternidad.

INDULGENCIAS (1)

INSTRUCCIONES SOBRE INDULGENCIAS

Ya que el celo por la felicidad de los hijos que para Jesucristo, su Esposo, engendra nuestra Madre la Iglesia, la excita a que los conduzca con más frecuencia por el aliciente de la conmiseración, gracias e indulgencias, que por el terror y castigos, aunque por otro lado muy merecidos, creí obrar conforme a este espíritu de la Iglesia, y entrar en sus designios, dando a los fieles, como complemento de esta obrita, un sumario de las principales indulgencias, con especialidad de las que todos, sin distinción de edad, sexo y condiciones, pueden ganar fácilmente a fin de que por ignorancia no dejen de practicar los requisitos prescritos, y por consiguiente, no queden privados de tan grande bien. Pero antes convendrá dar una sucinta idea de lo que se entiende por *indulgencia* y de lo que debe hacerse y evitarse para ganarla.

Indulgencia es lo mismo que remisión de la pena temporal de los pecados perdonados. Esta idea supone que el pecado mortal merece una pena eterna, cual es la del infierno, y que el pecado venial la merece temporal, o en esta vida o en el purgatorio. Si el pecado mortal está confesado debidamente, o

(1) Este sumario está corregido y arreglado a tenor de los cánones y decretos recientes.

a lo menos es desatado con perfecta contrición y con propósito de confesarlo cuando se pueda, en virtud de esta contrición o del Sacramento aquella pena queda borrada sólo en lo que tenía de eterna, quedando conmutada en otra temporal, más o menos duradera, según haya sido el dolor, amor y demás disposiciones del que se confesó o hizo el acto de contrición; y esta pena, que decimos ya temporal, ha de satisfacerse o en este mundo o en el purgatorio, como se dijo de los pecados veniales, por supuesto ya perdonados.

Mas esta pena temporal puede satisfacerse de dos maneras: o personalmente o por medio de un tercero, ora sea en este mundo, ora en el purgatorio. Se paga personalmente si nosotros mismos nos aplicamos con fervor a ciertas obras, que, hechas en estado de gracia, se llaman y son satisfactorias, como la oración, la limosna y el ayuno, según lo definió el santo Concilio de Trento. Porque como dice el mismo: «Es tan grande la liberalidad de la divina beneficencia, que no sólo podemos satisfacer a Dios Padre mediante la gracia de Jesucristo con las penitencias que voluntariamente hagamos para satisfacer por el pecado o con las que nos impone el sacerdote con proporción al delito, sino también, lo que es grandísima prueba de amor, con los castigos temporales que Dios nos envía, si los padecemos con resignación». Y así, con toda clase de oración, ya sea vocal ya mental; con toda clase de penalidades, ya sean voluntarias, ya forzadas; ora nos vengan inmediatamente de Dios, ora de los prójimos, elementos o animales, siempre que los suframos con resig-

nación; con toda clase de limosnas, bien sean espirituales bien corporales, con tal que las hagamos por amor de Dios, podemos satisfacer aquella pena temporal debida al pecado ya perdonado. Y estas obras pueden ser tales, que, o por la abundancia o por la intensidad del amor con que hayan sido hechas, tengan un mérito proporcionado a la pena referida, y entonces Dios se da por satisfecho y nada más exige en este ni en el otro mundo. Y he aquí lo que se entiende por pagar personalmente.

Se paga por tercera persona cuando un amigo o bienhechor carga con esta nuestra deuda y ofrece a Dios por ella obras de las arriba expresadas o méritos ya contraídos. El pagar con obras lo hizo primero Jesucristo, y lo hacen ahora los justos nuestros amigos cuando oran, ayunan y dan limosnas y nos aplican su mérito satisfactorio, siempre en virtud de los méritos de Jesucristo; y el pagar con méritos ya contraídos lo hace la Iglesia, depositaria y dispensadora de los méritos de Cristo, de la Santísima Virgen y de los Santos. Y siendo infinitos los de aquél y tan grandes los de éstos, quedó en la Iglesia un tesoro inagotable con el cual nos *ayuda* a pagar el reato de pena contraído, en la inteligencia de que las indulgencias no se instituyeron para fomentar la pereza u holgazanería. Cuando la Iglesia nos da dicho tesoro lo suficiente para pagar nuestra deuda, entonces a esta cantidad la llamamos indulgencia plenaria; y si sólo nos da una suma determinada, la llamamos indulgencia parcial.

Con lo dicho, pues, ya se deja conocer que la indulgencia plenaria es una remisión de

toda la pena, y, por consiguiente, el que tiene la feliz suerte de ganarla, queda sin deuda alguna delante de Dios en este y en el otro mundo.

La parcial es la que sólo perdona o remite la pena equivalente a la que rebaja el que la concede. Y así, cuando uno gana una indulgencia de tantos años, días, etc., de cuarenta días, por ejemplo, no se entiende que se le descuenten cuarenta días de purgatorio, sino que se le condona lo que habría podido satisfacer con cuarenta días de aquellas penitencias establecidas antiguamente por la Iglesia, y que, por cuanto habían sido establecidas por la misma para servir de regla o canon para vindicar los delitos, se llaman canónicas. Estaba mandado, por ejemplo, que *el que blasfemase del nombre de Dios, de la Santísima Virgen o de algún Santo, estuviese en la puerta de la iglesia siete domingos durante la Misa parroquial, y que en el último estuviese allí sin capa y descalzo, y que en los siete viernes precedentes ayunase a pan y agua, estándole prohibido entrar en la iglesia todo este tiempo. Que el que echase una maldición contra sus padres ayunase cuarenta días a pan y agua, etc.* Ahora bien: el que cumplía exactamente con humildad y en estado de gracia estas penitencias es cierto que no sólo satisfacía la pena impuesta por la Iglesia, sino que también delante de Dios merecería por ella que se le remitiera más o menos de la pena temporal que en este o en el otro mundo había de satisfacer por aquellos pecados ya perdonados (cuánta se la remitía y cuánta había de pagar no lo diré, porque como Dios no lo ha revelado no lo sabemos).

Pues esta parte de pena, que con los cuarenta ayunos o con los siete domingos de estar penitenciado en la puerta de la iglesia habría pagado a Dios, es la que la Iglesia le aplica ahora de su tesoro, cuando concede una indulgencia de siete días, de cuarenta; y así de las demás.

Las *condiciones* para ganar las indulgencias pueden considerarse, ya con relación al sujeto que ha de lograrlas, ya con relación a las obras prescritas.

Por parte del sujeto se requiere:

1.º Que sea católico no excomulgado, condición que no hay para qué demostrar.

2.º Tener intención de ganarlas; basta formarlas de una vez para siempre, aunque es útil renovarla con frecuencia; verbigracia: cada día, uniéndose a la intención de Su Santidad.

3.º Estado de gracia, lo cual supone exención de todo pecado mortal, a lo menos al tiempo de poner la última obra mandada.

Por parte de las obras prescritas se ha de procurar:

1.º Cumplirlas todas íntegramente; de modo que si dejara alguna cosa notable, sería la indulgencia nula.

2.º Que se cumplan bien, sin viciarlas con fines torcidos, como sería haciéndolo por vanagloria, con distracción voluntaria, etc.

3.º Que se hagan en el tiempo y forma que se determine, y si se prescriben para muchos días seguidos, como novenas, etcétera, han de ser consecutivos, sin interrupción.

Aunque lo dicho ya da bastante idea de lo que son las indulgencias y de lo que debe

hacerse y evitarse para ganarlas, advertiremos, sin embargo, para mayor claridad:

1.^o Que cuando una indulgencia está concedida para el artículo de la muerte, invocando, por ejemplo, el dulce nombre de *Jesús*, no se requiere que la aplique el confesor; basta que el moribundo lo invoque con devoción con la boca, si puede, o si no, con el corazón.

2.^o Que aun cuando sería lo mejor que el moribundo tuviese pendiente del cuello o en las manos el Crucifijo, rosario o medalla a que estén concedidas indulgencias para el artículo de la muerte, no es, sin embargo, absolutamente necesario; basta que teniendo dominio de ello lo tenga sobre la cama o junto así, aun cuando no lo vea ni lo toque; ni tampoco es absolutamente necesario que lo tenga así hasta expirar, aunque casi siempre debe procurarse.

3.^o Es lo más seguro que una indulgencia concedida a los vivos con facultad de aplicarla a los difuntos, no se puede ganar sin estar en gracia el vivo que ha de ganarla: y así, el que quiera aplicarla, caso de no hallarse en este estado, procure ponerse en él, o por confesión, o por un acto de contrición con propósito de confesarse al debido tiempo.

4.^o Los moribundos pueden ganar la indulgencia plenaria concedida por diversos títulos, por diversos rosarios, por ejemplo, por diversos escapularios, etc., y esto aun cuando la ignoren o no se acuerden; pero sólo ganan una en la hora de la muerte.

5.^o Las indulgencias concedidas a los vivos por el Papa pueden aplicarse a los difuntos, a no decirse lo contrario.

6.^o Con la misma obra pueden ganarse muchas indulgencias concedidas por diversos títulos, cuando la obra mandada no pueda reiterarse en el mismo día, como si se prescribiese la comunión o el ayuno.

7.^o Acerca de las obras prescritas para ganar la indulgencia plenaria hay que notar que la confesión se puede hacer desde *ocho días antes*, si se trata de indulgencia concedida a un día fijo; y por consiguiente, los que se confiesan cada semana ganan todas las plenarias de la semana, y aun también los que suelen confesarse dos veces al mes; pero los que comulgan diariamente (aunque dejen uno o dos días por semana) no necesitan confesarse para el efecto dicho, siempre se entiende si no han caído en pecado grave. La comunión se puede hacer el día anterior al designado para ganar la indulgencia plenaria, y tanto la confesión como la sagrada comunión prescritas pueden también hacerse dentro de los ocho siguientes días. Las peticiones a intención del Sumo Pontífice pueden ser cualquier oración vocal que uno escoja; basta un Padrenuestro, si bien es costumbre muy general rezar seis Padrenuestros, Ave María y Gloria en cada visita, lo cual es necesario para ganar las indulgencias llamadas *toties quoties*, o sea, de los jubileos y cuasi-jubileos.

8.^o Cuando se conceda indulgencia plenaria por el rezo diario de una oración durante una semana o un mes, se ha de entender por nombre de semana el espacio de siete días, y por concepto de un mes el de treinta, aunque no se comience en lunes o en el día 1.^o

Oraciones y prácticas piadosas enriquecidas con indulgencias

Supuestas estas nociones y advertencias, he aquí un catálogo de las indulgencias más comunes que pueden ganarse, todas concedidas por el Papa.

1. *Señal de la Cruz.*—Cada vez que el cristiano se santigua diciendo: *En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*, gana cincuenta días de indulgencia, y ciento si lo hace con agua bendita.

2. *Trisagio Angélico.*—*Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos, llena está la tierra de vuestra gloria. Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.* Cien días cada día y trescientos los domingos y días de la octava de la Santísima Trinidad; rezándolo todos los días, indulgencia plenaria en un día de cada mes (1).

3. *Nombres de Jesús, María y José.* Invocándolos juntos se ganarán siete años y siete cuarentenas cada vez, y *plenaria* al mes invocándolos todos los días. Invocando con la boca o con el corazón los nombres de Jesús y de María se ganan trescientos días de indulgencia cada vez.

(1) Esta indulgencia *plenaria* y todas las demás que se siguen, exigen confesión, comunión y visita de iglesia, orando a intención del Sumo Pontífice.

4. *Dios mío, creo en Vos, porque sois la Verdad misma. Espero en Vos, porque sois fidelísimo en vuestras promesas. Os amo, porque sois infinitamente bueno.* Rezando estos o parecidos actos de Fe, Esperanza y Caridad, se ganan siete años y siete cuarentenas cada vez, *plenaria* al mes y *plenaria* en la hora de la muerte.

5. *¡Señor mío y Dios mío!* Dígase con viva fe, piedad y caridad esta jaculatoria mirando la Sagrada Hostia mientras se eleve en la Misa o en la Exposición solemne, y se ganarán siete años y siete cuarentenas de indulgencia y una *plenaria* una vez cada semana.

6. *Visita a Jesús Sacramentado.*—Durante las Cuarenta Horas se gana una vez indulgencia *plenaria*, y por cada visita, diez años y diez cuarentenas. Estas mismas indulgencias se ganan visitando los Monumentos el Jueves y Viernes Santos. En el Triduo de Carnaval, indulgencia *plenaria* visitando el Santísimo Sacramento, solemnemente expuesto.—Por rezar la estación mayor al Santísimo Sacramento, que consta de seis Padrenuestros, Avemarías y Glorias, diez años cada vez y una plenaria cada semana, confesando, comulgando y orando por el Papa (3 Junio 1932).

7. En reparación de las blasfemias. *Bendito sea Dios; bendito sea su Santo nombre; bendito sea Jesucristo, verdade-*

ro Dios y verdadero Hombre; bendito sea el nombre de Jesús; bendito sea su Sacratísimo Corazón; bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar; bendita sea la gran Madre de Dios, María Santísima; bendita sea su santa e Inmaculada Concepción; bendito sea el nombre de María Virgen y Madre; bendito sea su castísimo Esposo San José; bendito sea Dios en sus Angeles y en sus Santos. Un año de indulgencia cada vez; dos, si se rezan públicamente después de Misa o Bendición con el Santísimo; plenaria una vez al mes.—Bendito sea Dios. Cincuenta días cada vez, al oír una blasfemia.

8. *Viático*.—Por acompañarlo con luz encendida se ganan siete años y siete cuarentenas, y si es sin luz, cinco años y cinco cuarentenas, rogando a intención del Papa.

9. *Jaculatorias*.—*Dulce Corazón de mi Jesús, sed mi amor*. Trescientos días cada vez. *Dulce Corazón de mi Jesús, haced que yo os ame siempre más*. Trescientos días cada vez, y plenaria al mes. *Corazón de Jesús, en Vos confío*. Lo mismo. *Sagrado Corazón de Jesús, yo creo en vuestro amor para conmigo*. Trescientos días.—*Eterno Padre, por la Sangre preciosísima de Jesucristo, glorificad su santísimo Nombre según las intenciones y deseos de su adorable Corazón*. Las mismas indulgencias.—*¡Oh dulce Corazón de María!, sed*

la salvación mía. Lo mismo. *Purísimo Corazón de María, yo me confío en Vos. Trescientos días.—Alabanzas y acciones de gracias se den en todo momento al santísimo y divinísimo Sacramento. Cien días cada día, y plenaria al mes.—¡Oh Dios mío, único bien mío!: Vos sois todo para mí; haced que yo sea todo para Vos. Trescientos días cada día, y plenaria al mes. Dios mío, yo os amo. Trescientos días.—Amable Jesús mío: yo, N. N., para agradaros y en reparación de mis infidelidades os doy mi corazón y enteramente me consagro a Vos, y con vuestra ayuda propongo nunca más pecar.—Rezándola ante una imagen cualquiera del Corazón de Jesús, cien días cada día, y plenaria al mes.— Todo sea por Vos, Corazón Sacratísimo de Jesús. Trescientos días cada vez.—¡Jesús, manso y humilde de corazón!, haced mi corazón semejante al vuestro. Trescientos días cada vez.—¡Oh Sagrado Corazón de Jesús!, haced que llegue vuestro reinado. Trescientos días cada vez. Padre Santo, por el Corazón Inmaculado de María. Os ofrezco a Jesús vuestro muy amado Hijo, y me ofrezco yo mismo en El, por El, y con Él, a todas sus intenciones y en nombre de todas las criaturas. Trescientos días cada vez, y plenaria al mes.—¡Oh María, esperanza nuestra!, tened piedad de nosotros. Trescientos días cada vez. ¡Oh María, haced que viva en Dios, con Dios y por Dios! Trescientos*

días.—*¡Oh Madre de amor, de dolor y misericordia!, rogad por nosotros. Trescientos días cada vez.—¡Oh María dolorosa, Madre de todos los cristianos!, rogad por nosotros. Trescientos días cada vez.—¡San José, Padre putativo de nuestro Señor Jesucristo y verdadero Esposo de María Virgen!, rogad por nosotros. Trescientos días cada día.—¡Oh glorioso San José!, haced que llevemos una vida sin pecado, y siempre segura bajo vuestro Patrocinio. Trescientos días cada día.—San José, modelo y Patrono de los amantes del Sagrado Corazón de Jesús!, rogad por nosotros. Cien días al día. ¡Ave María purísima!, sin pecado concebida. Los españoles que se saluden con esta invocación de nuestros padres, ganan cincuenta días de indulgencia cada vez, y plenaria al mes rezándola diariamente.*

10. *Letanías.*—Las letanías del Nombre de Jesús, las del Sagrado Corazón de Jesús y las de San José tienen concedidos 300 días de indulgencia: y las lauretanas de Nuestra Señora tienen, además, indulgencia plenaria en las fiestas de la Inmaculada Concepción, Natividad, Anunciación, Purificación y Asunción de la Virgen, si se rezan todos los días.

11. *Novenas, septenarios, meses, etcétera.* Novena o triduo a la Santísima Trinidad, tiene concedidos siete años y siete cuarentenas cada día y plenaria al fin.—La novena para la fiesta de Pente-

costés tiene siete años y siete cuarentenas cada día, y *plenaria* al fin, o en los ocho días siguientes.—Tienen trescientos días cada día, y *plenaria* al fin, o en los ocho días siguientes, las novenas del Espíritu Santo, del Niño Jesús (dos veces al año), del Corazón de Jesús (dos veces al año), de la Inmaculada Concepción, Natividad, Presentación, Anunciación, Visitación, Alumbramiento, Purificación, Dolores, Rosario y Patrocinio y Corazón de María; las de San Miguel, San Gabriel, San Rafael y Angel Custodio; la de San José (tres veces al año); la de San Francisco Javier (dos veces al año); la de San Vicente de Paúl, la de las Almas del Purgatorio. La de la fiesta del Corpus, tiene siete años y siete cuarentenas, y *plenaria* al fin o en la octava siguiente, si se hace públicamente.—Tienen trescientos días cada día, y *plenaria* el día que se eligiere, los meses de marzo, en honor de San José; de mayo o de María; de agosto, en honor del Inmaculado Corazón de María; de diciembre, en honor de la Inmaculada.

El mes de julio, consagrado a la Preciosísima Sangre (si se hace en público). y el de noviembre, por las almas, tienen siete años y siete cuarentenas cada día, y *plenaria* en el mes.

El mes del *Rosario* (rezándolo) siete años y siete cuarentenas cada día, *plenaria* el día del Rosario o en uno de la

octava, si se ha rezado la tercera parte del Rosario en la fiesta y durante la octava, y otra plenaria si se reza en diez distintos días después de la octava.—El *mes de junio* tiene siete años y siete cuarentenas cada día, plenaria un día a elección, y además, el día 30, en las iglesias en que se ha celebrado con sermón diario o en forma de Ejercicios espirituales por ocho días, se gana indulgencia plenaria cada vez que se visite la iglesia como el día de la Porciúncula.

El ejercicio de los *Siete domingos* de San José tiene concedida indulgencia plenaria para cada domingo; lo mismo los trece martes o domingos de San Antonio de Padua, los siete domingos de Santo Tomás de Aquino, los cinco domingos de San Francisco de Asís, los diez domingos de San Ignacio de Loyola, los seis domingos de San Luis Gonzaga, los doce primeros sábados (o domingos) de doce meses seguidos en honor de la Inmaculada, todos los primeros viernes de mes en obsequio del Corazón de Jesús y los primeros sábados en desagravio del Corazón de María.

12. *Rosario*.—Indulgencias comunes a todos los fieles que tengan un rosario bendecido por los PP. Dominicos o por otro sacerdote facultado: cinco años y cinco cuarentenas por cada cinco misterios del Rosario; cien días por cada *Padrenuestro* y por cada *Ave María*; indul-

gencia *plenaria* una vez al año, rezándolo todos los días. Si se reza en compañía de otros se ganan diez años y diez cuarentenas cada día y *plenaria* el último domingo del mes si se ha rezado así al menos tres veces por semana.

Los que pertenecen a la Cofradía del Rosario ganan muchísimas indulgencias plenarias y parciales; el Sumo Pontífice Pío X ha concedido indulgencia *plenaria* diaria a los cofrades que Rezan el Rosario entero, o sea los quince misterios, confesando, comulgando y visitando una iglesia, y cien años y cien cuarentenas cada día por llevar el Santo Rosario. Pío XI concedió indulgencia plenaria por el rezo de una parte delante del Santísimo Sacramento. Los que tienen un rosario bendecido por los PP. Crucíferos o por alguno de los sacerdotes agregados a la *Liga Eucarística*, ganan quinientos días de indulgencia por cada Padrenuestro y por cada Ave María; se pueden ganar a la vez que las del Rosario.

13. *Obras de caridad*.—Dando de comer a tres pobres en obsequio de la Sagrada Familia, Jesús, María y José, se ganan siete años y siete cuarentenas de indulgencia, y confesando, comulgando y orando por el Papa, indulgencia *plenaria*; los domésticos que sirven o asisten a la comida, ganan cien días. Por visitar a los enfermos o encarcelados se ganan cien días.

14. *Indulgencia de la Porciúncula y otras semejantes.*—Por todo el día 2 de agosto, desde el mediodía precedente, se ganan tantas indulgencias *plenarias* cuantas veces se visite una iglesia de religiosos o religiosas de San Francisco de Asís (o en otra, que esté facultada) rezando seis Padrenuestros, Avemarias y Gloria a intención del Papa, y habiendo confesado y comulgado. Con las mismas condiciones se gana indulgencia *plenaria* tantas veces cuanto se haga la visita, en los días siguientes: en la fiesta del Rosario, en la capilla o altar donde esté erigida la Cofradía del Rosario; en la fiesta de los Dolores de la Virgen (tercer domingo de septiembre), en las iglesias de los religiosos Servitas o donde esté erigida la Cofradía de los Dolores; en la fiesta de la Santísima Trinidad, en las iglesias de Trinitarios, o donde esté erigida la Cofradía del mismo nombre; el día 16 de julio, fiesta de Nuestra Señora del Carmen, visitando una iglesia de Carmelitas; el día 24 de septiembre, fiesta de Nuestra Señora de la Merced, visitando una iglesia de Mercedarios o en la que esté erigida la Cofradía del mismo nombre; el día de San Matías Apóstol, en las iglesias de la orden de San Jerónimo; el día de San Francisco de Paula, 2 de abril, en las iglesias de los Mínimos; el día del Corpus, visitando una iglesia de religiosos del Santísimo

Sacramento o de las Damas de la Adoración perpetua; el día 2 de noviembre, visitando una iglesia cualquiera u oratorio, ya sea público, ya semi-público, desde la tarde precedente, en sufragio de las almas del Purgatorio (concedida por Pío X a 25 de junio de 1914); además, el domingo último del mes de junio, si se ha practicado el ejercicio conforme se ha dicho en el número 11.

15. Visitando una iglesia de Padres Misioneros Hijos del Corazón de María desde las primeras vísperas hasta las doce de la noche de la fiesta del Inmaculado Corazón de María, se gana indulgencia *plenaria* con las condiciones ordinariamente prescritas.

16. Asistiendo a la *primera Misa* de un nuevo sacerdote, los consanguíneos hasta el tercer grado ganan indulgencia *plenaria* con las condiciones ordinarias, y los demás fieles, siete años y siete cuarentenas. Las mismas indulgencias y en la misma forma ha concedido Pío X para la *primera Comunión* de los niños.

17. Las preces que se dicen después de la Misa rezada estando el sacerdote de rodillas, tienen concedidas trescientos días de indulgencias, y siete años con siete cuarentenas añadiendo tres veces aquella invocación: *Corazón sacratísimo de Jesús: Compadeceos de nosotros.*

18. El rezo del *Magnificat* tiene concedidos cien días de indulgencia cada

día, y siete años con siete cuarentenas los sábados. El *Memorare* o *Acordaos*, trescientos días cada vez y *plenaria* al mes con las condiciones acostumbradas. El *Angelus Domini*, cien días cada vez, y *plenaria* al mes. El *Ave Maris Stella*, trescientos días cada día. Rezando la *Salve* por la mañana con estos versículos: *Dignaos concederme que os alabe, Virgen sagrada; dadme valor contra vuestros enemigos. Bendito sea Dios en sus Santos. Amén.* Y por la tarde esta oración: *Bajo vuestro amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios; no desecheis nuestras súplicas en nuestras necesidades; antes bien, libradnos siempre de todos los peligros, Virgen gloriosa y bendita.* Con dichos versículos, para reparar las injurias que se hacen a la Virgen y a los Santos, se ganan cien días cada día, siete años y siete cuarentenas los domingos, *plenaria* dos veces al mes en dos domingos a elección, *plenaria* en las fiestas de la Inmaculada, Natividad, Anunciación, Purificación, Asunción y Todos los Santos, si diariamente se rezan.

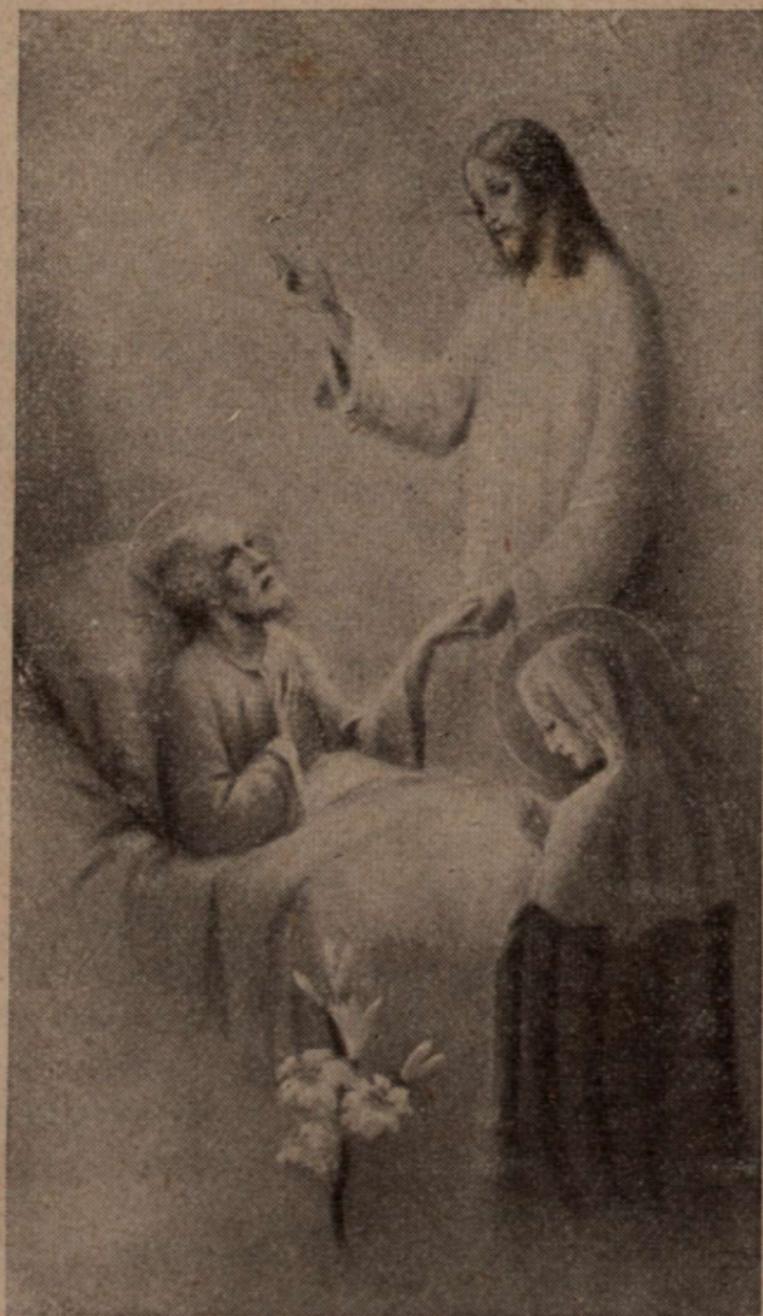
19. *Por los agonizantes.*—Rezando de rodillas tres *Padrenuestros* en memoria de la Pasión y agonía de Jesucristo y tres *Avemarias* en memoria de los dolores de María Santísima al asistir a la agonía de su divino Hijo, rogándoles se dignen asistir a los pobres agonizantes, se ganan trescientos días de indulgencia

cada vez, y plenaria al mes en el día que se elija. Dios mío, os ofrezco todas las misas que hoy se celebran en todo el mundo, por los pobres pecadores que están en la agonía y que han de morir hoy mismo. La Sangre preciosa de Jesús Redentor les alcance misericordia. Trescientos días de indulgencia.—Eterno Padre: por el amor que tuvisteis a San José elegido por Vos para representaros en la tierra, tened piedad de nosotros y de los pobres agonizantes. Padrenuestro, Avemaría y Gloria.—Eterno Hijo de Dios: por el amor que tuvisteis a San José, vuestro fidelísimo Custodio en la tierra, tened piedad de nosotros y de los pobres agonizantes. Padrenuestro, Ave María y Gloria.—Divino Espíritu Santo: por el amor que tuvisteis a San José, que con tanta solícitud guardó a vuestra Esposa predilecta, María Santísima, tened piedad de nosotros y de los pobres agonizantes. Padrenuestro, Ave María y Gloria. Trescientos días de indulgencia.

20. Por besar el anillo a los señores Obispos se ganan cincuenta días.

21. Los españoles que ayuden a Misa sesenta veces al año pueden ganar en él dos indulgencias plenarias.

22. *Bula de la Santa Cruzada*.—Con ella se ganan muchísimas indulgencias plenarias y parciales, además de otros privilegios. Todos la pueden tomar, ahorrando algo de los gastos innecesarios.



Ten buen ánimo, pronto recibirás
de Dios la salud.

(Tob., v. 13.)



SAN RAFAEL
O SEA
CONSUELO DE LOS ENFERMOS

§ I

*Visita de los enfermos y reflexiones que
podrán hacerseles.*

Para conocer cuán grande obra de caridad sea el visitar o socorrer a los enfermos, basta reflexionar sobre lo que de ellos nos dice el mismo Jesucristo en el capítulo XV de San Mateo, pues asegura que el día del juicio reconocerá delante de todo el mundo, como hechas a su persona, las visitas que se hubieren hecho a los enfermos y les decretará el competente galardón: *estaba enfermo y me visitásteis* (v. 36).

Ejercitémonos pues en una obra tan grande de caridad visitando no sólo

a los parientes enfermos, sino también a los extraños, ya sea en las casas particulares o ya en los hospitales, mirando en ellos la persona misma de Jesucristo. Pero no han de ser estériles nuestras visitas, como lo son aquellas nubes que no llueven y que sólo sirven para cargar la atmósfera y mortificar a los vivientes, sino que hemos de parecernos a aquellas otras que se deshacen en abundantes lluvias que, regando los campos, llevan la fertilidad a la tierra.

Algunos hay cuyas visitas son más bien causa de pesadumbre y molestia que motivos de consuelo y alivio para los enfermos y los demás de la casa por sus habladurías e impertinencias. No hemos de hacerlo nosotros de este modo, antes, si ellos lo necesitan y nos lo permiten nuestras facultades, hemos de procurar favorecerlos con limosnas corporales, o a lo menos con algún socorro espiritual, compadeciéndonos de su situación, encomendándolos a Dios, dándoles saludables consejos y proponiéndoles algunas piadosas consideraciones. Podríamos hablarles en estos términos y otros semejantes:

1.^a Hermano mío en Jesucristo: Acuérdesese usted que es cristiano, que quiere decir discípulo e imitador de Jesucristo. Pues imítele ahora que, puesto en este lecho de dolor, puede tan fácilmente parecersele, y diga al Eterno Pa-

dre lo que el adorable Salvador le decía en lo más recio de las agonías del huerto de Getsemaní: *Padre mío, pase de mí este cáliz; pero si queréis que lo beba, hágase vuestra voluntad y no la mía.* Suplique al Señor que, si es posible, le libre de las penas y trabajos en que usted se halla; pero si es de su beneplácito el que lo sufra, que usted lo acepta, que se haga su santísima voluntad, y que, a imitación de su divino Maestro Jesús, la quiere usted cumplir

2.^a Bien sabe usted, hermano, mío, que para salvarse es indispensable hacer la voluntad de Dios, como nos lo asegura el divino Maestro cuando nos dice en su santo Evangelio (*Math.*, VII, 21) que «no todo el que le dice «Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad del Padre celestial». No olvide usted jamás que todos los días ha dicho a Dios en la oración dominical: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo;* ahora quiere probar el Señor si lo decía usted de corazón, o si no era más que una fórmula y vanas palabras. Si tuviera usted un criado que se le ofreciera todos los días y le dijera que está pronto a su servicio, ¿qué diría usted de él si al momento de mandarle alguna cosa empezase a quejarse de lo mandado y no lo quisiese ejecutar? Todos somos criados del Padre celestial, a quien debemos todos los ser-

vicios que se digne exigir de nosotros; y usted en particular se ha ofrecido millares de veces, y aun todos los días, para hacer en todo y con toda exactitud su santa voluntad; y ¿podrá ahora quejarse de las disposiciones de su adorable providencia? ¿Le rehusará esa prueba que le pide de sumisión a sus santas disposiciones? Repítale usted, pues, muy a menudo y con toda la sinceridad de su corazón estas palabras del Padre nuestro: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.*

3.^a Llevar con paciencia las enfermedades no es menos útil para el cuerpo, que para el alma; lo es para el cuerpo, porque estando tranquilo el enfermo se halla mejor dispuesto para que obren las medicinas, y así consiga más pronto la salud; contrae el alma grande mérito y edifica a los domésticos y a los que le visitan. Al contrario: el impaciente perjudica a su cuerpo, causa pérdidas a su alma y es molesto y enfadoso a todos.

4.^a Para tener paciencia en las enfermedades es bueno pensar con frecuencia en las penas de Jesucristo, quien con toda propiedad es llamado por un Profeta *Varón de dolores*. Contémplesle usted desnudo, atado a una columna y recibiendo una lluvia de azotes; ¿quién padece más, usted o El? Mírele cómo le coronan de espinas, cómo en el Calvario le arrancan con violencia las vesti-

duras, que ya están pegadas a sus heridas con la sangre cuajada...; cómo luego le extienden en la dura cama de la cruz; cómo le clavan los pies y manos con gruesos y duros clavos. ¡Qué diferencia, hermano mío, entre su cama y la de usted! ¡Usted en un blando lecho y El en un duro madero! ¡Usted en muelle almohada, y El con un haz de espinas! ¡Usted tendido y abrigado, y El desnudo y colgado de tres clavos! ¡Usted asistido de sus domésticos y visitado de sus amigos, y El abandonado de sus amigos y hecho el juguete de sus enemigos! ¡Si usted tiene sed, le dan de beber, y a El en su sed sólo le dan a beber hiel y vinagre, y le llenan de oprobios! Así, pues, hermano querido, Jesús inocente sufre con paciencia tantas penas y dolores, y aun la muerte; ¿por qué un pobre pecador no habrá de sufrir con resignación una pequeña parte de su cáliz?

5.^a Hermano mío, acuérdesese usted que estamos desterrados y en un valle de lágrimas y miserias; esta tierra, maldita por el pecado de nuestros padres y por los pecados personales que hemos añadido, no produce más que espinas de penas, trabajos y muerte. Animo, pues, que ya se acabará este destierro; entre tanto hemos de pasar por sus trabajos, hasta que lleguemos a la felicidad de la patria celestial, que tenemos prometida.

6.^a Animo y paciencia, hermano mío;

piense usted, que por arreglada que haya sido su vida, habrá cometido usted algunas faltas, y con ellas no podría usted entrar en el reino de los cielos. Es preciso purificarlas primero, o en este mundo con las penas que usted padece u otras equivalentes, o en el otro con las terribles del purgatorio. ¡Qué diferencia entre éstas y aquéllas! Y si alguna vez hubiera usted faltado gravemente, reflexione que mereció el infierno y que si el Señor le hubiese quitado a usted la vida en aquel momento, ahora se hallaría como el rico del Evangelio en aquel lugar de tormentos. Y, ¿cómo podría habitar usted en aquel fuego devorador? ¿Cómo podría usted sufrir aquellos ardores sempiternos? Haga usted cuenta que Dios le ha conmutado aquellos dolores con los de la enfermedad que está padeciendo; súfralos con paciencia y en gracia; quiero decir, que haga usted una buena confesión, si ya no la ha hecho, poniéndose en gracia con el Señor, y así sus mismos padecimientos serán para usted de mucho mérito, porque, si no estuviese en gracia, de nada le servirían para el cielo.

7.^a Dios nuestro Señor se porta con nosotros, hermano mío, como el buen médico, el cual cuando ve que nada sirven las cataplasmas para remediar al enfermo, se vale del hierro; quiero decir, que cuando ve Dios Nuestro Señor que

ni los avisos ni sermones de los sacerdotes, ni sus mismas inspiraciones, consiguen que se convierta y enmiende el pecador, se vale de la enfermedad, por medio de la cual le detiene para que no vaya al café, al juego, a la casa de prostitución, etc.; y aun le obliga a que se enmiende de lo pasado, y con una buena confesión, como con un hierro, corte los vicios más inveterados. En algún modo se porta con él como con Saulo, quien después de haber sido derribado en tierra, dijo al Señor:—*¿Qué queréis que haga?* Y se le respondió que fuese a Ananías, sacerdote del Señor, y consiguió la salud del cuerpo y la del alma. ¡Cuántos hay que, tendidos en el lecho del dolor, han abierto sus ojos a la luz de la gracia, han hecho una buena confesión, han conseguido la salud del cuerpo y alma, y finalmente, se han salvado!

§ II

¿Cuándo se ha de administrar el santísimo Viático a los enfermos?

Dice San Ligorio que para administrar el santísimo Viático al enfermo no es menester que esté ya desahuciado, sino que basta se halle en peligro de muerte. Y aun es mejor entonces, porque está en más sano conocimiento, puede disponerse mejor, y, por consiguiente, puede

sacar más fruto de los Santos Sacramentos, los cuales causan más o menos gracia, según la disposición del sujeto que los recibe.

En una misma enfermedad puede darse muchas veces el Viático al enfermo, aun cuando no esté en ayunas, por lo menos transcurrido el espacio de unos días; y graves autores dicen que hasta todos los días puede el enfermo recibir el Viático.

A los niños que tienen uso de razón se les puede muy bien y hasta se les debe administrar el Viático.

El que visite y consuele al enfermo procure excitar en su alma el deseo de recibir el Santísimo Sacramento o Viático, para que, robustecido con este alimento de los fuertes, pueda oponerse con mayores esfuerzos y más abundante gracia a los ataques del demonio, diciéndole que así se unirá con Jesús Nuestro Redentor, que desea visitarle para poder derramar sobre él sus gracias y llevarle en breve a la patria celestial; o si aun no ha llegado la hora de su muerte, para concederle la salud del cuerpo, si le conviene. Dice San Cirilo Alejandrino que la santa Eucaristía ahuyenta también las enfermedades y sana a los enfermos. Y San Gregorio Nacianceno cuenta de su mismo padre que convaleció en el mismo momento en que recibió la sagrada Comunión. Yo he visto muchos que han

mejorado luego de haber sido viaticados, y finalmente han curado.

ORACION

QUE HARÁ EL ENFERMO DESPUÉS DE HABER
RECOBRADO LA SALUD

Gracias os doy, Dios mío, por la enfermedad con que me habéis visitado y por la salud que me habéis restablecido; habéis tenido misericordia de mí, os habéis compadecido de mis males; haced, Señor, que siempre os ofrezca el sacrificio de vuestras alabanzas y de mi salud. No habéis querido que yo perezca, ni me habéis herido sino para sanarme y advertirme con esto que mi salud y vida todo es cosa vuestra, y, por lo tanto, que la debo únicamente emplear en ejercicios de penitencia, piedad y caridad. Este será, Señor mío y Padre mío, el uso que de ello haré en adelante, ayudado con los auxilios de vuestra divina gracia. No permitáis, Señor, que me olvide del peligro de que me habéis librado, ni que se aumente tanto en mí el amor a la vida que me haga olvidar el propósito que tengo hecho en mi enfermedad de vivir bien en adelante y de recibir con frecuencia los Santos Sacramentos de Penitencia y ejercitarme en obras de misericordia.

Advertencia.—Tan pronto como el enfer-

mo pueda salir de casa, irá a oír la santa Misa, y confesará y comulgará en acción de gracias, y además visitará la imagen de María Santísima.

§ III

¿Cuándo se ha de administrar la Extremaunción a los enfermos?

Como la Extremaunción es el último Sacramento que se administra al hombre, así también es la corona espiritual de la vida. Fortificado con ella el hombre, se dispone para entrar en la patria celestial. Por lo tanto, es necesario administrar este Sacramento al enfermo cuando todavía no ha perdido el uso de la razón, a fin de que le sea más provechoso. Por esto dice el Catecismo romano que pecan mortalmente los párrocos que difieren el administrar la Extremaunción para cuando el enfermo está ya desahuciado y privado de los sentidos.

Se ha dicho que la administración del santísimo Viático se puede repetir en una misma enfermedad, pero no sucede lo mismo con la Extremaunción; de suerte que no puede reiterarse en una misma enfermedad, a no ser que el enfermo haya probablemente convalecido de la primera y recaído en otro peligro semejante.

La Extremaunción se administra lícita-

mente a los niños que tienen uso de razón, aunque todavía no hayan comulgado; mas si se duda si tienen uso de razón, puede administrárseles condicionalmente.

Es del caso advertir al enfermo que la Extremaunción puede darle la salud del cuerpo si así conviene a la del alma; pero no da ésta salud cuando ya no se puede recobrar por los medios naturales. Cuenta Juan Heroldo que reveló uno después de muerto que, si hubiese recibido antes la Extremaunción, hubiese convallecido al punto de la enfermedad; pero que por haberla diferido había muerto, siendo sentenciado a cien años de purgatorio.

Más: la Extremaunción perdona las reliquias de los pecados, y, de consiguién- te, los mismos pecados mortales ocultos o de que no se acuerda el enfermo; por lo tanto, instrúyasele al enfermo que, al mismo tiempo de ungirle los sentidos, se duela de las culpas cometidas con ellos y responda con los circunstantes: Amén.

También ha de saber el enfermo que la Santa Extremaunción le suministrará particulares auxilios con que en su última agonía rechace la fuerza y embestidas del infierno. Es, por lo tanto, muy probable que cometa grave pecado el que rehusa recibir este Sacramento. Hasta aquí es doctrina de San Ligorio.

§ IV

Reflexiones a los que por una caridad mal entendida y peor practicada no se atreven a decir al enfermo que reciba los Santos Sacramentos.

Dicen alguna vez los parientes: *Yo no me atrevo a participar a mi pariente enfermo esta noticia...* Pero yo te respondo que faltas a la caridad y a la piedad. ¿No te obliga la piedad y caridad a mirar por el bien de tu pariente? Pues ¿por qué no le procuras un bien tan grande como es la recepción de los Santos Sacramentos? Me dices que no lo haces, no por falta de caridad, sino porque el mismo amor que le profesas te detiene y no te deja intimarle esta noticia por temor de que se asuste. Calla, no me digas eso, porque tu caridad es crueldad; es una caridad mal entendida, y es piedad impía la que usas con tu pariente. ¿Cómo se dirá que amas a tu pariente si, por no darle algún disgusto o espanto, como dices, no le adviertes que reciba en tiempo oportuno y con la debida disposición los Santos Sacramentos? Pues si así muere sin recibirlos, o si no los recibe bien por tener ya embargados los sentidos y muere en mal estado, tú eres la causa de su condenación. ¿Se dirá que es amor dejar morir a un pariente sin Sacramentos y como a un perro? ¿Se dirá que es

amor dejar que un pariente se precipite en los infiernos, cuando se le podía procurar el cielo por medio de los Santos Sacramentos?

Para que sea más claro que esta conducta que algunos observan con los enfermos no es caridad, sino crueldad, me valdré de esta semejanza: Hay una madre que tiene un hijo bizarro, joven y muy hermoso, a quien ama mucho; este hijo agradecido corresponde a su madre con un amor semejante; pero sucede que una noche, mientras está durmiendo el hijo, sabe la madre que vienen enemigos para acabar con la vida de su amado hijo. ¿Qué hace entonces la buena madre? Siente en su corazón dar este susto a su amado hijo, pero se resuelve, no obstante, y le aconseja que tome la fuga, porque más le quiere ver sobrecogido de espanto y salvo de sus enemigos, que no dejarle durmiendo en la cama, donde le sorprendan, y hallándole descuidado le dejen muerto cosido a puñaladas. Si tú amas a tu pariente, ¿por qué no imitas a esta madre? Por no darle un pequeño disgusto, ¿dejarás que muera en pecado y que, sorprendido por los enemigos, sea arrojado a los infiernos? ¡Qué crueldad la tuya! ¡Qué barbarie! ¡Ah!, si desde los infiernos pudiera hablarte, te diría lo que dijo un señor a su criado, que andando de viaje cayó en manos de los ladrones, que le robaron e

hirieron, y bañado en su propia sangre le dejaron medio muerto, sin poderse mover. El criado, como para consolar los gemidos y lastimeros ayes de su amo, le dijo: «¡Ay!, señor!, yo ya sabía que en este camino había ladrones y me temía una desgracia; mas por no asustar a usted no le he dicho nada.» «¡Ah, bárbaro e inhumano!—le gritó su señor—; ¿no valía más que me hubieses asustado y hecho huir, que no dejarme caer en manos de los ladrones, que me han robado y dejado sin esperanza de vida?» Otro tanto diría vuestro pariente o amigo: «¿No valiera más que me hubieses asustado, a no dejarme morir sin Sacramentos o esperar a cuando ya no sabía lo que me hacía, dejándome así caer en manos de los ladrones infernales, que me quitaron toda esperanza de salvación y para siempre me atormentan en los infiernos?»

Dices tú que no quieres asustar a tu pariente o amigo con decirle que reciba los Sacramentos; a lo que yo respondo que con esas palabras le haces muy poco favor, porque le tratas de mal cristiano y de enemigo de Cristo. Y la razón es evidente, porque el buen cristiano no se asusta por la recepción de los Santos Sacramentos, antes bien se alegra y consuela mucho, porque sabe y cree en su virtud y eficacia, y porque sabe que ninguna cosa le puede ayudar tanto en

la situación en que se halla como los Sacramentos bien recibidos. Si conviene, le darán salud corporal, y si no, Dios le dará la paciencia y gracia necesaria para morir resignado y alegre en el ósculo del Señor, sabiendo que se va a los cielos acompañado y aun sostenido por el mismo Dios: que por eso se llama Viático, porque nos acompaña y sustenta en este viaje a la eternidad feliz.

He dicho también que le tratabas de enemigo de Cristo, porque los amigos cuando van a visitar a sus amigos enfermos no les causan espanto, sino alegría y consuelo, y considera el enfermo su visita como una prueba de verdadera amistad. Luego si tú temes que la visita de Cristo a tu pariente enfermo le ha de causar espanto, no le consideras como amigo de Cristo, sino como enemigo, por ser propio de enemigos causar espanto.

Pues yo te digo francamente que si tú amaras de veras a tu pariente o amigo, estarías tan lejos de privarle o retardarle los Santos Sacramentos, que ninguna otra cosa le procurarías con tanta solícitud y cuidado. Escúchame, por Dios, y te daré en breve algunas pruebas, aunque no todas, porque me haría interminable. ¿Amas a tu pariente o amigo, o no le amas? Si me dices que sí, luego le debes librar de todo lo malo y procurarle todo el bien posible, porque en esto consiste

el amor verdadero. Tú con los Sacramentos le puedes librar de un mal infinito y eterno, cual es la condenación, y le puedes proporcionar un bien infinito y eterno, que es la salvación; si no lo haces, pues, eres el hombre más bárbaro e inhumano; eres el hombre más enemigo que tiene tu pariente o amigo; eres su traidor, pues que imitas a Judas, que so pretexto de amistad entregó a su Maestro a los enemigos; lo mismo haces tú que so pretexto de amistad le dejas caer en manos de sus enemigos, porque aunque no le quieras asustar, como dices, no dejará por eso de morir, y morirá en mal estado, y se condenará.

Mas si tú te precias de verdadero amigo, no sólo debes librarle del mal y procurarle el bien espiritual, sino librarle del mal y procurarle el bien corporal; y por cierto que esto lo conseguirás con los Santos Sacramentos, por cuyo medio recobrará la salud perdida, si le conviene, y quedará libre de la enfermedad, En primer lugar, te daré pruebas de hecho, que son innegables, y te diré que a más de afirmarlos muchos autores, yo he visto muchos que después de haber recibido los Santos Sacramentos se han aliviado y mejorado, hasta el punto de recobrar enteramente la salud. Por ahora no te quiero decir que este alivio o recobro de salud en los enfermos provenga de algún milagro o gracia del Sa-

cramento, sino que es un efecto natural, aunque consiguiente, del Sacramento. Me explicaré por principios de filosofía: Entre el alma y el cuerpo media la unión más íntima que puedes figurarte; por manera que cuando el alma está afligida, triste y apesadumbrada, estas penas hacen eco en el cuerpo, el cual se pone también afligido y triste y melancólico, y al revés. Ahora bien: la mayor parte de las enfermedades consisten en una falta de equilibrio o desconcierto de humores. Por lo que, estando el cuerpo así indispuerto, comunica al alma su dolor y pena; entonces el alma, que quizá había estado adormecida por las pasiones, vicios y pecados, se despierta, y como un mar agitado por un terrible huracán se alborota, y como un estanque de agua cuyo fondo o suelo está lleno de lodo y cieno si se revuelve se levanta toda aquella inmundicia, cuando antes de revolverse parecía que ninguna tenía, así el alma empieza a temer la justicia de Dios y se le aumenta este temor con la memoria de los delitos, culpas y pecados de la vida pasada. Esto nos lo cuenta la Sagrada Escritura de Antíoco, que estando enfermo decía: *Ahora me acuerdo de los males que hice a Jerusalén*; esto pasó en Voltaire, en Rousseau y en muchísimos otros que podría referir, y este temor y espanto aumenta el dolor del cuerpo. En tal estado, el mejor o el úni-

co remedio eficaz que se puede dar al enfermo es que reciba los Santos Sacramentos, porque con una buena confesión se le arranca aquella espina del corazón, se le quita de encima el peso de sus pecados, cesan los remordimientos de su conciencia, el alma se pone en calma y empieza a disfrutar de una tranquilidad y alegría inexplicables. Entonces el alma comunica su tranquilidad al cuerpo, que recobra la calma y se pone en estado de poder recibir el efecto de los medicamentos, que son unos auxiliares de la naturaleza, mientras que cuando ésta no se halla en buen estado por más remedios que le apliquen nada se consigue.

Hasta aquí he hablado por principios de filosofía; ahora me quiero valer un poco de la sagrada teología, y te digo que por el pecado han venido a este mundo, hablando en general, las enfermedades y la muerte, y en particular debo decirte que muchísimas veces Dios las permite en castigo de los pecados personales; otras veces para conversión de los mismos pecadores, como de muchos se lee en las Santas Escrituras, que con la pena de la enfermedad abrieron los ojos que había cerrado la culpa. Ahora, pues, si no se quita la causa, ¿cómo se quitará el efecto? Si no se borra la culpa o el pecado por una buena confesión, ¿cómo se rebajará si-

quiera la pena, que es la enfermedad?

Vamos adelante: sabemos que comulgando se recibe a Jesucristo, que es Dios y Hombre verdadero, que es el mismo que daba vista a los ciegos, oído a los sordos, habla a los mudos; que curaba a los enfermos y aun resucitaba a los muertos, como refiere el Evangelio; sabemos que no está abreviada la mano de este Dios-Hombre, que el mismo es hoy que era entonces. Pues ¿por qué no hará ahora lo que hacía entonces? Pero cuidado, que no se pierda por culpa nuestra y por falta de fe y confianza, como ya sucedía a los de Nazaret, entre quienes por su poca fe no hacía Jesús los prodigios que obraba con otros; mas los que tenían fe y confianza, aunque fueran cananeos o extranjeros, sin más que tocar la orla de su vestido recobraban la salud, por más envejecidas y pertinaces que fuesen las dolencias.

Pues si basta tocar con fe y confianza la orla del vestido del Salvador, ¿por qué no bastará todo su cuerpo y sangre recibidos en el seno del enfermo? ¡Ay, que muchísimas veces es por falta de fe! Y la razón es clara, porque, ¿cómo se dirá que tiene fe y confianza aquel pariente que, en lugar de salir de casa, como hizo el príncipe de la sinagoga, llamado Jairo, que fué en busca de Jesús para que viniera a su casa a curar a una hija que tenía enferma, y Jesús fué y la resucitó;

en lugar, repito, de llamar a Jesús o a los Santos Sacramentos, hacen todo lo posible para que no venga, esperando al último apuro, y aun entonces, más por respetos humanos, porque no se diga que lo han dejado morir sin Sacramentos como un perro, porque no le entierren fuera del lugar sagrado, prevaleciendo estos respetos humanos sobre la fe y confianza que se debe tener en Jesucristo?

¡Ah, si entendieran bien esto los parientes y amigos! ¡Ah, si esto reflexionaran los enfermos! Estoy seguro que pedirían y procurarían más los Santos Sacramentos de lo que lo han hecho hasta aquí.

Y no sólo los amigos y parientes sino también los médicos serían más solícitos para que los enfermos recibieran a tiempo los Sacramentos, por dos razones: la primera, porque sería más honroso para ellos mismos curar los enfermos después de sacramentados; y la otra, porque estoy cierto que conseguirían más curaciones que de lo contrario por las razones alegadas. Creo que harían muy bien los médicos en reflexionar mucho sobre estas razones para preparar con los Sacramentos el buen éxito de sus remedios. Porque así como un pintor que desea obtener un feliz resultado de su trabajo procura, ante todo, disponer bien el lienzo a que ha de aplicar los co-

lores, pues descuidado esto es perdido todo trabajo, de la misma manera el médico ha de disponer bien al enfermo, y el mejor medio son los Santos Sacramentos.

A más de que han de tener presente los señores médicos que la salud es del Señor, y si no la da Dios, ya pueden ellos hacer lo que quieran, que nada conseguirán. He aquí la causa de que hay enfermedades que burlan a los médicos más sabios, quienes ven frustrados los efectos de los remedios más eficaces y sobre los que fundaban un feliz resultado. Por fortuna, la tierra del camposanto es tan caritativa, que todo lo oculta y disimula, y Dios lo permite a veces para humillar su orgullo, a fin de que entiendan que si Dios no da la salud y la vida, inútiles son todos sus esfuerzos. Yo conozco algunos médicos, y son muy amigos míos, que tan pronto como son llamados para visitar algún enfermo al momento invocan en su favor el dulcísimo nombre de Jesús, se valen de la intercepción de María Santísima, de San Rafael y de los santos médicos Cosme y Damián, y tan pronto como la enfermedad lo requiere, procuran que los enfermos reciban los Santos Sacramentos, y ellos, entre tanto, observando bien a los enfermos, estudiando el mal y recetando oportunamente, consiguen felicísimas curaciones, al paso que otros menos humil-

des y tan satisfechos de su saber que creen tener la salud y la vida en su mano, se ven burlados de continuo y atajados por su necio orgullo.

ADVERTENCIA

Se ha de procurar que cerca de la cama del enfermo estén las imágenes de Jesús crucificado y de María Santísima, y también un poco de agua bendita, para poder rociar alguna que otra vez su cama y aposento.

Cuando el enfermo se hallare muy malo, se procurará llamar algún sacerdote para su consuelo y alivio; y si esto no es posible, a lo menos alguno de los asistentes debe dirigirle alguna breve pero fervorosa jaculatoria, pues así como en lo corporal se le asiste con alguna cucharadita de cordial y medicina, así también en lo espiritual conviene que se le asista con alguna jaculatoria; pero siempre con el santo celo y prudencia cristiana, de manera que el pobre paciente quede confortado, mas no fatigado; y por esto se le advertirá que basta con que el corazón siga las aspiraciones o jaculatorias que oiga pronunciar, que se procurará que sean tales como conviene a la situación y demás circunstancias del enfermo.

§ V

Afectos y jaculatorias que podrán sugerirse al enfermo.

Dios mío, creo en Vos, que sois verdad infalible; espero en Vos, que sois mi-

sericordia inmensa; a Vos amo, que sois bondad infinita.

Señor, Dios mío, creo todo lo que manda creer la Santa Madre Iglesia católica.

NOTA.—Aquí el asistente dirá despacio y con devoción el *Credo*, y el enfermo lo repetirá con el corazón.

Dios mío, espero de vuestra misericordia que me perdonaréis todos mis pecados, y me concederéis la gracia, y finalmente la gloria.

Padre eterno, os pido el perdón de todos mis pecados por vuestra gran bondad y misericordia infinita; perdonadme, Padre mío.

Padre mío, os pido perdón de todos mis pecados por los méritos de vuestro Hijo Jesús.

Padre mío, os pido el perdón de todos mis pecados por los méritos e intercesión de María Santísima, Madre y Abogada de los pecadores.

Padre mío, os pido el perdón de todos mis pecados por los méritos e intercesión de todos los Santos y Angeles del cielo.

Padre mío, perdonadme todos mis pecados, así como yo de todo corazón perdono a todos los que me han ofendido y agraviado.

¡Oh, Jesús, Salvador mío, gran Dios de misericordia y bondad! Como perdonas-

teis a la Magdalena y a la mujer adúltera, perdonad a mi pobre alma pecadora; como perdonasteis al hijo pródigo, a Pedro y al buen Ladrón, perdonadme a mí también, que ya me pesa de todo corazón de haberos ofendido.

Madre mía, Virgen Santísima y Madre de Dios, apiadaos de mí, socorredme, alcanzadme una verdadera contrición de todos mis pecados, que ya me pesa en el alma de haberlos cometido.

NOTA. Aquí el asistente rezará el *Padrenuestro*, *Ave María*, *Salve* y *Acto de contrición* con pausa y devoción, y el enfermo seguirá con el corazón.

Contento estoy con perderlo todo por adquiriros a Vos, Dios mío, que sois todas mis cosas.

Dios mío, ¿cuándo os veré cara a cara y os amaré con todo mi corazón?

¿Cuándo, Jesús mío, estaré seguro de no perderos jamás?

¡Oh paraíso, oh patria dichosa, oh patria de amor, cuándo te veré!... ¡Cuándo te poseeré!...

¡Oh Dios eterno!: Espero y deseo amaros eternamente.

No permitáis, Dios mío, que me separe de Vos, Ninguna cosa deseo sino a Vos, bondad infinita.

Jesús, mi amor, fué crucificado por mí, yo también quiero morir por amor suyo.

¿Cómo podré, Dios mío, daros gracias

por tantos y tan inmensos beneficios como me habéis dispensado? Espero dáros-las eternamente en el cielo.

Os amo, Dios mío, con todo mi corazón, con toda mi alma, con todo mi entendimiento y con todas mis fuerzas.

¡Quién siempre os hubiera amado, Dios mío; quién nunca os hubiese ofendido!...

María, Madre de gracia, Madre de amor, Madre de misericordia, interceded por mí.

Santa María, Madre de Dios, rogad por mí, ahora y en la hora de mi muerte.

San José, abogado de los agonizantes, rogad por mí.

Angel santo de mi guarda, socorredme y defendedme de mis enemigos.

Angeles todos, asistidme, acompañadme al cielo para cantar con vosotros las eternas misericordias de Dios.

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía!

Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía.

Jesús, José y María, haced que descanse en paz con Vos el alma mía.

ADVERTENCIA. Estas jaculatorias se pueden repetir, o se puede insistir en la que más guste.

§ VI

Señales de muerte próxima.

Conviene tener algún conocimiento de las señales de muerte inminente, para que así puedan los que asisten al enfermo auxiliarle con oportunidad en tan apurado trance. Las principales señales son: cuando falta el pulso o está intermitente o intercadente; cuando tiene la respiración anhelosa; cuando sus ojos están hundidos y vidriosos, o más abiertos de lo acostumbrado; cuando se pone la nariz afilada y blanquecina en la extremidad; cuando sopla a manera de fuelle; cuando se pone el rostro pajizo, cárdeno y amoratado; cuando se baña la frente de un sudor frío; cuando el enfermo coge las hilachas y pelusillas de las sábanas: cuando se enfrían todas las extremidades, etc.

Las señales más próximas de que el enfermo va a expirar son: la respiración intermitente o lánguida; la falta de pulso; la contracción o rechinamiento de dientes; la destilación a la garganta; un débil suspiro o gemido; una lágrima que sale por sí misma; y el torcer la boca, los ojos y todo el cuerpo. Cuando el enfermo se halle en alguna de estas últimas señales, entonces el que le asiste le sugerirá con fervor y frecuencia, y dirigiendo la voz algo más recia a la frente, las jaculatorias siguientes:

En vuestras manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

Jesús mío, os encomiendo esta mi alma, que redimisteis con vuestra preciosísima sangre.

Jesús mío, quiero morir profesando vuestra fe; creo cuanto habéis revelado.

Jesús mío, mi amor, yo os amo, me pesa de haberos ofendido.

¡Oh mi Dios, se acerca el momento de veros y poseeros para siempre!

¡Oh, quién siempre os hubiera amado, quién nunca os hubiera ofendido!

¡Oh, María, Madre de Dios y Madre mía! Rogad por mí ahora que me hallo en la hora de mi muerte.

Jesús mío, salvadme.

María, Madre mía, amparadme.

San José glorioso, asistidme.

Arcángel San Miguel, socorredme; libradme de los enemigos.

Angel santo, custodio mío, acompañadme a la presencia de Dios.

Angeles todos, venid a mi socorro, que me hallo en necesidad de vosotros.

Santos y santas, auxiliadme y alcanzadme una buena muerte. Amén.

ADVERTENCIAS

Mientras el que asiste vaya sugiriendo al enfermo estas jaculatorias, los demás parientes y amigos se hincarán de rodillas delante de alguna imagen de María Santísima en el mismo aposento del enfermo o en otro

y rezarán el santo *Rosario* y las *Letanías* de Nuestra Señora. Así podrán ayudar mejor al enfermo que no estando alrededor de la cama llorando, gimiendo y aumentando la pena al pobre moribundo.

Bastará que estén con él uno o dos para lo que pueda ofrecerse, y los demás que se recojan a orar hasta que haya expirado.

Luego que haya muerto el enfermo, el sacerdote o alguno de los asistentes dirá a los demás que han presenciado la enfermedad y muerte de aquél: «Señores y hermanos míos: el señor N. acaba de expirar; acaba de sufrir una pena en que incurrió en el momento mismo que empezó a existir en la tierra; ha satisfecho una deuda que todos hemos de pagar. El Espíritu Santo dice que es bueno asistir a la casa de lluto, porque así se piensa en qué se ha venir a parar. En efectó: todos hemos de venir a parar en ese trance, todos hemos de morir; pero no sabemos si moriremos en casa y en la cama como éste, o si en algún lugar desierto, faltos de todo y por ninguno asistido. Ignoramos si nuestra muerte será repentina o pausada, como la de nuestro hermano, que ha tenido tiempo para recibir los Santos Sacramentos. Tal vez nosotros no tendremos tiempo; y por esto debemos estar siempre preparados y dispuestos, a fin de que seamos salvos, porque de nada nos aprovecharía ganar el mundo entero si perdiésemos el alma. Procuremos, pues, vivir santamente, ejercitándonos en obras buenas, que son el único tesoro que nos llevamos al otro mundo; lo demás, ya lo ven ustedes, todo se ha de dejar, como lo acabamos de presenciar en este señor. Encomendemos a Dios el alma del difunto».

Es cosa muy buena lo que algunos hacen, que cuando se les muere alguno que aman mucho, van luego a confesar y comulgar, y le aplican el mérito de los Sacramentos recibidos; a este mismo fin ofrecen al Señor las misas que pueden oír, hacen algunas limosnas a los pobrecitos, y les suplican que rueguen por el alma del difunto.

Dichosos los que así usan de misericordia para con los difuntos, pues ellos, por cierto, alcanzarán misericordia. Esto es lo que deben hacer, y no otras vanas tradiciones que algunos observan, los que, en lugar de practicar estas obras de caridad y piedad cristiana, aun omiten las de obligación.

No se olviden los albaceas de cumplir luego las disposiciones testamentarias. Cumplamos todos bien nuestras obligaciones; que Dios en pago nos dará en este mundo la gracia, y en el otro la gloria. Amén.

Todo cristiano, a lo menos una vez cada mes, debería leer y acompañar con el corazón el siguiente

ACTO DE ACEPTACIÓN DE LA MUERTE

Adoro, Dios mío, vuestro ser eterno: pongo en vuestras manos el que me habéis dado, y que ha de cesar por la muerte en el instante en que Vos lo hayáis dispuesto. Acepto esta muerte con sumisión y espíritu de humildad en unión de la que sufrió mi Señor Jesucristo, y espero que con esta aceptación mereceré vuestra misericordia para salir felizmente de un paso tan terrible.

Deseo haceros por mi muerte un sacrificio de mí mismo, rindiendo el debido homenaje a la grandeza de vuestro ser por la destrucción del mío. Deseo que mi muerte sea un sacrificio de expiación, que aceptéis Vos, para satisfacer a vuestra justicia por tantas ofensas, y con esta esperanza acepto todo lo que tiene la muerte de más horrible para los sentidos y la naturaleza.

Consiento, ¡oh Dios mío!, en la separación del alma de mi cuerpo, en castigo de lo que por mis pecados me he separado de Vos. Acepto la privación del uso de mis sentidos en satisfacción de las ofensas que por ellos he cometido.

Acepto, Señor, que mi cuerpo sea escondido en la tierra y pisado, para castigar el orgullo con que he procurado hacerme ver de las criaturas; acepto que ellas no se acuerden más de mí en castigo del gusto que he tenido en que me amasen; acepto la soledad y horror del sepulcro, para reparar mis disipaciones y entretenimientos peligrosos; acepto, en fin, la reducción de mi cuerpo a polvo y ceniza y que sea pasto de los gusanos, en castigo del amor desordenado que le he tenido.

¡Oh polvo! ¡Oh gusanos! Yo os recibo como los instrumentos de la justicia de mi Dios para castigar la soberbia y orgullo, que me han hecho rebelde a sus preceptos; reparad las injusticias que le he

hecho, destruíd este cuerpo de pecado, este enemigo de Dios, y haced triunfar el poder del Criador sobre la flaqueza de su indigna criatura. A todo me sujeto, ¡oh Dios mío!, como también a la sentencia que vuestra divina justicia quiera dar a mi alma en el momento de mi muerte.

ORACIÓN PARA ALCANZAR BUENA
MUERTE (1)

¡Jesús, Señor, Dios de bondad, Padre de misericordia! Yo me presento ante Vos con un corazón contrito, humillado y confuso, y os encomiendo mi última hora y lo que después de ella me espera.

Cuando mis pies, perdiendo su movimiento, me adviertan que mi carrera en este mundo está próxima a su fin,

R. Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Cuando mis manos, trémulas y torpes, ya no puedan sostener el Crucifijo, y a pesar mío lo deje caer sobre el lecho de mi dolor,

R. Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Cuando mis ojos, vidriados y contor-

(1) Tiene concedida indulgencia de cien días y plenaria al mes, con las condiciones de costumbre.

cidos por el horror de la inminente muerte, fijaren en Vos sus miradas lánguidas y moribundas,

R. Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Cuando mis labios, fríos y convulsos, pronunciarén por última vez vuestro adorable nombre,

R. Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Cuando mi cara, pálida y amoratada, cause lástima y terror a los circunstantes, y mis cabellos bañados del sudor de la muerte, erizándose en mi cabeza, anunciaren que está cercano mi fin,

R. Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Cuando mis oídos, próximos a cerrarse para siempre a las conversaciones de los hombres, se abrieren para oír la sentencia irrevocable que fijará mi suerte por toda la eternidad,

R. Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Cuando mi imaginación, agitada por horriblos y espantosos fantasmas, quede sumergida en mortales congojas, y mi espíritu, perturbado por el temor de vuestra justicia al acordarse de mis iniquidades, luchare contra el infernal enemigo, que quisiera quitarme la esperanza en vuestras misericordias y precipitarme en los horrores de la desesperación,

R. Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Cuando mi corazón, débil y oprimido por el dolor de la enfermedad, estuviere sobrecogido por el temor de la muerte, fatigado y rendido por los esfuerzos que habrá hecho contra los enemigos de mi salvación,

R. Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Cuando derrame mis últimas lágrimas, síntoma de mi destrucción, recibidas, Señor, como un sacrificio de expiación, a fin de que yo muera como víctima de penitencia; y en aquel momento terrible,

R. Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Cuando mis parientes y amigos, juntos alrededor de mí, se estremezcan al ver mi situación y os invoquen por mí,

R. Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Cuando, perdido el uso de los sentidos, el mundo todo desapareciere de mi vista, y yo gima entre las angustias de la última agonía y los afanes de la muerte,

R. Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Cuando los últimos suspiros del corazón empujen mi alma a que salga del cuerpo, aceptadlos, Señor, como hijos

de una santa impaciencia de ir hacia Vos, y entonces,

R. Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Cuando mi alma salga para siempre de este mundo y deje mi cuerpo pálido, frío y sin vida, aceptad la destrucción de él como un homenaje que rendiré a vuestra Divina Majestad, y en aquella hora,

R. Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

En fin, cuando mi alma comparezca ante Vos y vea por primera vez el esplendor de vuestra Majestad, no la arrojáis de vuestra presencia; dignaos recibirme en el seno de vuestra misericordia, para que cante eternamente vuestras alabanzas,

R. Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

¡Oh Dios, que, habiéndonos condenado a muerte, nos habéis ocultado el momento y la hora de la misma!: Haced que viviendo yo justa y santamente pueda merecer salir de este mundo en vuestra gracia y santo amor. Por los méritos de nuestro Señor Jesucristo, que junto con el espíritu Santo vive y reina con Vos. Así sea.

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía.

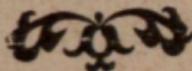
Jesús, José y María, expire en paz con Vos el alma mía.

INDULGENCIA PLENARIA

PARA LA HORA DE LA MUERTE

Como a muchos sorprende la muerte sin darles tiempo para ganar indulgencias, el Padre Santo Pío X concedió una plenaria para el artículo de la muerte a todos aquellos que una vez en su vida, en un día a elección, después de confesar y comulgar, hubiesen hecho con verdadero espíritu de caridad el siguiente acto de aceptación:

¡Señor, Dios mío!: Desde este momento, con ánimo sereno y resignado, acepto de vuestras manos cualquier género de muerte que os plazca mandarme, con todos los dolores, penas y angustias que la acompañen.



RECOMENDACIÓN DEL ALMA

SEGÚN EL RITUAL ROMANO

Letanía de los agonizantes.

Señor,	<i>ten piedad de él</i>	o ella (1).
Jesucristo,	—	—
Señor,	—	—
Santa María,	<i>ruega por él</i>	(o ella).
San Abel,	—	—
Coro de los justos,	—	—
San Abraham,	—	—
San Juan Bautista,	—	—
San José,	—	—
Santos Patriarcas y		
Profetas,	<i>rogad</i>	—
San Pedro,	<i>ruega</i>	—
San Pablo,	—	—
San Andrés,	—	—
San Juan,	—	—
Santos Apóstoles y		
Evangelistas,	<i>rogad</i>	—
Santos Discípulos del		
del Señor,	—	—
Santos Inocentes,	—	—
San Esteban,	<i>ruega</i>	—
San Lorenzo,	—	—
Santos Mártires,	<i>rogad</i>	—
San Silvestre,	<i>ruega</i>	—
San Gregorio,	—	—
San Agustín,	—	—
Santos Pontífices y		
Confesores,	<i>rogad</i>	—
San Benito,	<i>ruega</i>	—
San Francisco,	—	—

(1) Si se rezan por una moribunda se reemplazan con las palabras «ella, sierva, hermana», las de «él, siervo, hermano».

San Camilo,	<i>ruega por él</i> (o ella).	
San Juan de Dios,	—	—
Santos Monjes y Ermitaños,	<i>rogad</i>	—
Santa María Magdalena,	<i>ruega</i>	—
Santa Lucía,	—	—
Santas Vírgenes y Viudas.	<i>rogad</i>	—
Stos. y Stas. de Dios,	<i>interceded</i>	—
Séle propicio,	<i>perdónale, Señor.</i>	
Séle propicio,	<i>librale, Señor.</i>	
Séle propicio,		—
De tu cólera,		—
Del peligro de la muerte,		—
De la mala muerte,		—
De las penas del infierno,		—
De todo mal,		—
Del Poder del demonio,		—
Por tu Natividad,		—
Por tu Cruz y Pasión,		—
Por tu muerte y sepultura,		—
Por tu gloriosa Resurrección,		—
Por tu admirable Ascensión,		—
Por la gracia del Espíritu consolador,		—
En el día del juicio,		—
Así te lo pido, aunque pecadores,	<i>óyenos, Señor.</i>	
Te rogamos que le perdones.	—	
Señor,	<i>ten misericordia de él.</i>	
Jesucristo,	—	
Señor,	—	

Hallándose el enfermo en la agonía se dirá la siguiente

ORACIÓN

Sal de este mundo, alma cristiana, en nombre de Dios Padre Todopoderoso, que te crió; en nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que padeció por ti; en nombre del Espíritu Santo, que en ti se infundió; en nombre de la gloriosa y santa Virgen María, Madre de Dios; en nombre del bienaventurado José, ínclito Esposo de la misma Virgen; en nombre de los Angeles y Arcángeles; en nombre de los Tronos y Dominaciones; en nombre de los Principados y Potestades; en el de los Querubines y Serafines; en el de los Patriarcas y Profetas; en el de los santos Apóstoles y Evangelistas; en el de los santos Mártires y Confesores; en el de los santos Monjes y Ermitaños; en nombre de las santas Vírgenes y de todos los Santos y Santas de Dios.

Sea hoy en paz tu descanso y tu habitación en la Jerusalén celestial.
Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

ORACIÓN

¡Oh Dios de bondad, Dios clemente, Dios que, según la multitud de tus misericordias, perdonas a los arrepentidos, y por la gracia de una entera remisión borras las huellas de nuestros crímenes pasados! Dirige una mirada compasiva a tu siervo N.; recibe la humilde confesión que te hace de sus culpas, y concédele el perdón de todos sus pecados. Padre de misericordia infinita, repara en él todo lo que corrompió la fragilidad humana y manchó la malicia del demonio; júntale para siempre con el cuerpo de la Iglesia, como miembro que fué redimido por Jesucristo. Ten, Señor, piedad de sus gemidos, compadécete de sus lágrimas, y puesto que no espera sino en tu misericordia, dignate dispensarle la gracia de la perfecta reconciliación. *Por Jesucristo, etcétera.*

ORACIÓN

Te recomiendo a Dios Todopoderoso, mi querido hermano (o hermana), y te pongo en las manos de Aquél de quien eres criatura, para

que después de haber sufrido la sentencia de muerte, dictada contra todos los hombres, vuelvas a tu Criador que te formó de la tierra. Ahora, pues, que tu alma va a salir de este mundo, salgan a recibirte los gloriosos coros de los Angeles y los Apóstoles, que deben juzgarte; vengan a tu encuentro con el ejército triunfador de generosos Mártires; rodéete la multitud brillante de Confesores; acójate con alegría el coro radiante de Vírgenes, y sé para siempre admitido con los santos Patriarcas en la mansión de la venturosa paz. Anímete con grande esperanza San José, dulcísimo Patrón de los moribundos; vuelva hacia ti benigna sus ojos la santa Madre de Dios; preséntese a ti Jesucristo con rostro lleno de dulzura, y colóquete en el seno de los que rodean el trono de su divinidad. No experimentes el horror de las tinieblas ni los tormentos del suplicio eterno. Huya de ti Satanás con todos sus satélites, y, al verte llegar rodeado de Angeles, tiemble y vuélvase a la triste morada donde reina la noche eterna. Levántese Dios, y disípanse sus enemigos, y

desvanézcense como el humo. A la presencia de Dios desaparezcan los pecadores, como la cera se derrite al calor del fuego, y regocíjense los justos, como en una fiesta perpetua, ante la presencia del Señor. Confundidas sean todas las legiones infernales; ningún ministro de Satanás se atreva a estorbar su paso. Líbrete de los tormentos Jesucristo, que fué crucificado por ti; colóquete Jesucristo, Hijo de Dios vivo, en el jardín siempre ameno de su paraíso, y verdadero Pastor como es, reconózcate por una de sus ovejas. Perdónete misericordioso todos tus pecados; póngate a su derecha entre los elegidos, para que veas a tu Redentor cara a cara, y morando siempre feliz a su lado, logres contemplar la soberana Majestad y gozar de la dulce vista de Dios, admitido en el número de los Bienaventurados, por todos los siglos de los siglos. R. *Así sea.*

ORACIÓN

Señor: Recibe a tu siervo en el lugar de la salvación que espera de tu misericordia. R. *Así sea.*

Señor: Libra el alma de tu sier-

vo de todos los peligros del infierno, de sus castigos y males. R. *Así sea.*

Señor: Libra su alma como preservaste a Henoch y Elías de la muerte común a todos los hombres. R. *Así sea.*

Señor: Libra su alma, como libraste a Noé del diluvio. R. *Así sea.*

Señor: Libra su alma, como libraste a Abraham de la tierra de los Caldeos. R. *Así sea.*

Señor: Libra su alma, como libraste a Job de sus padecimientos. R. *Así sea.*

Señor: Libra su alma, como libraste a Isaac de su padre Abraham cuando iba a inmolarle. R. *Así sea.*

Señor: Libra su alma, como libraste a Lot de Sodoma y de la lluvia de fuego. R. *Así sea.*

Señor: Libra su alma, como libraste a Moisés de las manos de Faraón, rey de Egipto. R. *Así sea.*

Señor: Libra su alma, como libraste a Daniel del lago de los leones. R. *Así sea.*

Señor: Libra su alma, como libraste a los tres jóvenes del horno encendido y de las manos del rey impío. *Así sea.*

Señor: Libra su alma, como libraste a Susana del falso testimonio. R. *Así sea.*

Señor: Libra su alma, como libraste a David de las manos de Saúl y Goliat. R. *Así sea.*

Señor: Libra su alma, como libraste a San Pedro y San Pablo de las prisiones. R. *Así sea.*

Y como libraste a la bienaventurada Tecla, virgen y mártir, de los más crueles tormentos, dignate librar el alma de tu siervo, y permítele gozar a tu lado de los bienes eternos. R. *Así sea.*

ORACIÓN

Te recomendamos el alma de tu siervo N., y te pedimos, Señor Jesucristo, Salvador del mundo, por la misericordia con que bajaste por ella del cielo a la tierra, que no le niegues un lugar en la morada de los Santos Patriarcas.

Reconoce, Señor, tu criatura, obra no de dioses extraños, sino tuya, Dios único, vivo y verdadero, porque no hay otro Dios más que Tú, y nadie te iguala en tus obras. Haz, Señor, que tu dulce presencia llene su alma de alegría; olvida sus ini-

quidades pasadas y los extravíos a que fué arrastrada por sus pasiones; porque, aun cuando pecó, no ha renunciado a la fe del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sino que ha conservado el celo del Señor y ha adorado fielmente a Dios, Creador de todas las cosas.

Te pedimos, Señor, que olvides todos los pecados y faltas que en su juventud cometió por ignorancia, y, según la grandeza de tu misericordia acuérdate de él en el esplendor de tu gloria. Ábransele los cielos y regocíjense los Angeles con su llegada. Recibe, Señor, a tu siervo N. en tu reino. Recíbale San Miguel Arcángel, caudillo de la milicia celestial; salgan a su encuentro los santos Angeles y condúzcanle a la celeste Jerusalén. Recíbale el Apóstol San Pedro, a quien entregaste las llaves del reino celestial. Socórrale el Apóstol San Pablo, que mereció ser vaso de elección, e interceda por él San Juan, el apóstol querido, a quien fueron revelados los secretos del cielo. Rueguen por él todos los santos Apóstoles, a quienes Dios concedió el poder de absolver y de retener los pecados; inter-

cedan por él todos los santos elegidos de Dios, que sufrieron en este mundo por el nombre de Jesucristo, a fin de que, libre de los lazos de la carne merezca entrar en la gloria celestial por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN

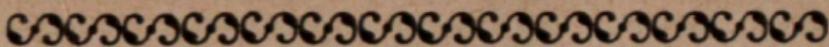
La clementísima Virgen María, Madre de Dios, piadosísima consoladora de los afligidos, encomiende a su Hijo el alma de su siervo (o sierva) N., para que por su intercesión maternal no tema los horrores de la muerte, sino que entre gozoso en su compañía en la deseada mansión de la Patria celestial. Amén.

ORACIÓN

A Vos recurro, San José, Patrón de los moribundos, y a Vos, en cuyo tránsito asistieron solícitos Jesús y María, os encomiendo encarecidamente por ambas prendas carísimas el alma de vuestro siervo (o sierva) N., que se halla en la última

agonía; para que bajo vuestra protección, se vea libre de las asechanzas del diablo y de la muerte perpetua y merezca llegar a los gozos eternos de la Gloria. Por Jesucristo, Nuestro Señor. Amén.





NOVENA

EN SUFRAGIO DE LAS

SANTAS ALMAS DEL PURGATORIO

RAZONES POR LAS QUE LOS VIVOS DEBEN
AYUDAR Y SOCORRER A LOS DIFUNTOS

Las almas de los difuntos que están detenidas en el purgatorio deben ser socorridas por los vivos por cuatro razones: la primera es de justicia, y ésta comprende a los herederos, albaceas y a todos aquellos que se encarguen de cumplir las voluntades de los difuntos, explicadas en sus testamentos, u otras disposiciones, los cuales pecan mortalmente siempre que por su culpa retarden el cumplimiento de dichas disposiciones y voluntades, y no pueden ser absueltos hasta que hayan dado al tal encargo el debido cumplimiento. Cuándo y cómo hayan de restituir a las almas los que por su culpa omitieran dichos encargos, lo decidirá un confesor docto y temeroso de Dios.



Reina del Purgatorio, alivia en sus penas
a las almas de tus devotos.

La segunda es de caridad, esto es, de aquella virtud que, después de Dios, nos manda amar al prójimo como a nosotros mismos. Y como este amor de caridad no consiste en palabras, sino en obras, es consiguiente que nos obliga a hacer todo el bien que podamos buenamente en sufragio y alivio de los difuntos. Esta razón comprende a los hijos e hijas con respecto a sus padres y a los padres y madres con respecto a sus hijos e hijas, a los maridos con respecto a sus mujeres, y a éstas con respecto a sus maridos. Y para decirlo en una palabra, a todos los que heredaron bienes de los difuntos, a los cuales, aunque hayan satisfecho lo que debían de justicia, haciendo los sufragios que ellos se dejaron señalados, les quedan, sin embargo, deudores por razón de caridad. La cual, si realmente es debida a todo prójimo, lo es mucho más a los que no pudieron ser más prójimos, como son padres e hijos, maridos y mujeres, y así de los demás parientes. Esta razón es tan clara, que lo contrario no sólo es falta de caridad, sino sobrada inhumanidad; tener más de irracional que de cristiano y de persona sensible. Por lo que mira a los herederos, sean o no parientes, ¿no es un descaro insufrible olvidarse de los difuntos cuando se sustentan, visiten y regalan con sus bienes?... ¿En dónde podrá hallarse mayor ingratitud?

La tercera razón es de compasión, y esta es general, y comprende a cuantos tienen corazón y que quizá se hallarán después en semejante necesidad, según aquel adagio: *Hijo eres; padre serás; cual hicieres, tal habrás*. Esta razón se funda en aquellas dos sentencias del Evangelio: *Bienaventura-*

dos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Todo lo que queréis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo también vosotros con ellos. Si te hallases en el purgatorio, ¿qué quisieras? Ser socorrido con todo género de sufragios; haz, pues, cuanto buenamente puedas por las almas del purgatorio. El apóstol nos enseña a llorar con los que lloran; con miseria que se halla hasta en el gentil, con tal que sea racional. Si, pues, aquellas almas lloran noche y día, ¿será posible que, siendo tú cristiano, no te merezcan un poco siquiera de compasión? ¡Oh, quién pudiera llorar tantas lágrimas que bastasen para apagar el fuego que aflige a aquellas almas benditas! ¡Oh, quién derramase por ellas las lágrimas que Jeremías deseaba derramar por su pueblo!

La cuarta razón es de propia conveniencia, porque en ningún género de necesitados es tan seguro el agradecimiento como en las almas del purgatorio. En esta vida los malos casi siempre son ingratos; y los buenos pueden serlo, así como pueden malearse. Pero aquellas almas no pueden dejar de estar agradecidísimas, porque no pueden dejar de ser santas. Por esto claman incessantemente por los bienhechores, y el Señor las atiende porque están en su gracia; y clamarán aún más, y serán mejor oídas cuando suban al cielo. Y como el favor que se les hace acelerándolas la posesión de la gloria es incomprensible, así la eficacia con que ellas claman a Dios por sus bienhechores es imponderable.

Esto sentado, como estas cuatro razones resplandecen maravillosamente en la Pa-

sión de Cristo nuestro Señor, porque con ella y con su muerte santísima satisfizo de justicia al eterno Padre por nuestros pecados, mostró hacia nosotros una caridad que el Apóstol llama excesiva, una compasión que supera a la que una madre cariñosa tiene a su hijo, y finalmente, ya que no reciba de nosotros más que ingratitudes, asegurará el eterno Padre la recompensa de sus penas en el nombre dulcísimo de Jesús, que es nombre sobre todos los nombres; por esto, ¡oh cristiano y cristiana!, te remito a la fervorosa meditación de la Pasión del Señor, para que en la consideración de aquellas penas, de aquellas afrentas, de aquellos desamparos aprendas a tener la debida compasión de tu alma primeramente, y después de las del purgatorio. Pero, por cuanto la Pasión de Cristo es inseparable de los Dolores de María, en el Corazón amoroso y doloroso de esta Señora divina hallarás un mar de lágrimas para llorar tus culpas y aquellas penas, asegurándote que Jesús y María te conservarán en gracia, y por fin, o te librarán del todo del purgatorio, o a lo menos harán que sea poco el tiempo que estés en él.

CIRCUNSTANCIAS QUE DEBEN ACOMPAÑAR

A ESTA NOVENA

Primera: ponerse en gracia de Dios, haciendo una buena y santa confesión y luego recibir con humildad y fervor la sagrada Comunión. Segunda: oír misa todos los días de la novena, y escuchar con dócil atención los sermones, si las ocupaciones lo permiten. Tercera: ir a la iglesia con mucha modestia, y estar en ella como quien está en la pre-

sencia del Santísimo Sacramento y en la casa del Señor, que no es casa de negocios ni casa de conversación, sino de silencio, oración y devoción. Cuarta: si al entrar, salir o estar en la iglesia sucede algún trance que mortifique, sufrirlo con paciencia y ofrecer aquella mortificación en sufragio de las almas, y lo mismo digo de las mortificaciones que sobrevengan entre día. Quinta (que cinco han de ser, en honor de las cinco llagas de Cristo): huir, más que de la muerte, de todas las ocasiones de pecar.

SUFRAGIOS CON QUE PUEDEN SER AYUDADAS
LAS ALMAS

Primeramente, celebrar o hacer celebrar y oír el santo sacrificio de la Misa, que no es necesario que sea de *Requiem* para que sirva de sufragio a las almas. Procuren, pues, los reverendos sacerdotes celebrarla con toda devoción, suplicando al Señor que por este medio apague el fuego del purgatorio; los seglares procuren hacerlas celebrar, o a lo menos oírlas devotamente.

Refiérese en el tomo tercero de los Anales de Boverio, que Nuestro Señor reveló a un religioso capuchino las penas del purgatorio, y mirando afligido las que padecían aquellas benditas almas, vió entrar dos Angeles en aquel estanque de fuego: el uno llevaba un vaso preciosísimo lleno de sangre de Cristo nuestro Señor, que se había ofrecido en el altar por aquéllas; el otro tenía un hisopo en la mano, con el cual iba tomando de aquella preciosísima sangre e iba rociando a las benditas almas que allí padecían, y cuantas recibían alguna gota de aquel divi-

no licor quedaban al punto limpias, puras y más resplandecientes que el sol; indicando con ello el Señor cuán eficaz sea el sacrificio de la Misa para librar de aquellas penas a las almas. Añádase a esto la sagrada Comunión y la recepción de los demás Sacramentos, pues que todos son fuentes perennes de gracia y de salud espiritual.

Lo segundo, con la oración, ora sea puramente mental, ora vocal ayudada de la mental; la primera, porque además de ser impetratoria, que es propio de toda oración y quiere decir que es hábil y a propósito para alcanzar favores y gracias en beneficio del que la hace y de las personas por quienes se intenta pedir a Dios, participa también de la razón de obra satisfactoria en la mortificación de estar postrado, arrodillado y otras penalidades que sólo entienden los que de veras quieren tener este género de oración; y la segunda, que será más fructuosa cuando fuere más acompañada de la mental, esto es, de la intención recta y atención devota a lo que se rece, consiste en rezar el Rosario a la Santísima Virgen, el Oficio de difuntos, los salmos penitenciales y otra cualquier devoción, con tal que sea aprobada o permitida por la Santa Iglesia. El que no entiende la sagrada Escritura, que se deje de salmos y rece el Rosario, porque en tal caso entiende lo que reza y, por consiguiente, tendrá más devoción.

Lo tercero, las obras penales, que son satisfactorias, esto es, que son proporcionadas para hacer penitencia y dar satisfacción por nuestras culpas a la majestad divina; tales son: el ayuno, limosna, disciplinarse, cilicio, besar la tierra, estarse en cruz, y todo géne-

ro de cristiana mortificación. Advierto que a los que no pueden ayunar sin ser notados les es muy fácil privarse de este o de aquel bocado regalado, privarse de visitas curiosas o de alguna otra lícita recreación de los sentidos, cosa que nadie o casi nadie advierte y delante de Dios es de mucho valor.

Lo cuarto, tomar bulas de difuntos y ganar las indulgencias a ellos concedidas, que son todas las que pueden aplicarse a las almas del purgatorio. Son innumerables las que se ganan con la bula de la Cruzada: los cofrades del Rosario y los que profesan la tercera regla del Seráfico Padre San Francisco pueden ganar muchísimas, y todos, andando las estaciones del *Vía Crucis*; también se ganan muchas llevando el escapulario del Carmen por el que son tan asistidas las almas en el sábado; también llevando el cordón de San Francisco o la correa de San Agustín, y finalmente por muchas otras devociones; porque los Sumos Pontífices han sido generosos en conceder indulgencias, porque saben que es el medio más fácil para remediar a los vivos y a los difuntos (véase páginas 365 y siguientes).

Lo quinto, todas las buenas obras, los trabajos, enfermedades, las afrentas sufridas con paciencia se pueden ofrecer a Dios junto con los méritos de la Pasión de Cristo y Dolores de la Santísima Virgen, en sufragio de aquellas almas que, pudiendo valernos mucho a nosotros, a sí mismas no pueden valerse. Y, por lo tanto, agradecidísimas a nuestra misericordia, nos alcanzarán, entre otros favores, que el Señor nos guíe por el camino del cielo, en donde ellas y nosotros descansaremos para siempre. Amén.

ADVERTENCIAS

Esta novena puede hacerse en todo tiempo del año, y será muy del caso hacerla cuando se desea algún particular favor del Señor, ya sea para el mismo que la hace, ya sea para algún tercero; porque es un medio muy proporcionado para obligar a Dios el hacer esta espiritual limosna a aquellas encarceladas y afligidas esposas suyas.

Los que se hallan enfermos e imposibilitados de ir a la iglesia, podrán hacer esta novena en casa, delante de la imagen de Jesucristo o de la Virgen María.

El que no sepa leer hará la novena rezando cada día de los nueve y con mucha devoción y pausa, cinco *Padrenuestros* y cinco *Avemarias* a las cinco llagas de Jesús y siete *Avemarias* a los siete dolores de la Santísima Virgen María, pidiendo el alivio de las penas que padecen las almas en el purgatorio.

MODO DE HACER ESTA NOVENA

Hecha la señal de la cruz y considerando que Dios mira y penetra el interior de tu corazón, procurarás hacer un fervoroso acto de contrición; después pedirás al Señor una intención recta y pura en el novenario y en todas las demás obras del día. Si te sientes en conciencia de pecado mortal, la primera diligencia debería ser confesarte. Mas si no te hallas en disposición de hacerlo, ofrece principalmente el novenario a las almas, a fin de que te alcancen misericordia para confesarte bien o en el medio o al fin de ella. Luego

rezarás la oración siguiente, no de corrida, sino despacio, y así en los demás días.

ACTO DE CONTRICIÓN

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Criador, Padre y Redentor mío, por ser Vos quien sois, bondad infinita, y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón de haberos ofendido, y me pesa de que no me pese más. Propongo firmísimamente no volver a pecar y huir de las ocasiones de ofenderos. Ofrézcoos mi vida, obras y trabajos en satisfacción de mis culpas y pecados; y confío en vuestra clemencia infinita que me perdonaréis por los méritos de vuestra preciosísima Sangre, y por los dolores y lágrimas de la Santísima Virgen, Madre y Señora nuestra, y que me daréis gracia para enmendarme y perseverar hasta la muerte. Amén.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh dulcísimo Jesús!: Si clavado en esa cruz sois padre de miserables, por ser padre de misericor-

días, usad conmigo de vuestra gran misericordia, porque yo soy el más vil y miserable pecador. Por vuestra pasión santísima, mirad con ojos compasivos a mi alma y a todas las del Purgatorio; y por los dolores y amarguras de vuestra divina Madre, madre piadosísima y refugio de pecadores, concededme un verdadero dolor de mis culpas, y librad a las almas de aquellas penas, dándoles en la gloria el descanso que les prometisteis. Amén.

DÍA PRIMERO

Hechas las diligencias indicadas, y que en primer lugar deben practicarse cada día, rezarás la siguiente oración adorando los sagrados pies de Cristo clavado en la cruz.

ORACIÓN

Redentor mío, amor de las almas puras: Por el dolor y paciencia que tuvisteis cuando os clavaron en la cruz, traspasad mi alma con el clavo de vuestro santo temor, y dirigidme por el camino de vuestra divina ley. Postrado a vuestros pies os adoro, dulcísimo Jesús, y por la pena que sufrió vuestra dolorosa

Madre os suplico que libréis a las almas de aquellas penas, llevándolas al eterno descanso de la gloria. Amén.

Se rezarán cinco Padrenuestros y cinco Ave Marías en reverencia de las cinco llagas de Jesucristo y en sufragio de las almas del purgatorio, con la siguiente jaculatoria: ¡Eterno Padre: por la preciosísima Sangre de Jesús, misericordia! Señor, dadles el eterno descanso y que la luz eterna les alumbré (1). Luego se dirá la siguiente

ORACIÓN

¡Oh buen Jesús, Rey de la gloria! Librad de las penas del purgatorio a las almas de los finados. Libradlas, Señor, de las penas y dolores que padecen, por lo que Vos y vuestra Madre dolorosa padecisteis en el Calvario. En sufragio de todas ellas os ofrecemos, Dios mío, nuestras súplicas, penitencias y suspiros, junto con un verdadero arrepentimiento de nuestros pecados. Aceptad, Señor, esta deprecación, y haced que el Arcángel San Mi-

(1) Rezando cinco veces el *Padrenuestro*, *Ave Maria* y la jaculatoria predicha, se ganan trescientos días de indulgencia, y *plenaria* al mes con las condiciones de costumbre.

guel, que destinasteis para tal oficio, pase las benditas almas, de la oscuridad y tristeza de las penas, a la luz y alegría de la gloria. Amén.

Aquí, pensando en las penas acerbadas que las santas almas padecen en el purgatorio, excitará cada uno su devoción, pidiendo interiormente a Cristo crucificado lo que intenta alcanzar como fruto de esta novena y el alivio de las santas almas. (Y después se rezará el responso o se cantarán los lamentos de las almas que están a lo último, página 451 y sgg.)

DIA SEGUNDO

Hecho el acto de contrición y dicha la oración ¡Oh dulcísimo Jesús!, etc., como en el primer día se dirá la siguiente

ORACIÓN

¡Oh mano derecha del Salvador, mano de los predestinados!: ¡Cuánto os cuesta la redención de los pecadores, que os tienen clavado en esa cruz! Éstaos siempre, Dios mío, a mi derecha, para que esté yo a la vuestra en el día del juicio final. Por ese dolor que sufristeis, y por los que sufrió vuestra adolorida Madre, obra singular de vuestra diestra, alargadla compasivo a las almas

del purgatorio. Ya que os dignasteis predestinarlas en gracia, dadles el fruto de la predestinación en la eterna gloria. Amén.

Cinco Padrenuestros, etc., y la oración ¡Oh buen Jesús!, etc., y se concluirá como en el primer día, pág. 442.

DIA TERCERO

Hecho el acto de contrición y dicha la oración ¡Oh dulcísimo Jesús!, etc., como en el primer día, se dirá la siguiente

ORACIÓN

Dulcísimo Jesús: Si vuestra mano izquierda, aunque tan divina como la derecha, señala a los réprobos que serán condenados, adoro vuestra soberana justicia, y temblando de temor de ser uno de los réprobos por la multitud y gravedad de mis pecados, os suplico que me paséis de la izquierda a la diestra, pues que apelo del rigor de vuestra justicia a la dulzura de vuestra misericordia. Y por los dolores de la Reina de los Angeles, cuyos verdaderos devotos nunca serán réprobos, os ruego humildemente que paséis las almas del purgatorio al cie-

lo, del trabajo al descanso de la gloria, en donde alaben vuestras misericordias por toda la eternidad.

Cinco Padrenuestros, etc., y la oración ¡Oh buen Jesús!, etc., y se concluirá como en el primer día, pág. 442.

DIA CUARTO

Hecho el acto de contrición y dicha la oración ¡Oh dulcísimo Jesús!, etc., como en el primer día, se dirá la siguiente

ORACIÓN

Jesús amantísimo: Si los azotes son castigos de esclavos, y principalmente de los pecadores, que se hicieron esclavos del demonio, ¿cómo a Vos, autor de nuestra libertad, os miro desfigurado por los azotes? ¡Ay infame de mí! ¡Y cómo pagasteis en vuestro cuerpo purísimo las sensualidades abominables de mi cuerpo! Propongo, Señor, hacer verdadera penitencia y mortificar mis apetitos, lo cual, junto con los crueles azotes que padecisteis en la columna, os ofrezco en sufragio de las almas del purgatorio. Por los dolores que sufrió vuestra amorosa Madre en este paso tan afren-

tosos, aceptad esta mi voluntad, que es y será siempre de amaros y servirlos. Amén.

Cinco Padrenuestros, etc., y la oración ¡Oh buen Jesús!, etc., y se concluirá como en el primer día, pág. 442.

DIA QUINTO

Hecho el acto de contrición y dicha la oración ¡Oh dulcísimo Jesús!, etc., como en el primer día, se dirá la siguiente

ORACIÓN

Los pecadores se coronan de rosas, y Vos, floridísimo Nazareno, estáis coronado de espinas. ¡Oh si esa corona se fijase en mi cabeza para arrancar de una vez de ella la soberbia y todo género de malos pensamientos! ¡Oh si se hincase en mi conciencia una espina siquiera y no me dejase descansar hasta que mudase de vida! No quiero, Dios mío, en este mundo corona de flores, sino de espinas por vuestro amor. Por la que taladró vuestra cabeza santísima y el afligido Corazón de vuestra adolorida Madre, Madre mía clementísima, conceded

a las almas la incorruptible corona de la gloria. Amén.

Cinco Padrenuestros, etc., y la oración ¡Oh buen Jesús!, etc., y se concluirá como en el primer día, pág. 442.

DIA SEXTO

Hecho el acto de contrición y dicha la oración ¡Oh dulcísimo Jesús!, etc., como en el primer día, se dirá la siguiente

ORACIÓN

¡Que Vos derramaseis amargas lágrimas en la cruz y yo no derrame una lágrima siquiera por mis pecados! ¡Ay Dios mío! ¡Y cuán ciego estoy y lejos de conocer cuán mala y perversa cosa es haberme apartado de Vos! Iluminadme, iluminadme, buen Jesús, que sois luz del mundo y guía de los que van errados. Por vuestras lágrimas y por las que vertió la adolorida Virgen, ablandad mi corazón y dadme lágrimas de contrición, pues deseo llorar mis culpas con lágrimas de sangre. Enjugad las tristes lágrimas de las almas del purgatorio, hacedlas partícipes de la alegría de

vuestro divino rostro en la patria celestial. Amén.

Cinco Padrenuestros, etc., y la oración ¡Oh buen Jesús!, etc., y se concluirá como en el primer día, pág. 442.

DIA SEPTIMO

Hecho el acto de contrición y dicha la oración ¡Oh dulcísimo Jesús!., etc., como en el primer día, se dirá la siguiente

ORACIÓN

¡Si la sed que Vos tuvisteis de la salvación de las almas la tuviera yo de mi salvación!... ¡Ay Redentor mío! ¡Cómo tendría virtudes, así como ahora sólo tengo vicios y pecados! Gustasteis la amargura, y no quisisteis el alivio, por satisfacer por lo que yo había faltado con los excesos de mi boca y desenfrenada lengua. Poned, buen Jesús, poned orden en mi lengua y boca, y por el silencio modestísimo de vuestra adolorida Madre, que jamás abrió sus labios, padeciendo un sin fin de penas, apagad la sed ardentísima de las almas del purgatorio, sed de veros a Vos, de gozar de Vos, de

reinar con Vos y de bendeciros por toda una eternidad. Amén.

Cinco Padrenuestros, etc., y la oración ¡Oh buen Jesús!, etc., y se concluirá como en el primer día, pág. 442.

DIA OCTAVO

Hecho el acto de contrición y dicha la oración ¡Oh dulcísimo Jesús!, etc., como en el primer día, se dirá la siguiente

ORACIÓN

¿De qué trabajos puedo yo quejarme, Jesús dulcísimo, cuando os contemplo sensiblemente desamparado en la cruz? El eterno Padre os dejaba padecer como si no fuéseis su Hijo; y la vista lastimosa de vuestra afligidísima Madre os aumentaba más los dolores. ¡Oh ejemplo que confunde mi impaciencia en los trabajos! Enviadme, Señor, los trabajos que os plazca; pero, al mismo tiempo, la paciencia que es el camino real del cielo. Por el gran desamparo que sintió la Virgen pura cuando expirasteis delante de sus ojos, amparadme contra todas las tentaciones de la vida, amparadme en la hora de la muerte. Y por aquel

mismo desamparo, amparad a las almas del purgatorio, que en vuestro amparo, y en el de la Virgen María, confían veros cara a cara en la gloria. Amén.

Cinco Padrenuestros, etc., y la oración ¡Oh buen Jesús!, etc., y se concluirá como en el primer día, pág. 422.

DIA NONO Y ULTIMO

Hecho el acto de contrición y dicha la oración ¡Oh dulcísimo Jesús!, etc., como en el primer día, se dirá la siguiente

ORACIÓN

¡Oh lanza cruel que abriste el costado del Salvador ya difunto! ¡Cuán dulce y amorosa serías para mí abriéndome puerta y entrada franca en el dulcísimo Corazón de Jesús! ¡Oh Corazón de Jesús, oh Corazón de María, a quien hirió aquella terrible lanza! Arrancad mi corazón y juntadlo con el vuestro para que sea un corazón honesto, un corazón paciente y un corazón humilde, un corazón que se derrita en amor de Dios y del prójimo, y sea tan compasivo con las almas del purgatorio y demás necesitados, que

con las obras manifieste la compasión con que los miro. De todo corazón, dulcísimo Jesús, os amo, y de todo corazón os ruego; consolad a las almas del purgatorio, que tanto suspiran por ir al cielo. Consoladlas, Padre de misericordia y Dios de toda consolación. Por el Purísimo Corazón de María, sed siempre el consuelo de mi corazón; me pesa y me pesará mientras viva de haberos ofendido, porque sois y seréis siempre Jesús de mi corazón. Amén.

Cinco Padrenuestros, etc., y la oración ¡Oh buen Jesús!, etc., y se concluirá como en el primer día, pág. 442.

RESPONSO POR LOS DIFUNTOS

Ne recordéris peccáta mea, Dómine.
Dum véneris judicáre saéculum per ignem.

V. Dírige Dómine Deus meus, in conspectu tuo víam meam.

R. Dum véneris judicáre saéculum per ignem.

V. Réquiem aetérnam dona eis Dómine; et lux perpétua lúceat eis.

R. Dum véneris judicáre saéculum per ignem.

Kyrie, eléison. Christe, eléison. Kyrie, eléison. Pater noster... (*en secreto*).

v. Et ne nos indúcas in tentatiónem.

R. Sed líbera nos a malo.

v. A porta ínferi.

R. Erue, Dómine, ánimas eórum.

v. Requiéscant in pace.

R. Amén.

v. Dómine, exaudi oratiónem meam.

R. El clamor meus ad te véniat.

v. Dóminus vobíscum.

R. Et cum spírítu tuo.

OREMUS

Fidélium Deus ómnium Cónditor et Redémptor, animábus famulórum famularúmque tuárum remissiónem cunctórum tribue peccatórum, ut indulgéntiam quam semper optavérunt piis supplicatió nibus consequántur. Qui vivis et regnas in saécula saeculórum.

v. Amén.

v. Réquiem aeténam dona eis Dómine.

R. Et lux perpétua lúceat eis.

v. Requiéscant in pace.

R. Amén.

CLAMORES Y LAMENTOS

DE LAS

SANTAS ALMAS DEL PURGATORIO

Fieles cristianos, mirad
del purgatorio el rigor:
*¡Os pedimos por piedad
que aliviéis nuestro dolor!*

¡Ay católicos hermanos!
¡Qué duras son nuestras penas
en medio de estas cadenas,
atadas de pies y manos!
Tened de todas piedad,
rogando a Dios con fervor:
Os pedimos...

¡Oh qué fuego tan voraz
en este lugar se encierra!
Una centella no más
abrasaría la tierra.
Ora, pues, imaginad
de estas llamas el ardor:
Os pedimos...

No tienen comparación
los tormentos de este mundo
con el penar tan profundo
sufrido en esta mansión.
Que estamos considerad,
como el oro en el crisol:
Os pedimos...

Parece un suplicio eterno
el no ver a Dios la cara;
es una pena tan rara,
que se asemeja al infierno.
¡Oh mortales!, aplacad

al supremo Juzgador:

Os pedimos...

Hijos desagradecidos,
padres y deudos crueles,
esposos duros, infieles,
¡qué!, ¿no oís nuestros gemidos?
¡Oh inaudita crueldad!
Amigo, dadnos favor:

Os pedimos...

Despiadados sucesores
que, nuestros bienes gastando,
vais los sufragios mermando
sordos a nuestros clamores:
¡ay de vosotros!, temblad
de gastar nuestro sudor:

Os pedimos...

Y vosotros, los piadosos
servidores del altar,
¿podéis también olvidar
nuestros ayes lastimosos?
Por nosotros aplicad
de la misa el gran valor:

Os pedimos...

Con limosnas y oraciones,
misas, visitas de altar,
confesar y comulgar,
penitencias y perdones,
socorrednos por piedad,
por Jesús y por su amor:

Os pedimos...

Dichosa será la suerte
del que auxilio nos dará:
nuestra amistad le valdrá
tanto en vida como en muerte.
De la excelsa Majestad
templaremos el rigor:

Os pedimos...

El Arcángel poderoso

que la balanza sostiene,
nos asegura el reposo,
según la gente que viene
al novenario a rogar
por nosotras al Señor:

Os pedimos...

Dios de infinita bondad,
oíd propicio el calmor:

*¡Os pedimos por piedad
que aliviéis nuestro dolor!*

Pie Jesu, dona eis requiem sempi-
ternam.

*En castellano: Jesús piadoso, dadles
el descanso eterno (1).*

ACTO HEROICO

EN FAVOR DE LAS ALMAS DEL PURGATORIO

El acto heroico de caridad, llamado también *voto de almas*, consiste en el ofrecimiento espontáneo que hacemos a la divina Majestad, en favor de las almas del purgatorio, de todas nuestras obras satisfactorias durante la vida y de todos los sufragios que nos puedan ser aplicados después de la muerte. Muchos tienen la práctica laudable de ofrecer estas obras satisfactorias a la Santísima Virgen para que Ella las aplique a las benditas almas que fueron de su mayor agrado; pero también se pueden aplicar a aquella alma por quien se tuviere particular interés.

La Iglesia, nuestra Madre, no sólo aprueba este acto heroico, sino que lo enriquece con indulgencias y privilegios, como son: in-

(1) Trescientos días de indulgencia cada vez.

dulgencia *plenaria* todos los días en que comulguen los que tienen hecho este acto heroico, y también todos los lunes por oír la Misa en sufragio de los difuntos, y si no pudiesen oír Misa el lunes, vale para la indulgencia la del domingo; se requiere visitar una iglesia y orar a intención del Papa; además, podrán aplicar a las almas todas las indulgencias, aunque no sean aplicables; los sacerdotes gozan de altar privilegiado todos los días.

Para este acto heroico no se necesita fórmula especial; con todo, para comodidad de las personas piadosas ponemos aquí el siguiente

OFRECIMIENTO

Dios mío, en unión de los merecimientos de Jesús y María, os ofrezco a favor de las almas del purgatorio todas mis obras satisfactorias y las que otros me aplicaren en vida y después de mi muerte.





CINCO MÁXIMAS ESPIRITUALES

PARA ALCANZAR LA PERSEVERANCIA FINAL EN EL SERVICIO DIVINO, QUE ES LA CORONA DE LAS VIRTUDES Y EL TÉRMINO DE NUESTRO CAMINO A LA PATRIA CELESTIAL.

Como de nada nos aprovecharía tomar el camino para ir al cielo si no anduviésemos continuamente por él hasta llegar al fin, a la manera que a una persona que quisiese ir a Madrid de nada le valdrían sus deseos y el ponerse en camino para esta capital si estuviese quieta en la carretera y no practicase los demás medios para conseguirlo, así también, para no hallarse burlado en la hora de la muerte, que será el término de nuestra peregrinación, procurarás en el negocio de todos los negocios, que es el de la salvación eterna, poner en práctica estas cinco máximas; que, si las guardas con toda fidelidad, puedes estar seguro de que llegarás felizmente a la patria de los bienaventurados, en donde gozarás de Dios por toda la eternidad. Amén.

La primera es: *Antes de morir que pecar*. Sí, así debes estar resuelto; dejarlo todo antes de dejar a Dios. En esto consiste la observancia del primer mandamiento de la ley del Señor. Por eso San Alfonso Ligorio clamaba: *que se pierda todo antes que perder a Dios, y que sea disgustado todo el mundo antes que lo sea Dios...* Mas si por desgracia, atendida nuestra fragilidad, te sucediere caer en algún pecado mortal, no des por eso lugar a la desconfianza ni a la perturbación interior con que procurará engañarte el espíritu maligno. Lo que debes practicar es excitarte luego a dolor y contrición de tu culpa, considerando lo que has hecho, y aborrecerla por ser ofensa de un Dios a quien debes todo tu amor por ser tu Dios, tu Criador, tu Redentor, tu Padre..., y proponer confesarla a la mayor brevedad posible. Te has de portar como una persona que ha tomado veneno, que, para arrojarlo antes que le quite la vida, procura tomar luego un vomitivo eficaz; asimismo, si por desgracia cometes una culpa mortal, has de vomitarla luego por medio de una santa y dolorosa confesión, si no quieres que ella, como un veneno mortal, te precipite en la horrible y eterna sepultura del infierno. De lo contrario, teme, cristiano: mira que no tienes sino un alma, y que si la pierdes, ¡ay infeliz de tí!, bajarás al infierno, de donde no podrás salir

jamás. Piénsalo bien, que por toda una eternidad has de ser, o feliz en el cielo, o condenado en el infierno... Piensa que si te condenas, de nada te aprovecharán las riquezas, los gustos y los honores, y que con nada de este mundo podrás cambiar tu desventurada suerte.

La segunda es: *Apártate de las ocasiones de pecar*. Si no lo haces así ciertamente pecarás, porque dice el Espíritu Santo que el que ama el peligro perece en él. Si no quieres caer, debes imitar el instinto de los animales que, habiendo de pasar por algún paraje en donde han recibido daño o han caído, se retiran de él, aunque sea dando algún rodeo. Obrando al contrario, te sucederá lo que se observa en una casa, que, por mucho que la limpien el polvo, si no matan las arañas, luego vuelve a estar llena como antes de las telas que fabrican, o bien te acontecerá lo que sucede al labrador que ha cortado la mala hierba, que, si no la ha arrancado de raíz, luego vuelve a retoñar como antes. Por lo que, si sabes que en el baile, en el juego, en las conversaciones amorosas con personas de diferente sexo, en el trato con éste o con aquél sujeto, en tal lugar o tal casa caíste en desgracia de Dios, ofendiéndole, has de huir de allí como de un lugar apestado en donde encontraste la muerte.

La tercera es: *La oración al Señor y*

la devoción a María Santísima. Como la perseverancia final es un don especialísimo de Dios, según enseña nuestra Madre la Iglesia, y no la concede el Todopoderoso, dice San Alfonso Liguorio, sino a los que se la piden; por esto enseña Santo Tomás que se ha de pedir siempre, para poder entrar en el cielo. Siempre hemos de decir al Señor: «Venga a nosotros vuestro santo reino; ahora el de la divina gracia y después el de la eterna gloria.» Para alcanzar estos dones hemos de valernos de la devoción a María Santísima como de uno de los medios más poderosos. Ella es el conducto del cielo, por donde manan todas las gracias que necesitamos para apartarnos del mal y para obrar el bien. Ella es la puerta del cielo, como enseña la Iglesia, y nadie alcanza la misericordia del Señor sino por su mediación, como dice San Germán, patriarca de Constantinopla. Por este motivo debes encomendarte todos los días a María Santísima, y tributarle algunos obsequios, como son: rezarle con devoción el Santo Rosario y hacerle alguna Novena o dedicarle algún ayuno, si la salud y el trabajo te lo permiten; si no puedes hacer estas cosas, prívate a lo menos de algunas de aquellas que podrías hacer lícitamente, como, por ejemplo, oler una flor, beber un vaso de agua, mirar o ir a tal punto que sería de tu gusto, etcétera.

Sobre todo, procura imitar sus virtudes: la humildad, la mansedumbre, la pureza y el amor que Ella tuvo a Dios y al prójimo. Te encargo con mucha especialidad aquella oración que te he puesto entre los ejercicios de cada día para que la reces diariamente: «¡Oh Virgen Madre de Dios, yo me entrego...!» (página 34). Aunque sea corta (motivo por el cual no debes dejarla jamás), yo te aseguro que, si eres constante en rezarla, alcanzarás por su medio ahora la gracia y después la gloria eterna.

La cuarta es: *La frecuencia de los Santos Sacramentos, especialmente el de la sagrada Comunión*. Ellos son los conductos de la divina gracia, de aquella gracia que es el medicamento que da salud a las almas. Jesucristo los instituyó para curar nuestras enfermedades espirituales y para preservarnos de las recaídas. A la manera que el enfermo toma la medicina para curarse de sus males y procura alimentarse con subsistencias sanas y nutritivas a fin de no recaer en ellos, asimismo, si no quieres recaer en tus dolencias espirituales y morir eternamente, debes recibir con frecuencia los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, para alcanzar, por medio del primero, la gracia de la curación de tus pecados, o aumentar esta gracia curativa y remisión de ellos, si ya la hubieses conseguido; y por me-

dio del segundo, aquella que alimenta el alma y la fortifica para no caer en pecado. En el sacramento de la Eucaristía se halla el Pan de la vida. Este es el Pan vivo bajado del cielo; aquel Pan que contiene en sí toda la dulzura y del cual dice el mismo Jesucristo que el que lo coma con las disposiciones debidas vivirá eternamente. Este Pan es su mismo Cuerpo, que El dió para la vida espiritual del género humano. El que no come, pues, el Cuerpo del Hijo de Dios hecho hombre, esto es, el que no comulga con frecuencia, ¡ah, cuán difícil es, por no decir imposible, que viva con la vida de la gracia! ¿Vivirá mucho tiempo aquel hombre, o aquella mujer, que no tomase alimento corporal sino muy de tarde en tarde, por ejemplo, de año en año?... Al contrario: el que comulga con las disposiciones debidas (no quiero decir con aquellas que pide la alteza de Dios, porque éstas no pueden conseguirse, por ser Dios infinito y nosotros la misma miseria, sino estar en gracia y comulgar con algún fervor), el que comulga, digo, con las disposiciones debidas, y comulga frecuentemente, ¡ah, cómo corre lleno de salud y vida por el camino del cielo! Por esto decía San Francisco de Sales que en el espacio de veinticinco años que dirigía almas, con ninguna otra cosa había conocido que se santificaban tanto, y casi se divinizaban,

como con la sagrada Comunión. Pero cuidado con frecuentarla en desgracia de Dios, o no con recta intención, o por mera costumbre, o por vanidad, o por otros fines que no sean rectos y honestos. Cuidado..., y grande cuidado..., en no engañarse a sí mismo, engañando (lo que cuesta poco) al director, a quien se le ha de pedir permiso y consejo para verificarlo con más fruto. La frecuente Comunión es una de las cosas más útiles al cristiano, más agradables y que más obligan a María Santísima; de manera que, según Séñeri el Joven, el que hace voto o promesa de comulgar doce domingos seguidos (si antes a menudo ya comulgaba), o doce meses continuados una vez cada mes (si antes no comulgaba a menudo), en honor y gloria de María Santísima, en memoria de aquellas doce estrellas con que San Juan la vió coronada en el Apocalipsis, alcanza de esta gran Reina y Señora de las gracias cualquier gracia que le pide; y si no alcanza la gracia pretendida será porque no le convendrá; pero entonces le concederá otra gracia mayor y más útil que la que pide, como la experiencia lo ha demostrado. ¡Ojalá que los fieles, en lugar de hacer otros votos y promesas, hicieran esta!... Por cierto que lograrían mejor lo que pretenden.

La quinta y última máxima es: *Avivar la fe de que estás en la presencia de Dios.*

Esta práctica mandada por el Altísimo al santo patriarca Abrahán para que fuese perfecto, cuando le dijo: *Camina como un criado fiel delante de mí, y sé perfecto*, considerada con atención, no puede menos de dar el resultado más feliz. Porque, ¿quién no ve desde luego su gran importancia? Pensar y creer estas verdades: *Mira que Dios te ve... Mira que hasta los pensamientos más ocultos los tiene presentes... Mira que en cualquier parte donde te quieras esconder para ofenderle, siempre estarás delante de El*; pensar esto y querer pecar, no se puede comprender... ¿Sería posible hallar un hombre que quisiese insultar a un rey poderoso en su misma presencia, y delante de sus ministros de justicia, que tienen las armas en la mano para vengarle a la más pequeña señal de su voluntad? A no haber perdido el uso de la razón o a no estar ciego de una pasión violenta, no creo que fuese posible. No obstante, esto sucede todos los días, a todas horas, en todos instantes... ¡Cuántos pecados se cometen a cada momento, y todos a la presencia de un Dios infinito de grandeza y majestad... y a la vista de innumerables criaturas, que obrarían todas como ministros de su divina justicia si les ordenara vengar sus derechos!... El aire sofocaría al pecador delincuente, a una sola insinuación de Dios; la tierra se lo tragaría; el agua le ahogaría; el fuego le

reduciría a cenizas; la..., en una palabra, todas las criaturas pelearían a favor suyo contra los insensatos pecadores... En consecuencia, esta verdad bien ponderada, ¿no será más que suficiente para apartarte de la culpa?... Aviva, pues, la fe de ella; porque bien meditada, no sólo te guardará de pecado, sino que te hará santo y grande santo. Así sea.





REFLEXIONES

Y AFECTOS DEVOTOS

Sobre la Pasión de Ntro. Señor Jesucristo

QUE PUEDEN SERVIR

DE LECTURA ESPIRITUAL O DE MATERIA
DE PIADOSA MEDITACIÓN

INTRODUCCIÓN

Dice San Agustín que no hay cosa más útil para alcanzar la salvación eterna que el pensar cada día en las penas que sufrió Jesucristo por nuestro amor. Ya antes había escrito Orígenes que ciertamente no puede reinar el pecado en el alma que considera a menudo la muerte de su Salvador. Reveló también el Señor a un solitario que no había ejercicio más a propósito para encender en un corazón la llama del amor divino que el meditar la Pasión de nuestro Redentor. Por eso decía el P. Baltasar Alvarez que la ignorancia de los tesoros que tenemos en Je-

suçrismo, lleno de dolores y trabajos; es la ruina de los cristianos; y esto le movía a decir a sus penitentes que no pensasen que hubiesen hecho cosa alguna si no llegaban a tener siempre domicilio fijo en el Corazón de Jesús crucificado. Las llagas de Jesucristo, decía San Buenaventura, son dardos encendidos que hieren los corazones más duros e inflaman las almas más heladas. *¡Oh llamas, exclamaba él, que herís los corazones de piedra y encendéis las almas heladas!*

Son hermosas y buenas tantas reflexiones como sobre la Pasión han hecho o escrito autores devotos; pero ciertamente hace más impresión a un cristiano una sola palabra de las sagradas Escrituras, que mil revelaciones que se escribe haberse hecho a personas devotas; pues las Escrituras nos aseguran que todo lo que ellas nos atestiguan es cierto con certeza de fe divina. Atendiendo a esto, en gracia y consuelo de las almas enamoradas de Jesucristo, he querido poner en orden y referir sencillamente, con la sola adición de algunas breves reflexiones y afectos, lo que han dicho de la Pasión de Jesucristo los sagrados Evangelistas, los cuales, ciertamente, nos suministran materia para meditar largos años y para encendernos al mismo tiempo en santa caridad para con nuestro amabilísimo Redentor.

¡Ah Dios mío! ¿Cómo es posible que

un alma que tiene fe y considera los dolores y las ignominias que Jesucristo sufrió por nosotros, no arda en amor para con El y no forme resoluciones firmes de trabajar seriamente en hacerse santa, para no ser ingrata a un Dios tan amante? Se necesita fe; porque si ésta no nos asegurase de ello, ¿quién podría jamás creer lo que en verdad ha hecho un Dios por nuestro amor? *Se anonadó a sí mismo, tomando la forma del esclavo.* ¿Quién viendo a Jesús nacido en un establo podrá creer que es aquel mismo a quien adoran los Angeles en el cielo? ¿Quién viéndole huir a Egipto para librarse de Herodes creerá que El es el Omnipotente? ¿Quién al verle agonizar en el huerto con tanta tristeza creerá que es felicísimo? ¿Verle atado en una columna, pendiente de un patíbulo, y creerle Señor del universo?

¡Qué pasmo tan grande no nos causaría si viésemos a un rey que se hiciese gusano, que se arrastrase por tierra, que se metiese en un lodazal y desde allí dictase leyes, nombrase ministros y gobernase el reino! ¡Oh santa fe! Reveladnos quién es Jesucristo, quién es este hombre que se deja ver vil como los demás. *El Verbo se hizo carne.* Nos asegura San Juan que El es el Verbo eterno, el Unigénito de Dios. Y ¿cuál fué la vida de este Hombre Dios sobre la tierra? Vedla aquí, nos la refiere el profeta Isaías: *Le*

hemos visto despreciado, hecho el oprobio de los hombres, el varón de dolores. El quiso ser el varón de dolores: quiere decir que quiso ser afligido con todos los dolores, y que para El no hubo un instante en que se viese libre de ellos; fué el varón de dolores y el varón de desprecios, pues fué despreciado, maltratado, como si fuese el último y el más vil de todos los hombres. ¡Un Dios atado por los ministros de justicia como si fuese un malhechor! ¡Un Dios azotado, como si fuese un esclavo! ¡Un Dios tratado como un rey de farsa! ¡Un Dios que muere pendiente de un leño infame! ¡Qué impresión no deben hacer estos prodigios a quien los cree! Y ¡qué deseos no deben infundirnos de padecer por Jesucristo! Todas las llagas del Redentor, decía San Francisco de Sales, son otras tantas bocas que nos enseñan cómo conviene padecer por El. Esta es la ciencia de los Santos: padecer constantemente por Jesucristo; y si así lo hacemos, presto llegaremos a ser santos. Y ¡de qué amor tan grande no quedaremos inflamados a vista de las llamas que se hallan en el seno del Redentor! ¡Ay! ¡Y qué dicha tan grande poder ser abrasado en el mismo fuego en que se abrasa nuestro Dios! ¡Y que gozo estar unido a Dios con las cadenas del amor!

¿Cómo es, pues, que tantos fieles miran con ojos indiferentes a Jesucristo

sobre la Cruz? Asisten, es verdad, en la Semana Santa a la conmemoración de su muerte; pero sin sentimiento alguno de ternura ni de agradecimiento, como si se hiciese memoria de una cosa que no fuese verdadera o que no nos interesase en nada. Qué, ¿tal vez ignoran o no creen lo que los *Évangélicos* nos dicen de la Pasión de Jesucristo? Respondo y digo que bien lo saben y lo creen, pero no se cuidan de pensar en ello. ¡Ah!, que quien lo cree y lo reflexiona no puede menos de inflamarse de amor para con un Dios que tanto padece y que llega a morir por su amor. *La caridad de Cristo nos urge*, escribió el Apóstol; y quiere decir que en la Pasión de Jesucristo no tanto debemos considerar los dolores y desprecios que padeció, como el amor con que los padeció, pues que quiso sufrirlos todos no sólo para salvarnos, que para esto bastaba una sencilla oración suya, sino también para hacernos entender el grande afecto que nos tenía, y para ganarse de esta manera nuestros corazones. No hay duda: un alma que tiene presente este amor de Jesucristo no puede menos de amarle. *La caridad de Cristo nos urge*; ella se sentirá atacada y atraída casi por fuerza a dedicarle todo su afecto. Ni por otro fin murió por todos nosotros Jesucristo sino para que todos vivamos, no para nosotros, sino solamente para este

amantísimo Redentor que por nosotros sacrificó su vida divina.

¡Oh, felices vosotras, almas amantes, dice Isaías, vosotras que meditáis a menudo la Pasión del Señor!, *sacaréis aguas con gozo de las fuentes del Salvador*; vosotras sacaréis de las felices fuentes de sus llagas aguas continuas de amor y de confianza. Y ¿cómo podrá desconfiar jamás de la divina misericordia un pecador (si se arrepiente de sus culpas por enormes que hayan sido), si pone la vista en Jesús crucificado, sabiendo que el Eterno Padre puso todos nuestros pecados sobre este su amado Hijo para que satisficiera por nosotros? Y *puso el Señor sobre El las iniquidades de todos nosotros*. ¿Cómo podemos temer, añade San Pablo, que Dios nos niegue gracia alguna después de habernos dado a su propio Hijo? *El que no perdonó ni a su propio Hijo, sino que le entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo después de habernos dado este Hijo tan amado, dejará de darnos cualquier otra cosa que le pidamos?*

Meditaciones para cada día del mes(1)

Día 1.º—Jesús entra en Jerusalén.

PUNTO 1.º *Mira que viene a ti tu Rey lleno de mansedumbre, sentado sobre una*

(1) Sin suprimir ni modificar ningún párrafo de estas preciosas reflexiones, las hemos ordenado en forma de meditación

asna y su pollino, hijo de la que está acostumbrada al yugo. Nuestro Redentor, acercándose ya el tiempo de su Pasión, sale de Betania para entrar en Jerusalén. Consideremos aquí la humildad de Jesucristo en querer entrar en aquella ciudad montado sobre un pollino; El, que era el rey del cielo. ¡Oh Jerusalén! Mira a tu rey cómo viene a ti humilde y manso. No temas ya que venga a reinar sobre ti o para ponerse en posesión de tus riquezas, sino que viene, todo amor y piedad, sólo para salvarte y darte la vida con su muerte. Entre tanto, aquel pueblo, que ya desde algún tiempo le veneraba por sus milagros, y especialmente por el último que había obrado resucitando a Lázaro, le sale al encuentro. Unos tienden sus vestidos, otros esparcen ramas de árboles para honrarle. ¡Oh! ¡Quién hubiera dicho jamás entonces que aquel Señor, que era recibido con tantos honores, debería dentro de pocos días comparecer allí mismo como reo condenado a muerte con una cruz sobre sus hombros!...

PUNTO 2.º Considera, ¡oh alma mía!, que tu amado Jesús quiso hacer una entrada tan gloriosa para que después,

para cada día del mes. Además, se distribuyen las Siete Palabras para una semana de meditaciones. Y, por último, se han formado con los últimos párrafos un triduo de meditaciones sobre la muerte de Jesucristo.

cuanto mayor fuese el honor que recibió, fuera tanto más ignominiosa su Pasión y muerte. ¡Oh Jesús mío! Las alabanzas que os da ahora esta ingrata ciudad, dentro de pocos días se trocarán en injurias y maldiciones. Ahora os dicen: *Hosanna; Gloria a Vos, Hijo de David; seáis siempre bendito, vos que venís*, para nuestro bien, *en nombre del Señor*; y después alzarán la voz diciendo: *Quita, quita, crucifícale*. «Pilatos—dirán—, quítanos de delante a ese malvado, crucifícale luego y no le presentes más a nuestra vista.» ¡Oh Jesús! Ahora se despojan de sus vestidos para obsequiaros, y después os despojarán a Vos de los vuestros para azotaros y crucificaros. Ahora toman palmas para ponerlas debajo de vuestros pies, y después tomarán ramos de espinas para taladraros la cabeza. Ahora os dicen tantas bendiciones y después os dirán tantas contumelias y blasfemias. Ve tú, alma mía, y dile con afecto y agradecimiento: *Bendito sea el que viene en el nombre del Señor*; amado Redentor mío, seáis siempre bendito, ya que vinistéis a salvarnos; si Vos no hubieséis venido, todos estábamos perdidos.

Día 2.º—Jesús llora sobre Jerusalén.

PUNTO 1.º *Cuando estuvo cerca, al ver la ciudad se puso a llorar sobre ella. Jesús, al acercarse a aquella ciudad pri-*



vilegiada, la miró y lloró al considerar su ingratitud y su ruina. ¡Ah Señor mío!: llorando Vos entonces la ingratitud de Jesusalén, llorábais también mi ingratitud y la ruina de mi pobre alma. Amado Redentor mío: Vos lloráis al ver el día que yo mismo me he hecho echándoos a Vos de mi alma y obligándoos a condenarme al infierno, después que habéis llegado al exceso de morir para salvarme. ¡Ah! dejadme llorar, pues que a mí solo me pertenece, considerando el agravio que me hice ofendiéndoos y apartándome de Vos, después que tanto me habéis amado. Padre Eterno: por aquellas lágrimas que vuestro Hijo derramó entonces por mí, concededme un verdadero dolor de mis pecados. Y Vos, ¡oh amoroso y tierno Corazón de mi Jesús!, tened piedad de mí, ya que detesto sobre todo mal los disgustos que os he dado y resuelvo no amar a otro más que a Vos.

PUNTO 2.º Entrado que hubo Jesucristo en Jesusalén, después de haberse cansado de predicar todo el día, y en curar enfermos, llegada la tarde no hubo quien le convidase a descansar en su casa, y por lo mismo tuvo que retirarse de nuevo a Betania. ¡Dulce Señor mío!: si los otros os desechan, no quiero desecharos yo. Hubo un tiempo infeliz en que yo, ingrato, os apartaba de mí; pero ahora estimo más el estar unido a Vos que el

poseer todos los reinos del mundo. Dios mío, ¿y quién podrá apartarme jamás de vuestro amor?

Día 3.º—Consejo de los judíos contra Jesús.

PUNTO 1.º *Entonces los Pontífices y fariseos juntaron consejo, y decían: ¿Qué es lo que hacemos?, pues este hombre hace muchos milagros. Ved ahí cómo al mismo tiempo que Jesús se ocupaba de hacer gracias y milagros en beneficio de todos, se unen los principales personajes de la ciudad para maquinar la muerte contra el Autor de la vida. Ved ahí lo que dice el impío pontífice Caifás: Os conviene a vosotros que muera un solo hombre por el bien del pueblo, y no perezca toda la nación. Y desde aquel día, dice el mismo San Juan, pensaron aquellos malvados cómo hallar medio de hacerle morir. ¡Ah judíos!, no estéis dudando, pues vuestro Redentor no huye, no; expresamente ha venido a vuestra tierra a fin de morir y libraros con su muerte de la muerte eterna a vosotros y a todos los demás hombres.*

PUNTO 2.º *Considera con horror cómo Judas se presenta a los pontífices y les dice: ¿Qué queréis darme, y yo os le entregaré? ¡Oh, qué alegría tuvieron entonces los judíos, hija del odio que tenían a Jesús, al ver que quien quería hacerle traición y ponérselo en las manos*

era cabalmente uno de sus mismos discípulos! Consideremos en este hecho el júbilo, por decirlo así, que tiene el infierno cuando un alma, que por muchos años ha morado en la casa de Dios y en la escuela de Jesucristo, le hace traición por algún miserable interés o por una vil satisfacción.

Día 4.º—Judas vende a Jesús.

PUNTO 1.º Considera la nueva injuria que hace a Jesús el discípulo traidor en la vileza del precio. ¡Oh Judas!, ya que quieres vender a tu Dios, a lo menos hazte dar el precio que vale. El es Bien infinito: merece, pues, un precio infinito. Pero ¡ay desventurado! tú concluyes la venta por no más de treinta dineros. Y ellos, dice San Mateo, *le señalaron treinta siclos*. ¡Infeliz alma mía!: deja a Judas y convierte el pensamiento hacia ti misma. Dime: ¿por qué precio has vendido tú tantas veces al demonio la gracia de Dios? ¡Ay Jesús mío! Me avergüenzo de comparecer delante de Vos, al pensar en las injurias que os he hecho. ¿Cuántas veces os he vuelto las espaldas y os he pospuesto a un capricho, a un empeño, a un placer vil y momentáneo? Bien sabía yo entonces que con aquel pecado perdía vuestra amistad, y, no obstante, voluntariamente he querido trocársela por una nonada. ¡Ojalá hubiese yo muerto antes que haceros este

gran ultraje! Jesús mío: me duelo y me arrepiento de ello de todo mi corazón; quisiera morir de dolor por haber caído en tal desgracia.

PUNTO 2.^o Considera en este suceso la benignidad de Jesucristo, el cual, a pesar de saber el concierto que había hecho Judas, con todo, al verle no le aparta de sí, no le mira con mal ojo, sino que le admite en su compañía y hasta en su misma mesa; y si le advierte su traición, sólo es para que se reconozca: y viéndole obstinado, llega al extremo de echársele a los pies y de lavárselos, para así enternecer su duro corazón. ¡Ay, Jesús mío!: veo que lo mismo practicáis conmigo. Yo os he despreciado y os he sido traidor, y con todo no me apartáis de Vos, sino que me miráis con amor y me admitís también a vuestra mesa de la santa Comunión. Amado Salvador mío: ¡ojalá os hubiese amado siempre! ¿Y cómo podré apartarme jamás de vuestros pies y renunciar a vuestro amor?

Día 5.^o—Amor de Jesús en la última cena.

PUNTO 1.^o Sabiendo Jesús que era llegada la hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que vivían en el mundo, los amó hasta el fin. Sabiendo Jesucristo que había llegado ya el tiempo de su muerte,

en que debía partir del mundo, habiendo hasta entonces amado en gran manera a los hombres, quiso en aquella ocasión manifestarles las últimas y más grandes señales de su amor. Vedle ahí cómo, sentado a la mesa y todo encendido de caridad, se vuelve a los discípulos y les dice: *Con gran deseo he deseado celebrar esta Pascua con vosotros.* Sabed, discípulos míos (y lo mismo nos decía entonces a todos nosotros), que no he deseado otra cosa en toda mi vida que celebrar con vosotros esta última cena, porque después de ella he de ir a sacrificarme por vuestra salvación.

¡Con que Vos, Jesús mío, tanto deseáis dar la vida por nosotros, miserables criaturas vuestras! Verdaderamente, este vuestro deseo enciende mucho en nuestros corazones el deseo de padecer y morir por amor de Vos, ya que Vos quisisteis padecer tanto y morir por nuestro amor. ¡Oh amado Redentor! Dadnos a conocer qué es lo que queréis de nosotros, pues queremos complaceros en todo. Anhelamos daros gusto para corresponder, a lo menos en parte, al grande afecto que nos tenéis. Encended siempre más y más en nosotros mismos esta dichosa llama, para que de hoy en adelante no pensemos en otra cosa que en contentar a vuestro enamorado Corazón.

PUNTO 2.^o Considera, ¡oh alma mía!,

cómo sale a la mesa el cordero pascual, figura del mismo Salvador. Así como aquel cordero debía ser consumido todo en aquella cena, así al día siguiente debía ver el mundo al Cordero de Dios, Jesucristo, consumido de dolores en el altar de la cruz.

Como, pues, (San Juan) se hubiese recostado sobre el pecho de Jesús... ¡Oh, dichoso vos, amado apóstol, que, recostando la cabeza sobre el pecho de Jesús, entendisteis entonces la ternura que este amante Redentor guarda en su Corazón para aquellas almas que le aman! ¡Ay, dulce Señor mío, que también me habéis favorecido a mí muchas veces con una gracia semejante! Sí; también yo he conocido la ternura del amor que me tenéis, cuando con luces celestiales y espirituales dulzuras me habéis consolado. Mas ¡ay!, que ni con todo esto os he sido fiel. ¡Ay!, no permitáis que viva en adelante desagradecido a vuestra bondad. Yo, Señor, quiero ser todo vuestro; aceptadme y socorredme.

Día 6.º—Jesús lava los pies a sus discípulos.

PUNTO 1.º Se levanta de la mesa y se quita sus vestidos, y habiendo tomado una toalla, se la ciñe. Echa después agua en una palangana y pónese a lavar los pies a los discípulos y a enjugárselos con la toalla con que se había ceñido. Alma

mía: Mira a Jesús cómo se levanta de la mesa, se quita sus vestidos, toma un lienzo blanco, se ciñe con él, y, puesta agua en una bacía, arrodillado delante de sus discípulos, comienza a lavarles los pies. ¡Con que el Rey del mundo, el Unigénito de Dios, se abaja hasta lavar los pies a las criaturas! ¡Oh ángeles! ¿Qué decís de tal humillación?

PUNTO 2.º Considera que hubiera sido un gran favor el que Jesucristo los hubiese admitido, como a la Magdalena, a lavarle con sus lágrimas sus divinos pies. Mas no; quiso El echarse a los pies de sus siervos, para dejarnos al fin de su vida este gran ejemplo de humildad y esta otra prueba del grande amor que tiene a los hombres. Y nosotros, Señor, ¿habremos de ser siempre tan soberbios que no podamos sufrir una palabra de desprecio, una pequeña desatención, sin que luego nos resintamos y nos venga el pensamiento de vengarnos, siendo así que, por nuestros pecados, hemos merecido ser pisados por los mismos demonios del infierno? ¡Ah Jesús mío! Vuestro ejemplo ha vuelto, de ásperas, muy amables para nosotros, las humillaciones y los desprecios. Yo os prometo que de hoy en adelante quiero sufrir por amor vuestro cualquier injuria o afrenta que se me haga.

Día 7.^o—Institución del Santísimo Sacramento.

PUNTO I.^o *Mientras estaban cenando, tomó Jesús pan, y lo bendijo y lo partió y dió a sus discípulos, y dijo: Tomad y comed; esto es mi Cuerpo.* Después del lavatorio de los pies, acto de tan grande humildad, cuya práctica encomendó Jesús a los discípulos, volvió a ponerse los vestidos, y puesto otra vez a la mesa, quiso dar a los hombres la última prueba de la ternura con que los amaba, y ésta fué la institución del Santísimo Sacramento del altar. Tomó a este fin un pan, primeramente lo consagró, y después lo dividió y lo dió a los discípulos diciendo: «Tomad y comed; esto es mi Cuerpo». Y luego les encargó que cada vez que comulgasen se acordasen de su muerte, sufrida por amor de ellos. *Siempre que comiereis este pan*—dijo San Pablo a los corintios—, *anunciaréis la muerte del Señor.* Hizo entonces puntualmente Jesucristo lo que haría un príncipe que amase mucho a su esposa y estuviese para morir. Toma de entre sus joyas la más preciosa, llama a su esposa y le dice: «De un momento a otro voy a morir; para que no te olvides de mí, te dejo en recuerdo esta joya; cuando la veas acuérdate de mí y del amor que te he tenido». *Ninguna lengua*—dice en sus meditaciones San Pedro de Alcántara—*es capaz*

de declarar la grandeza del amor que Jesucristo tiene a cada una de las almas. Por esto, queriendo este Esposo partir de esta vida, para que esta su ausencia no les fuese ocasión de olvidarse de El, les dejó por memoria este Santísimo Sacramento, en el cual se quedaba El mismo, no queriendo que entre El y ellas mediase otra prenda que El mismo para tener desvelada la memoria. Infiérese de aquí cuánto agrada a Jesucristo que nos acordemos de su pasión, ya que expresamente instituyó el Santísimo Sacramento del altar a fin de que tengamos un continuo recuerdo del inmenso amor que nos manifestó en su muerte.

*¡Oh Jesús mío! ¡Oh Dios enamorado de las almas! ¿Adónde os llevó el afecto que tenéis a los hombres? ¡Hasta haceros su comida! Decidme, ¿qué más os queda que hacer para obligarnos a amaros? Vos, en la Santa Comunión, os dais todo a nosotros sin reserva; justo es, pues, que también nosotros nos demos a Vos del todo y sin reserva. Amen los demás lo que quieran, riquezas, honores, placeres; yo quiero ser todo vuestro; no quiero amar a otro que a Vos, mi Dios. Vos habéis dicho que quien se alimenta de Vos vive sólo por Vos: *El que me come a mí, vive por mí.* Ya, pues, que tantas veces me habéis admitido a alimentarme de vuestra sagrada carne, haced que yo muera a mí mismo para*

que sólo viva para Vos, sólo para serviros y agradaros. Jesús mío: yo quiero poner todos mis afectos en Vos; ayudadme a seros fiel.

PUNTO 2.^o Considera el tiempo en que instituyó Jesucristo este gran Sacramento. Jesús, en la noche en que era entregado, tomó el pan y dijo: *Tomad y comed; esto es mi Cuerpo.* ¡Ay Dios mío! En aquella misma noche en que los hombres se preparaban para hacer morir a Jesucristo, este amante Redentor nos preparaba este pan de vida y de amor, para unirnos todos a El como nos lo declaró El mismo: *El que come mi carne, mora en mí y yo en él.* ¡Oh amor del alma mía, digno de infinito amor! A Vos no os quedan ya pruebas mayores que darme para hacerme entender el afecto y la ternura con que me amáis. ¡Ea!, traedme todo a Vos; y si yo no sé daros enteramente mi corazón, tomáoslo Vos mismo. ¡Ay Jesús mío! ¿Cuándo llegaré a ser todo vuestro, así como Vos os hacéis todo mío cuando os recibo en este Sacramento de amor? ¡Oh!, iluminadme y descubridme siempre más vuestras bellezas y gracias, que os hacen tan digno de ser amado, para que yo me enamore siempre más de Vos y me ocupe todo en agradaros. Os amo, sumo Bien mío, prenda mía, amor mío, mi todo; os amo con todo el corazón.

Día 8.º—Tristezas y agonías de Jesús en el huerto.

PUNTO 1.º *Y dicho el himno, salieron hacia el monte de los Olivos... Entonces vino Jesús con ellos a una granja que llaman Getsemaní. Dicho el himno de acción de gracias, sale Jesús del Cenáculo con sus discípulos, entra en el huerto de Getsemaní, y se pone a orar; mas al ponerse a orar, ¡ay de mí!, le acometen a un mismo tiempo un gran temor, un gran tedio y una gran tristeza. Comenzó a atemorizarse y angustiarse, dice San Marcos; y San Mateo añade: Empezó a entristecerse y acongojarse. Por lo que, oprimido de la tristeza nuestro Redentor, dice que su bendita alma está afligida hasta la muerte. Triste está mi alma hasta que llegue la hora de morir. Entonces se presentó a su vista la funesta escena de tantos tormentos y oprobios como le estaban preparados. Estos tormentos, en el tiempo de la Pasión, le afligieron uno después de otro; pero aquí, en el huerto vinieron a atormentarle todos a un mismo tiempo: las bofetadas, las salivas, los azotes, las espigas, los clavos y vituperios que después debía sufrir, todos los abrazaba entonces; y al abrazarlos tiembla, agoniza y ruega. Puesto en agonía, oraba con más intensidad.*

PUNTO 2.º *¿Quién es, ¡oh Jesús mío!,*

quién es el que os obliga a padecer tantas penas? «Me obliga—responde—el amor que tengo a los hombres». ¡Oh, qué admiración tan grande debía causar en el cielo el ver a la fortaleza vuelta débil, a la alegría del paraíso vuelta triste, a un Dios afligido! Y ¿por qué? Para salvar a los hombres, criaturas suyas. En aquel huerto se hizo entonces el primer sacrificio: Jesús fué la víctima; el amor fué el sacerdote, y el ardor de su afecto para con los hombres, el dichoso fuego con que fué consumado el sacrificio.

Día 9.º—Jesús ora y suda sangre.

PUNTO I.º *Padre mío: Si es posible, alejad de mí este cáliz; así oraba Jesús. «Padre mío—dice—: Libradme, si es posible, de beber este cáliz tan amargo». Pero ruega de esta manera, no tanto para verse libre de él, como para hacernos entender la pena que sufre y abraza por nuestro amor. Ruega de esta manera también para enseñarnos que en las tribulaciones podemos pedir a Dios que nos libre de ellas, pero al mismo tiempo debemos sujetarnos a su divina voluntad y decir como El: *pero no se haga como quiero yo, sino como queréis Vos.* Y en todo aquel tiempo repitió siempre la misma oración: *Hágase vuestra voluntad...* Y oró tercera vez diciendo lo mismo. Sí, Jesús mío, yo por amor de Vos*

abrazo todas las cruces que queráis enviarme. Vos padecisteis tanto por mi amor, a pesar de ser la misma inocencia; y yo, que soy un miserable pecador, después de haber merecido el infierno tantas veces, ¿rehusaré el padecer para agradaros a Vos y para alcanzar el perdón y vuestra gracia? *No se haga como quiero yo sino como queráis Vos; no se haga jamás mi voluntad, sino siempre la vuestra, Dios mío.*

Se postró en tierra. Jesús en aquella oración se postró con el rostro en tierra porque, como se veía cubierto con la vestidura sórdida de todos nuestros pecados, parece como que se avergonzaba de levantarlo al cielo. ¡Amado Redentor mío!: No tendría el atrevimiento de pedir os perdón de tantas injurias como os he hecho, si vuestras penas y vuestros méritos no me diesen confianza.

PUNTO 2.º Mirad, ¡oh Padre Eterno!, el rostro de vuestro ungido; no miréis mis iniquidades; mirad, sí, a vuestro amado Hijo, que tiembla, que agoniza, que suda sangre, y todo esto para alcanzarnos de Vos el perdón. *Y le vino un sudor como de gotas de sangre, que corría hasta la tierra;* miradle y tened compasión de mí.

Mas, Jesús mío, en este huerto no hay todavía ni verdugos que os azoten, ni espinas ni clavos que os hagan derramar tanta sangre. ¡Ay! Ya os entiendo; no es

la previsión de las penas que van a descargar sobre Vos lo que ahora tanto os aflige, pues voluntariamente os habéis ofrecido a sufrirlas (*fué sacrificado porque él mismo lo quiso*), sino que fué la vista de mis pecados. ¡Ah! Estos fueron los tormentos crueles que exprimieron la sangre de vuestras sagradas venas; y por lo mismo no fueron entonces crueles los verdugos, no fueron fieros los azotes, las espinas, la cruz; crueles y fieros fueron, sí, mis pecados, ¡oh dulce Salvador mío!, los que tanto os afligieron en el huerto.

¡Con que también yo, cuando estábais Vos en tan grande congoja, cooperé a vuestra aflicción, y mucho os afligí con el peso de mis culpas! ¡Ah! Si yo hubiese pecado menos, menos hubiérais padecido Vos en aquella ocasión. Ved ahí, pues, la paga con que yo he correspondido al amor tan grande que os obliga a querer morir por mí: añadir penas a las que sufríais. Amado Señor mío: Me arrepiento de haberos ofendido; lo siento vivamente; mas este dolor es poco; quisiera un dolor que me quitase la vida: ¡Ea, Jesús mío!, por aquella amarga agonía que padecisteis en el huerto, dadme parte de aquel aborrecimiento que tuvisteis entonces de mis pecados; y si en aquella ocasión os afligí con mis ingratitudes, haced que ahora os complazca amándoos con todo el corazón. Sí, Jesús mío, yo os

amo con todo el corazón, os amo más que a mí mismo, y por vuestro amor renuncio de buena gana a todos los deleites y bienes de este mundo. Vos sólo sois y sereis siempre mi único bien, mi único amor.

Día 10.— Jesús es preso y atado.

PUNTO 1.^o *Levantaos y vamos, que ya está cerca el traidor.* Sabiendo el Redentor que Judas con los judíos y soldados que venían a prenderle estaban ya cerca se levanta; estando todavía bañado en aquel sudor de muerte, y con el rostro pálido, el corazón todo inflamado de amor, les sale al encuentro para entregarse a sus manos, y viéndolos juntos, les dice: *¿A quién buscáis?* Imagínate, alma mía, que en este instante Jesús te pregunta también: dime *¿a quién buscas?* ¡Ah, Señor mío! *¿A quién he de buscar sino a Vos que del cielo vinisteis a la tierra a buscarme a mí para no verme perdida?*

Prendieron a Jesús y le ataron. ¡Ay de mí! ¡Un Dios atado! *¿Qué diríamos si viésemos a un rey preso y atado por sus mismos esclavos? Y ahora, ¿qué diremos viendo puesto en poder de la vil plebe al mismo Dios. ¡Oh, felices sogas, vosotras que atásteis a mi Redentor! ¡Ea, atadme también a mí con El; pero atadme de tal manera que no pueda separarme jamás de su amor; atad mi corazón a su santísima voluntad, de modo que de hoy*

en adelante ya no quiera otra cosa sino lo que El quiere.

PUNTO 2.º Mira, alma mía, cómo unos le agarran las manos, otros le atan; unos le injurian, y otros le sacuden, y el inocente cordero se deja atar y sacudir a su voluntad. No procura escaparse de sus manos, no pide ayuda a nadie, no se queja de las injurias, ni siquiera dice por qué le maltrataban así. Mira cómo se cumple ahora lo que profetizó Isaías cuando dijo: *Fué sacrificado porque quiso serlo, y no abrió su boca, como una oveja cuando la llevan al matadero.* No habla, no se queja, porque El mismo se había ofrecido ya a la divina Justicia a satisfacer y morir por nosotros, y por esto se deja conducir a la muerte, como una oveja, sin abrir la boca.

Observa cómo atado de esta manera, y rodeado de aquella vil canalla, se lo llevan del huerto, y caminando aprisa hacia la ciudad, le presentan desde luego a los pontífices. Y sus discípulos, ¿dónde están?, ¿qué hacen? Si no pueden librarle de las manos de sus enemigos, a lo menos, ¿por qué no le acompañan para defender su inocencia delante de los jueces, y cuando no, a lo menos, para consolarle con su asistencia? Mas no; dice el Evangelio: *Entonces sus discípulos, abandonándole, huyeron todos.* ¡Oh, cuál sería entonces la pena de Jesucristo, al ver que hasta sus estimados habían

huído y le habían abandonado! ¡Ay de mí, que entonces vió Jesucristo a un mismo tiempo todas aquellas almas, que, no obstante de verse favorecidas sobre las demás, le abandonarían un día y le volverían ingratamente las espaldas. ¡Ay de mí, Señor, que uno de estos infelices he sido yo, que después de tantas gracias y luces con que me habéis favorecido, después de tantos favores con que me habéis llamado, me olvidé ingrato de Vos y os abandoné! Admitidme, por piedad, ahora que arrepentido y humillado vuelvo a Vos para no dejaros más, ¡oh tesoro!, ¡oh vida!, ¡oh amor del alma mía!

Día II.—Jesús es presentado al pontífice.

PUNTO I.^o Ellos, prendiendo a Jesús, le condujeron a casa de Caifás, sumo pontífice, donde estaban reunidos los escribas y los ancianos. Atado como un malhechor entra nuestro Salvador en Jerusalén, donde pocos días antes había entrado entre aclamaciones, honras y alabanzas. Pasa por las calles, de noche, entre linternas y hachas, y era tan grande el rumor y alboroto que de ello se seguía, que cualquiera podía entender fácilmente que llevaban un famoso malvado. Salen las gentes a las ventanas, y preguntan: «¿Quién es el preso?» Y les contestan: «Es Jesús Nazareno, del cual se ha descubierto que es un seductor, un

impostor, un falso profeta, y digno de muerte.» ¡Cuáles serían entonces los sentimientos de desprecio y de indignación de todo aquel pueblo, al ver que Jesucristo, a quien habían recibido antes por el Mesías, iba preso por orden de los jueces como un embaucador! ¡Oh, cómo trocarían todos entonces en odio la veneración que le habían tenido, y se arrepentirían de haberle honrado, y se avergonzarían de haber obsequiado como Mesías a un malhechor!

PUNTO 2.^o Mira, alma mía, cómo el Redentor es presentado como en triunfo a Caifás, el cual estaba esperándole velando, y se alegró en gran manera al verle en su presencia, solo y abandonado de los suyos. Mira a tu dulce Señor, que, atado como un reo y con los ojos bajos, humilde y manso, está delante de aquel pontífice. Mira aquella cara hermosa, que, en medio de tantos desprecios e injurias, no ha perdido su natural serenidad y dulzura. ¡Ay, Jesús mío!: ahora que os veo rodeado, no de ángeles que os alaben, sino de esta plebe vil que os aborrece y desprecia, ¿qué haré yo? ¿Me juntaré tal vez con ellos para despreciaros también, como lo hice en la vida pasada? ¡Ah, no, Jesús mío!; en los años de vida que me quedan quiero estimaros y amaros como Vos merecéis: os aseguro que no amaré a otro que a Vos, y que no pretenderé ser amado de otro que de

Vos. Os diré con Santa Inés: *No admitiré otro amante que Vos.* Vos seréis mi único amor, mi bien, mi todo, Dios mío y todas las cosas.

Día 12.—Jesús es condenado a muerte.

PUNTO 1.º El impío pontífice Caifás pregunta a Jesús sobre sus discípulos y doctrina, por si hallaría con esto motivo para condenarle. Jesús, con la mayor humildad, le responde: *Yo he hablado al mundo públicamente, y éstos saben lo que he dicho.* No he hablado en secreto, he hablado al público; estos mismos que están a mi alrededor pueden darte testimonio de lo que he dicho. Pone Jesús por testigo a sus mismos enemigos. Mas, ¡ay!, después de una respuesta tan justa y hecha con tanta mansedumbre, sale de enmedio de aquella chusma el verdugo más insolente, y tratando al Señor de mal mirado, le da una fuerte bofetada, y le dice: *¿Así respondes al pontífice?* ¡Ay Dios mío! ¡Y cómo una respuesta tan humilde y modesta había de merecer afrenta tan grande! El indigno pontífice ve aquella descortesía, y en vez de reprender a aquel malvado, calla; y así callando aprueba aquella mala acción. Jesús, para librarse de la nota de poco respetuoso al pontífice, responde a tal injuria, y dice: *Si hé hablado mal, prueba lo malo que he hablado; y si no, ¿por qué me hieres?* ¡Ay amable Reden-

tor mío! Vos todo lo soportáis para pagar así las afrentas que he hecho a la Divina Majestad con mis pecados. Ea, Señor, perdonadme, que os lo pido por el mérito de estos mismos ultrajes que sufristeis por mí.

PUNTO 2.^o *Buscaban algún falso testimonio contra Jesús para condenarle a muerte y no lo hallaron.* Por esto el pontífice hace hablar de nuevo a Jesús, para ver si se le escapa alguna palabra que diese motivo para declararle reo; y así le dice: *De parte de Dios vivo te conjuro que nos digas si tú eres el Cristo Hijo de Dios.* El Señor, al oír que le conjuran en nombre de Dios, confiesa la verdad y responde: *Yo lo soy; y veréis al hijo del hombre sentado a la diestra de la majestad de Dios, que vendrá sobre las nubes del cielo.* Yo lo soy, y un día me veréis, no así humillado y despreciado como ahora, sino en el trono de majestad, sentado como juez de todos los hombres sobre las nubes de los cielos. Al oír esto el pontífice, en vez de bajarse con el rostro a tierra para adorar a Dios y a su juez, se rasgó los vestidos y exclamó: *Ha blasfemado; ¿qué necesidad tenemos de testigos? Habéis oído la blasfemia que ha dicho; ¿qué os parece?* Y entonces todos los demás sacerdotes respondieron: *Sin duda, reo es de muerte.* ¡Ay Jesús mío! La misma sentencia profirió vuestro Eterno Padre cuando Vos os ofrecisteis

a satisfacer por nuestros pecados: «Ya que quieres, Hijo mío, dijo, satisfacer por los hombres, eres reo de muerte, y por lo mismo conviene que mueras».

Día 13.— Jesús es escupido y abofeteado.

PUNTO 1.^o *Entonces empezaron a escupirle en la cara y maltratarle a puñadas; y otros le daban de bofetones, diciendo: Profetizanos, Cristo, quién es el que te ha herido. Entonces se pusieron todos a maltratarle como a un malhechor condenado ya a muerte y digno de todos los vituperios; unos le echan salivas a la cara; otros le hieren a puñadas; unos le dan de bofetadas, y otros, cubriéndole con un lienzo el rostro, como dice San Marcos, le escarnecían, tratándole de profeta falso, y le decían: ya que eres profeta, vamos, adivina aquí mismo, ¿quién es el que ahora te ha herido? Escribe San Jerónimo que fueron tantos los oprobios y tantas las burlas que hicieron aquella noche del Señor, que sólo en el día del juicio final se sabrán todos.*

PUNTO 2.^o *¿Es así, Jesús mío, que Vos en aquella noche no descansasteis, sino que fuisteis el objeto de las burlas y malos tratamientos de aquella gente vil? ¡Oh hombres! ¿Cómo podéis mirar a un Dios tan humillado y ser soberbios? ¿Cómo podéis ver a nuestro Redentor, que tanto padece por vosotros, y no amarle? ¡Oh! ¿Cómo es posible que quien*

cree y considera lo que refieren los santos *Évangelistas* de los dolores e ignominias que por nuestro amor sufrió Jesús, no se sienta abrasado de amor para con un Dios tan benigno y tan enamorado de nosotros?

Día 14.—Negación de San Pedro.

PUNTO 1.º Considera cuánto aumentaría las penas de Jesús el pecado de Pedro, que le niega y vuelve a negar, y jura que jamás le ha conocido. Ve, alma mía, ve a encontrar en aquella cárcel a tu dolorido, burlado y abandonado Señor, y dale gracias, y consuélale con tu arrepentimiento, ya que también tú en otro tiempo te asociaste con los que le despreciaban y renegaban. Dile que quisieras morir de dolor al pensar que en la vida pasada llenaste de amargura su dulce Corazón, ese Corazón que tanto te ha amado. Dile que ahora ya le amas, y que no deseas otra cosa que padecer y morir por su amor. ¡Ay Jesús mío!, olvidaos de los disgustos que os he dado, y dadme una mirada amorosa, como la disteis a Pedro después que os negó y tan eficaz que le hizo llorar su pecado hasta la muerte.

PUNTO 2.º ¡Oh gran Hijo de Dios! ¡Oh amor infinito que padecéis en gracia de aquellos mismos hombres que os aborrecen y maltratan. Vos sois la gloria del paraíso. Grande honor hubieseis dis-

pensado a los hombres cuando no hubie-
seis hecho más que admitirlos a besaros
los pies; mas, ¡ay Dios!, ¿y quién os ha
reducido al extremo tan ignominioso de
veros hecho el entretenimiento de la gen-
te más vil del mundo? Decidme, Je-
sús mío, ¿qué puedo yo hacer para com-
pensaros el honor que ellos os quitan
con sus oprobios? Oigo que me respon-
deís: «Sufre por mi amor los desprecios,
así como yo los he sufrido por amor tuyo».
Sí, Redentor mío, quiero obedeceros. Je-
sús mío, despreciado por mí amor, conten-
to estoy de ser despreciado por Vos, y
deseo serlo cuando Vos queráis.

*Día 15.— Jesús es despreciado por
Herodes.*

PUNTO 1.º *Venida la mañana... tu-
vieron consejo para hacer morir a Je-
sús, y habiéndole atado, le condujeron a
Poncio Pilatos, presidente, y se lo entre-
garon.* Entonces los príncipes de los
sacerdotes le declaran otra vez reo de
muerte; y por eso le llevan a Pilatos, para
que le condene a morir crucificado. Pila-
tos, después de haber hecho muchas pre-
guntas, así a los judíos como a nues-
tro Salvador, conoce que era inocen-
te, y que las acusaciones que le hacían
no eran más que calumnias; y por eso
sale afuera y dice a los judíos que no
halla motivo para condenar a aquel hom-

bre. *Yo no hallo culpa en él.* Pero viendo después que los judíos se obstinaban en pedir su muerte, y oyendo que Jesús era de Galilea, para quitarse de delante aquel embarazo, le envió a Herodes, el cual tuvo' gran contento de verle en su presencia, esperando que le vería obrar allí alguno de tantos prodigios como había oído referir. A este fin se puso a hacerle repetidas preguntas; mas Jesús callaba, nada respondía reprimiendo con su silencio la vana curiosidad de aquel temerario. *Le hizo repetidas preguntas, mas él nada respondía.* ¡Infeliz aquella alma a quien el Señor ya no habla más! ¡Jesús mío!, esto es lo que también merecería yo, ya que tantas veces y con tan piadosas voces me habéis llamado a vuestro amor, y con todo, yo no os he obedecido; merecía, sí, que no me hablaseis más, sino que antes bien me abandonaseis; mas no, ¡jamado Redentor mío!, no lo hagáis; tened compasión de mí y dignaos hablarme otra vez. *Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha.* Decidme lo que queréis de mí, que en todo quiero obedeceros y contentaros.

PUNTO 2.º Viendo Herodes que Jesús no le respondía, se indignó, y tratándole de loco, para burlarse de él, le hizo poner una vestidura blanca, y le despreció, como lo hicieron también todos los de su corte; y así, despreciado y burlado, le hizo volver a Pilatos. *Mas Hero-*

des, dice el Evangelista, *con todos los de su séquito, le despreció, y, queriendo burlarse de él, le hizo vestir de una ropa blanca y le volvió a enviar a Pilatos.* Mira, alma mía, cómo Jesús, vestido con aquella vestidura de escarnio, es paseado por las calles de Jerusalén. ¡Oh mi despreciado Salvador! Esta otra injuria os faltaba: ser tratado de loco. ¡Oh cristianos, mirad cómo trata el mundo a la Sabiduría eterna! Dichoso aquél que se complace en ser tenido del mundo por necio e ignorante, y que no quiere saber otra cosa más que a Jesús crucificado, amando las penas y los desprecios, y diciendo con San Pablo: —*No me he preciado de saber otra cosa entre vosotros, sino a Jesucristo, y éste crucificado.*

Día 16.—Jesús, pospuesto a Barrabás.

PUNTO 1.º El pueblo hebreo tenía el derecho de pedir al presidente romano que librase un reo en la fiesta solemne de la Pascua. Pilatos con esta ocasión les propone a Jesús y a Barrabás, y les dice: —*¿A quién de los dos queréis os ponga en libertad?* Esperaba Pilatos que aquel pueblo sin duda preferiría a Jesús, y que más estimaría quedase él en libertad que Barrabás, hombre malvado, homicida y ladrón público, aborrecido de todos. Pero no fué así: el populacho, instigado por los príncipes de la Sinagoga, de repente, sin deliberar sobre el

particular, pide a Barrabás. Pilatos, sorprendido, y al mismo tiempo indignado al ver que un inocente era pospuesto a tan gran malvado, dice: —*¿Qué haré, pues, de Jesús?* Dicen todos: —*Sea crucificado.* Replica Pilatos: *Pero, ¿y qué mal ha hecho?* Y ellos levantan más la voz diciendo: *Sea crucificado.* ¡Señor mío! ¡Ay, que esto mismo es lo que he hecho yo cuando he pecado! Se me proponía entonces qué quería perder antes, a Vos o aquel vil deleite, y, ¡ay!, yo respondía: quiero el deleite, y nada se me da de perder a Dios. Esto decía entonces, Señor mío; mas ahora, gracias a Vos, digo que prefiero vuestra gracia a todos los deleites y tesoros del mundo. ¡Oh bien infinito! ¡Oh mi Jesús! Yo os amo sobre todas las cosas, más que a cualquier otro bien; a Vos sólo quiero, y nada más.

PUNTO 2.^o Considera que así como fueron propuestos al pueblo Jesús y Barrabás, así fué propuesto al Eterno Padre a quién quería salvar: a su Hijo o al pecador. Y el Eterno Padre respondió: *Muera mi Hijo y sálvese el pecador.* Así lo atestigua el Apóstol, diciendo: —*No perdonó a su propio Hijo, sino que le entregó por todos nosotros; no quiso el Padre perdonar a su propio Hijo, sino que por nuestro amor le destinó a la muerte.* Sí, de esta manera ha amado Dios al mundo, como dice nuestro mismo Sal-

vador, que para salvarlo ha entregado su mismo Hijo a los tormentos y a la misma muerte. ¡Oh admirable dignación de tu piedad para con nosotros!, exclama con razón la santa Iglesia. — ¡Oh inestimable exceso de tu caridad! Para rescatar al siervo entregaste al Hijo. ¡Oh admirable dignación de vuestra misericordia, Dios mío! ¡Oh inapreciable fineza de amor! Condenasteis al Hijo para librar al siervo. ¡Oh fe santa! Un hombre que cree esto, ¿cómo puede no ser todo fuego para amar a un Dios que así ama a los hombres? ¡Oh, quién tuviese siempre presente esta suma caridad de Dios!

Día 17.— Jesús atado a la columna.

PUNTO 1.^o *Tomó entonces Pilatos a Jesús y le azotó.* Viendo Pilatos que para librarse de condenar a aquel inocente, como pretendían los judíos, no le habían salido bien los dos medios que se había tomado, a saber, de enviarle a Herodes y de proponerle al pueblo juntamente con Barrabás, toma otro medio, que fué darle algún castigo, para después dejarle en libertad. A este fin llama a los judíos y les dice: — *Vosotros me habéis presentado este hombre, y he aquí que, habiéndole interrogado en presencia vuestra, no hallo delito en él, y tampoco lo ha hallado Herodes..., por tanto, después de castigado le dejaré libre. Vosotros me lo habéis acusado como delincuente, y*

ni yo ni Herodes hallamos delito alguno en él; con todo para daros gusto le haré castigar, y después le dejaré en libertad. ¡Ay Dios! ¡Y qué injusticia! Le declara del todo inocente (*no hallo en él, dice, delito alguno*), y no obstante, manda castigarle. ¡Oh Jesús mío! Vos sois inocente; mas, ¡ay, que yo no! Y por eso, ya que queréis satisfacer por mí a la divina Justicia, no es injusticia, no, sino cosa justa que seáis castigado.

PUNTO 2.^o Y ¿cuál es el castigo, Pilatos, a que condenaste a este inocente? ¡Ah! ¿Tú le condenas a azotes? ¿A un inocente le señalas una pena tan cruel y tan vergonzosa? Sí, así sucedió. *Entonces, pues, tomó Pilatos a Jesús y le hizo azotar.* Mira ahora tú, alma mía, cómo después de esta injustísima orden los verdugos agarran con furia al manso Cordero, le conducen al Pretorio con gritería y algazara y le atan a la columna. Y Jesús, ¿qué hace? ¡Ah!, humilde y sumiso acepta por nuestros pecados aquel tormento de tanta ignominia y dolor.

Día 18.—Jesús, cruelmente azotado.

PUNTO 1.^o Mira, alma mía, cómo toman ya en las manos los azotes, y, hecha la señal, levantan los brazos y comienzan a herir despiadadamente por todas partes aquellas carnes sacrosantas. ¡Oh verdugos! Vosotros os habéis equivocado:

no es éste el reo; soy yo el que merezco estos azotes.

Aquel cuerpo virginal, primero se ve todo amoratado, y luego después empieza a manar sangre por todas partes. ¡Ay de mí! Habiéndolo ya los verdugos llagado todo, prosiguen sin piedad añadiendo heridas sobre heridas y dolores sobre dolores. *Acrecentaron el dolor de mis llagas.* ¡Oh alma mía! ¿Serás tú también de aquellos que miran con ojo indiferente a un Dios azotado? Sigue considerando el dolor, y juntamente el amor con que tu dulce Señor sufre por ti este grande tormento; ciertamente, Jesús entonces entre azotes pensaba en ti. ¡Oh!, que cuando El no hubiese sufrido sino un solo golpe por tu causa, ya deberías abrasarte todo de amor para con El, diciendo con santa admiración: ¡un Dios se digna ser herido en favor mío! Mas, ¡ah!, que no para aquí, sino que por tus pecados consiente en que sean despedazadas todas sus carnes como lo predijo ya Isaías: *Fué llagado a causa de nuestras maldades.* ¡Ay de mí!, dice el mismo profeta: *El más hermoso de los hombres no parece ya hermoso; no le ha quedado hermosura ni decoro; no tenía belleza.* Los azotes le han afeado de tal manera, que no se conoce quién es. *Su rostro como cubierto de vergüenza y afrentado, de manera que no le conocimos.* Está reducido a un estado tan infeliz, que se deja

ver como un leproso cubierto de llagas de pies a cabeza: así le quiere Dios, maltratado y humillado. *Le reputamos como un leproso y como un hombre herido de la mano de Dios y humillado.* ¿Y por qué esto? ¡Ah! Porque este amante Redentor quiere sufrir aquellas penas que debíamos padecer nosotros. *Verdaderamente tomó sobre sí nuestras dolencias, y cargó con nuestras penalidades.* Sea siempre bendita vuestra piedad, Jesús mío, que quisisteis ser así atormentado para librarme a mí mismo de los tormentos eternos. ¡Oh!, pobre y desdichado es el que no os ama, ¡oh Dios de amor!

PUNTO 2.^o Y entre tanto que los verdugos le azotan tan cruelmente, ¿qué hace nuestro amable Salvador? ¡Ay!, no habla palabra, no se queja, no suspira, sino que, sufriendo aquellos azotes y desnudez con la mayor paciencia, lo ofrece todo a Dios para así aplacarle a favor nuestro. *Así como el cordero que se deja trasquilar sin balar, así El no abrió su boca.* ¡Ah Jesús mío, Cordero inocente!, que estos bárbaros no os trasquilan lana, sino la piel y las carnes. Mas este es aquel bautismo de sangre que tanto habéis deseado toda vuestra vida, deseo que os obligó a decir: *Con un bautismo he de ser yo bautizado: ¡oh y cómo traigo en prensa el corazón mientras que no lo veo cumplido!* Ve, alma mía, y lávate

con aquella sangre preciosa, en la cual está toda inundada aquella afortunada tierra. Y ¿cómo puedo yo, dulce Salvador mío, dudar más de vuestro amor, viéndoos todo llagado y despedazado por mi? Entiendo que cada una de vuestras llagas es un testimonio muy cierto del afecto que me tenéis; siento que cada una de vuestras heridas me pide amor. Bastaba una sola gota de vuestra sangre para salvarme; y, no obstante, Vos quisisteis darla toda sin reserva, para que todo y sin reserva me dé yo a Vos. Sí, ¡Jesús mío!, a Vos me entrego todo y sin reserva; dignaos aceptarme, y ayudadme para que os sea fiel.

Día 19.—Jesús es coronado de espinas.

PUNTO 1.^o *Entonces los soldados del presidente, tomando a Jesús y poniéndole en el Pretorio, juntaron alrededor de El toda la cohorte, y, desnudándole, le cubrieron con un manto de grana, y entretejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y también una caña en la mano derecha. Vamos a observar otros bárbaros tormentos con que aquellos soldados afligen de nuevo al tan atormentado Señor. Se unen todos los que formaban aquella cohorte; le ponen sobre sus espaldas una clámide colorada (que era un manto viejo que se vestían los soldados sobre las armas) en*

lugar de la púrpura real; le ponen en las manos una caña en lugar del cetro: y un haz de espinas sobre la cabeza en lugar de corona, hecha con una celada que la cubría toda. Y porque las espinas apretadas con las solas manos no entraban bastante dentro para taladrar aquella sagrada cabeza, ya tan dolorida con los golpes de los azotes, toman cañas, y, escupiéndole al mismo tiempo a la cara, aprietan con ellas aquella cruel corona, valiéndose de toda su fuerza. Y *escupiéndole, tomaban la caña y le herían en la cabeza.*

PUNTO 2.^o ¡Oh espinas! ¡Oh criaturas ingratas! ¿Qué hacéis? ¿Así atormentáis a vuestro Criador? Mas ¿a qué reprender a las espinas? ¡Oh pensamientos malos de los hombres!: vosotros fuisteis los que traspasasteis la cabeza de mi Redentor. Sí, Jesús mío; nosotros con nuestros perversos consentimientos formamos la corona de vuestras espinas. Pero ahora los detesto y los abomino más que a la muerte y cualquier otro mal. Y de nuevo, humillado, me vuelvo a vosotras, ¡oh espinas consagradas con la sangre del Hijo de Dios! Ea, traspasad esta mi alma y llenadla siempre más de dolor de haber ofendido a un Dios tan bueno. Y vos, Jesús, amor mío, ya que tanto padecisteis por mí, despegadme de las criaturas y también de mí mismo; sí, que yo pueda decir en verdad que no soy ya más

mío, sino que soy solamente de Vos, todo vuestro.

¡Oh mi afligido Salvador! ¡Oh Rey del mundo! ¡A qué estado os veo reducido! ¡A comparecer como un rey de escarnio y de dolor! ¡A ser, en suma, el ludibrio de todo Jerusalén! La sangre sale a hilos de la cabeza traspasada del Señor, corriendo sobre la cara y sobre el pecho.

Día 20.—Nuevos ultrajes en la coronación.

PUNTO 1.^o Admiro, ¡oh Jesús mío!, la crueldad de esta gente, que, no contenta con haberos casi desollado de pies a cabeza, ahora os atormenta con nuevos ultrajes y desprecios; pero admiro aun más vuestra mansedumbre y vuestro amor, pues que todo lo sufristeis y aceptasteis con paciencia por nuestro amor. *Cuando le maldecían, no retornaba maldiciones; cuando le atormentaban, no prorrum-pía en amenazas, antes bien se ponía en manos del que le sentenciaba injustamente.* Debía cumplirse la predicción del Profeta, que nuestro Salvador debía ser saciado de dolores y de ignominias: *Presentará la mejilla al que le hiere; será saciado de oprobios.*

PUNTO 2.^o Pero vosotros, soldados, ¿no estáis saciados todavía? *Hincando la rodilla delante de El se burlaban diciendo: Salve, Rey de los judíos.* Y San Juan dice: *Se presentaban a El y le decían:*

Salve, Rey de los judíos; y le daban de bofetadas. Después de haberle atormentado tanto y de haberle vestido de rey de comedia, se le arrodillan delante y se burlan de El y le dicen: «Te saludamos, ¡oh Rey de los judíos!» Y luego, levantándose con risa y con escarnio, le dan muchas bofetadas. ¡Ay!, aquella sagrada cabeza de Jesús estaba ya toda desgarrada por las espinas que la traspasaban, de manera que a cada movimiento que hacía experimentaba dolores de muerte; y por lo mismo cada bofetada, cada golpe, era un tormento cruelísimo. Ve tú, alma mía, y reconócele, a lo menos tú, por el supremo Señor de todas las cosas, como lo es verdaderamente; y como a Rey que es a un mismo tiempo de dolor y de amor, dale gracias y ámale, ya que si tanto padece es para lograr tu amor.

Día 21.—Jesús es presentado al pueblo.

PUNTO 1.º *Salió Pilatos afuera, y les dijo: Ecce Homo: Ved aquí el hombre.* Habiendo sido conducido Jesús de nuevo a Pilatos, después de haberle azotado y coronado de espinas, Pilatos le miró, y le vió tan llagado y tan desfigurado, que se persuadió que movería a aquel pueblo a compasión con sólo hacérselo ver. A este fin sale fuera al balcón, llevando consigo a nuestro afligido Salvador, y dice: *Ecce Homo;* como si dijese: «Ju-

díos, quedad ya satisfechos con lo que ha padecido hasta aquí este inocente. *Ecce Homo*: mirad aquel hombre que temíais quería hacerse vuestro rey; aquí le tenéis; mirad a qué estado se ve reducido. ¿Qué temor podéis tener ya, viéndole reducido a tal estado que no puede ya sobrevivir? Permitidle vaya a morir en su casa, pues poco le queda ya de vida».

PUNTO 2.^o *Salió, pues, Jesús llevando la corona de espinas y vestido con el manto de púrpura.* Mira también tú, alma mía, en aquel balcón a tu Señor atado y arrastrado por un verdugo; mírale cómo está medio desnudo, pero cubierto, sí, de llagas y de sangre, con las carnes despedazadas, con aquel andrajo de púrpura vieja, que le sirve solamente de escarnio y con aquella bárbara corona que, al paso que le abochorna, no deja de atormentarle. Mira a qué se ha reducido tu Pastor para hallarte a ti, oveja perdida. ¡Ay Jesús mío! ¡Y cuántas representaciones teatrales os obligan a hacer los hombres, llenas todas de dolor y de vituperio! ¡Ay dulce Redentor mío! Vos movéis a compasión aun a las mismas fieras, y con todo, aquí no halláis piedad. Oye, alma mía, lo que respondió aquella gente: *Luego que le vieron los pontífices y sus ministros, levantaron el grito diciendo: «crucifícale, crucifícale».* Mas, ¡ay!, ¿qué dirán, Señor, el día del juicio final, cuando os vean sentado como

juez lleno de gloria en un trono de resplandores? Pero, ¡ay de mí, Jesús mío!, que también yo clamé en otro tiempo: «*crucifícale, crucifícale*», cuando tuve el atrevimiento de ofenderos con mis pecados. Mas ahora me arrepiento de ello, y lo siento más que ningún otro mal, y os amo sobre todas las cosas, Dios del alma mía. Perdonadme, que os lo pido por los méritos de vuestra Pasión, y haced que en aquel día os vea aplacado, y no airado contra mí.

Día 22.—Ecce Homo.

PUNTO I.º Considera cómo Pilatos desde aquel lugar mostró a Jesús a los judíos, y dijo: «*Ecce Homo*». Mas también el Eterno Padre nos convida desde el cielo a mirar a Jesucristo en aquel estado y nos dice por boca de Pilatos: «*Ecce Homo*»; mirad, hombres, a este hombre; este hombre que veis tan atormentado y vilipendiado es mi amado Hijo, que, obligado del amor que os tiene, y para satisfacer por vuestros pecados, padece tanto; miradle, dadle gracias y amadle. ¡Dios mío y Padre mío!: Vos me decís que mire a este vuestro Hijo; mas yo os ruego que le miréis también Vos por mí; miradle, y por amor de este Hijo miradme con ojos de compasión.

Viendo los judíos que, a pesar de sus gritos, deseaba Pilatos librar a Jesús (*buscaba Pilatos cómo libertarle*), pen-

saron que le obligarían a condenar al Salvador al decirle que, si no lo hacía, él mismo se declaraba enemigo del César. Los judíos, empero, clamaban diciendo: «Si sueltas a éste, no eres amigo del César, pues cualquiera que se hace rey se declara contrario al César». Y verdaderamente por desgracia suya lo adivinaron, pues Pilatos, al oír esto, teme perder la amistad del César, y llevándose a Jesucristo, se dirige al Tribunal para sentenciarle y condenarle. Pilatos, habiendo oído estas expresiones, sacó a Jesús afuera y se sentó en su tribunal. Pero como le remordiese todavía la conciencia, sabiendo que iba a condenar a un inocente, se vuelve otra vez a los judíos, y dice: «Mirad a vuestro rey»; pero ellos clamaban: «quita, quita, crucifícale». Replican los judíos mucho más furiosos que antes: «¡Ea, Pilatos!, quita, quita, apártale de nuestra vista y hazle morir crucificado». ¡Ay, Señor mío! ¡Verbo encarnado! Vos vinisteis del cielo a la tierra para conversar con los hombres y salvarlos; ¡y los hombres no os pueden sufrir entre ellos, y tanto se afanan para haceros morir y no veros más!

PUNTO 2.º Pilatos resiste aún, y replica: *¿A vuestro Rey he de crucificar?* Respondieron los pontífices: *No tenemos otro rey que al César.* ¡Ay adorado Jesús mío! Estos no quieren reconoceros por su Señor, y dicen que no tienen otro rey

que el César. Yo os confieso por mi Rey y mi Dios, os protesto que no quiero que sea rey de mi corazón otro que Vos, mi Redentor. ¡Infeliz de mí! Hubo un tiempo en que también yo me dejé dominar de mis pasiones y os aparté de mi alma, divino Rey mío; ahora quiero que sólo Vos reinéis en ella; mandad Vos y que ella obedezca. Os diré con Santa Teresa: *¡Oh amante, que me amáis más de lo que yo puedo comprender! Haced que mi alma os sirva de manera que antes procure complaceros a Vos que a sí misma. Muera para siempre este yo, y viva en mí otro que yo. Viva él, y me dé vida; reine él, y sea yo esclava, no queriendo mi alma otra libertad. ¡Oh qué feliz aquella alma que puede decir con verdad: Jesús mío, Vos sois mi único rey, mi único bien, mi único amor!*

Día 23.—Jesús sentenciado a muerte por Pilatos.

PUNTO 1.º *Entonces Pilatos se lo entregó para que le crucificasen.* Mira cómo Pilatos por fin, después de haber declarado tantas veces la inocencia de Jesús, ahora le condena a muerte, aunque lavándose las manos, y protestando que era inocente de la sangre de aquel hombre justo, y que, si moría, los judíos eran los que darían cuenta de ello. *Mandando traer agua se lavó las manos a vista del pueblo, diciendo: «Inocente soy yo de*

la sangre de este justo: allá os lo veréis vosotros. ¡Oh injusticia nunca vista en el mundo! El juez condena al acusado, al mismo tiempo que le declara inocente. Escribe sobre esto San Lucas que Pilatos entregó a Jesús en manos de los judíos para que hiciesen de él lo que les acomodase: *Entregó a Jesús a su discreción*. Verdaderamente así cuando se condena a un inocente: le abandonan en manos de sus enemigos para que le hagan morir, y morir con la muerte que más les acomode. ¡Oh ciegos judíos! Vosotros dijisteis entonces: *Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos*. ¡Ay!, vosotros mismos, os pedisteis el castigo, y éste ha caído ya sobre vosotros; vuestra nación sufre ya, y sufrirá hasta acercarse el fin del mundo, la pena de aquella sangre inocente.

PUNTO 2.^o He aquí que se lee la injusta sentencia a presencia del mismo Señor condenado a muerte. El la escucha, y enteramente resignado al justo decreto del Eterno Padre, que le condena a la cruz, la acepta humildemente, no por causa de los delitos que le imputaban falsamente los judíos, sino a causa de nuestras verdaderas culpas, por cuya satisfacción se había ofrecido a morir. Pilatos dice acá en la tierra: «Muera Jesús»; y el Eterno Padre lo confirma desde el cielo diciendo: «Muera mi hijo». Y el mismo Hijo dice: «Aquí me tenéis».

obedezco, acepto la muerte, y muerte de cruz»: *se humilló, hecho obediente hasta la muerte, muerte no menos que de cruz.*

¡Amado Redentor mío!: Vos aceptáis la muerte que yo merezco, y con vuestra muerte me alcanzáis la vida. Os doy gracias por ello, amor mío, y confío iré un día al cielo a alabar por siempre vuestras misericordias. *Cantaré eternamente las misericordias del Señor.* ¡Oh, ya que Vos inocente aceptáis la muerte de cruz, yo pecador acepto de buena gana aquella muerte que Vos me enviareis, y acepto también al mismo tiempo todas las penas que la acompañen, y desde ahora lo ofrezco todo a vuestro Eterno Padre en unión de vuestra santa muerte! Vos moristeis por mi amor, yo quiero morir por vuestro amor. Ea, por los méritos de vuestra amarga muerte, concededme, Jesús mío, la dicha de morir en gracia vuestra y de abrazarme en vuestro santo amor.

Día 24.—Jesús lleva la cruz.

PUNTO 1.º Publicada ya la sentencia, aquel pueblo infeliz levanta la voz con grande algazara y contento, y dice: «Bravo, bravo, está bien: Jesús está ya condenado; ea, presto, no se pierda tiempo; aparéjese la cruz y ejecútese la sentencia antes de mañana que es la Pascua». Y por lo mismo, tómanle desde luego y

le ponen sus propios vestidos para que, como dice San Ambrosio, el pueblo le reconociese por aquel mismo embaucador (así le llamaban) que en los días precedentes había sido recibido como Mesías. *Le quitaron la clámide y le pusieron otra vez sus propios vestidos, y le sacaron a crucificarle.* A este fin toman dos toscos maderos, y con ellos componen luego la cruz, y le mandan imperiosamente que la lleve sobre sus espaldas hasta el lugar del suplicio. ¡Ay Dios mío! ¡Qué barbaridad! Cargar un peso tan enorme a un hombre tan atormentado y tan falto de fuerzas y desangrado.

PUNTO 2.^o Jesús con amor abraza la cruz, y llevando él mismo la cruz a cuestas, salió para el lugar que llaman Calvario. Mira, alma mía, cómo sale la justicia con los condenados, y entre ellos va también nuestro Salvador, cargado con el mismo leño que debía sacrificar su vida. Con razón afirma un devoto autor que en la Pasión de Jesucristo todo fué estupor y exceso, como así lo llamaron Moisés y Elías en el Tabor. ¿Quién hubiera creído jamás que la vista de Jesús, obligado a comparecer todo lleno de llagas en el cuerpo, no había de servir sino para irritar más la rabia de los judíos y encender en ellos el deseo de verle crucificado? ¿Y quién es el tirano que ha hecho jamás llevar al mismo reo el patíbulo sobre las espaldas cabalmente des-

pués que se halla ya extenuado por los tormentos? Causa horror el considerar la muchedumbre de burlas y ludibrios que hicieron sufrir a Jesucristo en el espacio de poco más de medio día, desde que le prendieron hasta la muerte, sucediéndose unos a otros sin parar: ataduras, burlas, desprecios, mofas, azotes, espinas, clavos, agonías y muerte. Todos se unían, en fin, hebreos y gentiles, sacerdotes y seglares, para hacer a Jesucristo, como había predicho el Profeta, el varón de desprecios y de dolores. Se ve también que el Juez defiende al Salvador como a inocente, pero que esta misma defensa no sirve sino para acarrearle mayores penas y vituperios; porque si Pilatos desde un principio le hubiese condenado a muerte, Jesús no hubiera sido pospuesto a Barrabás ni tratado de loco, ni azotado, ni coronado de espinas.

Día 25.—Jesús consuela a las hijas de Jerusalén.

PUNTO 1.º Considera el admirable espectáculo que ofrece la vista del Hijo de Dios, que va a morir a favor de aquellos mismos hombres que le llevan a la muerte. Mira cumplida la profecía de Jeremías. *Y yo como un manso cordero fui llevado al sacrificio.* Mira cómo conducen al inocente Señor como un cordero al matadero. ¡Oh ingrata ciudad! ¿Así echas de ti con tanto desprecio a tu Re-

dentor, después que te ha colmado de tantas gracias? ¡Ay, que tal hace aquella alma que, después de haber sido favorecida de Dios con muchos dones, desagrada le aparta de sí por el pecado!

PUNTO 2.^o Jesús en este camino del Calvario ofrecía un aspecto tan lastimoso y compasivo, que al mirarle las mujeres se iban detrás de él llorando y lamentándose de tanta crueldad. *Le seguía una gran turba de pueblo y de mujeres, que lloraban y le plañían.* Mas volviéndose entonces a ellas el Redentor, les dijo: *¡Ah!; no lloréis por mí; llorad, sí, por vosotras mismas y por vuestros hijos... porque si al árbol verde se le trata de esta manera, con el seco ¿qué se hará?* Con esto quiere darnos a entender el castigo que merecen nuestros pecados; porque si El, siendo inocente e Hijo de Dios, sólo porque se había ofrecido a satisfacer por nosotros, era tratado así, ¿cómo deberán ser tratados los mismos hombres por sus propios pecados?

Día 26.—El Cirineo ayuda a Jesús.

PUNTO 1.^o Mira, alma mía, a Jesús tan agobiado por el peso de la cruz, coronado de espinas, cargado con aquel pesado leño; y acompañado de una muchedumbre de gente, todos enemigos suyos, que mientras le acompañan le van injuriando y maldiciendo. ¡Ay Dios! Su sacrosanto cuerpo está todo llagado, de

manera que a cada movimiento que hace se le renueva el dolor en todas las heridas. La cruz le atormenta, pues oprime sus espaldas llagadas y le va apretando cruelmente las espinas de aquella bárbara corona. ¡Ay de mí! A cada paso, ¡cuántos dolores! Mas Jesús no por eso la deja. Sí, así es; no la deja, porque por medio de la cruz quiere reinar en los corazones de los hombres, como lo predijo Isaías: *Lleva el principado sobre los hombros.* ¡Ay Jesús mío! Con qué sentimientos tan amorosos para conmigo ibais entonces acercándoos al Calvario, donde debíais consumir el gran sacrificio de vuestra vida!

¡Alma mía!: abraza tú también tu cruz por amor de Jesucristo, que tanto padece por tu amor. Observa cómo El va delante con la suya y te convida a seguirle. *El que quiera venir en pos de mí, tome su cruz y sígame.* Sí, Jesús mío; no quiero dejaros, quiero servirlos hasta la muerte; pero Vos, por los méritos de esta dolorosa jornada, dadme fuerzas para llevar con paciencia las cruces que me enviáis. ¡Oh, que Vos nos habéis hecho muy amables los dolores y los desprecios, abrazándolos en favor nuestro con tanto amor!

PUNTO 2.^o *Hallaron un hombre de Cirene, que se llamaba Simón, y le obligaron a que cargase con la cruz de Jesús, y le cargaron la cruz para que la lle-*

vara en pos de Jesús. ¿Nació tal vez de compasión que tuviesen a Jesús el aliviarle de la cruz y hacerla llevar por el Cirineo? No, sino que fué iniquidad; nació del odio que le tenían. Viendo los juicios que el Señor parecía morir a cada paso que daba, temieron que muriese realmente antes de llegar al Calvario. Ellos querían verle muerto, y muerto en cruz, para que así quedase denigrada su memoria, pues el morir crucificado era lo mismo que quedar maldito delante de todo el mundo. *Maldito es el colgado de un madero;* y por eso, cuando procuraban su muerte, no decían a Pilatos solamente hazle morir, sino que siempre insistían clamando: *Sea crucificado; crucifícale, crucifícale,* para que su nombre quedase de tal modo infamado sobre la tierra que no se nombrase ya más, según profetizó Jeremías: *Exterminémosle de la tierra de los vivientes y no quede ya más memoria de su nombre.* Para lograr este malvado fin, le dieron quien le ayudase a llevar la cruz, para que así llegase al Calvario vivo, y le viesen morir crucificado y lleno de vergüenza. ¡Ay, mi Jesús despreciado! Vos sois mi esperanza y todo mi amor.

Día 27.—Jesús es crucificado.

PUNTO 1.º Apenas llegó Jesús al Calvario, dolorido y cansado, cuando le dieron desde luego a beber el vino mez-

clado con mirra que solían dar a los condenados a muerte de cruz, para que así fuese menos acerbo el sentimiento de dolor; pero para Jesús mezclaron hiel. Mas Jesucristo, que quería morir sin alivio alguno, apenas lo gustó no quiso beberlo. *Le dieron a beber vino mezclado con hiel; mas él, habiéndolo probado, no quiso beberlo.* Formándose luego un círculo de gente alrededor de Jesús, los soldados le quitaron los vestidos, con los cuales, como estaban pegados al cuerpo, todo llagado y desollado, hacían seguir también muchos pedazos de carne; le extendieron después sobre la cruz. Mira, ¡oh alma!, cómo Jesús extiende las sagradas manos y ofrece al Eterno Padre el gran sacrificio de sí mismo; oye cómo le ruega que se digne aceptarlo por nuestra salvación, y dale rendidas gracias por tanta caridad.

PUNTO 2.º Considera cómo toman ya con furia los clavos y los martillos, y traspasando con ellos las manos y los pies de nuestro Salvador, le clavan en la cruz. Los golpes de martillo retumban por aquel monte, y sus ecos desgarradores llegan a los oídos de María Santísima, que había llegado ya a aquella cima infauستا siguiendo al Hijo de su Corazón. ¡Oh manos sagradas, que con solo vuestro tocamiento sanasteis a tantos enfermos! ¿Por qué ahora os traspasan y fijan en esa cruz? ¡Oh pies sacrosantos, que

tanto os cansasteis en busca de nosotros, ovejas perdidas! ¿Por qué ahora os clavan con tanto dolor? Si en el cuerpo humano que recibe una punzada en algún nervio se siente un dolor tan agudo que causa desmayo y pasmos de muerte, ¿cuál sería, pues, el dolor de Jesús al traspasarle con aquellos clavos las manos y los pies, lugares llenos de músculos y de nervios? ¡Oh dulce Salvador mío! ¡Cuánto os costó mi salvación y el deseo de ganaros el amor de este miserable gusano! ¡Y yo, ingrato, os he negado tantas veces mi amor y os he vuelto las espaldas! ¡Perdón, Jesús mío!

Día 28.—Levantán la cruz en alto.

PUNTO 1.º Mira cómo levantan ya la cruz juntamente con el Crucificado, y la hacen caer con violencia en el hoyo que habían hecho en la peña. La aseguran después con piedras y pedazos de madera, y Jesús queda clavado en ella, entre dos ladrones, para dar por nosotros la vida. *Le crucificaron, y con él a otros dos, uno a un lado y otro al otro, y a Jesús en medio, así como lo había ya profetizado Isaías. Y fué contado entre malvados.* En lo alto de la cruz estaba fijado un rótulo en que se veía escrito: *Jesús Nazareno, rey de los judíos.* Querían los sacerdotes que se mudase ese título; pero Pilatos de ninguna manera consintió en ello, disponiéndolo así Dios, por-

que quería que todo el mundo supiese que los hebreos hacían morir a su verdadero Rey y Mesías, el mismo que tanto tiempo había sido de ellos mismos esperado y suspirado.

PUNTO 2.º ¡Jesús en Cruz! Mira aquí, alma mía, la prueba del amor de un Dios; mira la última manifestación que hace sobre la tierra el Verbo encarnado. La primera fué en un establo; esta última en una cruz: la una y la otra nos demuestran el amor, la caridad inmensa que tiene para con los hombres. San Francisco de Paula, estando un día contemplando el amor de Jesucristo en su muerte, quedó en éxtasis, y levantado en alto exclamó por tres veces: *¡Oh Dios, caridad! ¡Oh Dios, caridad! ¡Oh Dios, caridad!* Queriendo el Señor con esto que el santo nos enseñase que nunca seremos capaces de comprender el amor infinito que nos ha demostrado este Dios queriendo padecer tanto, y aun morir por nosotros. ¡Alma mía!, acércate entre tanto humillada y enternecida a aquella cruz, y adora aquel altar donde tu amante Señor muere por ti como víctima de caridad. Ponte bajo sus pies y haz que caiga sobre ti aquella sangre divina, y ruega al Eterno Padre con aquellas palabras de los judíos, aunque profiriéndolas en otro sentido: *Su sangre sobre nosotros*; venga, Señor, sobre nosotros esta sangre, y nos limpie de nuestros peca-

dos; esta sangre no os pide venganza como la de Abel, sino que pide a favor nuestra piedad y perdón; así nos anima a esperar lo vuestro Apóstol cuando nos dice: *Pero vosotros os habéis acercado al mediador Jesús, y a la aspersion de aquella sangre que habla mejor que la de Abel.*

Día 29.—Jesús, moribundo.

PUNTO 1.º Considera cuánto padece en la cruz nuestro moribundo Salvador. Todos sus miembros están doloridos, y el uno no puede socorrer al otro, porque las manos y los pies están clavados. ¡Ay!, que en cada momento sufre dolores de muerte: de manera que puede decirse que en aquellas tres horas de agonía sufrió tantas muertes cuantos fueron los momentos que estuvo pendiente de la cruz. Sobre este lecho de dolor no tuvo el afligido Señor un momento de alivio o de descanso; ya se apoyaba sobre los pies, ya sobre las manos; pero allí donde se apoyaba crecía el dolor. Aquel cuerpo sacrosanto, en suma, estaba pendiente de sus mismas llagas de manera que aquellas taladradas manos y pies debían sostener todo su peso.

PUNTO 2.º ¡Oh mi amado Redentor! Si yo os miro por fuera, no veo sino llagas y sangre; y si entro a contemplar vuestro interior, veo vuestro Corazón todo afligido y desolado. Leo escrito en esa cruz que Vos sois Rey. Pero, ¿qué

insignia tenéis Vos de Rey? Yo no veo otro solio que ese leño, señal de infamia; no veo otra púrpura que vuestra carne ensangrentada y desgarrada; no veo otra corona que ese haz de espinas que continúan atormentándoos. ¡Ah, que todo os declara Rey, pero no de honor, sino de amor! Esa cruz, esa sangre, esos clavos y esa corona, insignias son todas de amor.

Día 30.—La cruz, trono de amor.

PUNTO 1.º Considera cómo Jesús desde la cruz no tanto nos pide nuestra compasión como nuestro amor; y si pide compasión, la pide solamente para que ella nos induzca a amarle. El, por sola su bondad, merece ya todo nuestro amor; pero ahora parece que pide que le amemos, a lo menos por misericordia. ¡Ay Jesús mío! Con razón dijisteis antes de vuestra pasión que cuando fuerais levantado sobre la cruz atraeríais a Vos todos nuestros corazones. *Cuando yo fuere levantado en alto sobre la tierra, todo lo atraeré a mí.* ¡Oh, qué saetas de amor disparáis Vos a nuestros corazones desde ese trono de amor! ¡Oh, cuántas almas afortunadas habéis atraído a Vos desde esa cruz, librándolas de las fauces del infierno!

PUNTO 2.º ¡Oh Jesús amantísimo! Dadme permiso para deciros: Con razón, Señor mío, os han puesto a morir en medio

de dos ladrones, porque Vos, con vuestro amor, santamente habéis robado a Lucifer tantas almas que de justicia le pertenecían a causa de sus pecados. Y una de estas almas robadas confío soy yo. ¡Oh llagas de mi Jesús! ¡Oh bellas fraguas de amor! Recibidme dentro de vosotras para que arda, no con el fuego del infierno que tengo merecido, sino con vivas llamas de amor para con aquel Dios que, consumido de tormentos, ha querido morir por mí.

Día 31.—Los verdugos sortean las vestiduras de Jesús.

PUNTO 1.º Los verdugos, después de haber crucificado a Jesús, sortearon entre sí sus vestidos, como lo tenía ya profetizado David: *Partieron entre sí mis vestidos y sobre mi túnica echaron suerte.* Y después se sentaron esperando su muerte. ¡Alma mía!, siéntate tú también al pie de aquella cruz y reposa bajo su saludable sombra en todos los días de tu vida a fin de que puedas decir algún día con su esposa: *Yo me senté bajo la sombra del que había deseado.* ¡Oh, bello descanso el que en los tumultos del mundo, entre las tentaciones del infierno y entre los temores de los divinos juicios, hallan las almas amantes de Dios a la vista de Jesús sacrificado!

PUNTO 2.º Estando Jesús moribundo, con los miembros tan doloridos y con el

Corazón tan desolado y triste, buscaba quien le consolase. Mas, ¡ay Redentor mío! ¡Ay, que no hay quien os consuele! ¡Oh! ¡Hubiese a lo menos quien se compadeciese de Vos, y con lágrimas acompañase vuestra amarga agonía! Pero ¡ay de mí! ¡Oh, cuán al revés! Siento que unos os injurian, otros os llenan de bur-las, y otros os blasfeman. *Si es hijo de Dios*, os dicen unos, *que baje de la cruz. ¡Hola!*, os dicen otros, *tú que destruyes el templo de Dios y que en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo. Salvó a otros*, dicen otros impíos, *y no pudo salvarse a sí mismo.* ¡Ay de mí! ¿Y qué ajusticia-do se ha visto jamás tan cargado de injurias e improperios al mismo tiempo que estaba muriendo en el patíbulo? ¡Oh Salvador mío! Destruid en mi alma la iniquidad y libradme del infierno que por ella tenía merecido.

SOBRE LAS SIETE PALABRAS

Meditaciones para una semana.

DOMINGO.—Considera bien, alma mía, qué hace y qué dice Jesús a la vista de tantos ultrajes. ¡Oh Dios de amor! Ruega por los mismos que así le maltratan. *Padre*, dice, *perdonadles, que no saben lo que hacen.* Pondera que Jesús entonces rogó también por nosotros pecadores; y por lo mismo, volviéndonos al Eterno Padre, digámosle con toda con-

fianza: ¡Oh Padre!: escuchad la voz de este Hijo muy amado, que os pide nos perdonéis. Este perdón es, en verdad, un acto de misericordia respecto de nosotros, que no lo merecemos; pero de justicia respecto de Jesucristo, que ha satisfecho sobreabundantemente por nuestros pecados. Vos, en atención a sus méritos, os habéis obligado a perdonar y admitir en vuestra gracia al que se arrepiente de las ofensas que os ha hecho; yo, Padre mío, me arrepiento con todo el corazón de haberos ofendido, y en nombre de este Hijo os pido perdón; perdonadme, pues, y admitidme en vuestra gracia.

LUNES.—*Señor, acordaos de mí cuando hayáis llegado a vuestro reino; así rogó el buen ladrón a Jesús moribundo, y Jesús le respondió: En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.* Y aquí se cumplió lo que antes dijo Dios por Ezequiel: que cuando el pecador se arrepiente de sus culpas, El le perdona y no se acuerda más de las ofensas que le ha hecho. *Si el impío hiciese penitencia... no me acordaré de ninguna de sus iniquidades.* ¡Oh piedad inmensa! ¡Oh bondad infinita de mi Dios! ¿Quién no os amará? Sí, Jesús mío!, olvidaos de las injurias que yo mismo os he hecho, y acordaos de la muerte amarga que sufristeis por mí; y por esta misma suerte concededme vuestro reino en la otra vida,

y entre tanto, en el presente, el reino de vuestro santo amor. Sólo vuestro amor domine en mi corazón; él sea mi único dueño, él mi único deseo, él mi único amor! ¡Feliz ladrón, que mereciste acompañar con paciencia la muerte de Jesús! ¡Feliz también yo, Jesús mío, si tengo la suerte, como espero, de morir amándoos a Vos, queriendo con vuestra santa muerte unir la mía!

MARTES.—*Estaban cerca de la cruz de Jesús, su Madre, etc.* ¡Alma mía!: Considera a María al pie de la cruz, que, traspasada de dolor y con los ojos fijos en su amado e inócente Hijo, está contemplando las inmensas penas exteriores e interiores que sufre en aquella hora de su muerte. Está ella, sí, del todo resignada y en paz, ofreciendo al Eterno Padre la muerte del Hijo por nuestra salvación; pero, ¡ay!, que al mismo tiempo la aflige en gran manera la compasión y el amor. ¡Ay de mí! ¿Y quién habría jamás que no se compadeciese de una madre que se halla cerca del patíbulo en que muriese su hijo? Pero aquí debe considerarse quién es esta Madre y quién este Hijo. ¡Ay! María amaba a este su Hijo con un amor inmensamente más grande que el que hayan tenido jamás a todos sus hijos las demás madres. Ella amaba a Jesús, que, al paso que era Hijo suyo, era al mismo tiempo Dios; Hijo que era sumamente amable, bello

y santo; Hijo que había sido siempre respetuoso y obediente; Hijo que tanto la amaba, a quien El mismo se había escogido para Madre desde la eternidad. ¿Y esta Madre tuvo que ver morir a tal Hijo de dolor, sobre aquel lecho infame, sin poder darle el menor alivio, antes bien aumentando con su presencia sus penas, pues la veía sufrir tanto por su amor? ¡Oh María!: Por aquella pena que padecisteis en la muerte de Jesús, tened piedad de mí y encomendadme a vuestro Hijo. Oíd cómo El desde la cruz me encomienda a Vos en la persona de Juan: *Mujer, ahí tienes a tu hijo.*

MIÉRCOLES.—*Y cerca de la hora de nona, clamó Jesús con grande voz, diciendo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis desamparado?»* Jesús, agonizante en la cruz, estando todo dolorido en el cuerpo y todo afligido en el alma, pues aquella tristeza que le asaltó en el huerto como El dijo: *Triste está mi alma hasta la muerte*, le acompañó hasta la última respiración, va buscando quien le consuele y no le halla, como había ya dicho David: *Esperé quien me consolase y no le hallé.* Mira El a su Madre, y Ella, como hemos visto, no le consuela, sino que antes bien con su dolorida presencia le aflige más; mira alrededor y ve que todos los que hay allí son enemigos suyos; y por lo mismo, viéndose privado de todo alivio, se vuelve al Eterno Pa-

dre para hallarlo en El; mas el Padre, mirándole cubierto de todos los pecados de los hombres, para satisfacer por los cuales a la Divina Justicia estaba pendiendo de aquella cruz, ¡ay!, también le abandona a una muerte de pura pena. Y entonces fué cuando Jesús dió aquel gran clamor para expresar la vehemencia de su pena, y dijo: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me habéis abandonado?» Por eso la muerte de Jesucristo fué una muerte más amarga que la de todos los mártires, pues fué una muerte toda desolada, privada de todo consuelo.

Mas, ¡Jesús mío!, si Vos os ofrecisteis espontáneamente a esta muerte amarga, ¿por qué ahora os lamentais así? ¡Ah! Ya os entiendo. Vos os lamentáis para hacernos comprender la excesiva pena con que morís, y para animarnos al mismo tiempo a confiar en Vos y a resignarnos en vuestra voluntad cuando nos vemos desolados y privados de la asistencia sensible de la divina gracia.

¡Dulce Redentor mío!: Este vuestro abandono me hace esperar que Dios no me abandonará a mí, a pesar de que tantas veces le he hecho traición. ¡Ay Jesús mío! ¿Cómo he podido vivir tanto tiempo olvidado de Vos? Os doy gracias de que Vos no os hayáis olvidado de mí. ¡Ea! os pido la gracia de saber acordarme siempre de la muerte desolada que sufristeis por mi amor, para que así no me

olvide más de Vos y del amor que me habéis tenido.

JUEVES.—Considera cómo el Salvador, sabiendo que estaba ya consumado su sacrificio, dijo que tenía sed, y los soldados le acercaron a la boca una esponja empapada en vinagre. *Después, sabiendo Jesús que todas las cosas estaban cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: «Tengo sed...» y ellos (los soldados), empapando en vinagre una esponja, se la aplicaron a la boca.* La Escritura que debía cumplirse era aquella de David: *Y en mi sed me hicieron beber vinagre.* Mas, Señor, Vos no os quejáis de tantos dolores como os están quitando la vida, ¿y os lamentáis de la sed? ¡Ah! Que la sed de Jesús es otra de la que pensamos. La sed que tiene es el deseo de ser amado de las almas por quienes muere. Es, pues, así, Jesús mío, que Vos tenéis sed de mí, gusano miserable, y yo, ¿no tendré sed de Vos, bien infinito? ¡Ah! Sí, que os quiero, Señor; os amo y deseo agradaros en todo. Ayudadme Vos a apartar de mi corazón todos los deseos terrenos, y haced que sólo reine en mí el deseo de daros gusto y de hacer vuestra voluntad. ¡Oh santa voluntad de Dios! Vos que sois la bienaventurada fuente que sacia las almas enamoradas, saciadme también a mí, y sed Vos el blanco de todos mis pensamientos, de todos mis afectos, de todo mi amor.

VIERNES.—Alma mía, considera el cuerpo agonizante de nuestro amable Redentor, mira aquellos vivos ojos que se oscurecen, aquella hermosa cara que se vuelve pálida, aquel tierno corazón que palpita con un movimiento lento, aquel sagrado cuerpo que se va quedando exánime. *Como hubiese gustado Jesús el vinagre, dijo: —Todo está cumplido.* Jesús, pues, hallándose ya próximo a la muerte, puso delante de sus ojos todo cuanto había padecido en su vida: pobreza, sudores, penas e injurias; y ofreciéndolo todo de nuevo a su Eterno Padre, dijo: —*Todo está cumplido.* Se ha verificado todo lo que de mí habían vaticinado los Profetas y, en suma, se ha cumplido enteramente el sacrificio que Dios esperaba para pacificarse con el mundo, y ya la Divina Justicia ha sido plenamente satisfecha. *Cumplido está—* dijo Jesús vuelto al Eterno Padre—; *cumplido está—*, dijo al mismo tiempo vuelto a nosotros. Como si dijese: «Hombres, he cumplido y hecho cuanto podía hacer para salvaros y conseguir vuestro amor; he cumplido por mi parte, cumplid vosotros por la vuestra: amadme y no desdenéis de amar a un Dios que llega a morir por vosotros». ¡Ay Salvador mío! ¡Ojalá pudiese también yo deciros en la hora de mi muerte, a lo menos en cuanto al tiempo que me resta de vida: —*¡Cumplido está!* ¡Señor, he cumplido vuestra vo-

luntad, os he obedecido en todo! ¡Dadme fuerzas, Jesús mío!, que con vuestra ayuda propongo y confío cumplir todo lo que queráis de mí.

SÁBADO.—Y clamando Jesús con grande voz, dijo:—Padre, en vuestras manos encomiendo mi espíritu. Esta fué la última palabra que Jesucristo dijo en la cruz. Viendo que su bendita alma estaba ya, para separarse de aquel llagado cuerpo todo resignado en la divina voluntad, y con la confianza de hijo, Padre—dice—os recomiendo mi espíritu. Como si dijese: Padre mío: yo no tengo propia voluntad; no quiero ni vivir ni morir: si es de vuestro agrado que yo continúe padeciendo en esta cruz, aquí me tenéis, pronto estoy; en vuestras manos pongo mi espíritu; haced de mí lo que Vos queráis. ¡Oh, si también nosotros hablásemos de esta manera cuando nos hallamos sobre alguna cruz, dejándonos guiar en todo por el Señor, según su beneplácito! Este es, dice San Francisco de Sales, aquel santo abandono en manos de Dios que hace toda nuestra perfección. Así debemos portarnos con especialidad en la hora de la muerte. Pero, para saberlo hacer bien entonces, conviene practicarlo a menudo en vida. Sí, ¡Jesús mío!, en vuestras manos pongo mi vida y mi muerte; en Vos me abandono todo, y ya desde ahora para cuando llegue el fin de mi vida, os encomiendo mi alma. Acogedla

Vos en vuestras santas llagas, así como acogió vuestro Padre vuestro espíritu cuando expirasteis en la cruz.

Contempla, alma mía, a Jesús moribundo. Venid, ángeles del cielo, venid a asistir a la muerte de vuestro Dios. Y Vos, Madre dolorida, María, acercaos más a la cruz, levantad los ojos hacia vuestro Hijo, miradle con mayor atención, pues que está ya cerca de expirar. Mira alma mía, que el Redentor llama ya a la muerte y le da licencia para quitarle la vida. «Ven, muerte—le dice—, cumple luego tu oficio, quítame la vida y salva mis ovejas». Mira cómo ya la tierra tiembla, cómo los sepulcros se abren, cómo el velo del templo se parte de arriba abajo. Mira, en fin, cómo al moribundo Señor, por la violencia del dolor que padece, ya le faltan las fuerzas, le falta el calor natural, desfallece el cuerpo, se le baja la cabeza sobre el pecho, abre la boca y expira. *Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu.*

Salid, ¡oh alma santísima de mi Salvador!, e id a abrirnos el Paraíso, que hasta ahora nos estaba cerrado; id a presentaros a la Divina Majestad y alcanzadnos el perdón y la salvación.

La gente, vuelta hacia Jesús, al oír aquella fuerte voz con que pronunció estas últimas palabras, le mira con atención en silencio, le ve expirar, y reparando que ya no hace movimiento algu-

no, dice: «Ha muerto, ha muerto, ha muerto». También María, viendo expirar a Jesús, exclama con acento desgarrador: «¡Oh Hijo mío, estáis ya muerto!» Sí, ¡Madre mía!, ha muerto Jesús, la verdadera vida: permitidme, pues, ¡oh fuente de amor!, que os acompañe en ese intenso dolor y amarguísimo desamparo.



SOBRE LA MUERTE DE JESÚS

Meditaciones para un triduo.

Día 1.º—Jesús ha muerto. ¡Oh Dios! Ha muerto el Autor de la vida, el Unigénito de Dios, el Señor del mundo. ¡Oh muerte! Tú fuiste el estupor del cielo y de la naturaleza. ¡Un Dios morir por sus criaturas! ¡Oh caridad infinita! ¡Un Dios sacrificarse todo: sacrificar sus delicias, su honor, su sangre, su vida! ¿Por quién? Por criaturas ingratas. ¡Y morir en un mar de dolores y desprecios para pagar nuestras culpas!

Alma mía, levanta los ojos y mira a Jesús crucificado. Mira el Cordero divino sacrificado ya sobre el altar de dolores; es el Hijo muy amado del Eterno Padre, que ha muerto por el amor que te tenía. Repara cómo tiene los brazos extendidos para acogerte, la cabeza inclinada para darte el ósculo de paz, el costado abierto para admitirte en su corazón. ¿Qué dices? ¿No merece ser amado un Dios tan bueno y tan amoroso? Oye lo que dice tu Señor desde la cruz: «Hijo, mira si hay en el mundo quien te

haya amado más que yo, que soy tu Dios». ¡Ay Dios mío y Redentor mío! Vos, pues, habéis muerto, y muerto con una muerte la más infame y dolorosa. ¿Y para qué? ¡Para lograr mi amor! Mas ¿y qué amor de pura criatura podrá llegar jamás a compensar el amor de su Criador muerto por ella? ¡Oh adorado Jesús mío! ¡Oh amor del alma mía! ¿Cómo será posible que me olvide más de Vos? ¿Cómo será posible que ame a otra cosa después de haberos visto morir de dolor en esa cruz para satisfacer por mis pecados y salvarme? ¿Cómo podré veros muerto y pendiente de ese madero y no amaros con todas mis fuerzas? ¿Podré pensar que mis culpas os han reducido a este estado y no llorar siempre el haberos ofendido?

Día 2.^o—¡Ay Dios mío! Si el más vil de todos los hombres hubiese padecido por mí lo que padeció Jesucristo: si viese a un hombre desollado con azotes, clavado en una cruz y hecho el escarnio de la gente para salvarme a mí la vida, ¿podría acordarme de ello sin que se enterneciese mi corazón y se llenase de amor? Y si me presentasen su retrato en el acto de expirar en aquel leño, ¿podría mirarle con ojos indiferentes, considerando que había muerto tan atormentado por mi amor, y que si no me hubiese amado tanto no habría muerto? ¡Ay de mí! ¡Cuántos cristianos tienen en su ha-

bitación un hermoso crucifijo, pero sólo como quien tiene una alhaja. Alaban su hechura, la expresión del color, pero en su corazón ninguna o poca impresión hace, como si no fuese la imagen del Verbo encarnado, sino la de un hombre extranjero y desconocido.

¡Ay Jesús mío! ¡No permitáis que yo sea uno de ellos! Acordaos que prometisteis que, cuando fueseis levantado sobre la cruz, atraeríais a Vos todos los corazones. Aquí tenéis el mío que, enternecido a vista de vuestra muerte, ya no quiere resistir más a vuestros llamamientos; ea, atraedlo todo a vuestro amor. ¡Vos moristeis por mí!, y yo no quiero sino vivir por Vos! ¡Oh dolores de Jesús! ¡Oh ignominias de Jesús! ¡Oh muerte de Jesús! ¡Oh amor de Jesús! ¡Fijaos en mi corazón, y quede siempre en él vuestra dulce memoria para herirme continuamente e inflamarme de amor!

Día 3.º—¡Oh Padre Eterno! Mirad a Jesús muerto por mí, y por los méritos de este Hijo usad conmigo de misericordia. ¡Alma mía!: No desconfíes por los delitos que has cometido contra Dios; este Padre es aquel mismo que dió al mundo a ese su Hijo por nuestra salvación, y ese Hijo es aquel mismo que voluntariamente se ofreció a satisfacer por nuestros pecados. ¡Ay Jesús mío! Ya que Vos, para perdonarme a mí, no os

perdonasteis a Vos mismo, miradme con aquel mismo afecto con que me mirasteis un día agonizando por mí en la cruz; miradme, iluminadme y perdonadme, especialmente la ingratitud con que me he portado en la vida pasada pensando tan poco en vuestra Pasión y en el amor que en ella me mostrasteis. Os doy gracias por la cruz que me dais, haciéndome conocer en esas vuestras llagas y desollados miembros, como por entre otros tantos cancelos, el grande y tierno afecto con que me amáis.

¡Desgraciado de mí si después de estas luces que me comunicáis, yo dejase de amaros, o amase a otra cosa fuera de Vos! *Muera yo*—os diré con vuestro enamorado San Francisco de Asís— *por amor de vuestro amor, ¡oh Dios mío!, que os dignasteis morir por amor de mi amor.* ¡Oh corazón abierto de mi Redentor! ¡Oh feliz mansión de las almas amantes! No os desdeñéis de admitir también mi pobre alma. ¡Oh María! ¡Oh Madre de dolores! Encomendadme ese vuestro Hijo que tenéis muerto entre vuestros brazos. Mirad sus carnes despedazadas, mirad su divina sangre derramada por mí, e inferid de aquí cuán agradable le ha de ser el que Vos le encomendéis mi salud, que consiste en amarle. Alcanzadme, pues, este amor. Alcanzádmelo, Madre mía; pero un amor grande, un amor eterno. Así sea.

OBSEQUIOS U OFRECIMIENTOS A JESUCRISTO

1. Leeré y meditaré con frecuencia el santo Evangelio, y singularmente las bienaventuranzas (capítulo V de San Mateo), y practicaré lo que me enseñan.

2. Leeré y meditaré, Señor, vuestra Pasión y practicaré las virtudes que vea practicadas por Vos, singularmente la humildad, la paciencia y la caridad.

3. Amo y amaré muchísimo a mis prójimos, viendo el amor con que Vos les habéis amado, y también por considerar sus almas criadas a imagen de la Santísima Trinidad y redimidas con vuestra preciosísima Sangre, y lo mucho que por ellas habéis padecido.

4. Diré con frecuencia:

No me mueve, mi Dios, para quererte el cielo que me tienes prometido, ni me mueve el infierno tan temido para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte, clavado en esa cruz y escarnecido; muéveme el ver tu cuerpo tan herido; muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera que aunque no hubiera cielo, yo te amara, y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera, pues, aunque lo que espero no esperara, lo mismo que te quiero te quisiera.



CÁNTICOS PIADOSOS

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Altísimo Señor...

1. Altísimo Señor,
que supisteis juntar
a un tiempo en el altar
ser Cordero y Pastor,
quisiera con fervor
amar y recibir
a quien por mí quiso morir.
2. Cordero celestial,
pan nacido en Belén,
si no te como bien
me sucederá mal;
sois todo piedra imán
que arrastra el corazón
de quien os rinde adoración.

3. El manjar que se da
en el sacro viril
me sabe a gustos mil,
más bien que no el maná;
si el alma limpia está
al comer este pan,
la gloria eterna le darán.
4. Recibe al Redentor,
en un manjar sutil,
el pobre, el siervo, el vil,
el esclavo y señor,
perciben su sabor
si con fe viva van;
si no, veneno es este pan.

Alabado sea el Santísimo...

*Alabado sea el Santísimo
Sacramento del Altar
y la Virgen concebida
sin pecado original.*

1. Con pureza de conciencia
dignamente preparado,
recibirás con frecuencia
a Jesús Sacramentado.
2. Con esperanza y fe viva
llega de amor abrasado
a comer la misma vida,
que es Jesús Sacramentado.
3. Llega humilde, llega ansioso,
puro y limpio y sin pecado;
verás qué dulce y sabroso
es Jesús Sacramentado.

4. ¡Ay amante de mi vida,
dulce esposo regalado!
¡Ay Jesús, prenda querida!
¡Ay Jesús Sacramentado!
5. Haz que al tiempo de morir
en santo amor inflamado,
no cese de repetir:
¡Mi Jesús Sacramentado!

Los niños ante el sagrario

*Vamos niños al sagrario,
que Jesús llorando está,
pero en viendo tantos niños
muy contento se pondrá.*

1. No llores, Jesús, no llores
que nos vas a hacer llorar,
pues los niños de este pueblo
te queremos consolar.
2. Florecitas de los valles,
venid todas a exhalar
vuestros más puros aromas
al que es todo caridad.
3. Pajaritos de los bosques,
venid todos a cantar,
a ver si con nuestros trinos
le podemos consolar.
4. Estrellitas de los cielos,
bajad todas a adorar
a Jesús Sacramentado,
que está oculto en el altar.

AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

Himno nacional

*Ven, Corazón Sagrado
de nuestro Redentor.*

*Comience ya el reinado
de tu divino amor.*

1. En premio de tanta hazaña
por tu nombre y por tu ley,
sólo te pide hoy España
que vengas a ser su rey.
2. Ven, ¡oh Rey de las naciones!
Ven, ¡Divino Redentor!
Derrama en los corazones
los tesoros de tu amor.
3. Bendice este hermoso suelo
do, a la sombra del Pilar
quiso la Reina del cielo
poner su primer altar.
4. Ven; tuya es España entera;
tuyo su invicto blasón;
ven y *vence, reina, impera,*
¡oh Sagrado Corazón!
5. Limpia, como el sol que baña
nuestro suelo, es nuestra fe.
Aun Santiago cierra España,
aun está el Pilar en pie.
6. De las sectas a despecho
en España has de reinar,
y para **Tí** nuestro pecho
será un trono y un altar.

Corazón santo...

*Corazón santo,
tú reinarás;
tú nuestro encanto
siempre serás.*

1. Venid cristianos,
y acá en el suelo,
como en el cielo,
se ve adorar.
También nosotros
adoraremos
y ensalzaremos
al Dios de paz.
2. Jesús amable,
Jesús piadoso,
dueño amoroso,
Dios de bondad;
vengo a tus plantas,
si Tú me dejas,
humildes quejas,
a presentar.
3. Divino pecho
donde se inflama
la dulce llama
de caridad.
¿Por qué la tienes
ahí encerrada,
y no abrasada
la tierra está?
4. Corazón dulce,
manso y clemente,
divina fuente
de santidad.

- Tú eres la prenda
de mi victoria,
Tú eres mi gloria,
mi eterna paz.
4. Tú sólo puedes,
omnipotente,
mi sed ardiente
refrigerar.
Aquí, bien mío,
aquí el postrero
suspiro quiero
por ti exhalar.

A LA SANTISIMA VIRGEN

¡Oh María!...

¡Oh María!

¡Madre mía!

¡Oh consuelo del mortal!

Amparadme

y guiadme

a la patria celestial.

1. Con el Angel de María
las grandezas celebrad;
transportados de alegría
sus finezas publicad.
2. Salve, júbilo del cielo,
del Excelso dulce imán;
salve, hechizo de este suelo
triunfadora de Satán.
3. Quien a Ti ferviente clama
halla gloria en el pesar;
pues tu nombre luz derrama
gozo y bálsamo sin par.

4. De sus gracias tesorera
te ha nombrado el Redentor;
con tal Madre y medianera
nadas temas, pecador.
5. Pues te llamo con fe viva,
muestra, ¡oh Madre!, tu bondad,
y a mí vuelve compasiva
esos ojos de piedad.
6. Hijo fiel, quisiera amarte
y por Ti sólo vivir;
y por premio de ensalzarte,
ensalzándote morir.
7. Del Eterno las riquezas
por Ti logre disfrutar,
y contigo sus finezas
mil y mil siglos cantar.

Viva María...

*¡Viva María!
¡Viva el Rosario!
¡Viva Santo Domingo
que lo ha fundado!*

1. Quien quiera bendiciones,
paz y alegría,
rezar debe el Rosario
todos los días.
2. Para guardar los hijos
en la inocencia,
rezarás el rosario
con reverencia.
3. Si de casa los males
ahuyentar quieres,
templada en el rosario
el arma tienes.

4. Los dieces del rosario
son escaleras
para subir al cielo
las almas buenas.
5. Devoto de María,
si gracia quieres,
rezarás el rosario
y nunca peques.
6. El demonio a la oreja
te está diciendo:
«No reces el rosario,
sigue durmiendo».
7. Labrador, si tú quieres
frutos del campo,
los hallarás copiosos
con el rosario.
8. El rosario a María
todos debemos
rezarle cada día
para ir al cielo. *¡Viva María!...*

Oh Virgen sacrosanta...

*Oh Virgen sacrosanta,
la más pura y hermosa;
tu Concepción dichosa
mi voz ensalzará.*

1. Oh cándida azucena
suavísima, fragante,
y en el primer instante
única pura flor.
2. Oh mística purpúrea,
bella, divina rosa,
¡qué intacta, qué graciosa!
No la vió el mundo igual.

3. Oh bellísima aurora,
siempre al orbe delicia,
del Sol de la justicia
vestida en suma luz.
4. Oh sol entronizado
en la mitad del día,
dulcísima alegría
de la ciudad de Dios.
5. Oh luz esplendorosa,
solaz de los mortales,
remedio de los males
del afligido Adán.

Venid y vamos todos...

*Venid y vamos todos
con flores a porfía,
con flores a María,
que Madre nuestra es.*

1. De nuevo aquí nos tienes,
purísima doncella,
más que los cielos bella,
postrados a tus pies.
2. Venimos a ofrecerte
flores del bajo suelo;
con qué filial anhelo,
Señora, Tú lo ves.
3. Humildes te rogamos,
si no lo desmerecen,
las que en la gloria crecen
en cambio Tú nos des.
4. Con ellas te ofrecemos
rendidos corazones,
pidiéndote los dones
que rica Tú posees.

5. ¡Ay Madre!, no nos dejes;
¡ay, que las almas solas
entre las turbias olas
darán luego al través.
6. En tus benignas manos
vida y salud ponemos:
al puerto llegaremos
si a nuestro lado estás.

Con dulces acentos...

*Con dulces acentos,
feliz lengua mía,
ensalza a María,
más bella que el sol.*

1. Tu encanto, Señora,
tu gracia y dulzura,
tu honesta hermosura
y amable candor,
el alma aprisionan,
la vista embebecen
y el pecho enardecen
con célico ardor.
2. Descuellas erguida
cual palma frondosa,
que vence grandiosa
la cumbre de Hermón:
¡cuán dulces tus ojos,
benignos, afables,
piadoso, amables
y cándidos son!
3. Propicia si vuelves
tu frente serena,
el orbe se llena
de dulce solaz;

más dulce que un día
al mundo anegado
fué el brillo dorado
del iris de paz.

No cesará mi lengua...

*No cesará mi lengua,
cantando noche y día,
de celebrar tus glorias,
¡oh dulce Madre mía!*

1. Alma feliz, escucha:
¿qué plácido alborozo
el Templo del Dios vivo
inunda en puro gozo?
2. Los ámbitos con voces
de bendición resuenan,
y de júbilo y gloria
las bóvedas se llenan.
3. Descórrese la gasa
de transparente velo,
y entre antorchas lucientes
los ojos ven un cielo.
4. ¡Oh celestial hechizo!
¡Oh graciosa María!
Bendícela mil veces,
bendícela, alma mía.

Dulcísima Virgen...

*Dulcísima Virgen,
del cielo delicia,
la flor que te ofrezco,
recibe propicia.*

1. Los valles alegría
benéfico rayo

- del sol que engalana
las flores de mayo.
2. Risueñas se abren,
y el cáliz asoma,
y esparcen en torno
balsámico aroma.
 3. Así, agradeciendo
su noble destino,
la gloria publican
del Dueño divino.
 4. Jazmín, azucena,
claveles galanos,
de ofrenda servidme,
venid a mis manos.
 5. Mostrad hoy a gala
mayor lozanía,
que va a recibiros
la Virgen María.
 6. El alma, Señora,
yo pobre aunque soy
con todas mis ansias
rendido te doy.
 7. Mi afecto sencillo
recibe amorosa,
que en solio esplendente
nos miras piadosa.

Adiós, Reina del cielo...

1. Adiós, Reina del cielo,
Madre del Salvador,
dulce prenda dorada
de mi sincero amor.
2. De tu divino rostro
la belleza al dejar,

- permíteme que vuelva
tus plantas a besar.
3. Mas dejarte, ¡oh María!,
no acierta el corazón;
te lo entrego, Señora;
dame tu bendición.
 4. Adiós, del cielo encanto,
mi delicia y mi amor;
adiós, ¡oh Madre mía!
adiós, adiós, adiós.

AL CORAZON DE MARIA

Ya que llenáis de favores...

*Ya que llenáis de favores
a todo el que en Vos confía,
¡oh Corazón de María!,
rogad por los pecadores.*

1. Pues que sois, Madre divina,
de todos corredentora,
de siglos restauradora,
de salvación rica mina,
hallen en Vos medicina
tantos prevaricadores. *¡Oh Corazón!...*
2. Del que va errado sois guía,
áncora del naufragante:
en Vos halla el navegante
sosiego, puerto, alegría;
sin Vos, ¡ay! y ¿qué sería
del mundo lleno de errores? *etc.*
3. Por el pecador mostrasteis
en el templo tal ternura,
que por él la espada dura
de Simeón aceptasteis;

- así, Madre, consolasteis
nuestros llantos y clamores, *etc.*
4. Jesús puesto en agonía
rica prenda nos legó,
pues por Madre nos dejó
a Vos, ¡oh dulce María!
Sí, nacimos, Virgen pía,
mas, ¡ay!, de vuestros dolores. *etc.*
 5. Cuando su brazo irritado
levanta el divino Asuero
y al pecador con su acero
va a dejar exterminado,
tierna Ester, a Vos es dado
desarmarle en sus rigores, *etc.*
 6. Si Abigail la prudente
a Naval logró el perdón,
también Vos la remisión
obtendréis del delincuente;
pues vuestro pecho ferviente
no interrumpe sus clamores, *etc.*
 7. Acordaos, ¡oh María!,
que nadie jamás oyó
que sin consuelo volvió
quien su cuita a Vos confía;
defiéndenos, Madre pía,
ese Corazón de amores, *etc.*
 8. Por el dolor vehemente
que a vuestro pecho oprimió
cuando el buen Jesús murió
de amor víctima inocente,
sienta el mismo impenitente,
de su culpa los horrores, *etc.*
 9. Los cofrades que a millones
junta la *Archicofradía*

- del Corazón de María,
os hacen mil peticiones,
demandando conversiones,
siempre más, siempre mayores, *etc.*
10. Herejes, moros, paganos,
incrédulos y judíos,
dejando sus desvaríos,
que vengan a ser cristianos.
¡Qué gozo! vivir hermanos,
y alternar vuestros loores, *etc.*
11. Vive libre de temores
el que dice cada día:
*¡Oh Corazón de María,
rogad por los pecadores!*

Sea María...

*Sea, María,
tu Corazón
de todo el mundo
la salvación.*

1. Danos entrada,
celda sagrada,
vergel feliz;
Madre, cuán bueno
es en tu seno
siempre vivir.
2. Concha divina,
tu perla fina
es Cristo Dios;
Tú, el Paraíso
do morar quiso
el Criador.
3. De Dios carroza,
cielo en que goza

- la Trinidad;
jardín de flores,
fuente de amores,
mar de piedad.
4. Del cielo llave,
cítara suave
que Dios pulsó;
arca segura,
luna, que pura
jamás menguó.
5. Sol esplendente,
volcán ardiente,
de eterno amor;
mi pecho inflama,
que quien te ama
ya se salvó.
6. Feliz, María,
quien a Ti fía
su salvación;
será su nido
blando y florido
tu Corazón.
7. Amor sincero
tu pueblo entero
siente por Ti;
sé Tú, María,
su estrella y guía
a puerto feliz.
8. Oh, cómo anhelo
verte en el cielo
¡junto a mi Dios!
¡Oh, Madre mía,
cuánta alegría
para los dos!

Cantemos, cantemos...

*Cantemos, cantemos
con fe y devoción.
Que reine, ¡oh María!,
tu gran Corazón.*

1. Las glorias, ¡oh Madre!,
de tu Corazón
cantemos ahora,
después en Sión.
2. María es un templo
que Dios consagró,
altar y su trono
tu fiel Corazón.
3. Jesús es la hostia
que al mundo salvó,
tomando la sangre
de tu Corazón.
4. Las llamas ardientes
volcán son de amor,
de amor a los hijos
de tu Corazón.
5. La espada quisiera
quitártela yo,
que allí te la puso
mi vil corazón.
6. Delicias y gozo
en Ti ve el Señor;
el hijo y cofrade,
dulzura y amor.
7. Las madres te ruegan
que vuelvas a Dios
al hijo que vive
sin ley ni pudor.

8. Las tiernas doncellas
te ofrecen su don,
te piden que guardes
su gracia y candor.
9. Los pobres y enfermos
levantan su voz;
esperan remedio
de tu Corazón.
10. Que todos consigan
con tu bendición
los bienes que esperan
de su petición.
11. Que todos vivamos
en tu Corazón;
jamás nos aparte
la infame traición.
12. Que todos muramos
cantando al Señor
las glorias, ¡oh Madre!,
de tu Corazón.
13. Queremos, ¡oh Madre!,
vivir junto a Vos:
ahora en la tierra;
después, en Sión.
14. Devotos cofrades,
con fe y devoción
cantemos a coro
tan bella canción.

CÁNTICOS PARA MISIONES Y CATEQUESIS

Perdón, ¡oh Dios mío!...

*Perdón, ¡oh Dios mío!
perdón, indulgencia,
perdón y clemencia,
perdón y piedad.*

1. Pequé; ya mi alma
su culpa confiesa;
mil veces me pesa
de tanta maldad.
2. Mil veces me pesa
de haber, obstinado,
tu pecho rasgado,
¡oh suma bondad!
3. Yo fuí quien el duro
madero inclemente,
te puso pendiente
con vil impiedad.
4. Mi rostro cubierto
de llanto lo indica,
mi lengua publica
tan triste verdad.
5. Por mí en el tormento
la sangre vertiste,
y prendas me diste
de amor y humildad.
6. Y yo en recompensa,
pecado a pecado,
la copa he llenado
de la iniquidad.

7. Mas ya pesaroso
te busco, te llamo,
con lágrimas clamo,
prometo lealtad.

Camino del cielo

*Al cielo, al cielo,
al cielo quiero ir.
Al cielo, al cielo,
al cielo quiero ir.*

1. Si al cielo quieres ir
y allí empuñar la palma,
a Dios con cuerpo y alma
procúrale servir.
2. Si al cielo quieres ir
blasfemias no profieras,
ni en falso jurar quieras
aunque hayas de morir.
3. Si al cielo quieres ir
guardar debes las fiestas;
acción servil en éstas
preciso es omitir.
4. Si al cielo quieres ir
respeta a los mayores,
y a todos los menores
los debes instruir.
5. Si al cielo quieres ir.
en donde no padezcas,
no dañes ni aborrezcas,
ni oses maldecir.
6. Si al cielo quieres ir
no manches tu pureza;
del vicio con presteza
procura siempre huir.

7. Si al cielo quieres ir
evita toda usura;
sería desventura
hurtar y así vivir.
8. Si al cielo quieres ir
jamás te halle el demonio
en falso testimonio;
y nunca has de mentir.
9. Si al cielo quieres ir
conserva tu alma pura,
que es toda su hermosura
en mal no consentir.
10. Si al cielo quieres ir
respeta el bien ajeno,
pues todo lo terreno
aquí queda al morir.

Blasfemia

*Cuando oyereis blasfemar,
decid todos a una voz:
«yo, Dios mío, os quiero amar»,
o «Alabado sea Dios».*

1. La blasfemia es un pecado
que Lucifer inventó;
tema, pues, el deslenguado
caer donde aquél cayó.
2. El blasfemo, cual demonio,
del mismo infierno salido,
arrastra a Dios por el suelo...
¡al Dios que le ha redimido!
3. Caverna es de Satanás
el pecho blasfemador,
donde no brilla jamás

- la gracia del Salvador.
4. Por este horrible pecado
con que se afrenta al Eterno,
la lengua del mal hablado
será un badil del infierno.
 5. Por el amor de María,
blasfemo, te has de enmendar;
si no, te verás un día
en el infierno abrasar.
 6. El cielo y la tierra unidos
a nuestro Dios alabemos,
y veránse confundidos
los infelices blasfemos.
 7. Perdonad, Jesús amante,
al blasfemo desgraciado;
queremos que en adelante
seáis por siempre alabado.

A la juventud

*El joven bueno
al cielo irá;
el joven malo
se perderá.*

1. Te busca el diablo,
también tu Dios;
¿cuál de los dos
escogerás?
Haz lo que gustes,
pero no olvides
que así decides
tu eternidad.
2. Hoy de tu vida
tienes la flor,

- en ti el candor
se ve brillar;
propón guardarle
hasta la muerte,
y eterna suerte
te hará gozar.
3. ¡Pobre de ti,
si tu inocencia
la incontinencia
logra manchar!
Cual flor galana
en lodo inmundo
tu Dios y el mundo
te mirarán.
4. Arma triunfante
de tentación,
sin condición
aceptarás,
a Dios acude,
y a voz en cuello
di que el degüello
antes querrás.
5. Luis y José,
mil y mil otros
como vosotros
saben triunfar;
rompe ese lazo,
deja ese vicio,
y a Dios propicio
corre a encontrar.
6. Si morir sabes
por tu pureza,
Dios, con largueza
te premiará;

- Inés y Eulalia
y otras doncellas,
puras y bellas,
te esperan ya.
7. A la ley santa
vive ajustado,
piensa qué estado
has de tomar;
si en este asunto
estás perplejo,
pide consejo
para acertar.

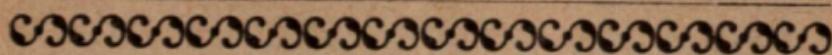
Promesas del Bautismo

*Del cristiano la Fe en el Bautismo
mis padrinos juraron por mí;
mas hoy vengo a jurarla yo mismo,
buen Jesús, tuyo soy, héme aquí;
yo lo juro, Señor, héme aquí.*

1. De la Iglesia, mi madre clemente,
que esta Fe me enseñó a venerar
yo prometo escuchar obediente
la palabra de eterna verdad,
yo prometo su voz respetar.
2. Por la fe que profeso y venero,
si es preciso, mi sangre daré;
hay un Dios, sólo un Dios verdadero,
tres personas distintas en El;
yo lo creo, y por tal Fe obraré.
3. Yo renuncio las pompas del mundo,
de la carne el espíritu vil,

- a Satán con un odio profundo
yo por siempre le arrojé de mí,
y sacudo su yugo servil.
4. Sólo a Ti, buen Jesús, doy el alma
y mi ser con ardor, sólo a Ti;
mientras vivo esperando la palma
tuyo soy, mi Jesús, héme aquí;
lo prometo, Señor, héme aquí.





INDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo de la presente edición.....	5
Biografía del Venerable Padre Claret	7
Días en que se celebran las fiestas que, por no tener día fijo, no van comprendidas en el calendario.....	11
Tabla de las fiestas movibles.....	12
Explicación de cómo se han de hallar los días de la semana por las letras dominicales	14
Calendario perpetuo	15
Advertencia sobre el calendario.....	27
Introducción.....	29
Ejercicio del cristiano por la mañana.....	33
Ejercicio por la noche.....	39
Oración mental	43
Modo práctico de hacer la oración mental	45
Actos que se han de hacer en cada día y en cada meditación.....	45
Conclusión de la meditación.....	46

Máximas importantísimas	47
Máximas para cada día del mes.....	48
Modo de confesarse bien.....	51
Oración para antes del examen.....	52
Examen sobre los mandamientos....	54
Obligaciones de varios estados.....	58
Oración para después del examen.....	63
Modo práctico de confesarse.....	67
Oración para después de la confe- sión	70
Preparación para la comunión.....	73
Modo práctico de comulgar.....	76
Oración para antes de la comunión...	77
Advertencia para antes de la comu- nión.....	81
Advertencia para después de la comu- nión.....	83
Oración para después de la comu- nión.....	84
Oración.....	88
Comunión espiritual.....	93
Ejemplos de varios estados.....	94
Exhortación a todo cristiano a la re- novación de las promesas hechas en el santo Bautismo	112
Actos de Fe, Esperanza y Caridad....	118
Instrucción sobre la Misa.....	121
Método para oír la santa Misa.....	133
Trisagio a la Santísima Trinidad.....	173
Deprecación devota a la Santísima Tri- nidad.....	181
Obsequios y ofrecimientos a la San- tísima Trinidad	184
Gozos para el Trisagio.....	185
Visita al Santísimo Sacramento.....	189

Adoración que rinden al Santísimo Sacramento y al Sagrado Corazón de María Santísima las almas buenas en unión de los nueve coros de los Ángeles.....	194
Obsequios u ofrecimientos al Santísimo Sacramento	198
Acción de gracias por los beneficios recibidos, naturales y sobrenaturales.....	199
Lo que debemos pedir a Dios.....	205
Ejercicios de amor de Dios.....	208
Devoción al Corazón de Jesús.....	211
Apostolado de la Oración.....	214
Visita a María Santísima.....	219
Oración de San Bernardo a María Santísima	222
Obsequios y ofrecimientos a María Santísima	223
Ofrecimiento que hacía de sí el Beato Padre Claret.....	224
Rosario en honor de la Santísima Virgen	225
Modo de rezar el Rosario.....	230
Letanías a Nuestra Señora.....	247
Salve a Nuestra Señora del Rosario...	250
Corón de los siete dolores de María Santísima	253
Exhortación a todo cristiano para que lleve consigo el escapulario, rosario o medalla de la Santísima Virgen...	258
Escapulario del Corazón de María....	260
Escapulario de la Virgen del Carmen	263
Escapulario de la Inmaculada Concepción	265

	<u>Páginas</u>
Mdalla supletoria de escapularios...	268
Devoción al Corazón de María.....	271
Archicofradía del Corazón de María.	272
Visita al Inmaculado Corazón de Ma- ría	273
Adoración al Corazón de María.....	275
Santo Ejercicio del Vía-Crucis.....	277
Método práctico de imitar con espí- ritu de devoción a Jesucristo lle- vando la Cruz.....	310
Mortificación externa	312
Mortificación interna	325
La paciencia. Medios para adqui- rirla	333
Devoción a San José.....	337
Rezo de los siete dolores y gozos de San José	341
Letanías al glorioso San José.....	347
Novena de la gracia.....	348
Devoción a San Antonio de Padua....	351
Responsorio a San Antonio.....	352
Ayes del infierno, o sea voces de los condenados, y remedios para curar los males que son causa de tan in- feliz suerte	354
Remedio contra la blasfemia.....	354
Remedio para curar el odio y rencor..	356
Remedio para curar el vicio de hur- tar	359
Remedio para los que han hecho co- munionen sacrílegas y malas con- fesiones	360
Grito de todos los condenados.....	362
Indulgencia: sumario de las más prin- cipales.....	365
Oraciones y prácticas piadosas enri- quecidas con indulgencias.....	372

San Rafael, o consuelo de los enfermos	385
Oración que hará el enfermo después de haber recobrado la salud.....	393
Acto de aceptación de la muerte.....	413
Recomendación del alma, según el Ritual romano	420
Novena en sufragio de las santas almas del Purgatorio.....	431
Modo de hacer esta novena.....	439
Responso por los difuntos.....	451
Clamores y lamentos de las almas.....	453
Cinco máximas para alcanzar la perseverancia	457
Reflexiones y afectos devotos sobre la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.	466
Meditaciones para cada día del mes..	471
Meditaciones para una semana sobre las Siete Palabras.....	525
Meditaciones para un triduo sobre la muerte de Jesús.....	535
Obsequios u ofrecimientos a Nuestro Señor Jesucristo	539
<i>Cánticos piadosos.</i> — Altísimo Señor	540
Alabado sea el Santísimo.....	541
Los niños ante el Sagrario.....	542
Himno nacional al Corazón de Jesús.	543
Corazón Santo	544
¡Oh María!	545
¡Viva María!	546
¡Oh Virgen Sacrosanta!.....	547
Venid y vamos todos.....	548
Con dulces acentos.....	549
No cesará mi lengua.....	550
Dulcísima Virgen	550
Adiós, Reina del cielo.....	551

	<u>Páginas</u>
Ya que llenáis de favores.....	552
Sea, María tu Corazón.....	554
Cantemos, cantemos	556
<i>Cánticos para Misiones y Cateque- sis:</i>	
Perdón, ¡oh Dios mío!.....	558
Camino del cielo.....	559
Blasfemia	560
A la juventud.....	561
Promesas del Bautismo.....	563



**PUBLICACIONES
DE LA EDITORIAL "COCÚLSA"**

EL IRIS DE PAZ

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

Veterano entre las revistas católicas de España, portavoz de los Congresos marianos internacionales, órgano de las Archicofradías del Corazón de María, heraldo de la Cruzada nacional de la Buena Prensa en España y de la cofradía de los Legionarios, ha mantenido campañas brillantísimas en pro de la Religión, de la Patria y de la Cultura.

Precio de suscripción:

10 ptas., al año, por adelantado.

**PUBLICACIONES
DE LA EDITORIAL "COCULSA"**

LA FIESTA SANTIFICADA

PUBLICACIÓN SEMANAL

PROPIA PARA SER REPARTIDA
EN PARROQUIAS Y EN LAS IGLESIAS

Trae las instrucciones litúrgicas y religiosas de la semana, difunde la cultura religiosa popular, refuta las objeciones más corrientes, orienta a los fieles en la piedad sólida según el espíritu de la Iglesia.

Eminentemente popular en sus grabados y en su exposición, lo es también por los precios económicos a que puede adquirirse.

**PUBLICACIONES
DE LA EDITORIAL "COCULSA"**

MI JESÚS

Devocionario litúrgico para niños,
compuesto por el

R. P. LUIS RIBERA

Misionero Hijo del Sagrado Corazón de María.

Por su texto, por el espíritu litúrgico, por su método pedagógico, es el devocionario ideal para los niños y niñas, el más propio para formarlos en una piedad sólida, acomodada a su edad y necesidades.

DÉCIMAQUINTA EDICIÓN

esmeradamente revisada, de 240 páginas, con orla encarnada, a dos tintas y más de 290 grabaditos alusivos al texto.

Precio: en rústica, 1'75 ptas.
en cartonné, 2'50 ptas.

**PUBLICACIONES
DE LA EDITORIAL "COCULSA"**

MANÁ DEL CRISTIANO

**ARREGLADO POR EL
BEATO P. ANTONIO MARÍA CLARET**

**y considerablemente anunciado por los
MISIONEROS HIJOS DEL SAGRADO CORAZÓN
DE MARÍA**

Es el Devocionario "más popular", como lo prueban las 35 ediciones españolas con más de 1.600.000 ejemplares, aparte de varias otras hechas en distintas Repúblicas de Américas; y uno de los "más completos", pues contiene, además de los ejercicios de piedad fundamentales de la vida cristiana, más de cincuenta devociones especiales.

La nueva edición sale notablemente mejorada en la presentación tipográfica, conservando el precio económico de la anterior.







GB L 258

Sig.: G.B. L. 258

Tít.: Camino recto y seguro para ll

Aut.: Antonio María Claret, Santo (

Cód.: 1008399

